

Solo la fuerza del amor tiene el poder de encontrar
el camino de la verdad

LUZ GABÁS

EL
LATIDO
DE LA
TIERRA



ÍNDICE

MALDITO DUENDE (HÉROES DEL SILENCIO)

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas

1. *Paint it black* (Rolling Stones)
2. *Child in time* (Deep Purple)
3. *Siempre igual* (Los Suaves)
4. *Take another little piece of my heart* (Janis Joplin)
5. *Absolute beginners* (David Bowie)
6. *Five hundred miles* (The Proclaimers)
7. *Once in a lifetime* (Talking Heads)
8. *Paradise city* (Guns n'Roses)
9. *Suspicious minds* (Elvis Presley)
10. *Woman in chains* (Tears for Fears)
11. *When we were young* (Adele)
12. *Invisible* (Alison Moyet)
13. *Baba O'Riley* (Pearl Jam)
14. *Bring me to life* (Evanescence)
15. *The pretender* (Foo Fighters)
16. *Bad romance* (Lady Gaga)
17. *I believe in a thing called love* (The Darkness)
18. *Serenade* (Dover)
19. *Purple rain* (Prince) y *Parque de atracciones* (Pasajero)
20. *kill Rock'n Roll* (System of a Down)
21. *Mr. Brightside* (The Killers)
22. *Rocinante* (Asfalto)
23. *Valentine lost* (Eiríkur Hauksson)
24. *Thunder* (Imagine Dragons)
25. *The end* (The Doors)

26. *Viva la vida* (Coldplay)
27. *One more time* (The Cure)
28. *Red morning light* (Kings of Leon)
29. *My way* (Nina Hagen)
30. *A dónde ir* (Viva Suecia)
31. *Sign of the times* (Harry Styles)
32. *The whole of the moon* (The Waterboys)
33. *Forever young* (Bob Dylan)

Nota de la autora. *The rising* (Bruce Springsteen)

Agradecimientos. *Nothing else matters* (Metallica y la Orquesta sinfónica de San Francisco)

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Vuelve Luz Gabás con su novela más sentida.

Alira, heredera de la mansión y las tierras que su familia conserva desde hace generaciones, se debate entre mantenerse fiel a sus orígenes o adaptarse a los nuevos tiempos. Cuando cree encontrar la respuesta a sus dudas, una misteriosa desaparición perturba la aparente calma que reinaba en la casa, la única habitada en un pequeño pueblo abandonado. Un guiño del destino la obligará a enfrentarse a su pasado y a cuestionarse cuanto para ella había sido inmutable. A partir de ese momento comenzará a sentir algo para lo que nunca pensó estar preparada: el amor.

Luz Gabás construye de manera magistral una bella historia de pasión, lealtad, intriga y sentimientos encontrados.

«Después de *Palmeras en la nieve*, *El latido de la tierra* es mi novela más sentida, más personal. En ella he volcado mis emociones, la historia de los que me rodean, la vida de un valle lejano pero que late con fuerza», **Luz Gabás**

Luz Gabás



El latido de la tierra

 Planeta

*Para quienes nunca creímos
que el tiempo pasara tan rápido*

*Y para José Español Fauquié,
por esperarme*

La vida es como una tela bordada. Nos pasamos la primera parte de la vida en el lado bonito del bordado; la segunda parte de nuestra vida la pasamos en el otro lado. Es menos bonito, pero vemos cómo están dispuestos los hilos.

NACH, *URBANOLOGÍA*

Solo las naturalezas activas y saludables recuerdan que el sol se alza con claridad. Nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios.

HENRY DAVID THOREAU, *WALDEN*

PAINT IT BLACK (ROLLING STONES)

Jueves, 21 de junio de 2018

—Muy bien, comencemos.

«Otra vez esas palabras», pensó Alira.

Al sospechar que la misma escena se iba a repetir, aunque ahora con una nueva persona, sintió ganas de vomitar. Y mordiscos de rabia en sus entrañas. Debía controlarla. El sentido común la advertía de que no era el momento adecuado para mostrar emociones emparentadas con el odio. Se concentró en realizar varias respiraciones profundas y en adoptar una actitud aparentemente razonable.

La mujer sentada frente a ella deslizó la mirada por los papeles extendidos sobre la mesa de oficina de melamina blanca, eligió uno y lo alzó levemente por el extremo izquierdo mientras con un lapicero en su mano derecha señalaba lo que fuera que estuviera leyendo.

—Su nombre no es muy común. ¿Se considera usted especial?

Sorprendida por la pregunta, Alira levantó la vista y se encontró con la mirada neutra de los ojos oscuros de quien se le había presentado como la subteniente Esther Vargas unos minutos antes. «Una mujer cercana ya a la jubilación», había pensado. Alguien con experiencia, manos grandes, muchas arrugas y melena corta de cabello fino y liso con mechas caoba. No la había visto nunca. Tal vez la hubieran enviado para ese caso. Aquella era una ciudad pequeña y conocía —aunque solo fuera de oídas— a casi todos los compañeros de su amigo César.

—Pues no sé. Como todo el mundo. —«También Esther es un nombre especial, aunque no infrecuente», pensó Alira. ¿Qué importancia podía tener aquello?

—Yo diría que sus circunstancias se salen de lo normal...

—Lo vuelvo a decir. No he tenido nada que ver. No sé nada... ¡Si fui yo la primera en llamarlos!

Alira se sintió agotada. Antes de la ira, había pasado por el aturdimiento, por el asombro; incluso se había mostrado desafiante. Ya no podía más. Un súbito sentimiento de impotencia y de renuncia la tentó. Recordó la clásica escena de película en la que el sospechoso confiesa lo que sea con tal de terminar con la tortura psicológica de repetir mil veces lo mismo. Ahora podía comprenderla.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Miró en dirección al cristal que ocupaba la mitad superior de una de las paredes de ese cuarto pequeño y desangelado. Estaba segura de que al otro lado se encontraba César observándola y escuchándola.

—No pienso responder a ninguna pregunta más —dijo antes de enterrar el rostro entre las manos—. Quiero irme a casa. —Comenzó a sollozar suavemente.

Esther respetó unos instantes de silencio que aprovechó para tomar unas notas.

Un hombre abrió la puerta.

—Alira... —dijo.

Ella reconoció la voz de César. Se puso en pie y se aproximó a él. No lo había vuelto a ver desde que la sacara de su casa para llevarla al cuartel de la Guardia Civil. De eso hacía varias horas. Se sintió aliviada. César, un poco más alto que ella, delgado, con el pelo rubio entrecano muy corto, de sonrisa fácil —aunque en esos momentos no sonriera—, infundía confianza a pesar del uniforme, que siempre marcaba distancias.

—¿Puedo volver a casa, César, por favor?

—Me temo que, de momento, eso no será posible —dijo Esther—. Es el escenario de un crimen.

—El cuerpo va de camino al Instituto de Medicina Legal y ya se ha recogido todo —medió César con un tono indeterminado, sin mirar a Alira en ningún momento.

—De acuerdo —accedió Esther—. Tan solo un par de preguntas más. —Señaló la silla vacía frente a ella para que Alira se volviera a sentar y esperó a que lo hiciera—. ¿Cómo describiría su relación con la víctima?

La subteniente se estaba adelantando, pero tenía que arriesgarse. El estado del cuerpo imposibilitaba su identificación y tardarían varios días en conocer el resultado de la autopsia, pero eso era algo que nadie sabía. Las primeras horas en una investigación son cruciales. A falta de pruebas, tenía

que guiarse por el instinto. Y a ninguno de los interrogados hasta el momento les había extrañado la supuesta identidad de la víctima, ni siquiera a Alira.

—Aquí dice —dio unos golpecitos sobre la transcripción de la declaración anterior— que normal, cordial, con algún que otro altibajo.

Alira asintió.

—Y yo creo que lo que realmente sentía era odio, simple y llanamente —continuó Esther en tono sentencioso—. Su existencia la molestaba.

—No sabe lo que dice. —Alira mordió las palabras. Los otros agentes habían sido firmes, pero no tan directos como esa mujer. Realmente parecía convencida de sus acusaciones—. No soy esa clase de persona.

—En algún momento, seguro que se le pasó por la cabeza librarse de quien para usted no era sino un estorbo.

Alira reconoció para sus adentros que, en un momento, hacia finales del invierno, lo había deseado. Con mucha intensidad. Demasiada para alguien como ella, una persona más bien serena. Se preguntó entonces si ya sabrían la fecha del crimen y se alarmó. Si hubiera coincidencia temporal, sus sentimientos de entonces la señalarían y su situación sería todavía más complicada.

Miró a César, pero este seguía esquivando su mirada. Seguramente él habría proporcionado toda la información sobre su pasado, lejano y reciente, para que hubiesen llegado a esa conclusión sobre su carácter. Fuera de contexto, todo se podía malinterpretar, hasta el extremo de... ¿Cómo podían insinuar, mejor dicho, *acusarla* de semejante atrocidad? Ella siempre había hecho lo correcto. Había sido una buena chica, como se suele decir. Nunca había dado problemas. Más bien al contrario: había renunciado a su propia vida por salvar a su familia. ¿Por qué se empeñaban todos esos agentes en encauzar las preguntas para que pareciera una resentida, y envidiosa, capaz de ese sádico acto? Todavía no se lo podía creer.

Pero aquello era real.

Había sucedido.

Y César debería defenderla.

—Tú me conoces desde hace años, César. Sabes que jamás haría...

—Diríjase al sargento con el debido respeto, señora —la interrumpió Esther—. Mientras dure la investigación, o hasta que el caso esté cerrado, aquí no hay amistades que valgan.

«¿Así funcionan las cosas?», pensó Alira. Sintió un nuevo arrebato de

ira. Probablemente no la beneficiara en nada, pero después de tantas horas allí encerrada, dando vueltas sobre lo mismo como en un bucle desquiciado, pensó que quizás convendría un cambio de actitud. Si no estaban dispuestos a crearla, qué más daba ya todo.

—Supongo que ha llegado el momento de decir que no pienso añadir nada más si no es en presencia de mi abogado. —«¿Con qué lo pagaría? ¿Pediría uno de oficio?»—. Me da la sensación de que no tienen nada. Y yo no pienso cargar con la culpa de algo que no he hecho.

Esther esbozó una breve sonrisa. Cuántas veces había escuchado esas palabras. Posiblemente la interrogada pensara que habían surtido su efecto, pero, en realidad, como primer contacto, para ella era más que suficiente. Comenzó a ordenar sus papeles.

—Muy bien, puede irse. Pero sepa que no hemos terminado con usted. Esté localizable.

«¿Y adónde iría?», pensó Alira. Siempre había estado allí. Ese era su sitio.

—Si me espera unos minutos fuera —dijo entonces César—, la acompañaré hasta la entrada. Un coche patrulla la llevará de vuelta a su casa.

Alira odió la nueva formalidad con la que él se dirigió a ella, pero agradeció el gesto. Cogió el bolso y la americana de la silla y salió sin despedirse, una falta de educación que jamás habría cometido en su vida si todo no se empeñara en desmoronarse.

«La educación, como las piedras, parece sólida —pensó—. Pero también las piedras pueden resquebrajarse.»

Esther se preguntó si la humildad de esa mujer, Alira, era real o fingida. Le parecía reservada, sobria. Como su aspecto físico y su indumentaria. Llevaba un pantalón tejano, una camisa blanca de popelina y un fular enroscado al cuello con un estilo personal que le daba un aire elegante, un tanto masculino. Apenas iba maquillada: una base neutra sobre su piel rosada, bien cuidada, un toque en los labios, nada en los ojos, de un color entre marrón y verde —avellana, siendo precisa—, grandes, expresivos, vivos, ojerosos ahora. El cabello corto, castaño claro, con algunas —no muchas, curiosamente— hebras claras, grisáceas, peinado de manera

intencionadamente alborotada, acentuaba sus facciones angulosas. Resultaba extrañamente atractiva. La proporción y la natural armonía en rostro y cuerpo le transmitían frialdad. Le costaba encuadrarla en un perfil concreto, pero se mantenía alerta. Conocía la maestría de los psicópatas para aparentar normalidad de cara a la galería, llegando incluso a comportarse como buenos ciudadanos. En el fondo, se sentían únicos, especiales, superiores, extraordinariamente diferentes. ¿Sembraría su actuación la duda en otros, como lo hacía en ella?

No le importaba tanto la descripción de los hechos —que Alira había repetido exactamente igual en los anteriores interrogatorios— como su manera de actuar, de reaccionar, de gesticular. Esther tenía un olfato especial para identificar a los mentirosos. No tenía claro todavía si Alira lo era, pero había algo en ella que no le gustaba. Quizás fuera la fragilidad que destilaba a pesar de su aspecto físico. Esther era una mujer batalladora y eso a veces la convertía en injusta: no soportaba a los débiles de carácter. Con ellos tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no perder la objetividad, algo esencial en su trabajo.

César interrumpió sus pensamientos.

—Has entrevistado a Alira como si ya supiéramos quién es la víctima... —comentó con cautela. Sabía que podía aprender mucho de aquella mujer, pero su estrategia lo había confundido nada más empezar.

—Y así va a ser con todos a partir de ahora. Tenemos que adelantarnos a los resultados. Y es el hilo más lógico del que tirar, al fin y al cabo.

—¿Y qué opinas? —César se sentó en la silla que había ocupado Alira.

—Con los primeros interrogatorios, poco hemos sacado en claro —respondió Esther tamborileando con el lápiz sobre la carpeta del expediente—. Y si, como han adelantado los del laboratorio, sucedió hace tiempo, mal asunto. ¿Qué tenemos? Un cuerpo podrido, solo eso. Y muchas mentiras, supongo. A ver si el informe de la autopsia del forense ayuda en algo.

—Ya. Pero el asesino no contaba con que encontráramos el cadáver. Se pondrá nervioso.

—Todos los posibles sospechosos se han puesto nerviosos. Cielo santo, ¿nadie se percató? —Esther resopló—. Ha pasado demasiado tiempo. Tanto como para que el culpable se crea su propia inocencia. Esto lo complica todo.

—¿Lo dices por Alira?

—A veces, las personas que nos parecen más normales son las peores de

todas. Los psicópatas tienen una extraordinaria capacidad para fingir. Interpretan su papel de buen ciudadano a la perfección.

—Pero Alira no... —César sacudió la cabeza. Le costaba creer que su querida amiga fuera capaz de algo así. Aquella era una comarca tranquila. Ella era una mujer de paz; diferente, sí, pero entrañable. Alira era empática. Era imposible no quererla. Tal vez se hubiera vuelto huraña con los años, pero no dudaría en ayudar a los demás, y especialmente a sus amigos—. Has visto cómo ha reaccionado.

—He visto demasiadas cosas. No sé. Hay algo extraño en ella. Tengo la sensación de que no es transparente. Puede que haya llorado, pero no por el dolor causado, sino por las posibles consecuencias que pueden entorpecer sus planes futuros. ¿Después de tantos años de profesión aún pondrías la mano en el fuego por alguien? Te aseguro, César, que yo no. Aunque hubiese estado enamorado de ella.

—No debería habértelo dicho. —Lo había creído oportuno esa mañana, cuando repasaban los datos de un caso a punto de ser archivado y Alira lo llamó, histérica, provocando un giro vertiginoso precisamente en esa investigación. Era la primera vez que César trabajaba con la reputada Esther y quería causarle buena impresión—. Ahora pensarás que no puedo ser imparcial.

Esther era una mujer curtida. Se cuestionaba todo lo que escuchaba. Sabía por experiencia que los culpables suelen pertenecer al entorno de las víctimas, y César formaba parte del grupo de amigos y conocidos. Por su relación personal con la presunta víctima también podía ser sospechoso. De momento, permitiría que César continuara en el caso. Así podría vigilarlo de cerca.

—Yo no creo nada. Me quedo con que siempre es útil ver las cosas desde diferentes perspectivas. Dime una cosa. Tú eres un hombre atractivo, agradable, simpático... ¿Cómo es que no terminaste con ella? No está mal y sigue soltera. Te mira con demasiado afecto. ¿Acaso percibiste algo?

César sonrió brevemente. Era cierto: Esther no solía andarse con rodeos.

El sargento regresó unos instantes al pasado, cuando veía a Alira todas las mañanas de invierno peleando con la bufanda, el abrigo y los libros bajo la niebla al bajar del autobús que la transportaba junto a otros alumnos desde los pueblos de la redolada hasta el instituto. Recordaba sus mejillas sonrojadas, su cabello perfectamente recogido en una cola de caballo —

entonces lo llevaba largo—, el olor fresco del agua de colonia sobre su ropa de colores neutros. Alira no soportaba las excentricidades de ningún tipo. Tampoco las estridencias. Era ordenada, puntual, educada, moderada, callada. Para algunos —no para él— resultaba sosa. Por eso mismo llamaba la atención. Cualquiera otra persona que hubiera pasado por lo que ella había pasado no sería así; todo lo contrario, mostraría rebeldía contra el mundo. No podía imaginársela planificando algo tan terrible como aquello que tanto él como todos los vecinos de la zona tardarían tiempo en olvidar. Y en el improbable caso de que así fuera, ¿por qué los había llamado? No tenía sentido. Podía haber ocultado los hechos más tiempo. ¿Por qué ahora, precisamente, cuando estaban a punto de dar por desaparecida a la víctima? Claro que bien podría haber sido una estratagema para librarse del cuerpo definitivamente. No sería el primer asesino que avisaba con la pretensión de parecer inocente. Detuvo esos pensamientos horribles y se centró en responder a Esther con naturalidad.

—Fue un enamoramiento de juventud. Éramos muy diferentes. No habría funcionado. No quedé herido por ello, te lo aseguro. —Alguna vez había lamentado no haber sido correspondido, pero eso se lo guardaba para él. Aquello pertenecía a un pasado cada vez más lejano, a sus recuerdos más íntimos—. Y bueno, sí, había algo más. No me refiero a ese pequeño detalle de que a Alira le gustara otro, sino a la casa en la que vive. A ese maldito pueblo, ya sabes. La tenían dominada.

Esther hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Conozco la historia. Dramática. Razón de más para que tu amiga sí quedara cuando menos tocada. —Chasqueó la lengua antes de añadir en tono irónico—: La cosa va de fantasmas. Pero de los peores, me imagino: los que se llevan dentro.

Como había prometido, César acompañó a Alira hasta la entrada del cuartel. En un silencio incómodo cruzaron el largo pasillo con puertas a ambos lados a través de las cuales llegaban voces o ruidos de teléfonos e impresoras.

Alira nunca se había imaginado cómo podía ser un cuartel porque nunca le había dedicado un pensamiento más allá de la identificación de la palabra

en una noticia escabrosa o del espacio físico en una serie o película policíaca, que nunca le habían gustado especialmente porque no aceptaba que pudiera haber tanto mal en el mundo como para inspirar tantas y tantas historias criminales.

Caminaba envuelta en una sensación de irrealidad.

Había sido interrogada.

Había percibido la desconfianza con la que la miraban al responder, a la espera de una contradicción, de una mentira involuntaria, de un gesto revelador. Se había sentido completamente juzgada e incomprendida.

—¿También habéis interrogado a los demás? —se atrevió a preguntar.

César hizo un gesto vago con la cabeza.

—A todos los que vivíais allí cuando la desaparición, sí. Pero faltan otros. Y probablemente repitamos algún interrogatorio. Lo siento, no puedo decirte más.

Alira se detuvo y se situó frente a él para mirarlo directamente a los ojos.

—Tú no crees que yo lo hiciera, ¿verdad, César? Me conoces desde niña.

—No eres la única a la que conozco de tu entorno, Ali. —César aguantó su mirada y ella leyó la preocupación en sus ojos entrecerrados y en su ceño tan fruncido que tenía que dolerle—. Para la subteniente, tienes un móvil comprensible.

Alira sintió que se quedaba sin aliento. Le costó unos segundos asimilar lo que su amigo de toda la vida le estaba diciendo.

Que la habían movido los celos.

«Si tú supieras, César... —pensó—. ¿Me entenderías? ¿Me apoyarías? ¿Lo aceptarías?»

Podría tratar de explicárselo, pero no quería, todavía no. Y no allí, en ese momento, en ese lugar.

Al cabo de unos segundos consiguió decir con voz entrecortada:

—Vi aquello en lo que se había transformado, César... Era viscoso. ¡Oh, Dios! Alguien cercano, y no un nombre cualquiera que escuchas en las noticias, reducido a una papilla de algas. No lo olvidaré mientras viva. Nadie se merece un final tan espantoso. —Sollozó—. Y menos uno de los nuestros. Os equivocáis conmigo.

César dejó transcurrir unos segundos antes de apoyar su mano

suavemente en el antebrazo de ella para indicarle que continuara caminando. Ojalá aquello no hubiera sucedido. Los recuerdos de sus años de juventud chocaban frontalmente con la realidad y eso lo hería. No podía soportar ver la expresión de sufrimiento de su amiga, pero, por otro lado, no podía engañarse: las intuiciones de Esther —veterana de la Unidad Técnica de Policía Judicial de la Guardia Civil de la provincia— rara vez se demostraban erróneas. Le resultaba cruel siquiera pensarlo, y más verbalizarlo.

—Esperaremos a los resultados de las pruebas. El único consejo que puedo darte es que vayas pensando en contratar a un buen abogado, Ali.

César prestó atención al barullo que se oía tras la puerta principal. Un escalofrío recorrió su cuerpo, no tanto por el tiempo húmedo de ese junio lluvioso que se había apoderado del vestíbulo como por el pesar que sentía que lo embargaba.

La prensa se encargaría de verbalizar todo eso y mucho más.

Sintió un nudo en el estómago.

El infierno de Alira no había hecho más que comenzar. «Difama, que algo queda», pensó. Cuántos girarían la cabeza al verla pasar. Cuántos mirarían hacia otra parte.

Lamentó no ser él quien la llevara de vuelta a casa, pero Esther le había dejado bien claro desde el principio de la investigación que mantuviera la distancia y una evidente frialdad hacia ella, de modo que el hecho de que fueran conocidos de la infancia quedara en la anécdota. No convenía que la prensa comenzara a hacer preguntas sobre la relación de un miembro de la Guardia Civil con el crimen.

Los compañeros que esperaban para acompañarla se acercaron. Uno de ellos señaló la puerta con la cabeza y emitió un silbido.

—No sé de dónde han salido tantos —dijo—, con lo pequeño que es este lugar. Deben de andar escasos de noticias. Bueno, el morbo siempre atrae.

Aprovechando el ruido que se coló en el vestíbulo al abrir las puertas, César le susurró a Alira al oído:

—No digas nada. No les abras ni tu casa ni tu corazón. Sé fuerte.

Alira lo miró con tristeza, como si, de repente, en medio de esos desconocidos que se iban aproximando a ella blandiendo micrófonos o grabadoras, o portando cámaras al cuello con focos que emitían molestas luces en el anochecer, todo comenzara a cobrar sentido.

Ah, si hablara...

Ningún dispositivo sería lo suficientemente potente para traducir en palabras la intensidad de sus sentimientos. Pero no lo haría. No podía compartir con nadie su secreto. Dudaba que la comprendieran. La criticarían. Y ella no quería que nada empañara la pureza de aquello que había inundado su vida últimamente. Algo bueno. Imprevisto y reconfortante. Algo que la había saciado.

La musiquilla de una canción que escuchaba a todas horas su hermano Tomás se instaló en su cabeza, siguiendo el ritmo de los movimientos de esos seres que la rodeaban y de imágenes de su vida.

Había abierto su casa, después de siglos.

Su corazón se había comenzado a deshelar. Y no quería dejar de sentir ese límpido y dulce goteo que desde hacía unas semanas retumbaba en su interior, empapando su ser, convirtiendo su alma otoñal en un paisaje de arroyos vernaes.

¿Cómo era posible que tuviera que pagar por ello?

La única explicación que su mente aturullada le proporcionaba era la de que sus deseos de cambiar de vida se habían vuelto en su contra. Sus decisiones de los últimos tiempos se habían demostrado del todo inadecuadas. Tal vez le estuviera bien empleado.

¿Qué se había pensado, a su edad?

¿Por qué había tenido que tomar esa maldita decisión en concreto?

¿En qué estaría pensando?

¡Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo! Retrocedería unos meses... No. Tal vez más.

Tal vez todo hubiera comenzado antes, mucho antes de que ella naciera, y ella no tuviera ninguna culpa.

De nada.

Todo lo vio negro.

Miró en su interior y percibió que una bruma densa y lóbrega asediaba su corazón.

Esa era la canción. *Paint it black*. Los Rolling.

Quería desaparecer y no tener que enfrentarse a nada.

Había tenido que hablar de ella misma, de su pasado. Con detalle. Quería llegar a casa y repasar todo lo que había dicho. Odiaba hablar de sí misma. La habían educado para ser discreta.

Nunca jamás hubiera podido prever que eso le estuviera sucediendo a

ella, a sus amigos, a su familia, a su casa.

«Na, na, na, na, na, na, na, na, na, na, na...»

«Por favor, por favor, por favor... —suplicó su voz interior—. Que no regrese la oscuridad.»

CHILD IN TIME (DEEP PURPLE)

Meses antes

Sábado, 27 de enero

Sentada en un banco de piedra de aquel solitario lugar al que acudía para reflexionar, Alira deslizó la vista por el decrepito y desolador escenario del que tantas tardes había formado parte como una actriz muda y la embargó una tristeza melancólica.

Pronto tendría que marcharse. Y no sabía si podría soportarlo.

Emplazado a la orilla derecha del río del mismo nombre, el antiguo pueblo de Aquilare, ahora en ruinas, se extendía por una planicie rodeada de suaves colinas. En una de estas se distinguía, a cierta distancia de las casas sobre las que había velado durante siglos, el esqueleto de una iglesia gótica construida en su día encima de antiguos restos románicos; en otra se erguía su casa, conocida como la mansión Elegía, la cual se enfrentaba al paso del tiempo con la indolencia propia de quien ha resistido contra todo pronóstico.

La mansión Elegía había resistido, sí. Pero toda batalla tenía un final.

Después de meses dándole vueltas, Alira había concluido que solo había una solución para sus problemas. Por más dolorosa que resultara y por más que su corazón la rechazara, sabía que no le quedaba otro remedio.

Tenía que vender la mansión.

Y tratar de comenzar otra vida lejos del lugar al que pertenecía, que lo había significado —que todavía lo significaba— todo para ella.

Durante su infancia, cada vez ya más lejana, había percibido el pueblo de Aquilare como un festín de piedra del que disfrutaban cientos de personas. Sin saber entonces los nombres de los elementos arquitectónicos, conocía perfectamente cada muesca apuntada, cruz, inscripción, fecha labrada o escudo en la clave de las portadas adinteladas. Si alguna fachada estaba encalada, cumplía su función de resaltar la hermosa mampostería o los esquinzos de sillar de las otras. Los balcones y galerías de forja y madera

existían para adornar, como la nata de las tartas. Los vanos abuhardillados eran las pepitas de chocolate. Las chimeneas, troncocónicas o cuadradas, con sus piedras *espantabrujas*, las guindas.

Ahora, de todo aquello quedaban estructuras fantasmagóricas, montones de escombros y un silencio sepulcral.

Para acceder al pueblo era necesario tomar un desvío, descender por un camino empinado y serpenteante desde la carretera general y atravesar un puente de piedra. Un centenar de casas de dos, tres o cuatro plantas —que años atrás habían soportado tejados de losas o tejas— ocupaban cinco calles empedradas, una de ellas más ancha, que se acomodaban amablemente a los desniveles del terreno hasta desembocar en la plaza donde se encontraba ella ahora. Más allá de ese lugar, los campos pelados por el frío se deslizaban hasta un ancho río.

¿Volvería a visitar ese lugar cuando ya nada tuviera allí?

Alira nunca se había dejado abatir por los contratiempos. Si alguna vez la habían asaltado pensamientos negativos en torno a la idea de que había malgastado su tiempo y se había enrabiado demasiado por defender las batallas heredadas de otros, se las había apañado para doblegarlos utilizando las armas de la vitalidad, la ilusión, el optimismo y el esfuerzo. Sus padres se habían obstinado en mantener la propiedad cuando los cambiantes tiempos modernos ya pronosticaban un futuro difícil para quienes nadaran contra corriente. Como antes lo habían hecho sus antepasados, en una línea sucesoria que llegaba hasta el siglo xv, habían peleado por mantener la herencia intacta, tal como ellos la habían recibido. ¿Qué podía haber más importante que honrar a los antepasados? Ella misma era el presente de siglos de historia familiar y, hasta la fecha, eso había significado más un honor que una molesta obligación.

Tenía asumido que la realidad no era solo su propia percepción de lo que existía y ocurría a su alrededor, sino también la consecuencia de lo que ya había sucedido incluso antes de su nacimiento, pero había ido tomando sus propias decisiones a lo largo de su vida y tenía por norma no lamentarse demasiado.

Sin embargo, nunca hubiera pensado que a ella le tocara tener que tomar la terrible decisión de desprenderse para siempre de la casa y de las tierras.

¿Cómo no iba a lamentarse?

La vida no la había tratado tan mal. Había salido adelante. Había

conseguido ocuparse de todo. Sí, pero no había sido suficiente. La carga que suponía cuidar de una propiedad tan grande había conseguido pesar más que el orgullo y el honor. Su vida se había convertido en una lucha contra el peor enemigo: el tiempo.

El tiempo que recordaba la existencia de cables viejos y tuberías de plomo recorriendo la piel y las entrañas de la casa, que reseca la madera y combaba las vigas, que partía tejas y deshacía muros, que daba aliento a las termitas, que resquebrajaba la escayola de los techos, agrietaba el yeso de las paredes y oxidaba el hierro de las rejas y verjas, que mostraba a las malas hierbas los caminos más insospechados y que despojaba a la tierra de labranza de su valor.

Y la lucha contra el tiempo era una lucha condenada al fracaso.

Miró en dirección a la mansión, ubicada en un llano elevado, a una distancia de medio kilómetro, y su ánimo se perturbó todavía más. El frío de ese gélido atardecer invernal entumecía sus extremidades; la visión del magnífico edificio le producía ansiedad. Todos sus recuerdos pertenecían a ese lugar.

Durante el tiempo que le quedase de vida, cargaría con la deshonra de ser quien había vendido lo que sus antepasados habían conseguido. Para cualquier otra persona esto podría resultar incluso ridículo. Para ella, era un drama.

La mansión había dado sentido a la existencia de su familia durante siglos. Había crecido y evolucionado, adaptándose a los cambios políticos y sociales de muchas generaciones, sobreviviendo a ellos. No era solo una vivienda. Era la historia grabada en cada estancia, en cada mueble, en cada cuadro. Era cada palmo de tierra donde crecía todo aquello que llenaría de olores y texturas la despensa y la bodega; cada piedra que cumplía su función en los establos y corrales del ganado. Era cada gota de sudor y sangre, cada sonrisa y lágrima, de aquellos con quienes compartía una identidad más allá del tiempo finito de la carne.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras se preguntaba, una vez más, qué habría sido de ella y de su familia si aquel hombre no hubiera irrumpido en sus vidas años atrás. La primera persona a la que había odiado por una razón concreta: se había encargado de destruir lo que para ella era sólido.

En su niñez, nadie hablaba de la muerte de las piedras en Aquilare. La piedra era vida. La piedra era inmortal. Se morían las personas, los animales

y las plantas.

Las piedras no.

Ni siquiera envejecían.

«En la infancia —pensó Alira mientras permitía que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas y luego por la tela del grueso anorak—, nadie percibe las grietas, la maleza, la podredumbre, la ruina, los pedregales; y la tristeza existe como una emoción pasajera. Todavía no es una sentencia de muerte.»

Eso llegaba más tarde.

Y llegaba.

Recordaba la noche en que todo empezó a morir. La recordaba perfectamente, a pesar del tiempo transcurrido.

¿Cómo olvidarla?

El resto de su vida hasta ese momento había sido una consecuencia de esa noche.

Acababa de cumplir ocho años en aquella década lejana de los años setenta del siglo xx. Era otoño, cuando, como cada año, el paisaje enrojecía alrededor de la mansión.

Hacía rato que había anochecido y su hermano pequeño ya dormía en su habitación. Tras la cena, Alira dibujaba y pintaba, feliz, en presencia de sus padres, Elegía y Tomás. Ellos creían que no los oía.

Elegía era entonces una mujer decidida, de pocas palabras. Sentada en una de las butacas del salón, con la mirada fija en el hueco del hogar donde no quemaba ningún leño por la buena temperatura, le dijo a su marido en un susurro ronco:

—Tú haz lo que quieras. Yo no me iré.

Lo dijo con las manos entrelazadas sobre el vientre abultado, en el que llevaba al que sería el tercer hijo del matrimonio, que también se llamaría Tomás. El gesto indicaba determinación y posesión. Tal vez también protección.

Se oyeron ruidos y voces en el exterior y, al poco, alguien hizo sonar la aldaba de la puerta.

Tomás se puso en pie, se acercó a la butaca donde estaba su esposa y apoyó unos instantes la mano en el respaldo.

—Nos reuniremos en el comedor —dijo—. Ya sabes que no tengo inconveniente en que nos acompañes.

Elegía movió la cabeza a ambos lados, con las mandíbulas apretadas.

—Se me llevarían los demonios.

—Como quieras... —Tomás extendió el dedo índice para acariciar la nuca de ella. Pocas veces lo hacía y a Alira le encantaba ser testigo de algo tan íntimo e infrecuente—. Yo tampoco pienso marcharme, Elegía. Mi casa está donde tú estés.

Elegía cerró los ojos unos instantes. Luego miró a su hija y le ordenó:

—Vete a la cama.

Alira obedeció.

Permaneció atenta en su dormitorio, contiguo al de su hermano Gerardo, cuatro años más pequeño. Oyó varias veces que llamaban a la puerta. Hasta allí, ascendiendo por la ancha escalera de losas de piedra, llegaron las voces airadas de varias personas.

Aquello era algo insólito.

En su casa nadie gritaba. La simetría de la construcción y el orden en la decoración conformaban el marco en el que habitaba una familia que percibía —al compararla con las de sus compañeros de colegio— alegre, pacífica, ni excesivamente efusiva en los afectos, ni demasiado fría en el trato con los demás. Por entonces, Alira ignoraba la verdadera dimensión física de su casa, conocida como la mansión Elegía. Aunque resultaba evidente que era la más grande de su limitado territorio conocido, tenía el mismo significado para ella que las otras casas para sus amigos. Era el comfortable refugio en el que se levantaba todas las mañanas sabiendo que al regresar del colegio seguiría allí, como cobijo, como descanso, como lugar de juego, de deliciosas comidas, de sus cosas, sus ropas, sus libros y cuadernos, sus telas para practicar costura, sus descubrimientos y secretos escondidos en cajitas.

Entonces no se preguntaba ni por qué había nacido allí y no en otro lugar, ni por qué era suya, ni cómo funcionaba todo tan bien para que se considerara una niña feliz.

Su madre, Elegía, se encargaba de organizar las tareas del hogar, que ejecutaban dos criadas y una cocinera; y su padre, Tomás, alternaba sus salidas al campo —dando instrucciones al mozo de cuadras y a los dos

criados que trabajaban la tierra— con largas sentadas en el despacho, rodeado de papeles en los que anotaba, concentrado, cifras y comentarios.

Alira suponía —por lo que hablaba con otros niños— que eso era lo que los padres hacían.

Bueno, no todo el mundo tenía dos criadas y cocinera. La madre de su amiga Amanda, desde luego, no. Lo hacía todo ella y además salía al campo a ayudar a su marido. Quizás esa fuese la principal diferencia entre su familia y las otras. Esa y la dimensión de su casa, que hacía necesaria la ayuda de varias personas para que funcionara. Su madre sola no podría limpiar todo. Y su padre solo no podría encargarse de las tierras, que eran muchas, según le repetía cada vez que lo acompañaba a lomos de una de sus yeguas.

Para ella no había más mundo que esa casa grande y bonita, situada a medio kilómetro del bullicioso y divertido Aquilare, y esas tierras que recorría junto a su padre escuchando sus explicaciones. Carrascas, enebros, tomillos, sabinas, bojés y aliagas. Tierras secas que para ella eran un vergel. Viñedos, olivares, almendros y campos de cereales.

—Allí... —Tomás extendía la mano, ancha, fuerte, nervuda, para señalar las montañas que se recortaban a lo lejos contra el horizonte— hay bosques maravillosos de pinos rojos y negros, abetos y hayas. Algún día te llevaré a conocerlos, Alira. Y más arriba praderas y pastos para el ganado, ya sabes, adonde mandamos las ovejas en verano para que se harten. Recuérdalo, hija. Conviene que sepas estas cosas. Algún día tú y tus hermanos os haréis cargo. Si Dios quiere...

La pequeña Alira memorizaba sus explicaciones. Cuando fuera mayor sabría cuándo abonar, sembrar, podar, segar y recoger. Guiaría sus acciones según el calendario de la luna. Sabría cómo cuidar del ganado, de los cerdos, de las gallinas y de los conejos. Velaría por cada palmo de tierra de la propiedad y repararía los tejados de la mansión cada año para evitar goteras. Lo único que no comprendía era el porqué del suspiro que su padre siempre agregaba a esa última frase: «Si Dios quiere...». El leve gemido de pena que lo acompañaba no encajaba con el cuerpo de ese hombre tan enérgico y vital.

Esa noche que oyó gritos desde su dormitorio descubriría la razón.

Descendió por la escalera hasta un pequeño vestíbulo y giró a la derecha en dirección a la cocina, junto a la cual había un pequeño *office* desde donde se podía acceder tanto a la biblioteca, que hacía de despacho de su padre, como al comedor, de donde provenían las voces. En el *office* se guardaban las

especias. Le encantaba el olor a pimienta, a clavo, a anís, a laurel. La puerta no estaba ajustada, así que se pegó a ella para curiosear. Le llegó un fuerte olor a sudor, a ropa llevada durante días.

Sentados a un extremo de la larga mesa del comedor cubierta de papeles, distinguió a media docena de hombres del pueblo. Reconoció a los dueños de las casas más grandes. Hablaban a la vez, con la preocupación reflejada en sus rostros. De pronto, Tomás dio un fuerte golpe con la mano en la mesa. Alira se sobresaltó. Nunca había visto tan furioso a su padre.

—¡Os equivocáis! —gritó—. ¿Adónde iréis? ¡Yo no pienso marcharme!

En los siguientes segundos de silencio, observó a su padre. Tomás no era un hombre físicamente grande, pero lo parecía porque diferentes partes de su cuerpo —la cabeza, las orejas, la nariz, las manos y los pies— sí lo eran. Poseía una proporcionada desproporción gobernada por un carácter tempestuoso y afectuoso. Normalmente los vecinos acudían a él en busca de consejo, pero en aquel momento notó en él un inquietante halo de soledad.

Nadie respondió.

—¿Seréis capaces de abandonar vuestras casas? —continuó Tomás—. Vuestras tierras, ¿qué pasará con ellas? Toda la vida os arrepentiréis. La sensación de traicionar a vuestros antepasados no os abandonará nunca.

El padre de su amiga Amanda lo interrumpió:

—En las cartas de los que marcharon a Francia cuando la Guerra Civil yo nunca he apreciado eso. Han trabajado y sacado adelante a sus familias, pero, a la vez, han podido disfrutar, y siguen haciéndolo, de las ventajas de las ciudades que los acogieron.

—¿Y qué esperas que cuenten, Joaquín? Ningún hombre pierde el tiempo escribiendo sus penas para provocar lástima. —Tomás suavizó el tono—. Ellos *tuvieron* que irse para salvar sus vidas y las de sus familiares. A nosotros nadie nos obliga. No hay mayor desprestigio para alguien como tú y como yo que perder las tierras...

Su discurso fue nuevamente interrumpido, esta vez por un grito y un portazo provenientes del vestíbulo.

—¿Elegía?

Tomás se levantó, recorrió raudo la estancia y desapareció tras la doble puerta de madera tallada, pintada de verde grisáceo, al fondo del comedor. Joaquín lo siguió, pero no llegó a salir.

Alira contuvo el aliento, preguntándose qué hacer. Estaba segura de que

la que había gritado era su madre. La misma curiosidad que mantuvo sentados a los hombres, atentos a las palabras del matrimonio, y el miedo que le provocaba la inexplicable tensión y las palabras incomprensibles relacionadas con la inaceptable idea de tener que marcharse de allí la retuvieron, quieta, con la mejilla pegada a la puerta del *office*.

—¿Qué ha pasado? —escuchó que preguntaba Tomás.

—Era el ingeniero ese... —respondió Elegía airada.

—No lo he oído llamar. ¿Qué quería?

—Lo he visto por la ventana. Me he adelantado a su llamada y asomado para decirle que no os interrumpiera. Ha insistido en hablar con vosotros. Sabía que estabais reunidos aquí. Lo he echado. No lo quiero en mi casa. Si... —Su madre bajó la voz de repente, de modo que Alira no pudo oír lo que dijo.

Entonces la aldaba sonó sobre la puerta, tres veces, con la lentitud firme y cierta del aviso de muerte de las campanas de una iglesia.

Nada sucedía.

Alira se preguntó qué estaría pasando. Con sigilo, salió del *office*, cruzó la cocina hacia el pequeño distribuidor al pie de la escalera, desde donde se accedía a la bodega, al jardín y al amplio vestíbulo principal, cuyo suelo también estaba formado por enormes losas de piedra. Acercó el rostro a la cerradura y guiñó un ojo para poder ver bien con el otro.

Sus padres se miraban inmóviles. Alta como su marido, de huesos grandes que la hacían parecer más gruesa, con un rostro de facciones duras, Elegía resultaba, no obstante, una mujer elegante que transmitía decisión. Había crecido acostumbrada a dar órdenes, a que todo estuviera como ella quería, a que nada faltara en su casa, a que las cosas se hicieran como siempre se habían hecho, a perpetuar lo aprendido de generaciones anteriores. Nunca antes Alira había visto la preocupación en su rostro.

La niña se preguntó por qué no abrían la puerta. En esa casa, todo el mundo era bien recibido. ¿Quién sería esa persona con la que no querían ni hablar?

—Haz que se vaya... —suplicó Elegía a su marido.

—Y yo creo que deberíamos dejar que se sume a la reunión. —Joaquín entró en el campo de visión de Alira. Su tono de voz era serio, seco. Su hija Amanda hablaba a veces como él. Y también tenía el cabello oscuro, los ojos

grises y las piernas largas y delgadas—. No todos opinan igual. Y el tiempo se acaba.

Tomás frunció el ceño. Miró nuevamente a Elegía e hizo un gesto resignado de asentimiento.

—Hablaemos luego.

En silencio, Elegía se dirigió hacia la puerta tras la que Alira espiaba. Con el corazón palpitante por miedo a ser descubierta, la niña dudó un instante si subir a su habitación o regresar al puesto inicial de observación. Optó por hacer caso a su curiosidad y se encaminó de nuevo al *office*.

A los pocos minutos, pudo ver la figura de quien había llamado a la puerta. Acompañado de Joaquín y de Tomás, un hombre más alto que estos, con traje oscuro y fina corbata, entró en el comedor. Los asistentes a la reunión inclinaron levemente la cabeza a modo de saludo; alguno incluso levantó la mano sin mover la muñeca de la mesa, como si la educación los obligara a saludar, pero no quisieran resultar demasiado cordiales. El hombre tomó asiento en el extremo más alejado de la mesa, cerca de la puerta, en el lado opuesto al dueño de la casa, tal como este le acababa de indicar.

El desconocido para Alira deslizó la mirada por los papeles extendidos y dijo esbozando una sonrisa:

—Estoy del todo convencido de que mi presencia aquí esta noche resultará provechosa para todos.

A Alira le fastidió reconocer que le gustó la sonrisa del molesto invitado. Tenía unos dientes bonitos. Además, iba muy arreglado. En el pueblo solo se veían hombres así los días de fiesta, con el pelo engominado, bien afeitado y las gafas relucientes. Le pareció muy elegante. Tenía toda la pinta de ser alguien importante.

—Mire, don Felipe. No sé qué puede añadir que no se haya dicho ya —dijo Tomás—. Entiendo que ahora somos nosotros quienes debemos tomar la decisión y comunicársela. A mi modo de ver, que haya usted venido hoy es una forma de coacción.

—Nada más lejos de mis deseos. Pero he creído conveniente informarles de dos cosas que deben saber.

—Usted dirá... —La mirada de Tomás era escéptica. La mano en el aire con la que señaló a los presentes parecía un gesto falsamente amable.

—La primera: hasta ahora, yo he sido el encargado de negociar con ustedes la adquisición de sus tierras para repoblar. Cada día hay cambios en

el nuevo organismo encargado del patrimonio forestal y la conservación de la naturaleza. Podrían trasladarme en cualquier momento. Evidentemente, esto podría acarrear un retraso en las negociaciones, tan avanzadas. A mi entender, sería una lástima perder todo el tiempo que tanto ustedes como yo hemos dedicado a este asunto. Quiero que crean que les soy sincero al transmitirles mis dudas de que se mantengan las mismas condiciones que yo les he ofrecido, en el supuesto, claro está, de que yo no siguiera a cargo de este expediente.

—Una forma sutil de presionarnos —dijo Tomás impaciente—. Entiendo que, si no le hacemos caso, nos aplicarán el mismo criterio que a otros. Primero nos expropiarán las tierras de cultivo y de pastoreo y, cuando el pueblo esté asfixiado, nos ofrecerán cuatro perras.

El hombre se irguió en su silla y se inclinó hacia delante.

—Don Tomás, después de tanto tiempo, ya nos conocemos todos. Me sorprende su empecinamiento. Yo no creo las leyes, pero mi trabajo es velar por su cumplimiento. La ley sobre repoblación forestal y ordenamiento de los cultivos agrícolas, en su artículo tercero, creó la figura de la Zona de Interés Forestal para conseguir los terrenos que resultan de utilidad pública, beneficiosa para todo el país. Se les ha ofrecido todo tipo de facilidades para ocupar las fincas afectadas de manera favorable para todos, para ustedes los primeros. Desde el principio les he aconsejado que no gasten su dinero en abogados, porque contra la ley no tienen nada que hacer. Les ofrecí que se hicieran cargo ustedes de la repoblación, pero me respondieron que no tenían recursos. Les ofrecí la opción de firmar un acuerdo por el que podían ceder temporalmente sus terrenos al Estado y repartir beneficios al cortar el bosque adulto, pero mostraron desconfianza por algo tan lejano en el tiempo. Les ofrecí un buen precio, mejor incluso que el recibido por otros pueblos de la zona, y usted, erigido como portavoz de pocos, que no de todos, se encargó de decirme que era ridículo. Pues déjeme decirle que en esta mesa hay quienes me han dicho que el precio es mejor de lo que esperaban. Y desde luego, mucho mejor, vamos, a años luz, del que recibirían si no firman la venta y el Estado procede a la expropiación forzosa.

—Ha venido para repetirnos lo de siempre. Ya sabemos todo esto. ¿Y la segunda noticia?

El tono de ese hombre dejó de ser cordial, a juicio de Alira, cuando le dijo a su padre:

—Como sus tierras y esta casa están alejadas del resto y forman una unidad completa y bien delimitada, estaríamos de acuerdo en que la negociación siguiera adelante sin usted. Ahora bien, si me permite un consejo, estaría cometiendo el error más grande de su vida. España se moderniza, pero no aquí, desde luego. El futuro de nuestros hijos está en las ciudades, donde hay trabajo. Estos pueblos se mueren. No comprendo cómo no lo ve. Sinceramente, no comprendo cómo puede desear permanecer anclado en el siglo anterior. Hay trenes que solo pasan una vez en la vida, y usted y su mujer están dispuestos a perderlo.

—Si ese tren supone abandonar siglos de historia —dijo Tomás—, por mí se puede ir al infierno.

En ese momento, Alira sintió una mano que se apoyaba en su hombro y dio un respingo. Elegía se inclinó sobre ella con un dedo en los labios. La tomó del brazo para que la siguiera hasta la cocina.

—¿No podías dormir, Alira? —le susurró una vez allí—. ¿Te preparo un vaso de leche?

La niña aceptó.

—He oído todo, mamá...

—Lo sé, estaba detrás de ti.

—Pero no he entendido nada. ¿Por qué amenaza ese hombre a papá? ¿Por qué quiere que nos vayamos?

—Quieren comprar nuestra casa y nuestras fincas, pero nosotros no las venderemos, así que tranquila.

—¿Y qué es el Estado?

—Un lobo con un hambre voraz, hija. —Su madre pensó en voz alta—. Si no es una guerra, es una ley asfixiante tras otra. La cuestión es no dejarnos vivir en paz.

—Pues lo mataremos, mamá.

—Anda, ve a dormir.

Alira apuró el último trago, le dio un beso a su madre en la mejilla y regresó a su dormitorio con la misma determinación con la que pronunció su última frase. Se acostó y se cubrió con la ropa de cama hasta taparse la nariz. Oyó la fuerte respiración de su hermano Gerardo en la otra habitación. La luz de la luna se colaba por los postigos entreabiertos. Era una noche cualquiera. Identificaba todas las formas, sombras y ruidos. Pensó en las palabras escuchadas.

Por primera vez en su vida, sintió mucho miedo.

Tuvo deseos de matar a quien hacía sufrir a su familia.

Se levantó de la cama y se dirigió a la salita cercana que servía de distribuidor para los dormitorios. Junto al gran ventanal orientado al sur localizó la mesita costurero de Elegía. Abrió la tapa y sacó unas tijeras.

Con sigilo, descendió de nuevo las escaleras y llegó al recibidor principal, que estaba vacío. Las voces acaloradas provenientes del comedor le indicaron que la reunión no parecía que fuera a terminar de inmediato. Caminó hasta el banco de terciopelo rojo en el que los invitados siempre dejaban las chaquetas y sombreros. No le costó deducir que la pieza más diferente, una gabardina nueva sobre gruesas chaquetas de punto, tenía que corresponder al señor ese que pretendía quitarles la casa y las tierras a sus padres y vecinos.

Con el corazón palpitante, se lanzó a hacerle pequeños cortes en el forro interior. «Ojalá le haya costado mucho dinero», pensaba. Ojalá le tuviera un cariño especial a esa prenda. Tal vez fuera un regalo de su mujer. Tal vez no tuviera otra prenda como esa. Que entendiera que allí no lo querían. Que supiera que se merecía todo lo malo que le sucediera.

Cuando le pareció que la tela había sufrido lo suficiente, dobló la gabardina y la dejó como la había encontrado. La noche era muy calurosa, a pesar de ser otoño. Con un poco de suerte, no se la pondría al salir, sino que se la colgaría del brazo. Cuando descubriese el daño, el hombre ya estaría fuera de la casa.

Y nadie podría culparla.

Pero ella sí.

La palabra *justicia* parpadeaba en su interior buscando un significado que no encontraba.

Se sentía mejor por haberlo hecho. Pero sabía que había hecho mal.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza, rezando por librarse del castigo de sus padres, o de Dios, que todo lo veía, según decía el sacerdote en la iglesia. «Cuando uno ha sido malo —repetía en sus sermones—, más tarde o más temprano le llega el castigo.»

Con el paso del tiempo, esas palabras se fundieron en su mente con la letra de la canción *Child in time* de Deep Purple. Decía algo parecido a que cuando uno ha obrado mal, si no ha sido alcanzado directamente por el vuelo

de los disparos, más le vale cerrar los ojos y esperar el rebote de la bala, que más tarde o temprano llegará.

Alira no lamentó su acción, pero temió el castigo, que nunca llegó.
O sí lo hizo, y no se había dado cuenta.

A partir de aquella noche que Alira siempre recordaba con dolor, el pueblo comenzó a apagarse hasta morir. Como les sucedía a las bombillas, cada casa que se cerraba era un parpadeo a modo de aviso de que el final estaba cerca. Era un triste y cruel goteo.

Aquillare pasó a ser del Estado y, muy pronto, de las malas hierbas.

La familia de Alira se convirtió en testigo del destino cruel de una historia de siglos que terminaba, algo por lo que más de cien lugares cercanos ya habían pasado. Era como una peste. Peor todavía, repetía su madre: «La peste te mata de verdad; esto te mata dejándote con vida».

Varios años después del abandono del pueblo, a Alira ya le costaba reconocerlo y asimilar la discrepancia entre sus recuerdos del lugar, una vez lleno de vidas, y la realidad. Y en medio de tanta ruina y soledad, sus compañeras durante décadas, surgía, alguna vez, una recriminación.

Si sus padres hubieran hecho caso a los de Amanda, tal vez su propia vida habría sido otra.

Pero el tiempo pasa demasiado rápido y rara vez se puede dar marcha atrás en las decisiones tomadas.

Y ahora se enfrentaba a la peor situación de toda su vida.

En medio de la plaza vacía, donde se apreciaba claramente que el final definitivo se aproximaba, tuvo la sensación de que aquel lugar se había convertido en una desagradable metáfora de su existencia.

Y odió esa pegajosa percepción de que la decrepitud la rondaba.

SIEMPRE IGUAL (LOS SUAVES)

Sábado, 27 de enero

Las sombras del atardecer comenzaron a deslizarse por los bosques de pinos hacia la parte trasera de la colina donde se ubicaba la mansión Elegía, acercándose a esta como una lava invisible y voraz que engullía a su paso la débil luz invernal.

En otras circunstancias, Alira habría disfrutado de la hermosa imagen. Esta vez, sin embargo, sintió un escalofrío de temor. Lo tomó como un presagio de algo impreciso.

Ahuyentó ese pensamiento rápidamente con otro positivo: había quedado con Amanda e Irene. Siempre esperaba esa cita más o menos mensual con ilusión. Miró su reloj y confirmó que tenía que darse prisa si quería llegar puntual. Sospechaba que esa noche ella no sería una alegre compañía por culpa de la decisión de vender la propiedad que se había visto obligada a tomar, pero, quizás, una vez más, sus amigas le sirvieran de ayuda.

Aprovechó este impulso optimista y se dirigió a su casa para arreglarse. Cuando la asaltaban pensamientos negativos, no había nada mejor que hacer algo para vencerlos. Cualquier cosa. Pasar una mañana podando los árboles y arbustos del jardín o una tarde restaurando o encerando los antiguos muebles. Hacer una visita al gallinero para alimentar a las gallinas, cambiarles el agua y recoger los mejores huevos del mundo. Dar un paseo por los caminos. Sumergirse en la lectura de un libro.

Y tomarse una copa con sus amigas siempre era una buena opción.

Un par de horas más tarde, después de haber dejado la cena preparada para su madre y su hermano Tomás, ya de noche cerrada, se sentó en el coche en dirección a Mongraín, la pequeña ciudad a unos veinticinco kilómetros de distancia donde vivían sus amigas y donde ella había estudiado primaria y secundaria.

Tras el abandono de Aquilare, todos los días, su padre la llevó en coche hasta el desvío de la carretera general, donde la recogía un autobús con niños de otros pueblos pequeños sin escuela o de casas aisladas, o adolescentes que continuaban los estudios superiores en Mongraín. Recordó fugazmente la despedida de su simpática y cariñosa maestra de la infancia, en la pequeña escuela de Aquilare, cuando ya solo quedaban tres alumnos —incluida ella—, cabizbajos y aturridos por la pérdida de la algarabía de otros días y temerosos de su futuro, y una Amanda que, por el contrario, hablaba con excitación de la gran aventura de desplazarse a una ciudad, aunque fuera pequeña, con calles asfaltadas, coches y muchas tiendas, y cientos de niños repartidos en dos o tres colegios. A Alira le había costado superar el miedo a lo desconocido y adaptarse, pero hacía tanto tiempo de aquello que ya no tenía importancia. Mongraín era parte de su vida. Allí había estudiado de niña y adolescente, y ahora compraba, hacía las gestiones administrativas de la familia y quedaba con sus dos amigas —a quienes a veces se sumaba también César— un sábado al mes. De no ser por su desmedido apego a la mansión, sin duda sería el lugar en el que viviría.

La oscuridad y la niebla, que se tornaba más densa a cada kilómetro, le impidieron ver el paisaje durante el trayecto, aunque se lo conocía de memoria.

Al poco de alejarse de Aquilare, desaparecían de repente las vistas lejanas de bosques frondosos y líneas agresivas, y olas de colinas de carrascas, encinas y robles caracoleaban hasta terminar su viaje en una infinita orilla de tierra cultivable en la que pequeños bosquetes de matorrales cubrían los bordes de los caminos y las acequias de las parcelas agrícolas. De cuando en cuando, un grupo de chopos y álamos blancos rompían la monotonía, anunciando con su altiva presencia la existencia de agua. La tierra ahora seguía sumida en un sueño profundo del que despertaría en un par de meses pariendo los primeros brotes verdes de alfalfa, maíz, girasol, las flores amarillas de la colza y las blancas de los almendros y frutales.

Mongraín, capital de la comarca, se extendía bajo la ladera de un cerro ocupado por un imponente castillo que obligaba a apartar la vista de las chimeneas de las fábricas para admirarlo solo a él. Esa noche permanecía oculto en la niebla. La población, una admirable mezcla de actividad agrícola e industrial, había ido creciendo hasta convertirse en una pequeña ciudad donde las nuevas urbanizaciones habían conseguido que el hermoso casco

histórico, tan bullicioso en el pasado, fuera ahora un lugar silencioso, vacío, en el que había muchas casas cerradas y las pocas abiertas estaban habitadas por ancianos o por inmigrantes.

En los bajos de una de aquellas estrechas casas de dos plantas seguía el mismo café que solían frecuentar en su juventud Alira y sus amigos: un pequeño local con mesitas de patas de forja y sobre de mármol blanco llamado Siempre, donde la decoración y la música —temas de los mejores grupos de pop y rock del siglo xx— permanecían inalterables. A Alira le seguía proporcionando la sensación de que la vida no avanzaba con la rapidez que aparentaba, de que los años transcurrían más o menos siempre igual, sin grandes cambios, y eso la agradaba y la disgustaba a partes iguales, por contradictorio que resultara. Lamentaba a veces la parálisis de su existencia, pero le reconfortaba juntarse con Amanda e Irene, hablar de aquellos tiempos de la pandilla del instituto y recordar a sus amigos comunes como si el tiempo no hubiera transcurrido o como si el pasado pudiera recuperarse por medio de la palabra.

Por los vasos vacíos, dedujo que Amanda e Irene ya llevaban un rato allí. Ambas se levantaron para saludarla con un par de besos. Se sentaron de nuevo, pidieron otra ronda de bebidas y comenzaron a ponerse al día de sus cosas y a contarse los detalles de las últimas semanas. No se habían visto desde muchos días antes de las Navidades —al contrario que para Alira, que apenas tenía compromisos sociales, para Amanda e Irene la segunda quincena de diciembre y la primera de enero eran fechas complicadas de preparativos navideños, cenas de empresa y encuentros familiares—, así que durante un buen rato mezclaron temas y hablaron sobre las vacaciones, la familia y el tiempo horrible, de frío y niebla, que les provocaba protestas, algún escalofrío y una necesidad de frotarse los antebrazos con las manos porque la humedad se pegaba a la piel y a la ropa y se introducía en viviendas y locales por cualquier rendija.

Alira se esforzaba por seguir el hilo de la conversación y mantener el tono animado de sus amigas, pero cada poco se abstraía: no podía olvidarse de su problema.

—Yo ya echo de menos las vacaciones de Navidad —decía en ese momento Amanda—. La vuelta al trabajo cada vez me cuesta más.

—Pues a mí me encanta retomar la vida normal —afirmó entonces Irene.

Amanda le dio un codazo amistoso.

—Oh, claro. Los chicos de nuevo en el instituto y cada familia en su casa, especialmente la política.

—Dicho así, suena fatal —dijo Irene esbozando una sonrisa cómplice, pero sin admitirlo ni negarlo abiertamente.

Amanda hablaba, reía, jugueteaba con un mechero, cruzaba las piernas, las descruzaba y se inclinaba hacia delante como si todo lo que tuviera que decir fuese de la máxima importancia. Era una mujer guapa y nerviosa. Últimamente llevaba el cabello, oscuro y rizado, estirado y perfectamente planchado, y cada dos por tres se colocaba un mechón tras la oreja y al cabo de dos segundos deslizaba los dedos por la sien y lo volvía a la posición inicial provocando el tintineo de sus pulseras y brazaletes. Le gustaba ponerse vestidos ajustados de amplios escotes y zapatos o botas de tacón para alcanzar la altura de sus amigas y, de paso —lo admitía abiertamente—, resultar atractiva, puesto que estaba dispuesta a encontrar nueva pareja. Su marido, un abogado de Madrid, ciudad en la que había vivido muchos años, la había dejado por una jovencita de veinticinco años, y a ella le había costado un par de años y bastantes visitas al psicólogo recuperar la alegría, que había encontrado en Mongraín, después de que, además, la despidieran del periódico en el que trabajaba en Madrid por culpa de los ajustes de personal provocados por la última crisis económica. Tenía dos hijos mayores terminando sus estudios en la universidad y un trabajo aceptable en una radio local. Trataba de que no se notara cuánto echaba de menos su pasado laboral en la capital, pero sus amigas sabían que todavía soñaba con encontrar un tema que inspirase el artículo o el libro o el documental de su vida.

Irene seguía felizmente casada con César después de veinte años. Fuerte y enérgica, había conseguido asumir que su eterna guerra contra el sobrepeso estaba perdida y lo aceptaba con un gran sentido del humor que trasladaba a su ropa amplia y divertida, que contrastaba con las clásicas joyas de perlas y oro blanco que solía lucir y con una media melena de mechones rubios sobre un fondo castaño, como sus ojos. Era una mujer entusiasta y franca. Sus grandes pasiones eran su trabajo como profesora de instituto y su familia. Decía que tener tres adolescentes en casa le servía para enfrentarse a sus alumnos con conocimiento de causa.

Alira continuaba siendo la más reservada. Se había acostumbrado a una vida rutinaria y sobria, como su indumentaria. Por comodidad, llevaba el

cabello siempre muy corto y apenas se maquillaba, algo que sus amigas le reprochaban. Con esos ojos tan grandes y ese cutis tan liso, solían decirle, solo con una raya negra en los párpados y algo de color en los labios resultaría más atractiva todavía. Pero a ella nunca le había interesado ser el centro de ninguna atención. Y, aunque nunca se había cerrado a encontrar una pareja, hacía tiempo que se había convencido de que no era una tarea fácil: compartir la vida con ella implicaba la aceptación incondicional de su especial vinculación a su casa y a sus tierras. El gran romance de su vida había concluido precisamente por ese asunto. Ironías de la vida, si vendía la propiedad, esa disyuntiva ya no se le presentaría. Quizás surgieran otras cuestiones, entonces: a su edad, incluso en el caso de que se topara con un hombre con quien congeniara, probablemente le costara alterar sus hábitos.

—¡Alira! —Amanda pronunció su nombre de manera tan repentina que su amiga se sobresaltó—. ¿Te has enterado de algo de lo que hemos dicho en los últimos diez minutos?

—Lo siento —se disculpó ella—. Se me ha ido el santo al cielo. Esta noche estoy un poco rara.

—Vaya, ¿y eso por qué?

Alira se encogió de hombros. Por una parte, deseaba compartir su preocupación. Por otra, no sabía cómo comenzar.

—No sé —dijo simplemente—. La niebla, tal vez. No me gusta.

Amanda la observó un instante, como si no se creyera la respuesta, pero no insistió. Le preguntó:

—¿Has oído lo que ha contado Irene de César?

Alira negó con la cabeza.

—Perdona, Irene. ¿Le pasa algo a César?

—Que si le pasa... —contestó esta—. Cada día muestra menos interés por mantener relaciones. Ya me conocéis: soy marchosa. No puedo soportar que mi marido sea uno de esos hombres excepcionales carente del apetito sexual insaciable que se les presupone a todos y que admita que encuentra en el amor, el cariño y la paz reinantes en nuestro hogar satisfacción suficiente. Hay que joderse. —Riendo un tanto avergonzada, se llevó las manos a las mejillas encendidas—. ¡Se me ha subido la bebida!

Alira sonrió ante su reacción, pero no dijo nada. Normalmente Irene no hablaba en esos términos de César en su presencia, porque sabía que a él le había gustado Alira en la adolescencia y temprana juventud. Entre ellas

resultaba espinosa la complicidad en temas íntimos. Además, una cosa era la amistad profunda; otra muy distinta, contar todas las intimidades.

Amanda sí comentó:

—La rutina hace estragos.

—Cierto. Pero hay que esforzarse por vencerla. Lo amenazo con buscarme a otro y él se ríe, porque sabe que nunca lo haré. —Irene suspiró resignada—. Y es verdad. No puedo imaginarme mi vida sin él.

Alira no le dio mayor importancia al asunto. Realmente creía que el matrimonio de Irene era sólido como una roca.

—¿Y bien, Alira? —Amanda apoyó la mano en la rodilla de su amiga y le preguntó, con la voz ronca de una fumadora empedernida que contrastaba con la perfección de su apariencia—: ¿Nos vas a contar qué te pasa? Te noto como ausente. Por favor, dime que no es nada serio. Últimamente todos en mi entorno no hacen más que hablar de enfermedades graves... Enfermedades, insomnio y sequedad vaginal. La maldita mediana edad, cómo la detesto. Me niego a hablar como si tuviera ochenta años.

Alira tomó un sorbo de su ron con limonada, agitó el vaso suavemente con la vista clavada en el hielo, emitió un suspiro y se lanzó:

—Tengo serios problemas de dinero.

Pudo sentir cómo sus amigas la miraban con la extrañeza reflejada en sus rostros. Aquello les tenía que resultar difícil de comprender. Que hubiera mucha confianza entre ellas tampoco significaba que analizaran las finanzas de cada una al detalle. Alira podía imaginarse las habladurías resonando en las mentes de Amanda e Irene: pero si esa mujer no había trabajado nunca porque no le hacía ninguna falta; si su familia había rechazado la oferta de la compra del patrimonio hacía años porque tenía muchísimo dinero; si todavía mantenían chicas de servicio con uniforme y cofia; la de joyas y antigüedades de valor que poseían; la de fincas que todavía trabajaban y que nunca habían dejado de rendir, ni en las épocas de crisis, ni cuando falleció el marido de Elegía...

Qué sabría nadie.

En realidad, la famosa mansión era un lugar decrepito en el que languidecían una anciana, un hermano huraño y ella. Los suspiros de su madre empezaban a hacer mella en su espíritu. Llevaba demasiado tiempo escuchándolos.

—Perdona, Alira. —Irene fue la primera en hablar—. ¿Te has metido en

algún lío financiero?

—No.

—¿Ludopatía?

—Tampoco.

—Entonces...

—Sí, ya... Hasta a vosotras os cuesta creerlo. Pues esa es la realidad. Mamá no cotizó nunca y no tiene pensión de jubilación. La que le quedó de papá es la mínima. No puedo con los gastos de la casa. Los impuestos sobre la propiedad son cada vez mayores y no puedo hacerles frente. Se ha jubilado el último ganadero que tenía arrendadas las tierras. De las ovejas saco poco. Debería haber comprado más, pero no lo hice cuando pude y ahora no puedo. En cuanto a la casa, no ajusta ninguna ventana y no voy a cambiarlas y es imposible calentarla. Mi hermano hace algo de leña, pero no es suficiente, y encargar que la corte alguien resulta muy caro. Tengo frío continuamente. He tenido que reducir las horas de limpieza de Crina, la mujer que viene a casa, y yo sola no puedo con todo. Mamá ha comenzado a abandonarse también. Ya no cocina nada, cada vez camina menos y hay que estar un poco pendiente de ella. El jardín... —Sus ojos se empañaron—. Este año no podré pagar a un jardinero. Y casi he terminado con los ahorros.

Alira se sorprendió al sentir una punzada de alivio después de soltarlo todo seguido, como si las palabras hubieran estado preparadas para salir de su boca desde hacía tiempo. «Quizás no sea tan mala idea exteriorizar los sentimientos», pensó. Las verdaderas amigas como las suyas siempre escuchaban y consolaban; y en ese momento aquello ya era mucho, aunque no pudieran ofrecerle un consejo útil.

Un prolongado silencio siguió a su inesperada declaración. No hubo palabras de consuelo o apoyo. Amanda e Irene se quedaron un buen rato con la vista baja, incapaces de asimilar la información.

Por fin, Amanda dijo con tristeza:

—No tenía ni idea... No sé qué decir.

Irene tomó un nuevo sorbo de su cerveza, suspiró y preguntó, también con pesar:

—¿Quieres decir que te estás planteando vender la casa?

—No veo otra solución. Le he dado mil vueltas. Podría buscar algún trabajo, pero el sueldo de lo que encontrase a estas alturas de mi vida, sin experiencia laboral, no sería suficiente. ¿Y qué haría mamá tantas horas, sola,

cuando más me necesita? —Alira apoyó la cabeza entre las manos, con las que se cubrió parcialmente el rostro—. Mi casa es un saco sin fondo. Ha sido de mi familia durante generaciones, desde hace más de cinco siglos. Y me va a tocar a mí venderla, con las tierras. La casa y las tierras. ¿Cómo voy a separarlas? Sería un sacrilegio. —La voz se le quebró—. Me moriré de pena.

Irene extendió su mano para apretar con afecto y comprensión la de Alira.

—Lo siento mucho, de verdad, Ali. —Meditó sus siguientes palabras. Dudaba que pudieran servir de consuelo a su amiga, pero deseaba animarla —: Intenta verlo de una manera positiva... Otros lo pasan mal, incluso peor, y no tienen tus opciones. A alguien podría interesarle montarse un hotelito rural allí. Está de moda. Con el dinero que sacarías te podrías comprar un apartamento o una casa más pequeña aquí, en Mongraín. Llevarías una vida cómoda y normal.

Alira guardó silencio. A veces odiaba la parte práctica de Irene... Pero en esta ocasión no podía engañarse: su amiga hablaba con sensatez. Durante meses —también esa misma tarde— ella había razonado en esos términos entre las ruinas del viejo pueblo de Aquilare. Y había concluido que era una opción lógica, sensata y fundada...

Que la dejaría herida de muerte.

¿Cuál era el precio real de ese legado, de ese patrimonio físico y emocional que nunca se había disgregado, que no había sido ni abandonado ni troceado hasta la nada como otros?

Ninguna cantidad podría pagar su verdadero valor.

—¿Y qué dicen tus hermanos? —preguntó Amanda suavemente—. Porque en algo te podrán ayudar...

Sus hermanos...

Alira resopló.

Con frecuencia se preguntaba por qué unos hermanos criados de la misma manera, en el mismo lugar y con las mismas condiciones y oportunidades podían ser tan diferentes. Tomás siempre había sido raro, pero cada año parecía... La única palabra que lo describía con precisión era *ausente*. Y Gerardo se había acostumbrado tanto a su vida en la ciudad con su mujer, Telma, que ya comenzaba a ver la propiedad familiar como un bien que, si no se vendía antes, algún día acabaría heredando su hijo, quien terminaría por venderlo, probablemente sin ningún cargo de conciencia

porque ni había vivido ni viviría allí. Mientras tanto, no colaboraba en nada. Y siempre se quejaba de ir escaso de dinero.

—Ya conocéis a Tomás —respondió Alira—. Vive en su mundo. Con él no puedo contar. Y Gerardo no está aquí. En cualquier caso, yo seré la dueña, por ser la hija mayor. Heredar la casa implica hacerme cargo de mamá hasta su fallecimiento, como estoy haciendo, y como ella hizo antes con sus padres.

—Sinceramente, Ali —dijo Irene con cautela—, lo sabemos, pero a mí me sigue pareciendo que me hablas de cosas de otros siglos, la verdad.

—¿Y qué quieres que le haga? Así me educaron.

—Pues no sé. Puedes poner algo de tu parte para cambiar ese pensamiento tan arcaico. Es tu vida. Disfrútala, que cada vez nos queda menos.

—Lo acabas de decir. Es mi vida. Y mi vida es mi casa y mi pasado. Me conoces bien.

Irene alzó las manos mostrando las palmas.

—Lo sé. No discutiré contigo por ello.

—Tal vez haya alguna solución intermedia —terció entonces Amanda—. No sé... Al hilo de lo que ha dicho antes Irene, lo del hotelito rural. Se me ocurre que podrías alquilar habitaciones, por ejemplo.

—¿Alquilar? Quieres decir... ¿Meter gente extraña en mi casa?

—Por Dios, Alira. —Amanda levantó la vista al techo—. Sí, ya sé que para ti es extraño cualquiera que no seamos nosotras dos, pero míralo de este modo. Podrías entrevistar a los interesados. Tu casa es muy bonita, antigua, diferente, de modo que puedes ponerte en plan selectivo. ¿Cuántas habitaciones tienes libres? ¿Tres o cuatro? Tampoco es tanta gente. Podrías incluso plantear diferentes precios si se alojan un fin de semana o para estancias largas. Cada vez a más gente le apetece vivir en el campo y la zona de Aquilare es preciosa precisamente porque se conserva virgen. Con los coches y las carreteras de hoy día ya no hay distancias. Solo alojamiento, unos trescientos euros por habitación al mes como mínimo, y si hay derecho a cocina, o tú preparas algo, no sé, el desayuno y la cena, por ejemplo, evidentemente más dinero. —Soltó una carcajada—. Mira, en un momento ya tienes mil y pico euros más que antes. No me digas que con eso no cambiaría tu situación.

Irene se contagió de la actitud de Amanda.

—La verdad es que la idea es buena, Alira. Venga, desfrunce el ceño y

dinos qué te parece.

Alira reconoció para sus adentros que la idea le comenzaba a parecer ligeramente tentadora. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Haría cualquier cosa con tal de no tener que vender la propiedad. Consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Os prometo que lo pensaré. De momento, solo eso. Tendría que acostumbrarme a ver gente entrando y saliendo, toqueteando mis cosas... Me costaría perder mi intimidad familiar. —«Ni que mi intimidad fuera gran cosa», pensó fugazmente.

Amanda e Irene cruzaron una mirada de satisfacción, pues sabían que cuando Alira verbalizaba sus dudas significaba que su mente había comenzado a procesar la información.

Ahora fue Amanda quien apoyó una mano sobre las de su amiga.

—Te lo pongo más fácil —dijo—. Yo sería una de tus inquilinas.

—¿Harías eso? —preguntó Alira gratamente sorprendida.

Desde su separación, Amanda vivía de alquiler en un pequeño estudio. Cuando sus hijos acudían desde Madrid para pasar algún fin de semana se alojaban todos en el piso de la madre de ella —el mismo en el que tantas confidencias habían compartido de niñas cuando Alira se quedaba algún fin de semana en Mongraín—, que era más grande.

—Qué más me da vivir en un sitio que en otro. —Amanda se encogió de hombros—. Los chicos cada vez vienen menos. Ellos no sienten un afecto especial por este lugar. Se hacen mayores y tienen otros planes. Alira, puede estar bien. Si te soy sincera, hasta me hace ilusión un cambio. Por favor, prométeme que me dejarás elegir habitación... Ya sabes, la del armario con la puerta de espejo. —Se rio. Le había encantado siempre ese dormitorio, recargado de antigüedades, con el enorme armario de caoba y una cómoda lavabo—. Bueno, y ahora que esto ya está en marcha, me voy fuera un momento. —Hurgó en su bolso en busca del paquete de tabaco del que sacó un cigarrillo—. Ahora vuelvo.

Alira observó la habilidad con la que Amanda se abría paso entre las numerosas personas que se habían agrupado junto a la barra, estrechando el camino hacia la puerta, y continuó hablando del mismo tema con Irene, quien, con las herramientas de su teléfono móvil y tomando notas en una servilleta de papel, ya hacía cálculos de cuánto dinero y tiempo costaría poner en marcha esa locura.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando Amanda regresó junto a ellas. Justo entonces comenzaron a escucharse los acordes de una guitarra y las tres intercambiaron miradas de complicidad.

—¡Dios mío! —exclamó Amanda—. ¡Es una señal!

Se sabían de memoria la letra de la canción *Siempre igual*, que hablaba de la tristeza de la rutina y de la terrible resaca después de una noche de borrachera. La melodía no podía ser más pegadiza. Con voz desgarrada, el cantante maldecía la mañana. Hacía frío y lloviznaba. El protagonista odiaba a su jefe, que le echaba la bronca por llegar tarde otra vez. El pobre hombre tecleaba todo el día, durante diez años, soñando que le tocara una quiniela para escapar de esa vida como fuera. Ninguna chica le hacía caso y sus comidas eran congeladas. Sentía que la vida le había traicionado y se preguntaba por sus sueños mientras volvía otra vez a la misma rueda, a empezar otra vez, como en un bucle endemoniado. Siempre igual. Cada día.

—¿Por qué dices que es una señal? —preguntó Irene.

La voz de Amanda se tornó ligeramente aguda. Incluso se distinguía un matiz coqueto:

—¿A que no sabéis con quién me he encontrado hablando con César?

Alira se giró y el corazón le dio un vuelco.

Dejó de oír los ruidos a su alrededor.

Y se sintió como si la hubiera engullido un tornado temporal para escupirla de nuevo, allí mismo, de joven.

TAKE ANOTHER LITTLE PIECE OF MY HEART
(JANIS JOPLIN)

Sábado, 27 de enero

Hacia ellas se dirigían César y otro hombre.

El corazón de Alira aleteó. Como lo hacía cada vez que se encontraba con él, aunque pasaran años sin verse. No lo podía evitar. Era algo incontrolable. Seguía adelante con su vida con normalidad hasta que un encuentro inesperado con él la hacía revivir demasiadas sensaciones del pasado.

Adrián.

Su gran amor de juventud.

El mejor amigo de César.

«¿No vivía en Buenos Aires?», pensó ella.

Ahora hacía ya diez años que no lo veía, pero estaba tal como lo recordaba. El mismo cuerpo, la misma sonrisa, su actitud desenfadada. Como si para él no hubiera pasado el tiempo. Siempre era así. Para él, el tiempo nunca pasaba.

Alira e Irene se pusieron en pie.

—Me aburría en casa —comenzó a explicar César tras saludar a su mujer con un breve beso en los labios— y he venido a tomarme algo. ¿Y quién entraba por la puerta? ¡Adrián! ¡Qué casualidad! Me acaba de contar que se ha tomado unos meses de vacaciones.

Adrián saludó a Irene dándole un beso en cada mejilla. Luego le tocó el turno a Alira.

—Estás estupenda —comentó él—. Igual que siempre.

Era una frase hecha, útil, amable, sin más, pero ella notó que se sonrojaba como si tuviera quince años. Tal vez le molestara un poco ese tono bromista que no había abandonado en su ajetreada vida. Se sintió una Alira principiante, adolescente.

—Gracias —dijo ella—. Tú también. —Solo con que le sonriera se sentiría como años atrás.

Adrián le sonrió.

«Quizás hay cierta tristeza en su sonrisa», pensó Alira. Quizás no estuviera exactamente igual que siempre.

Amanda se lanzó a interrogarlo:

—¿Quién puede tomarse meses de vacaciones?

—En realidad, voy a cambiar de empresa y he aprovechado para descansar un tiempo hasta mi nuevo destino, el último, espero, antes de jubilarme.

—¿Y no hay lugares mejores en el mundo que Mongraín? —continuó Amanda intrigada, pues sabía que a él no le quedaba familia allí.

—Bueno, he viajado tanto que te aseguro que la respuesta es sí. Pero Dunia está un poco tristonera por el fallecimiento de su único hermano y pensé que podría irle bien cambiar de aires. Como yo tenía que hacer unos papeleos de una venta de mi herencia, le pareció buena idea acompañarme al lugar de mis recuerdos de infancia y juventud.

«Sigue con Dunia», pensó Alira fugazmente. La mujer de los ojos increíblemente azules, la que era rica y encima tenía nombre de estrella de cine. La que sí había conseguido compartir su vida con él. No le hubiera desagradado nada escuchar que estaba viudo o separado. Qué tontería. Ya se hubiera enterado por César.

Irene miró tras él buscando a alguien.

—¿Ha venido también Dunia? —preguntó.

—Al bar no. Llegamos hace un par de días y todavía no ha descansado. —Adrián sonrió de nuevo—. Me alegra haberos encontrado hoy.

—Siento lo de Dunia —comentó Irene—. César nos contó lo de su hermano. Una pena, aún era joven...

—¿Y dónde os alojáis? —la interrumpió Amanda sin ganas de conversaciones que giraran en torno a la muerte.

—Estaremos en el hotel nuevo hasta que encuentre algo para alquilar.

—Precisamente hablábamos de eso hace un momento. —Amanda señaló a Alira—. Te acuerdas de su maravillosa casa, ¿verdad?

—Cómo no me voy a acordar —respondió Adrián mirando a Alira—. Creo que sigues viviendo allí.

Alira asintió percibiendo que el corazón se le aceleraba al presentir qué

iba a decir Amanda a continuación. A veces le salía la vena mandona e inoportuna.

—Pues ahora Ali va a alquilar habitaciones —continuó Amanda—. ¿Por qué no os instaláis con nosotras? Yo también me apunto. Puede ser divertido, todos juntos, después de tanto tiempo. ¿No os parece? —Soltó una carcajada—. Como la película esa, *Los amigos de Peter...* —Se detuvo de golpe al recordar el argumento y arrugó la nariz—. Pero que nadie anuncie que se va a morir, por favor.

Adrián también rio. Miró de nuevo a Alira y le dijo:

—Es una idea tentadora. Lo comento con Dunia y te lo confirmo mañana mismo. Pero estoy seguro de que a ella también le parecerá bien.

Un pensamiento fugaz cruzó la mente de Alira. ¿Qué podría pasar por intentarlo? Nada a lo que no pudiera poner remedio. Ya eran demasiado mayorcitos para andarse con rodeos. Si aquello no funcionaba, siempre podría echarse atrás. Estaban en una edad para volver a empezar; en realidad, la última edad para hacerlo. Sí. Tal vez fuera la última ocasión para hacer algo diferente.

—Necesitaré al menos una semana para ponerlo todo a punto —dijo más excitada de lo que había estado en años.

Todo el tiempo se acababa. También el tiempo para hacer locuras. Era ahora o ya nunca.

Alira sintió un agradable cosquilleo en el estómago. Algo diferente. Algo de acción. Una alteración de la monotonía.

Tal vez, por fin, todo dejara de ser tan igual. Tal vez fuera posible escapar de tantos años de esa misma vida.

De vuelta a su casa aquella madrugada gélida de enero, Alira recuperó unos momentos lejanos en el tiempo pero nunca olvidados. En medio de sus pensamientos acerca del lío en el que se iba a meter al alquilar su casa y de su nerviosismo por la reacción de su madre y de su hermano, afloraban escenas, palabras y sentimientos que la habían acompañado durante décadas, y que habrían permanecido adormecidas si el destino no le hubiera puesto de nuevo a Adrián en su vida.

Recordó cómo comenzó y cómo terminó su relación.

Adrián era el chico alto de cabello oscuro que se sentaba en la última fila de la clase en el instituto con una actitud algo burlona ante todo que se podía permitir porque era el más guapo e inteligente del grupo. En la imaginación de la Alira adolescente, Adrián se le acercaba y le pedía salir y ella le decía que sí y comenzaban una historia de amor que habría de durar años y años hasta que murieran cogidos de la mano en presencia de sus numerosos y guapos hijos y nietos.

Pero la realidad era otra. A César le gustaba Alira y se lo había hecho saber haciéndole llegar en clase un papelito con un poema. A Alira le gustaba Adrián. Y a Adrián siempre le gustaban las más guapas. En esos momentos, salía con una chica de un curso superior.

La Alira adolescente se desahogaba de su mal de amor en las ruinas de Aquilare. Cogía su radiocasete y descendía por el polvoriento camino hasta el pueblo abandonado. Llegaba hasta lo que una vez fuera la plaza y se sentaba en el único banco de piedra en el que no había ortigas, porque ella misma las había ido arrancando. Pasaba horas acompañada únicamente de la música, cuyas letras empezaban a cobrar sentido ahora que estaba enamorada. *Que no lastimen a tu corazón... Que nunca tengas que llorar por amor... Que no amanezca tu mañana sin sol.* Se las sabía todas y las canturreaba pensando en Adrián. Ella sí quería ser aire que alborotara su pelo, y ofrecerle la luna, y ser nube de su firmamento, y ser lluvia y empaparse de sueños. En su vida de entonces, como en la de sus amigas, había lugar para grandes esperanzas y, en sus sueños, su ilusión siempre era él. Miraba entonces a su desvencijado alrededor y las letras de Los Pecos parecían referirse a toda su vida, no solo a su amor secreto por Adrián. Pensaba en su infancia y solo tenía recuerdos de un pasado feliz. Era verdad que había vivido unos años algo duros por culpa de la soledad, del nuevo colegio, del cambio producido en Aquilare y todo eso; pero una actitud positiva provocada por su enamoramiento, aunque no fuera correspondido, la empujaba a desear olvidarlos y a volver a reír. Resultaba difícil para una adolescente ser optimista en un entorno decrepito como ese, pero su propio romanticismo se nutría de las ruinas de las casas caídas y de las lápidas abandonadas del cementerio, y se transformaba en una pasión interna arrebatadora.

Como con Adrián lo tenía difícil —si no imposible—, un día de primavera, aconsejada por sus amigas, más prácticas, sociables, despiertas y

rápidas ante los cambios que ella, decidió por fin darle una oportunidad a César.

Tenían catorce años. Estaban jugando a La carta en una caseta de campo abandonada a las afueras de Mongraín. La pandilla del instituto, cuyo número de integrantes variaba según las circunstancias del fin de semana de cada familia, solía juntarse allí los sábados por la tarde. Alira se perdía muchos de estos encuentros porque vivía en Aquilare, pero unas veces sus padres bajaban a comprar a Mongraín y la llevaban con ella, y otras dejaban que se quedara a dormir en casa de Amanda.

El juego era sencillo pero excitante. Mientras los demás esperaban sentados en el suelo escuchando la música de un radiocasete, uno entraba en el pequeño edificio iluminado por la luz que se filtraba por los agujeros en el tejado y enviaba una carta a alguno del grupo de fuera. Eso significaba que deseaba compartir unos momentos de intimidad con esa persona. El hecho de que te llamaran ya era signo de que la otra persona mostraba un interés especial por ti. En teoría, nadie tenía que saber qué sucedía dentro de la caseta; luego todos se lo contaban todo. Aquellos eran secretos a voces que los atraían por ser secretos, aunque solo fuera en teoría y por poco tiempo.

En esos momentos, César estaba dentro. Se oyó su voz:

—Deseo enviarle una carta a Alira.

Amanda e Irene aplaudieron entre risitas. Sonrojada, Alira dio una última calada al porro de marihuana que le habían pasado y se lo entregó a Amanda. Se levantó, entró en la caseta y se sentó junto a César en un estrecho y destartalado banco de madera.

—¿Qué piensas del mensaje que te envié? —César fue directo al grano, aunque no era capaz de mirarla a los ojos.

—Me gustó mucho, gracias —respondió ella sin mucho entusiasmo, porque el poema le había parecido cursi.

César alzó la vista y su cara se iluminó con una sonrisa.

—¿De verdad?

Alira asintió.

—Eso significa que quieres salir conmigo —continuó él.

—Podemos probar...

—Entonces, ¿te puedo dar un beso?

—Sí, pero no sé cómo se hace. —De repente, Alira sintió una mezcla de miedo y excitación. La marihuana la hacía sentir desinhibida. Por eso mismo,

apenas fumaba. Le desagradaba perder el control—. Y sin tocar.

—Este va a ser también mi primer beso —admitió César en voz baja, nervioso—. Y te prometo que nada más.

Alira cerró los ojos y esperó. Enseguida descubrió la enorme distancia que había entre la idea y el hecho. Percibió que César aproximaba su rostro, ladeaba ligeramente la cabeza y posaba sus labios sobre los de ella. Presionó ligeramente unos instantes y se apartó. Mentalmente, ella lo describió como un beso seco, corto, insulso. Por lo que escuchaba decir a sus amigas, eso de besarse suponía un auténtico placer. Pero ella no había sentido nada en especial, como no fuera la excitación por el hecho de estar haciendo algo clandestino, como lo de fumar. A ningún padre ni a ninguna madre le haría gracia saber que su hija se colocaba y se andaba besando por ahí con cualquiera.

Bueno, César no era cualquiera. Era un joven apreciado, un amigo querido por todos. Era simpático, agradable, buena persona, atlético. Pero no era Adrián. Tal vez si allí estuviera Adrián, ese fuera el momento más feliz de su vida.

—¿Te ha gustado? —preguntó César.

Alira abrió los ojos y su mirada se encontró con la limpia, verdemar, transparente, de él.

—Sí —mintió en un susurro.

—Me alegro mucho. ¿Otro?

Ella asintió. «Tal vez la experiencia ayude a incrementar el placer», pensó. Cerró los ojos de nuevo y esperó. Esa vez César aguantó la presión unos instantes más y entreabrió ligeramente los labios. Alira percibió algo de humedad. Sin duda, era más placentero que el anterior. Entonces sintió la punta de la lengua de César y se apartó bruscamente.

—Perdona —dijo él.

—No pasa nada.

—Mejor iremos poco a poco. ¿Te parece?

—Claro.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Venga! —gritó Irene—. ¡Que lleváis mucho rato!

César se levantó. Al llegar a la puerta, se giró.

—Ahora te toca a ti llamar a alguien... —dijo con evidente preocupación, temiendo que Alira quisiera estar a solas con Adrián. Con su

mejor amigo.

Todos sabían que ella estaba loca por él, y él no. Pero en el juego de La carta cualquier cosa podía suceder. Podían llamar a quien quisieran, aunque estuviese comprometido.

«Sí, ahora es mi turno», pensó Alira nerviosa cuando César salió. A nadie le extrañaría que ella llamara a Adrián, pero le costaba dar ese paso. Había soñado muchas veces con ese momento, y ahora estaba a punto de echarse para atrás. Pensar en estar allí dentro a solas con Adrián le producía vértigo. Sí; esa turbación que se suponía que debería haber sentido al besar a César... ¿Sería capaz de dejar pasar esa oportunidad? En ese juego, los amigos no se juzgaban... Y aunque lo hicieran, ¿qué prefería? ¿Arriesgarse y salirse con la suya o seguir conformándose con sus fantasías?

Respiró hondo y dijo en voz alta:

—Deseo enviar una carta a Adrián.

El tiempo que transcurrió hasta que este entró se le hizo eterno. También le pareció que las risas y voces del exterior se habían apagado. La voz desgarrada de la cantante y los porros causaban su efecto adormecedor. Cada uno entregado a sus propios pensamientos nebulosos. O, tal vez, también los demás se hubieran sorprendido de su valentía.

Adrián se quedó de pie, apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados. Era más alto que César. Más fuerte. Llevaba el pelo oscuro más largo que los demás. Dejaba que el flequillo le ocultara parcialmente los ojos oscuros. Alira no era tan tonta como para no comprender que su actitud demostraba cierto fastidio por estar allí. De hecho, ni siquiera hizo ademán de aproximarse.

Ella apoyó la mano en el banco.

—¿No te sientas? —preguntó.

—Estoy bien así.

Alira se levantó y se acercó a él.

—Quiero que me des un beso de verdad.

—¿Qué pasa? ¿César no lo hace bien?

—Ahora somos nosotros los que estamos aquí. Si me besas, diré que no ha pasado nada, que solo quería preguntarte una cosa. Si no lo haces, diré que lo has hecho. Tu palabra contra la mía.

Alira sintió una punzada de culpabilidad y algo de vergüenza. Aquello no estaba nada bien. Pero ¿cuándo volvería a tener una oportunidad como

aquella? Tal vez nunca.

—Pensaba que eras una mosquita muerta —dijo Adrián, con una sonrisa burlona.

Descruzó los brazos, rodeó la cintura de ella con sus manos y la atrajo hacia él. Con decisión, la besó.

Pobre César. Pasó a un lugar indefinido en el corazón de Alira. El de Adrián fue un beso largo. No se limitó a posar sus labios entreabiertos sobre los de ella, sino que alternó ligeras succiones con estudiadas caricias de su lengua que fueron creciendo en intensidad. Sabía cómo controlar la respiración para acompañar los movimientos. Ella podía oírla.

Alira se sintió incapaz de imitarlo. Le faltaba el aire. Ni siquiera podía pensar con claridad. Solo sabía que aquel beso no se parecía en nada al de César. El corazón le latía con fuerza. Apoyó las manos en el pecho de él y presionó para separarse.

—¿Suficiente? —preguntó él con un deje irónico que ella detestó.

Alira supo que nunca olvidaría ese beso, dado por quien siempre sería el primer amor de su vida, que todo lo que aconteciera después sería pura comparación, posiblemente para peor, y lamentó ser consciente de que nunca recuperaría ese cosquilleo que le había producido en el vientre lo desconocido, que ya no lo era, y de que quería más.

Mucho más.

—Pues me esperaba otra cosa —mintió—, ya que me preguntas.

Él enarcó las cejas ligeramente ofendido.

La atrajo de nuevo hacia él con decisión y la miró a los ojos mientras deslizaba sus manos por debajo de su fino jersey. Le acarició suavemente las caderas y la cintura, el vientre y el pecho, sin dejar de mirarla, como si quisiera comprobar el efecto que aquello producía en ella. Luego volvió a besarla, con mayor intensidad.

Y esta vez ella supo cómo respirar para amoldarse a él. Se abandonó a las sensaciones que le producía el contacto de los labios de él sobre los suyos, el calor de las manos de él en su espalda, y de las de ella en la suave nuca de él, y se deleitó en la maravillosa información que las yemas de los dedos recibían de la textura de su cabello oscuro.

De repente, Adrián se detuvo y se apartó de ella bruscamente.

Alira abrió los ojos y creyó descubrir una expresión de aturdimiento en el rostro del joven. Hubiera deseado preguntarle por qué había parado y

pedirle que continuara, pero él abandonó rápidamente la caseta y luego, cuando ella también salió y se dio el juego por terminado puesto que Adrián dijo que no iba a llamar a nadie más, ni la miró ni una sola vez ni le dirigió la palabra.

El resto de la tarde, Alira no pudo sacarse de la cabeza y de su corazón las sensaciones físicas que el encuentro con Adrián le había producido, la satisfacción de haber conseguido esos minutos entre los brazos de un inalcanzable como él, e incluso la complacencia de su ruin valentía.

Pero la experiencia le proporcionó también la amargura del conocimiento. Por mucho que sintiera una fuerte atracción hacia Adrián, supo que nunca se podría fiar de alguien como él.

No la tendría que haber besado. No tendría que haber aceptado el chantaje. Adrián tendría que haber salido de allí dando un portazo nada más escuchar la propuesta. Por respeto a la chica con la que salía.

Esa misma noche se lo contó todo a Amanda en la oscuridad de la pequeña habitación del piso de sus padres. Amanda no la juzgó. En el juego de La carta todo estaba permitido. Por eso les gustaba tanto.

—Sentí pena por su novia —le confesó Alira finalmente a su amiga en un susurro.

—¿Por qué?

—Está saliendo con alguien deshonesto. Debería decírselo.

—No te creerá y encima hablará mal de ti, que si estás celosa y eso. Que lo descubra ella. Alira, no me puedo creer que pienses en la que sale con el que te gusta.

A ella no le parecía tan extraño. Estaba disgustada por la revelación de la verdadera forma de ser de Adrián. Aunque igual él pensaba cosas horribles de ella. Al fin y al cabo, ella había provocado la situación.

—Además —continuó Amanda—, has dicho que se detuvo de golpe y se fue. Eso es que se arrepintió. Vamos, que, aunque al principio se dejara llevar, al final pensó en la otra y reaccionó.

—Puede ser... —A Alira le gustaba pensar que él se había sorprendido porque, en el fondo, había disfrutado de aquel encuentro inesperado, pero la explicación de Amanda tenía sentido. Mejor sería que se olvidara. Adrián seguía siendo un inalcanzable para ella. Suspiró—. César me ha pedido que salga con él.

—Pues dile que sí. Es buen tío.

Esa noche y las siguientes, durante semanas, Alira se durmió con el recuerdo de los dos besos de Adrián. No podía luchar contra ese fuego interior que se avivaba cuando pensaba en él en la cama.

No obstante, aceptó comenzar a salir con César. Esto quería decir que, como hacían todas las nuevas parejas, en los recreos, por las tardes y algún sábado se sentaban o caminaban juntos, hablaban de sus cosas, se cogían de la mano y, a veces, se besaban. Solo eso. Nada más. Alira tenía que ir poco a poco. Porque no podía dejar de pensar en Adrián y se sentía mal por engañar a César. Hasta entonces siempre se había repetido que nunca estaría con alguien de quien no estuviera plenamente enamorada.

Y ella de quien estaba enamorada era de Adrián.

A excepción de todo aquello que tuviera que ver con él, a Alira le costaba convertir la época de la juventud, tan llena de experiencias variadas, de una energía tan desbordante, en una narración cronológica precisa. Pero, eso sí, su mente seleccionaba los escasos momentos con Adrián sin dudar y los convertía en algo glorioso en medio del magma de recuerdos y sensaciones de su pasado.

Uno de esos momentos llegó en otoño de ese mismo año, el día del décimo quinto cumpleaños de Alira. Sus padres le habían permitido que celebrara una fiesta en la mansión con sus amigos y habían tenido la deferencia de marcharse a la ciudad por la tarde para dejar solos a los jóvenes.

Mientras enseñaba los alrededores a aquellos que todavía no conocían la propiedad, Alira percibió que Adrián buscaba la ocasión para acercarse a ella y mostraba mucho interés en las cosas que ella contaba. Más tarde, cuando ella fue a rellenarse el vaso de bebida en el *office*, a los pocos segundos él también estaba allí, aparentemente con el mismo propósito.

—¿Me preparas un cubata? —le preguntó Adrián tendiéndole su vaso.

Habían colado en la casa vodka en las botellas de plástico de los refrescos, para que los padres no se enteraran. Alira procuró que no se le notara cómo le temblaban las manos mientras vertía el líquido. Quería mostrar naturalidad cuando en su interior estaba hecha un manojo de nervios. Le tendió la bebida y esbozó una sonrisa tímida. Deseaba demorar ese instante. Que nada ni nadie interrumpiera esa cercanía.

Adrián se aproximó y se inclinó.

—Ali... No he podido olvidarme de lo que pasó en la caseta. ¿Y tú?

Alira alzó la vista para encontrar su mirada.

—Yo tampoco —le confesó sintiendo cómo ardían sus mejillas.

Entonces Adrián tomó un sorbo de su cubata, se inclinó en busca de los labios de ella y, abriendo ligeramente los suyos, dejó que parte del líquido se deslizara en su boca.

Alira saboreó la mezcla de sabores. La cabeza comenzó a darle vueltas. Pensó que nunca en su vida olvidaría ese día. No podía haber nada mejor en el mundo que cumplir quince años. Solo faltaba que él le hiciera la gran pregunta para que todo fuera absolutamente perfecto.

Entonces, como si le hubiera leído el pensamiento, Adrián se separó unos centímetros y le preguntó:

—¿Quieres salir conmigo?

Ella asintió y disfrutó de nuevos besos de Adrián hasta que oyó voces de otros jóvenes y se separó. No quería que los pillaran. Sería ella quien se lo dijera a César, cara a cara; y cuanto antes, mejor, porque quería sentirse libre para entregarse a Adrián.

Lo hizo al terminar la fiesta, mientras iban llegando los coches de los padres que acudían a recoger a los jóvenes. Le dijo la verdad: que lo veía como un buen amigo, pero que estaba enamorada de Adrián y que ahora él le había pedido salir y ella había aceptado.

César tardó meses en volver a dirigirle la palabra. También la amistad entre ellos dos se resintió, pero el tiempo volvió a normalizar la situación. No era ni el primero ni el único con el que una chica cortaba para liarse con su mejor amigo. A esa edad, pocas historias amorosas duraban mucho. Las parejas mostraban la misma estabilidad que las hormonas.

Alira y Adrián fueron novios durante cuatro años. En el entorno bullicioso de Mongraín, entre los días de instituto y los encuentros de los sábados, su relación evolucionaba y se afianzaba. A la pasión juvenil se sumaba la excitación por el futuro ilusionante que se abría ante ellos. Irían a la universidad en una gran ciudad. Serían mayores de edad. Aunque vivirían en diferentes pisos de alquiler —él compartido con otros chicos y ella con otras chicas—, no tendrían problemas para dormir en la misma cama cuando quisieran, para amarse sin prisa, sin horarios, sin miedo a ser descubiertos.

Entonces Alira no sospechaba que pudiera abrirse un abismo entre ellos.

El primer año de universidad se encargó de evidenciar las diferencias entre los deseos de cada uno. Surgieron las primeras discusiones. Los fines de

semana, Adrián quería ir de aquí para allá, salir de fiesta, realizar cortos viajes; ella siempre encontraba razones para marcharse a Aquilare porque siempre había cosas que hacer en la mansión, o porque era el momento de recoger setas, de sembrar las patatas, de podar, de pintar postigos, de rellenar las cubas de vino en luna menguante, de trasplantar o de hacer conservas. Solo mucho tiempo después de la ruptura comprendió que, en realidad, ella no se sentía tan cómoda como él en la libertad sin fronteras de la ciudad y añoraba la seguridad de la mansión Elegía en Aquilare.

La frecuencia de las discusiones por la misma causa aumentó. Comenzaron las excusas para no quedar algún día. Las conversaciones telefónicas diarias pasaron a tener lugar cada tres o cuatro días, y luego cada semana. Los encuentros se fueron distanciando.

Un sábado invernal, Alira decidió ir a verlo sin avisar. Le daría una sorpresa, hablarían, aclararían las cosas, acordarían medidas para continuar adelante con la misma ilusión del principio y se amarían. Desde el rellano oyó música y voces provenientes de su piso. Llamó y enseguida abrió un chico al que no conocía.

—¡Bienvenida! —le dijo—. ¡Pasa, cierra la puerta y disfruta!

El piso estaba lleno de gente. Algunas personas le sonaban de haber coincidido alguna vez con Adrián, pero la mayoría eran desconocidas. Recorrió el pasillo hasta el fondo, donde estaba el salón. Entró y por fin localizó con la vista a Adrián. Apoyado en una de las hojas del balcón, parecía encantado con la manera en que una chica ligaba abiertamente con él.

Alira se acercó hasta que él la vio. Pero él no se movió. Sus miradas se cruzaron un instante, un segundo.

El tiempo suficiente para que ella comprendiera que todo había terminado entre ellos.

Sentada ahora, décadas más tarde, al volante de su coche, rodeada de la oscuridad absoluta que devoraba la naturaleza virgen que separaba Mongraín de Aquilare, Alira reconoció que había amado durante años a Adrián, reprochándose por hacerlo, siendo como era una pérdida de tiempo y de energía emocional. Pero en plena juventud, él no se había quedado solo un pedacito de su corazón: lo había desgarrado.

No recordaba con exactitud cuándo había dejado de pensar en Adrián sin dolor después de su separación definitiva.

Le había costado mucho acostumbrarse a que Adrián no formara parte de sus conversaciones, a que nadie le preguntara por él, a tener que ir enterándose poco a poco de sus novedades a través de amigos comunes, en concreto de César e Irene.

La chica de la fiesta se llamaba Dunia. Durante años, la odió tanto por ocupar su lugar que evitó los encuentros de grupo en los que estuviera la pareja. Fue la única que no asistió a su boda. Agradeció que por motivos de trabajo el matrimonio tuviera que viajar mucho. Y luego, cuando la conoció por fin un día en el café de la pandilla en Mongraín —tendrían entonces unos treinta años—, tuvo que hacer esfuerzos por sonreír y actuar con normalidad. No le había quedado más remedio que aceptar su existencia.

Centrada en su casa y su familia, Alira había continuado con su vida. Para ella, elegir un camino implicaba desestimar otros posibles, y también otros imposibles. De alguna manera, ella había elegido continuar en su tierra. Como muchos, se había arrepentido a veces de no haber tomado otro rumbo, pero jamás lo reconocería en voz alta. Para seguir adelante, era conveniente mostrar orgullo; no arrogancia o vanidad o engreimiento, sino estimación propia, o contento, o satisfacción. Que lo sintiera o no dentro de ella, eso ya era otra cosa.

O, al menos, así la habían educado.

Hasta esa tarde, en los últimos años no había pensado demasiado en él. Sin embargo, al escuchar su voz y su risa de nuevo, al seguir con la mirada sus gestos, el elegante movimiento de las manos, al sospechar que sus brazos y piernas conservaban la fortaleza en la que ella se solía enredar, sus sentimientos por él parecieron resurgir, de improviso, con la fuerza de un volcán. ¿Cómo era posible, después de tantos años? ¿Tan intensa era la soledad que sentía —y le costaba reconocer— que le abría, anhelante, los brazos al pasado, como si pudiera convertirse en presente por arte de magia?

Sintió un escalofrío de placer.

¿Cómo sería tenerlo tan cerca?

ABSOLUTE BEGINNERS (DAVID BOWIE)

Meses después
Lunes, 25 de junio

Irene se reafirmó en su primera impresión sobre aquella mujer: la mirada cargada de experiencia de Esther Vargas taladraba. La subteniente la ponía nerviosa, y eso se traducían en que, sin tener nada que ver con esa escabrosa historia por la que había derramado tantas lágrimas y por la que tenía que tomar ansiolíticos para dormir, sentía que se tenía que esforzar en aparentar naturalidad a la hora de responder.

No entendía el porqué de tanto interés en volver a interrogarla. De acuerdo; mantenía una relación de amistad con la víctima. Pero ahí terminaba todo. Estaba bien claro que no tenía ningún móvil para desear su muerte.

Además, si ya le resultaba terrible tener que enfrentarse a la desaparición de un ser cercano, un asesinato era algo que no cabía en su cabeza. Todavía no se podía creer que aquello hubiera sucedido. Que estuviera sucediendo.

Decidió cruzar las manos sobre la mesa y esperar a que la subteniente encontrara el documento que buscaba bajo la mirada ceñuda de César. Que él también estuviera presente tendría que facilitar algo las cosas; sin embargo, Irene no podía sacarse de la cabeza la tenue vacilación de su marido al intentar convencerla de que era lógico que volvieran a interrogarla. «Hay cosas aparentemente nimias —le había dicho—, a las que no prestamos atención, y resultan relevantes para la resolución de un caso.»

—Entonces... —murmuró Esther como si se le acabase de ocurrir algo de suma importancia—, la idea de irse todos a vivir juntos fue en parte suya.

—Eh... No exactamente —dijo Irene sorprendida porque comenzara el interrogatorio de la misma manera que el jueves anterior, el día de la aparición del cadáver. Esa mujer quería saberlo absolutamente todo sobre ellos. Diseccionar sus relaciones personales. Analizar sus sentimientos, motivaciones y palabras al detalle—. Surgió de repente. Alira se quejó de

problemas de dinero. Nos confesó que iba a vender la mansión. Un sufrimiento para ella. Yo le dije que sonaba razonable, dadas las circunstancias. A Amanda se le ocurrió entonces que podía alquilar su enorme y preciosa casa. A mí me pareció buena idea...

—Y eso fue antes de que Adrián entrara en escena...

—Sí.

—Porque usted no se había enterado de que llevaba unos días por aquí con su mujer y que se alojaba en el hotel...

—No.

—¿Cree usted que Amanda tampoco se había enterado de eso?

Irene miró a César, que se mantenía impassible.

—Me lo hubiera dicho. Pero es que acababan de llegar. Solo llevaban dos días en Mongraín. Fue una sorpresa para todos encontrarnos con Adrián en el Siempre... —Irene creyó necesario aclarar a qué se refería el nombre, simplemente por ofrecer un tono casual. No entendía por qué le preguntaba ahora por Amanda—: El bar de la pandilla.

—Lo sé —dijo Esther tajante—. Aquí pone que Amanda se mostró coqueta al ver a Adrián. Dígame. ¿Lo percibió usted?

Irene titubeó. Allí solo estaban las tres amigas, César y Adrián. ¿Quién habría contado aquello? Miró de nuevo a César y le pareció que fruncía el ceño todavía un poco más. ¿Lo había dicho él? Pobre Amanda: siempre había dado la impresión de estar flirteando, continuamente. Por ser atractiva y simpática.

—Yo creo que simplemente se alegró de verlo —respondió deseando que la pregunta no anticipara nada peor.

—¿Sabe usted si en algún momento del pasado Amanda se sintió atraída por él?

—Era tan guapo que gustaba a muchas. —Irene acompañó el comentario con una sonrisa que no surtió ningún efecto en la otra mujer, así que concluyó la respuesta con seriedad—: Todos sabíamos lo enamorada que había estado Ali de él. Las amigas son sagradas.

—Pero eso pertenecía al pasado, ¿cierto? Y parece ser que Alira lo tenía olvidado. Igual que usted olvidó que su marido había estado enamorado de ella.

Irene percibió que César se ponía tenso.

—No entiendo adónde quiere ir a parar —dijo consciente de que César

no abriría la boca ante su superiora—. Aquello sucedió hace mucho tiempo. Éramos unos críos. Y hemos sabido conservar la amistad durante décadas.

—Nada se olvida —sentenció Esther—. Hay un estudio de la Universidad de Oakland que dice que llevarse genial con tus ex, algo que puede parecer motivo de orgullo, de madurez o de racionalidad, en realidad esconde rasgos psicopáticos. Curiosamente, aquellos con personalidades más oscuras suelen mantener una relación aparentemente blanca y estable con sus antiguos compañeros sentimentales, aludiendo al sentimentalismo, a los amigos comunes, a lo bueno compartido, al cariño por todo lo vivido... Yo creo que el argumento se aplica igualmente a la relación con aquellos de quienes nos enamoramos y no fuimos correspondidos, y a la relación con aquellos que supimos que nos amaron en algún momento. Si el tiempo nos ha demostrado que una persona no es la adecuada, ¿qué es lo que seguimos buscando en ella? ¿Suplir alguna carencia? Sea lo que sea, un beneficio personal de forma egoísta. Lo normal hubiera sido aumentar la distancia entre todos ustedes. Al contrario; se metieron bajo el mismo techo. —Miró de soslayo a César—. A mi juicio, lo normal es que esa amistad provocara incomodidades. Y luego, pasa lo que pasa...

—Eso es retorcido —dijo Irene—. Y no se ajusta a la verdad.

—¿No? —El tono de Esther se volvió irónico. Esperó unos instantes antes de soltar—: ¿Sabía usted que, aprovechando el nostálgico reencuentro de la pandilla en la mansión Elegía, Amanda y Adrián mantuvieron, cómo decirlo, una estrecha relación? El hombre más importante de la vida de Alira termina liado con una de sus dos mejores amigas. Eso tiene que desequilibrar a cualquiera.

Irene enrojeció. Pues sí; lo peor había llegado. ¿Cómo se habían enterado? Ella no se lo había dicho a nadie. Bastante difícil le había resultado ocultárselo a su marido y a Alira. Amanda le había jurado que habían sido muy discretos. Miró de nuevo a César y por su expresión supo que también lo sabía. ¿Quién se lo habría contado, Amanda o Adrián? Con ambos había tenido siempre mucha confianza. Resultaba fácil hablar con César. Era paciente, comprensivo, reservado y buen consejero. Había sido, para todos, la figura del confesor. ¿Y si Alira también se había enterado? ¿Le perdonaría que se lo hubiera ocultado?

Avergonzada, bajó la vista a sus manos. Hasta ese momento hubiera jurado que las sospechas de lo sucedido habían recaído en Alira, algo que

rechazaba porque Ali era incapaz de matar a nadie. Aquello de los gorriones fue una estupidez de la infancia. Ni sabía por qué lo había comentado en el primer interrogatorio. «¿Recuerda algún momento del pasado en el que Alira se mostrara cruel?», le habían preguntado. Y ella, aturdida por lo sucedido, fiel al consejo de su marido de que fuera sincera y no ocultara nada, recuperó ese episodio.

Cuando Irene conoció a Alira por primera vez en el colegio de Mongraín, le pareció sosa y aburrida. Se le notaba que quería camuflarse en el grupo somnoliento formado por aquellos seres desperdigados por los valles que el autobús recogía; que la aturdía el bullicio de su nuevo colegio, donde había dos clases por curso y al menos veinte profesoras; que no encajaba. Cohibida, se hundía en la silla tras el pupitre deseando pasar desapercibida. Comprendía las lecciones, hacía los deberes, aprobaba los exámenes, pero jamás levantaba la mano para participar en clase y apenas hablaba con otras niñas aparte de Amanda porque percibía hostilidad por parte de ellas.

Irene siempre había reconocido que ella era una de las que se metían con la nueva, algo de lo que después se arrepintió. Le costaba reconocerse en aquella chiquilla cruel que le ponía la zancadilla a Alira cada vez que subían en fila las escaleras después del recreo y que disfrutaba cuando esta caía de rodillas, muerta de vergüenza, sobre un peldaño, ante las risas de las demás.

Un día Alira se hartó.

Se levantó con calma del suelo y le estampó una bofetada. Irene comenzó a temblar de ira envuelta en un silencio expectante. Lentamente, con los puños cerrados, ascendió un peldaño para ponerse a la altura de Alira, sin dejar de mirarla a los ojos, y le propinó una patada en la espinilla. Alira reaccionó dándole otra. Siguieron entre patadas y bofetadas hasta que una de las hermanas profesoras llegó hasta ellas y preguntó con voz severa:

—¿Qué pasa aquí?

Las demás chicas murmuraron entre sí, pero Irene y Alira se limitaron a agachar la cabeza.

—Ya verás cuando se entere el padre de Irene... —dijo Amanda preocupada, un peldaño por encima de ellas, con la voz suficientemente alta para que se oyera—. Con lo bruto que es, la castigará para siempre.

Más tarde Alira le contaría que ese *para siempre* le había parecido algo horrible porque a ella nunca la castigaban, como mucho la mandaban a su dormitorio a pensar cuando había sido revoltosa. Por eso había mirado a la profesora directamente a los ojos y le había dicho:

—He sido yo. He creído que se reía de mí. Lo siento mucho. Ha sido una confusión.

El asunto terminó en el despacho de la directora. Recibieron el correspondiente castigo de tres días sin recreo, juntas en la misma aula, sin otra compañía. El aburrimiento las obligó a hablar ya el primer día. Fue Irene quien rompió el hielo:

—Gracias por no delatarme, Alira.

—De nada. Pero no te metas más conmigo.

—No lo haré. —Tras unos segundos de silencio, consciente de que ese tema ya no daba más de sí, Irene comentó—: Dicen que vives en un castillo.

—Es una casa grande —matizó Alira—. Como mucho, una mansión. En todos los pueblos hay al menos una.

—Es verdad. Pero nunca he conocido a nadie que viva en una mansión. Eres rica.

—No sé. —De manera instintiva, Alira cubrió con su mano un remiendo que lucía su bata a la altura del codo.

—¿Y no tienes miedo?

—¿A qué?

—No sé. Tenéis que estar muy solos allí.

—Estamos acostumbrados. Si quieres, puedes venir un día con Amanda a merendar...

Al tercer día de castigo, Irene ya se había convertido en la segunda mejor amiga de Alira, quien la invitó junto con Amanda a pasar la tarde de un sábado de principios de primavera en su casa.

Era la primera vez que Irene conocía la mansión Elegía y no salía de su asombro porque nunca había estado en un lugar como aquel, tan recargado y ostentoso, a su juicio. Todo le llamaba la atención: los muebles oscuros, algunos sobrios, otros de patas torneadas, las enormes puertas de doble hoja, los cuadros en gruesos marcos dorados, las cortinas de recio terciopelo, las sillas de seda, las escaleras de losas de piedra. Al cabo de unas horas, fue ella quien sugirió salir a dar una vuelta por los alrededores. En realidad,

necesitaba respirar aire fresco para librarse de una sensación de opresión que no quería admitir que era algo de envidia.

—Podríamos ir al pajar —sugirió Amanda—. Lo echo de menos.

Tras el invierno, la cantidad de paja acumulada para alimentar al ganado había disminuido. Pudieron trepar por las restantes pacas de hierba seca, asomarse a los ventanucos y disfrutar de la vista y del eco y saltar sobre el suelo mullido. Rieron y rieron. Cuando llegó el aburrimiento, Alira preguntó:

—¿Queréis acompañarme a cazar gorriones?

Amanda titubeó.

—No sé si es buena idea...

—Así me ayudáis. Tengo que hacerlo y este año hay muchos.

Irene sintió curiosidad.

—¿Y cómo los cazas?

Alira les indicó que la siguieran. Trepó de nuevo por los fardos de paja hasta la parte alta del pajar y comenzó a caminar pegada a las paredes buscando agujeros en ellas. Se detuvo ante uno, introdujo la mano izquierda en él y cogió un pajarillo. Extendió la mano hacia sus amigas y la abrió. En la palma reposaba un pequeño gorrión sin plumas que apenas tenía fuerzas para abrir los ojitos y el pico.

—¡Acaba de nacer! —exclamó Irene emocionada—. ¡Qué cosa tan linda!

—Son una plaga —dijo Alira.

Sin dudar, apoyó el dedo índice de la mano derecha en el abultado vientre del pajarillo y presionó con fuerza. Las entrañas del indefenso animal aparecieron en el centro de la mano. Lo tiró al suelo, se limpió con paja y se dispuso a coger otro gorrión sin percatarse en ese momento de la expresión horrorizada de Irene, que seguía muda e inmóvil.

—Mejor nos vamos —dijo Amanda.

—¿Por qué? —preguntó Alira girándose y descubriendo que Irene lloraba—. ¿Qué te pasa?

—¡Eres un monstruo! —gritó Irene.

Alira parpadeó sin comprender nada.

—¿Por qué dices eso? Hay que hacerlo. Se comen las semillas y luego dañan el trigo. —Miró a Amanda—. Tú también lo hacías cuando vivías aquí. Irene miró a Amanda incrédula. Esta agachó la cabeza.

—Lo odiaba —admitió en un murmullo—. A algunos les gustaba. —

Años más tarde, recordando el episodio, Irene concluyó que la niña Amanda no sabía explicar con palabras esa fascinación por disponer de una vida en tus manos y saber que vas a ser tú quien termine con ella, como si fueras alguien superior, como si fueras Dios. Alzó la cabeza y miró a Irene—. De verdad, yo lo odiaba.

—¿Y tú, Alira? —preguntó Irene con rabia—. ¿Qué sientes al hacerlo?

—Yo... —Parecía que Alira realmente no podía comprender la agresividad de su nueva amiga—. No pienso. Simplemente lo hago. Es necesario.

—Quiero irme a mi casa. —Irene se apartó de Alira—. Lejos de salvajes como tú.

—Pero...

—Déjala, Alira —dijo Amanda—. Trataré de explicárselo. Y cuando esté calmada, tú le prometerás que jamás volverás a hacerlo. El mundo ya no es así.

Posteriormente, Alira le repitió decenas de veces en los recreos del colegio que en su entorno había que hacer lo que te mandaban para que todo funcionase; que el incidente la había hecho reflexionar; que había aprendido que había una gran diferencia entre lo que le habían enseñado y la realidad, entre lo que ella creía que estaba bien y lo que objetivamente estaba mal; que para ella estaba bien obedecer a sus padres y matar a los molestos gorriones, pero que entendía que para Irene aquello estaba mal, que lo había visto en sus ojos; que haría lo que fuera por no ver esa mirada en los ojos de nadie; que ella no era un monstruo y que esa acusación le había dolido mucho; que no quería perderla como amiga; que los padres no siempre tenían razón y que estaba segura de que ninguna cosecha mermaría por el abandono de su actividad, y que, por supuesto, no lo haría nunca más. Tan insistente fue en su defensa, y tan coherente con sus argumentos, que Irene la perdonó y se olvidó del tema hasta que la subteniente le hizo tantas preguntas y el recuerdo brotó con una fuerza tan inusitada que hasta a ella misma le sorprendió.

Irene se arrepintió de haber sido tan explícita. Seguramente ahora empezarían a ver a Alira con otros ojos, con una mirada equivocada. «La gente cambia», pensó. Y Ali cambió. Cuántas cosas del pasado nos harían

enrojecer de vergüenza a todos. También ella había sido cruel al hostigar a Alira en el colegio. ¿La convertía eso en una mala persona? Irene defendía que madurar consistía en darse cuenta de los errores y corregirlos. Eso había hecho ella. Eso había hecho Alira.

Empezaba a comprender adónde quería ir a parar la subteniente con tanta pregunta sobre el pasado y sobre la personalidad de Alira. Ahora, además, el hecho de que se hubieran enterado del romance entre Amanda y Adrián cambiaba las cosas. No pudo evitar sentirse culpable. Tal vez, si hubiera sido sincera, no se habría llegado a ese dramático desenlace. Cómo se arrepentía... Pero ya era demasiado tarde. Le entraron ganas de echarse a llorar.

—No sé qué importancia tiene esa relación —murmuró aferrándose a la idea de que su querida Ali tenía que ser inocente—. Somos adultos.

—Los celos no envejecen. Usted es inteligente, creo que me comprende. Aparte de la motivación, está la ocasión.

—No sé qué quiere que le diga. Ni siquiera estaba en la casa cuando se dieron cuenta de su desaparición. Me enteré porque Alira me llamó para decírmelo.

—Tal vez ese día no, pero usted y su marido frecuentaban la casa. Por el estado del cuerpo es difícil determinar la fecha exacta del fallecimiento. Tenemos un margen muy amplio de actuación, y varios sospechosos posibles.

Irene parpadeó perpleja. ¿A qué venía eso? El picor de las lágrimas en sus ojos desapareció de inmediato.

—Pero ¿qué dice? ¿Por qué haría yo eso? —Miró a su marido—. César, no me gusta esto.

—A mí tampoco —dijo este entonces—. Vargas, llegados a este punto debo solicitar que se interrumpa el interrogatorio...

Esther alzó una mano en el aire. Tenía bastante claro que Irene no era culpable, pero sabía que cuando a un inocente se le acusaba directamente solía dar más información. Y cualquier novedad, por pequeña que fuera, podría significar un gran avance.

—Eso lo decidiré yo, sargento. Si quiere marcharse, puede hacerlo. Llamaré a otro compañero.

César dudó unos instantes, pero optó por quedarse para no perderse ni una sola palabra de lo que se dijera a continuación.

—¿Y cómo describiría la reacción de Alira al hablar de la desaparición

de la víctima? —preguntó Esther. «Supuesta víctima», se corrigió mentalmente. Todavía no había llegado la confirmación. Tal como había planteado el caso desde el principio, rogaba que no surgieran sorpresas, aunque no sería la primera vez en su carrera que sucediera.

Irene odiaba la habilidad de la mujer para cambiar de un tema a otro rápidamente. Pretendía pillarla en un renuncio, pero ella nada tenía que ocultar. Su mayor preocupación era medir bien sus palabras para que su amiga no pareciera más culpable todavía.

—Estaba muy triste. —Se quedó pensativa unos instantes, revisando la reacción de Alira. Realmente la recordaba abatida—. Ambas pensamos que marcharse era lo mejor que podía haber hecho.

Esther alzó la vista de los papeles y por primera vez Irene descubrió en ella una expresión de sorpresa.

—¿Y eso?

—Creo que lo consideró un acto de valentía. Comprendió que lo hiciera. —Buscó las palabras adecuadas—. Alira no soporta la agresividad de ningún tipo... —Se percató de que este comentario provocaba un gesto de escepticismo en su interrogadora, seguramente por culpa del asunto de los gorriones. De nuevo se arrepintió de habérselo contado y se propuso ser firme en su explicación—: Es cierto. Siempre intenta suavizar las situaciones conflictivas. Prefiere retirarse de una discusión antes que enfrentarse.

—¿Algún ejemplo concreto?

—No se me ocurre ninguno ahora. Pero me refiero a algo más general, a su forma de relacionarse. Creo que siempre ha hecho un ejercicio de contención para no saltar y discutir. Quizás comenzara a cambiar en algún momento...

—¿A qué se refiere?

—A que cada vez soportaba menos ciertas actitudes y comentarios de Gerardo, incluso de Adrián, por ejemplo.

—¿Actitudes y comentarios hacia quién?

—Hacia ella, hacia sus propias esposas... —Se encogió de hombros—. No sé. Es solo mi impresión.

—Irene... —César no pudo evitar entonces interrumpirla. Su tono mostró tanto sorpresa como advertencia.

Si el comentario era algún tipo de estrategia de su mujer para desviar la atención, le parecía ruin. Por otra parte, si fuera cierto, ¿por qué se lo había

ocultado? Ese tema ya salió tras la desaparición y ella no dijo nada.

La subteniente verbalizó su pensamiento:

—Tuvieron tiempo de decirlo. —Se giró y miró a César, que se mostraba intranquilo. Comprendió que también él apreciaba el cambio relevante que aquello suponía. Más tarde le preguntaría si lo sabía—. No consta en ningún sitio. —Se frotó las cejas con los dedos corazón y pulgar de la mano izquierda.

De resultar cierta, esa acusación obligaba a enfocarlo todo desde la perspectiva de violencia de género. Tenían que volver a empezar. Algo se le escapaba, y no dejaba de darle vueltas a una misma pregunta: ¿tan enfermizo podía ser el amor como para convertirse en atroz? De repente, se sintió muy cansada.

—¿Hablaron de ello abiertamente en algún momento entre ustedes? ¿Lo comentaron con sus mujeres?

Irene nunca había mantenido una estrecha relación con Dunia. No le caía ni bien ni mal. Era una persona extraña. Se esforzaba por resultar agradable y, de repente, se abstraía. Hablaba con aparente orgullo del trabajo de su marido y de los diferentes países en los que habían residido. Todo eran anécdotas. Parecían una pareja feliz, acostumbrada a sus bromas, a sus razonamientos, a sus hábitos. En ocasiones, él soltaba una de sus frases irónicas, que provocaban la carcajada en los demás, y a ella se le helaba la sonrisa. Entonces le costaba disimular una mirada de odio hacia él que se apresuraba a corregir rápidamente. Irene se había percatado de esto, pero no lo había comentado con nadie porque no le gustaban los chismorreos, y menos entre amigos.

En cuanto a Gerardo y Telma, la historia era diferente. La mujer siempre le había resultado un poco cargante, pero aparentemente la pareja se llevaba bien. Era Alira la sufrida diana del humor variable de su hermano. Gerardo se enfadaba con ella sin motivo aparente, criticaba sus actos y la infravaloraba. Pensándolo bien, era posible que también Telma fuera víctima del carácter agrio de su marido. Algo le había contado Alira en algún momento de la primavera acerca del súbito cambio que apreció en su cuñada. Pero entonces estaban todos alterados.

Frunció el ceño. Tal vez debiera comentarlo... Aunque, ¿de qué serviría? Tuvo la sensación de que cuanto más se extendiera en sus explicaciones, más posibilidades existirían de meter la pata. Y ella no quería

sentirse responsable de que las cosas parecieran lo que no eran. Si tan inteligente era la subteniente, que sacara sus propias conclusiones de los interrogatorios.

—Yo no tenía tanta confianza ni con Dunia ni con Telma para hablar de ese tema tan delicado —dijo simplemente, encogiéndose de hombros.

Esther permaneció en silencio unos instantes.

—Una última pregunta, de momento. Usted conoce a Alira desde la infancia. Los demás han coincidido en que últimamente se la veía extrañamente feliz, como si ocultara algún secreto especial. ¿A qué lo atribuye usted?

—No creo que todo este asunto la liberara, si es lo que pretende decir —respondió Irene con franqueza—. También a mí me sorprende.

«Tal vez la respuesta esté en algún rincón de Aquilare», pensó entonces Irene. En la vida que volvía a crecer, extraña, diferente, impetuosa, en aquel lugar. No se le había ocurrido antes. Había estado tan ocupada con su propia vida, su familia, su trabajo en el instituto en la época más intensa de exámenes, y tan obsesionada con que no trascendiera el gran error que había supuesto el lío ese de Amanda con Adrián, que no se había percatado de otras cosas. Había olvidado a Ali, tan inocente siempre. Le había ocultado la verdad. Vaya amiga...

Irene cerró los ojos y esa vez no contuvo las lágrimas.

Tal vez ella fuera también culpable, en parte, de todo lo que había pasado.

César, con el corazón encogido, esperó a que Irene se recompusiera para pedirle que le permitiera hablar con la subteniente antes de acompañarla a casa.

Ya a solas, percibió que Esther lo miraba de una manera diferente.

—¿Hay algo más que no me hayas contado? —preguntó ella.

César había tenido mucho tiempo durante el interrogatorio de Irene para pensar su respuesta sin dejar en mal lugar a ninguno de los dos:

—Durante la primera investigación se sopesó el maltrato, pero nadie acusó abiertamente a ninguno, ni siquiera mi mujer. Hasta ahora creía que era más una sospecha que algo que se pudiera demostrar. Nunca hubo ni una sola

denuncia, ni antecedentes. Eso lo investigamos. El maltrato psicológico es difícil de detectar, de identificar. A veces percibíamos cosas raras, pero parecían más bien cuestiones normales que se dan en una relación de pareja.

—Una sospecha... Tendrías que haber tirado del hilo, César. No es tan difícil distinguir qué no es admisible en una relación sana. La amistad nunca debería convertirte en cómplice.

El maltrato abría otras posibilidades que, de entrada, Esther ya detestaba porque perdía su objetividad. Cada vez que surgía la menor posibilidad de encontrarse ante un caso de malos tratos se transformaba en un ser sin piedad. Si ella hubiera tirado del hilo en su momento, su propia hermana no estaría muerta. La hermana de una suboficial de la Guardia Civil. Esa era su cruz, con la que cargaba desde que se despertaba por la mañana hasta que se acostaba, agotada de darle vueltas en la cabeza a los casos del trabajo, a los dramas a los que se enfrentaba cada día y, sobre todo, a la muerte de su única hermana. Se había convertido en una mujer desconfiada. «Todos llevamos un asesino dentro», se repetía hasta la obsesión. Todos. Tal vez, incluso ella.

—Estarás de acuerdo conmigo en que esto lo cambiaría todo —añadió—. Tendremos que volver a empezar. Y tendré que interrogarte también a ti, formalmente, quiero decir...

—No veo por qué —dijo César sorprendido.

—Por si no te has dado cuenta, poco a poco van saliendo cosas a la luz. No hay nada como tirar de la lengua a la gente. Yo soy la primera en desear un expediente final intachable. Espero que no estés cuestionando mis métodos.

—Por supuesto que no —repuso él levemente molesto.

Aunque Esther jamás descartaba una hipótesis, por descabellada que pareciera, en una investigación, incluso a ella le resultaba demasiado maquiavélico pensar que César deseara poner el foco de la culpabilidad en Alira por una cuestión de celos. Mucho le tendría que engañar el instinto o la intuición. Pero sabía de primera mano que la gente diseña venganzas retorcidas durante años. Y la actuación de César no había sido impecable, a su juicio; había dejado pasar por alto cosas importantes, contaminando su actuación por la relación de amistad que lo unía al grupo. No se arriesgaría a cometer ninguna torpeza. No a esas alturas de su vida. Lo que más anhelaba era que el tiempo pasara rápidamente y ella pudiera retirarse de una vez. Necesitaba paz y tranquilidad; necesitaba terminar con esas jornadas

laborales que giraban en torno a asesinos y cadáveres. El mal le había minado el corazón de tal manera que temía no ser capaz de volver a confiar en el ser humano, o siquiera disfrutar de las cosas sencillas de la vida. Había cumplido con la sociedad, con lo que se esperaba de una mujer de su posición. Tenía un expediente profesional perfecto. Pero sus energías habían mermado.

Cómo detestaba ese caso.

Emitió un profundo suspiro, cruzó los brazos sobre el pecho y miró a César directamente a los ojos para no perderse su primera reacción cuando escuchara lo que quería preguntarle:

—¿Por qué trataste la desaparición como voluntaria? Si se hubiera tratado como forzosa, tal vez el caso se habría resuelto antes...

En el rostro del sargento se reflejó primero el desconcierto, y seguidamente, un intenso rubor se extendió desde el cuello hasta la frente.

César tuvo que hacer esfuerzos para controlar la ira que surgió en su interior. La subteniente estaba cuestionando su trabajo. Qué típico. La experta que viene de la ciudad a explicarle al sargento de la Guardia Civil de pueblo cómo se hacen las cosas. Aguantó su mirada y trató de no resultar demasiado brusco —al fin y al cabo, era su superiora y no quería problemas— cuando le respondió:

—Seguí el protocolo. No me salté ningún paso. Bueno, está todo...

—Sí sí, en el expediente —concluyó ella—. Bien, eso ya no tiene remedio. Es suficiente por hoy, César. Necesito tiempo para reflexionar. Mañana seguiremos con los interrogatorios. Tal como están las cosas, me temo que esto va a ir para largo.

César se levantó airado y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se giró y dijo:

—Son mis amigos. Nadie tiene más interés que yo en que todo esto se aclare. Quizás no tenga tanta experiencia como tú en asesinatos, pero sé cuál es mi trabajo.

Salió sin esperar respuesta.

Esther se dirigió a la ventana y estuvo un largo rato absorta.

Sin otras pistas claras que seguir, de momento tendría que poner el foco justo en una pregunta:

¿En quién debía buscar el odio necesario para matar a una persona cercana y seguir con su quehacer diario, como si nada hubiera pasado?

El bloque de pisos donde vivían Irene y César no estaba lejos del cuartel, por lo que realizaron el trayecto a pie. Sumido cada uno en sus propios pensamientos, no intercambiaron ni una palabra. Aunque la temperatura de ese anochecer de final de junio resultaba muy agradable, las terrazas de los bares estaban prácticamente vacías por ser lunes. Ambos agradecieron no encontrarse con ningún conocido. No estaban de humor para conversaciones triviales.

Irene esperó a entrar en el edificio para decirle a su marido:

—¿Te encargas tú de los chicos? Tengo que ver a Ali.

—No sé si es lo más acertado... —objetó César.

—¿Por qué? ¿Hay alguna ley que lo impida?

César levantó las manos mostrando las palmas en son de paz.

—Claro que no. Simplemente te noto alterada. Casi es de noche. La carretera hasta Aquilare...

—Pues acompáñame. Les preparamos algo rápido de cena a los chicos y nos vamos. Te lo agradecería. Pensar en esa casa me aterra. Que en nuestras conversaciones aparezcan las palabras *cadáver* y *asesinato* me aterra.

—No debo hablar con Alira fuera del trabajo. De momento. —Al ver que Irene abría la boca para protestar, César añadió—: No hay ninguna ley que me lo impida, pero sé que la subteniente no lo aprobaría. Ya estoy al límite. Cualquier otra persona me hubiera apartado del caso. —Prefirió no confesarle los detalles de la injusta recriminación de Esther acerca de cómo había llevado el asunto de la desaparición.

—Es nuestra amiga. Es *mi* amiga. No puedo ni imaginar por lo que estará pasando. —Irene comenzó a pasear de un lado a otro frente a las puertas de los ascensores.

—Todo esto me duele tanto como a ti, pero, sinceramente, creo que puedo ayudar más desde dentro, asegurándome personalmente de que no se comete ningún error.

—César, tenemos que hablar. El interrogatorio me ha dejado claro que últimamente no hemos sido francos el uno con el otro, y no sé por qué. ¿Cuándo supiste que había algo entre Adrián y Amanda?

—La primera noche de ambos en la casa hice mis propias apuestas...

Le incomodaba recordar esa noche, y no precisamente por la evidente manera de Amanda de coquetear con Adrián, sino por algo que no había compartido con nadie, que no se podía ahora sacar de la cabeza y que le planteaba un terrible dilema moral. Esa noche, había pillado a Adrián y a Alira en una actitud comprometedor, en el viejo pueblo de Aquilare, escondidos en las sombras, y no había dicho nada para que no planeara sobre él el fantasma de los celos que después de tantos años no sentía. Pero todo mensaje emitido estaba sometido a una interpretación. Contarlo entonces hubiera parecido que le molestaba a él personalmente. Contarlo ahora, por una parte mostraría una imagen frívola de Alira que no le convenía a su amiga y, por otra, plantearía dudas sobre el verdadero motivo de él mismo para ocultarlo. Otra cuestión añadida era su desconcierto por la relación de Adrián con ambas mujeres. Tenía que hacer esfuerzos para no preguntarle directamente, pero la prudencia le aconsejaba que dejara que la investigación siguiera su curso.

—Me llamó un día y me lo dijo él mismo, para que no me enterara por terceros. ¿Y tú?

—Me lo contó ella. —Los ojos de Irene se llenaron de lágrimas—. ¿Quién más se pudo enterar?

—No lo sé. Probablemente todos. Da igual, ¿no crees? Al final, todo se sabe, aunque no se comente.

—¿No te sientes culpable, César?

—¿De qué?

—Esto ha sucedido entre nosotros. Tanta ira oculta y no nos dimos cuenta. —Irene detuvo su nervioso ir y venir—. Ahora las cosas se ven de otra manera. Si hubiéramos reaccionado, tal vez nada de eso habría pasado. No sé cómo explicarlo, César, pero es absurdo, irreal. No me encajan ni la víctima ni el verdugo. —Se dirigió hacia la entrada—. Tengo que ir a ver a Ali. Volveré pronto.

—Como quieras.

César la acompañó hasta la puerta y la abrazó.

—Ali tiene suerte contigo. No has dudado de ella en ningún minuto.

—¿Tú sí?

César parpadeó.

—No me malinterpretes. Forma parte de mi trabajo. Dudar de todos. Solo deseo, con todo mi corazón, que no te defraude.

Tuvo que refrenar sus deseos de contarle que todavía no tenían la identificación definitiva de la víctima. En ocasiones como esa odiaba su trabajo: estaba haciendo sufrir a su propia esposa antes de tiempo.

Irene aprovechó la media hora de viaje —carretera nacional, provincial, comarcal y un tramo de camino de tierra— para pensar en las palabras de César respecto a que no había dudado ni un minuto acerca de Ali. Para Irene la amistad significaba una unión sin fisuras. Su mente rechazaba que su amiga fuera una asesina. Ali siempre había sido muy sensible. Si se llegase a demostrar sin ninguna duda que ella había matado, no podría soportarlo. Toda su vida, su pasado en común, se convertiría en una mentira.

Era noche cerrada cuando pasó junto al viejo pueblo de Aquilare. Cada día había más lucecitas entre las ruinas. Supuso que a Alira le costaría acostumbrarse también a eso. A todo. A asimilar lo que había pasado en la mansión. ¿Cómo continuaría viviendo allí? A asimilar también lo que le sucedía al pueblo. ¿Quién lo hubiera podido imaginar?

Aparcó ante la enorme verja de la mansión Elegía. Decidió dejar allí el coche por no perder tiempo saliendo para abrir la pesada hoja de hierro y volver a entrar en el vehículo, tal era su prisa por ver a su amiga. Deseaba abrazarla y ofrecerle su ayuda. Decirle que ni por un momento se le había pasado por la cabeza que ella fuera una asesina. Decirle que podía contar con ella para lo que fuera. Pedirle perdón por haber tardado días en decírselo. César había insistido en esperar a que terminara la primera tanda de interrogatorios para hablar con ella.

Vio luz en el comedor. Por la hora, igual estaban cenando. No tenía muy claro quiénes estarían en la casa ahora, dadas las circunstancias. Igual se había precipitado. Sabía que allí eran metódicos. No les gustaría que se retrasara la cena. Tal vez hubiera bastado con una llamada de teléfono.

Decidió asomarse a la ventana y valorar la situación.

Entonces descubrió, para su desconcierto, a Alira fundida en un intenso abrazo con un hombre.

Y una duda, imprevista, odiosa, la asaltó.

FIVE HUNDRED MILES (THE PROCLAIMERS)

Meses antes

Domingo, 28 de enero

A Alira le preocupaba mucho la reacción de su madre y de su hermano Tomás cuando les dijera que había decidido aceptar la propuesta de Amanda de alquilar algunas habitaciones de la mansión. Probablemente no fuera ni la mitad de dramática que la de su otro hermano, Gerardo; aun así, le preocupaba mucho.

Cuanto antes se enfrentara a ello, mejor.

Decidió contárselo al día siguiente del encuentro con sus amigas, a la hora de la cena exactamente para que, en caso de discusión, cada uno se retirara a su dormitorio con varias horas por delante de soledad antes del siguiente asalto. Los conocía. Tendría que emplear la estrategia de varios ataques antes del derribo final.

Desde que muriera su padre, solo empleaban el gran comedor cuando acudía Gerardo con su familia. Como tanto su hermano como Telma eran profesores, tenían muchas vacaciones y a ella se le hacían eternos el verano, la Navidad y la Semana Santa, aunque reconocía que le encantaba tener a su sobrino, Jan, dando vueltas por ahí, escuchando las explicaciones sobre la historia familiar. El resto del año solían comer en la cocina, una amplia estancia con un ventanal al sur y otro al oeste en medio de la cual una mesa tocinera de pino parecía más pequeña de lo que realmente era. Nunca habían hecho obras de remodelación, por lo que, para muchos, la cocina parecía más propia de un museo etnológico. En la zona de aguas, por donde las ventanas, lucían unas baldosas cuadradas y blancas sobre una pila de piedra de dos metros de largo que hacía de fregadero. Grandes puertas de armario cubrían por parejas el resto de las paredes desde el techo hasta el suelo. El sistema de cierre seguía siendo un pestillo de madera sujeto por un clavo de cabeza plana y ancha.

Algunos utensilios de madera y de hierro para cocinar o para atizar el fuego y algunos pucheros y fuentes de barro seguían en uso; otros decoraban las paredes donde no había armarios, la repisa de la chimenea o una alacena que estrechaba el acceso al *office* contiguo, el mismo desde el que tantas veces había escuchado a escondidas Alira las conversaciones de sus padres.

En el extremo opuesto al fregadero, la enorme chimenea seguía abierta en su parte superior. A Alira le encantaba sentarse en uno de los dos bancos de piedra enfrentados en el hogar y seguir el anárquico baile del humo hasta el pequeño orificio en lo alto, por el que se intuía un minúsculo pedazo de cielo. En cada carga de leña que ardía bajo la mirada eterna de las estrellas, Alira veía toda una vida resumida: el comienzo tentativo de las primeras lenguas de fuego, el vigor del momento álgido de las llamas abrazando los troncos, la repentina laxitud cuando estos terminaban de consumirse, algún súbito pero ya débil fogonazo surgido de las brasas y la ceniza final.

—¿Qué hace tu hermano que no baja? —le preguntó su madre.

Siempre puntual, con la lucidez mental enfrentada a un cuerpo que se encorvaba ligeramente, que entorpecía los gestos, que dolía, a Elegía siempre le había gustado que una estricta rutina marcara su vida.

—Lo llamo —dijo Alira.

Cruzó el *office*, llegó a la escalera de piedra y gritó su nombre por el amplio hueco. Como no obtuvo respuesta, lo intentó de nuevo y finalmente subió hasta su dormitorio, en la primera planta. Llamó a la puerta y abrió. Como suponía, Tomás escuchaba música con los auriculares, tumbado en la cama. El volumen estaba tan alto que pudo discernir que escuchaba uno de sus temas favoritos de Black Sabbath, *Paranoid*. Si algo rompía la clásica armonía de su casa era el gusto por el *heavy metal* de su hermano.

Y si algo describía bien el carácter de Tomás era precisamente la letra de esa canción.

Su vida se reducía a su trabajo eventual como peón de albañil en una empresa de la zona esperando que llegara el viernes para ensayar en Mongraín con un grupo que versionaba canciones de rock. Tocaba el bajo. No se había casado y no tenía novia. En casa, la mayor parte del tiempo estaba encerrado en su dormitorio escuchando música o mirando cosas en Internet. A este hombretón barbudo y cuarentón le gustaba la soledad. Se pasaba las horas pensando en bastantes cosas, pero nada parecía satisfacerle. Como le había dicho en una ocasión, un día llegó a la conclusión de que no

podía sentir la felicidad. Una vez aceptado esto, no esperaba otra cosa de la vida que ir tirando. Aquella frase fue una de las más largas, profundas y coherentes que pronunció en su vida de adulto. Y probablemente no fuera suya.

Alira se acercó despacio para que pudiera verla sin asustarse. Tomás se incorporó, apagó el iPod, se quitó los auriculares y miró la hora en el reloj de la mesilla.

—Se me ha pasado el tiempo —dijo—. Perdona.

Tomás apenas colaboraba en las tareas de la casa. Esa era una batalla que Alira ya daba por perdida. Si no lo hubieran llamado a comer, simplemente no habría comido. Habría sobrevivido a base de bocadillos y cervezas. Al menos aportaba algo de dinero para gastos generales, y si su hermana le pedía tareas concretas que requerían fuerza física las hacía.

Alira lo miró a los ojos.

—Tengo una idea. Os la voy a contar ahora y quiero que me apoyes. Por favor.

Tomás se encogió de hombros.

—Vale —dijo.

En medio de la cocina, rodeada de historia detenida, junto a su anciana madre y su extraño hermano sentados a la mesa, Alira sentía muchas veces el peso de la soledad. La suma de años de conversaciones similares y de recuerdos nostálgicos en cuerpos que envejecían paulatinamente era larga. Esa noche, sin embargo, la excitación estaba empeñada en quitarle todo el protagonismo a la preocupación por la respuesta de su madre ante la futura invasión de la vivienda.

Fue muy clara en su argumentación mientras se levantaba y sentaba para servir el primer plato, recoger, servir el segundo, recoger, servir el postre, rellenar la jarra de agua, cortar más pan, acercarle el cenicero a Tomás... Necesitaba moverse para controlar el nerviosismo y, también, para que no se notara en exceso que la idea, si bien había surgido de la necesidad, se había convertido en una ilusión por convivir bajo el mismo techo con Adrián.

Para su sorpresa, en lugar de recibir una respuesta negativa inmediata, su madre y su hermano la escuchaban en silencio mientras ella repetía e insistía en lo evidente.

La falta de dinero.

La necesidad de una ayuda para las tareas del hogar porque ella no podía

llegar a todo.

El abandono general que se apreciaba en el interior y en el exterior. El miedo a tener que enfrentarse a la venta de la propiedad.

La urgente búsqueda de soluciones. La única factible, plausible y posible solución.

El silencio de su hermano y de su madre solo podía evidenciar que no decía nada que no supieran ya.

—¿Gente aquí, Alira? —preguntó por fin Tomás encendiéndose un cigarrillo mientras Elegía, en silencio, asimilaba la información—. ¿Cuántos? ¿Quiénes?

—En principio, Amanda, Adrián y Dunia. Dos habitaciones. La otra que queda libre también la alquilaremos. A ver si tenemos suerte y es alguien conocido. Solo ocuparían la segunda planta.

—La habitación de Gerardo está allí —dijo por fin Elegía.

Alira lo tenía todo pensado. En la primera planta, la que ocupaban ellos, había tres dormitorios muy grandes, al igual que en la segunda.

—Puede quedarse en la mía —dijo— y yo subirme al cuarto de la torre sur.

—No le gustará tener que mover sus cosas —dijo Elegía.

—No tendrá que hacerlo él. Contrataré a unos hombres.

—No querrá. Le tiene cariño. Ha sido su cuarto desde niño.

Alira odiaba la tozudez de su madre cuando defendía a Gerardo solo por el hecho de ser el único de los tres hijos que no tenía la grandísima suerte de vivir todos los días del año en la mansión. Ella estaba dispuesta a trasladarse de su cuarto de la infancia por la buena causa de salvar la situación financiera, y eso no preocupaba a Elegía.

—Si quiere, puede subirse él a la torre.

—Telma no se alojará en la torre. Le da miedo ir de día, como para dormir allí.

A Alira se le escapó una sonrisa. Cuando la noche se cernía sobre la mansión, el elegante y sobrio edificio rectangular —a cuyos lados norte y sur se erguían sendas torres idénticas, más altas, cuadradas, coronadas por un puntiagudo tejado— mostraba una naturaleza oculta de sombras, crujidos, sospechosos silencios y otros tópicos de cualquier película de terror.

—Pues más fácil me lo pones —dijo—. Se quedan con la mía.

—¿Y Jan?

—Estoy segura de que le encantará ocupar la otra torre. Los adolescentes necesitan su espacio. —Se dirigió a Tomás—: ¿Qué te parece?

Su hermano jugueteó con el paquete de tabaco. Finalmente sacó otro cigarrillo, levantó la vista y respondió:

—Yo me subiré a la torre y Gerardo que ocupe mi habitación. Tú no te muevas. Bastante haces ya.

Alira le sonrió agradecida. Tomás tenía esas cosas. De repente era la persona más amable del mundo.

—Entonces, ¿cuento con vuestra aprobación?

Elegía se encogió de hombros.

—Qué remedio. Pero te advierto que la gente cansa. Ningún dinero se gana tan fácil como te parece.

—¿Te crees que si no lo necesitáramos me complicaría la vida? —le preguntó Alira poniendo cuidado en que no se notara su irritación.

A veces, Elegía le hablaba como si todavía tuviera quince años. Sin embargo, en esa ocasión había reaccionado mejor de lo que esperaba. No tendría que volver sobre el tema al día siguiente. Un ataque había sido suficiente. La alegría aleteaba en su interior.

Elegía optó por dejar ahí la argumentación, aunque añadió:

—Y habrá que decírselo a Gerardo.

—Ya lo llamaré —dijo Alira, aunque no pensaba hacerlo.

Su hermano se negaría, e igualmente ella seguiría adelante sin su consentimiento. Algún día sería la dueña legal y, después, todo pasaría a su único sobrino, Jan, tal como habían dispuesto sus padres. Hasta ese momento las decisiones le correspondían a ella. Que su madre no se hubiera puesto hecha una furia la ayudaba a reafirmarse en su decisión. Cuando Gerardo llegase para las vacaciones de Semana Santa, no le quedaría más remedio que aceptar la nueva situación.

Y para eso todavía faltaban dos meses.

A Elegía siempre le había desagradado un exceso de entusiasmo.

Durante una semana, mientras los cielos nubosos y las brumas de enero se despedían sin excesiva pena de la tierra que habían afligido y el viento presentaba a febrero, Elegía observó con preocupación e irritación —también

con cierta curiosidad— los cambios que se iban produciendo en la casa. Le molestaban el ruido, las voces, el trajín de hombres trasladando muebles de arriba abajo. No soportaba que pusieran sus manazas en las cómodas antiguas y en los terciopelos y sedas de las sillas isabelinas. Sufría por las piezas de porcelana, los espejos dorados y los cuadros oscurecidos por el paso del tiempo. No obstante, en lugar de esconderse en su cuarto, optó por adoptar una actitud vigilante y no tuvo reparos en recriminar a los operarios su falta de delicadeza.

«Cuidado con rayar las paredes o el suelo de madera —les decía a todas horas—. Ojo con manchar las telas.» ¿Cómo se les ocurría pisar las alfombras con las botas tan sucias? ¿Qué era eso de taladrar la pared para colocar un taco y una escarpia sin poner el aspirador?

Percibía que los hombres esbozaban sonrisitas a sus espaldas, excusándola y soportándola por ser vieja, algo que ella detestaba, pero de lo que se beneficiaba para volverse más exigente. «La mansión Elegía siempre ha sido mi casa», decía con actitud soberbia. Mientras le quedase un soplo de vida en el cuerpo ella velaría por todos y cada uno de los objetos, tan cargados de recuerdos, de significado.

A medida que pasaban los días y la familia se iba acomodando a la nueva ubicación de los muebles, Alira se fue percatando del cambio que se producía en su madre, en ella y tal vez incluso en su hermano. Tantos años de inmovilidad los habían cubierto también a ellos de una pátina de sobriedad. Gracias a las nuevas circunstancias, se veían forzados a dialogar con sus recuerdos más íntimos, al reencontrarse, por ejemplo, con objetos olvidados en arcones y baúles. Se sorprendieron, suspiraron, se emocionaron. Obligados por la necesidad, estaban recuperando actitudes abandonadas.

Elegía se esforzaba en arreglarse un poco más cada mañana y se daba un toque de carmín en los labios para no causar mala impresión a los operarios.

Tomás, excitado por la idea de disfrutar del torreón y dar así completa rienda suelta a su deseo de soledad, subía y bajaba las escaleras con sus cosas con una energía desacostumbrada.

Y Alira se descubría canturreando entre cajas y listas de tareas por hacer.

Le faltaba tiempo. Había que encerar los muebles y sacar brillo a la plata. Cambiar el cristal rajado de algún cuadro. Retirar la vajilla desportillada de la cocina. Recoger las colchas y cortinas de la lavandería.

Cambiar el relleno de varios cojines y coser algunas partes sueltas de los cordones del contorno de las fundas. Comprar sábanas y toallas. Y vasos nuevos. Y manteles. Guardaría los zurcidos para hacer trapos y reservaría los antiguos para alguna ocasión especial.

Quería que todo estuviera perfecto.

Dispuso un gran cesto de leña junto al hogar. Del jardín ya se encargaría en primavera: su aspecto apagado parecía natural para las fechas en las que estaban. «En invierno se mira poco el exterior cercano», pensaba. La belleza se busca de manera general, en la lejanía, en las cumbres recortadas contra el horizonte, en las formas caprichosas de las nubes arrastradas por el viento, en los bosques escarchados.

Cuando creyó que todo estaba en su sitio, contrató los servicios de una empresa para una limpieza completa y general, incluyendo alfombras, cristales, baldosas y armarios de los baños y la cocina. Los huéspedes estaban avisados de que tendrían que compartir baño porque en la casa solo había tres: uno grande en cada planta, para cada tres dormitorios, y otro en la planta baja. Si la experiencia resultaba positiva y conseguía ahorrar algo de dinero, podría plantearse habilitar alguno más en la planta de huéspedes. Incluso duplicar el número de habitaciones. Las existentes eran entonces casi el triple de grandes que una de matrimonio en un piso estándar. Pero eso, de momento, era soñar.

Tenía que ceñirse a la realidad.

Y la realidad era que había gastado lo poco que le quedaba en la cuenta corriente en el maratón de adecentar la mansión.

Y todavía le faltaba llenar la despensa...

Tendría que pensar en diferentes menús para desayunos y cenas. Habían pactado que las comidas del mediodía correrían por cuenta de cada uno fuera de la casa, aunque podrían utilizar la cocina si lo deseaban, siempre y cuando se encargaran de dejarlo todo recogido. Los dormitorios de los huéspedes se limpiarían una vez a la semana. De esto, de los baños, de la limpieza general y de la lavandería, se encargaría Crina, contenta de que le hubiera aumentado el número de horas semanales de trabajo.

Alira no sabía qué habría hecho sin Crina. Había dudado a la hora de contratarla porque percibía en ella algo oscuro, pero había resultado ser muy trabajadora y resolutiva. A veces, cuando se desmoralizaba, pensaba en la rumana, tan enérgica. Su vida tenía que haber sido dura. Irse a otro país;

comenzar de cero; aprender otro idioma. Si ella alguna vez tuviera que hacerlo, se moriría. No se consideraba tan fuerte. A no ser que las circunstancias obligaran, claro. Nunca había sabido de las de Crina porque jamás hablaba ni de su familia ni de sus asuntos.

A pesar de los nervios y el agotamiento, Alira se sintió satisfecha y feliz cuando recibió a sus huéspedes el primer sábado de febrero a primera hora de la tarde. Dio gracias mentalmente porque hiciera un día apacible, soleado, templado. También el clima contribuía a que la primera impresión de Amanda, Adrián y Dunia fuera la mejor.

El paisaje relucía; la casa resplandecía.

Cuando Adrián traspasó el umbral con una expresión de admiración en los ojos, Alira recuperó una sensación adolescente. Se percibió joven de nuevo. El paso del tiempo dejó de tener un significado demoledor. Parecía que fuera ayer cuando él reinaba en sus noches, cuando su cuerpo rebosaba de energía.

Y se permitió soñar que él había recorrido miles de kilómetros por el mundo solo para volver a ella. Lo escuchó en su mente admitiendo que su vida con Dunia había sido un completo error. Imaginó que él la estrechaba entre sus brazos y le susurraba que jamás se había olvidado de ella, que había sido tan necio que había comprendido tarde que la verdadera felicidad estaba en un pequeño lugar llamado Aquilare, con ella.

¿Qué daño podría hacerle teñir su vida con pinceladas de fantasía? Ninguno. No había nada más inofensivo. Ni más deseable. Unos minutos de evasión, de ficción; solo pedía eso, que no era tanto.

Luego ya vería por dónde la llevaba la realidad.

Los acompañó hasta los dormitorios.

Amanda estaba entusiasmada y no dejaba de comentar con admiración los cambios realizados en tan poco tiempo y lo limpio y ordenado que estaba todo.

—Sí que has trabajado, Ali —reconoció nada más entrar en el que iba a ser su cuarto, el que siempre le había gustado por el gran armario de luna y la cama con dosel—. Parece otra casa, hasta más moderna... —Se rio porque

aquello era imposible con tanta antigüedad—. Mejor dicho, parece más cómoda. No hay nada como encontrar una razón para ponerse en marcha.

—En realidad, ha sido gracias a ti —dijo Alira de corazón.

Amanda la abrazó.

—Estaremos muy bien, ya lo verás.

Con ese abrazo, Alira evocó las muestras de cariño que Amanda solía tener con ella durante la infancia, antes de que se marchara a Mongraín. Había llegado a sentirla como una hermana más que como una amiga. Amanda cuidaba de ella, la defendía, le enseñaba, la guiaba. Se emocionó al pensar que, ahora que compartirían casa, podrían recuperar aquellas sensaciones.

Tuvieron que hacer varios viajes porque iban muy cargados.

Alira aprovechaba cualquier ocasión para tropezarse con Adrián. Las sonrisas que él le dedicaba no podían ser producto de su ilusión o de su imaginación. No recordaba la última vez que el corazón le había palpitado tanto. Lo iba a tener cerca, muy cerca.

La presencia de Dunia no tenía por qué interferir en sus sueños...

En un momento de tanto ir y venir, la encontró sola sentada en uno de los sillones de su dormitorio, con los hombros caídos y la mirada absorta en algún punto del suelo. La sensación de soledad que percibió le produjo un escalofrío. Y se preguntó si en su propio cuerpo, al igual que en el de Dunia, también apreciarían otros —y en este grupo incluía a Adrián— los estragos causados por el tiempo. Si hasta hacía unos segundos se había permitido pensar y sentir como una adolescente, la realidad la abatió.

—Necesitaba descansar un poco —dijo Dunia cuando por fin se percató de su presencia.

—Claro. —Alira no sabía muy bien de qué hablar con ella.

Nunca lo había sabido. Amanda e Irene la apreciaban, sin más. Ella ni siquiera eso. Al fin y al cabo, Dunia había disfrutado durante años de Adrián. Pero estaba en su naturaleza el ser amable y justa. ¿Qué culpa había tenido Dunia en toda esa historia? En realidad, ninguna. Había entrado a formar parte de la pandilla por Adrián. Y cuando habían coincidido, Dunia siempre la había tratado con amabilidad, aun sabiendo que había sido novia de su marido. Nada debía reprocharle.

—Pronto cenaremos. Te sentará bien.

Dunia la miró y Alira distinguió una profunda tristeza en sus ojos. Tal

vez se debiera a la pena por el fallecimiento de su hermano, como había explicado Adrián en el café Siempre, pero de aquello ya había pasado tiempo. O tal vez estuviera enferma. No se atrevió a preguntárselo por no resultar indiscreta.

—Cuántos libros tienes... —Dunia señaló la estantería atestada que ocupaba una pared completa—. La casa está llena.

—Puedes coger los que quieras. Para eso están. Encontrarás muchas novelas.

—No me gusta leer.

—Vaya, ¿por qué?

Dunia se encogió de hombros.

—Me parece que en las novelas todos tienen vidas más excitantes que la mía.

«¿Cómo puede quejarse de que su vida no es excitante?», le reprochó mentalmente Alira. ¡Si había recorrido decenas de países con Adrián!

Entonces se oyó una risa a sus espaldas.

—¡Esta casa me resulta aún más grande de como la recordaba! —comentó Adrián mientras entraba en la habitación y depositaba la última bolsa en la gran alfombra a los pies de la cama. Miró a Alira—: Creo que eres la única persona que conozco en el mundo que sigue viviendo en la casa en la que nació.

Alira no distinguió si el tono indicaba admiración o reproche.

—Seguro que hay más —dijo—. En los pueblos no es tan extraño.

—Tienes razón. Lo he dicho sin pensar. —Se dirigió entonces a Dunia—: Hemos quedado con Amanda en tomarnos una cerveza en el salón antes de cenar. Me adelanto y ya bajarás.

Dunia asintió sin entusiasmo.

—¿Te sumas, Alira? —preguntó Adrián—. Tenemos muchas cosas que contarnos después de tanto tiempo.

Alira estuvo a punto de aceptar, pero cayó en la cuenta de que ella era la cocinera.

—Cuando lleguen César e Irene —respondió—. Ahora tengo cosas que hacer.

—No te molestes mucho por nosotros. —Adrián apoyó una mano en su hombro antes de salir—. Somos de casa, como se suele decir.

Alira sonrió. Le gustó el contacto de la mano de Adrián. El tono suave y

amable de su voz.

Esas palabras le produjeron un intenso placer.

«Somos de casa.»

Denotaban cercanía. Confianza. Cierta afecto. Intimidad.

El abultado equipaje indicaba una estancia larga y no un simple fin de semana.

Sería divertido. Especial. Ilusionante.

Desde luego, ella pondría todo de su parte.

Dirigió su mirada hacia la figura silenciosa y demacrada que seguía sentada en el sillón y salió de la habitación a toda prisa.

No permitiría que nadie, y mucho menos Dunia, barnizara sus sueños de melancolía.

ONCE IN A LIFETIME (TALKING HEADS)

Sábado, 3 de febrero

Durante la cena no hubo ni un momento de silencio. Los amigos rememoraron episodios del instituto, de la mili de César, del servicio social de Adrián en la Cruz Roja, pues él había objetado, de la universidad en tiempos de huelgas estudiantiles, del mundo laboral al que se incorporaron rápidamente, de los viajes de unos y otros por el mundo.

Alira disfrutaba del encuentro.

Hacía días que el comedor no ofrecía un aspecto tan magnífico. Había vestido la larga mesa de nogal con uno de sus mejores manteles adamascados. Dos candelabros de bronce de cuatro brazos se erguían entre la vajilla antigua de porcelana con motivos florales en azul cobalto y la cristalería tallada que solo empleaba en ocasiones muy especiales. No se consideraba una cocinera excepcional, pero tenía que reconocer que la crema de verduras y el capón al horno estaban deliciosos, y el flan de huevo casero le había salido perfecto.

Y no recordaba la última vez que en la casa se habían oído tantas risas y voces. La combinación de familia y amigos —algunos ahora convertidos en huéspedes— no estaba resultando tan complicada. Supuso que el vino también ayudaba a que los ánimos estuvieran tan alegres. Quizás la única nota discordante entre tanta alegría procedía de su madre, aunque nadie parecía darle mayor importancia. Elegía estaba muda con la vista clavada en el plato, en su papel de anciana resignada que interpretaba a la perfección cuando había visitas y que Alira detestaba. Los labios apretados en una mueca que podía pasar por una sonrisa de cortesía y el ceño muy levemente fruncido, como si prestara atención a la conversación, en realidad camuflaban un gesto de contrariedad. Alira descifraba que aquella era la manera silenciosa de su madre de decirle que detestaba esa convivencia forzada. Por su parte, Tomás, a quien cualquier encuentro social le suponía un gran

esfuerzo, procuraba comportarse de manera educada mostrando un inusual interés que sorprendía a su hermana.

Tras los postres, Elegía se levantó para retirarse y Alira se dispuso a acompañarla, como solía hacer, hasta la puerta del dormitorio, donde le deseaba las buenas noches. Le extrañó que Tomás no se moviera. Él también solía desaparecer en cuanto terminaba de cenar. Cuando Alira regresó al comedor, su hermano continuaba allí, sin perderse una palabra de la conversación.

Amanda, muy animada, seguía recordando su juventud:

—El mundo era nuestro. Teníamos toda la vida por delante. Los siguientes pasos estaban clarísimos: el matrimonio, la vivienda con hipoteca y el recibimiento de una nueva generación. Recuerdo cuando tuve a mi primer hijo. Perdí la alegría de golpe...

—Serás exagerada —intervino César riendo. Todos sabían que a él le encantaban los niños.

—Nunca me hubiera imaginado que supusiera tanto esfuerzo —continuó Amanda—. Me preguntaba qué debían de sentir aquellas mujeres casadas que no trabajaban y solo tenían que encargarse de su casa... —Se dio cuenta tarde de que Dunia pertenecía a este grupo. Había estudiado Arte, pero nunca había ejercido. Aunque la mujer de Adrián no pareció molestarse, intentó arreglarlo —: Lo reconozco, soy injusta. Estaba tan agotada que sentía envidia.

Irene acudió en su ayuda:

—Eso nos ha pasado a muchas. Con el tiempo las cosas se vuelven más fáciles.

—Sí, pero hay algo irrecuperable en cada transición. A los treinta me resistía a despedirme de la juventud. No me podía ni imaginar camino de los cincuenta. —Emitió un prolongado suspiro—. Ahora me resisto a envejecer. Mataría por quedarme como estoy.

—¿Y tú, Alira? —preguntó Adrián mirándola con curiosidad—. ¿Qué has hecho en los últimos años?

«Es imposible que no sepa la respuesta», pensó ella. Adrián había seguido en contacto permanente con César. Se lo contaban todo. La anfitriona dedujo que había aprovechado la ocasión para mirarla, para centrarse en ella, para escucharla. Mostraba interés. Y eso le agradó.

Pero a Alira no le gustaba hablar de su vida; no encontraba nada tan excitante como para narrarla. Su diplomatura en Empresariales le había

resultado útil para gestionar el patrimonio familiar. Había tenido un par de relaciones, sin importancia, tras la ruptura con Adrián. No se había casado. No había tenido hijos. Tendía a preocuparse demasiado de todo y pasaba por momentos malos, como todo el mundo, pero no se sentía demasiado infeliz; en todo caso, a veces, un poco sola. Fin.

—¡Qué serios os estáis poniendo! —bromeó en lugar de responder a la pregunta—. ¿Qué os parece si pasamos al salón a tomar una copa?

Entre todos recogieron la mesa.

—Hemos cenado muy bien —la alabó Adrián en uno de los viajes a la cocina—. Gracias por hacerlo hoy tan especial.

—La ocasión lo merecía —respondió ella percibiendo que se sonrojaba—. No esperes que sea así todas las noches...

Adrián rio el comentario.

—Seguro que estaremos muy a gusto.

Ya en el salón, Amanda e Irene tomaron asiento en un amplio sofá de cuero envejecido. Los demás ocuparon las butacas cercanas, también dispuestas frente al hogar, a ambos lados de una mesa de centro en la que, sobre un pequeño mantel bordado, había cervezas, una botella de ginebra, una cubitera con hielo, varios vasos y un cuenco con papeles, lapiceros, bolígrafos y el mando a distancia de la televisión. César se ofreció a preparar los *gin-tonics* y Alira se sentó en su lugar favorito, una silla bajita de anea junto al fuego.

Aprovechando un breve silencio que se produjo cuando todos tuvieron las copas entre sus manos, Dunia, con voz pausada, serena, ligeramente ensimismada, dijo:

—Este es uno de los lugares más hermosos en los que he estado en mi vida. Te felicito, Alira, por haber conservado tan bien todas las cosas. Cada rincón, cada objeto, cada cuadro, es una lección del pasado. Espero que en algún momento me cuentes cosas sobre su historia. Qué suerte vivir en un lugar así.

Se produjo un nuevo silencio, esta vez de asombro compartido.

Alira jamás se hubiera podido imaginar que, de todos, fuera precisamente Dunia la persona que envidiara y alabara su vida. Había sinceridad en su comentario. Sintió un repentino afecto por ella.

—Cuando quieras —dijo mirándola a los ojos, esos ojos que seguían tan azules, ahora rodeados de decenas de minúsculas arrugas. Dunia era la que

más había envejecido. El sufrimiento por la pérdida de todos sus seres queridos de sangre había dejado su huella—. Y del pueblo también podemos contar muchas historias, ¿verdad, Amanda?

—Cada vez me apetece menos hablar de eso —respondió ella—. Hace siglos que no bajo por allí. Era muy pequeña cuando me fui, no tengo ningún trauma, pero me entristece ver los restos de la que fue mi casa.

—A mí me gusta pasear por las ruinas —admitió Alira.

—Siempre fuiste un poco especial —dijo Adrián.

El comentario desconcertó a Alira. Cinco palabras pronunciadas en tono neutro. Podía ser algo positivo o negativo. Una palabra concreta. ¿Así la recordaba él? Especial: singular, diferente, que se sale de lo normal. Algo especial podía ser interesante o raro.

—¿En qué sentido? —preguntó esbozando una sonrisa y alzando su copa a la altura de la mejilla para disimular su sonrojo.

Adrián la miró tan fijamente que su turbación aumentó.

—Atrevida y contenida a la vez. Tradicional y moderna. Cerrada y transparente.

—Mejor no sigamos por ahí —aconsejó entonces Irene, consciente del apuro por el que estaba pasando su amiga—. No hay nada peor que un grupo de personas de mediana edad comentando lo que fueron en su juventud.

César soltó una carcajada.

—¡Pero si no has callado en toda la cena recordando anécdotas de aquellos años!

—Eso es diferente. No eran cosas esenciales. Si empezamos a describir cómo éramos...

Amanda acudió ahora en su ayuda:

—Tienes toda la razón, Irene. Desde nuestra perspectiva actual, no seríamos justos.

—Entonces he sido injusto con Alira. —Adrián se dirigió a ella con una encantadora sonrisa—. Perdóname.

Alira aceptó sus disculpas también con una sonrisa. Se sentía sorprendida por la precisión de su análisis y complacida por haber sido el centro de su atención.

—Lo que yo creo —dijo entonces César— es que vivíamos sin tantas etiquetas como ahora. Si había alguien diferente, los demás no le dábamos mayor importancia. A mí ahora, por ejemplo, se me definiría como hombre,

blanco, occidental, capitalista, carnívoro y tradicional y fascista porque amo a mi país y soy guardia civil. —Hizo una mueca irónica ante la cual Adrián rio abiertamente.

—Aquella era una igualdad aparente e ignorante, César —dijo Dunia—. La ignorancia puede emplearse como justificación, pero a mí tampoco me gusta alardear mucho de ella. Seguro que vosotros también tenéis algún recuerdo del que os avergonzáis.

Las palabras de Dunia provocaron un largo silencio. Con la vista clavada en el fuego o en los cubitos de hielo de sus bebidas, los amigos parecían meditar sobre el pasado, como si sus mentes recuperaran imágenes fugaces de episodios que nunca se atreverían a verbalizar. Irene pensó en cómo se había portado con Alira en el colegio. Por su parte, Alira pensó en gorriones y en una gabardina cosida a tijeretazos. Le costaba identificarse con esa niña del pasado.

Amanda fue la primera en verbalizar lo que todos sentían:

—Os lo he dicho. Eran otros tiempos. Volver la mirada a ellos puede producir vergüenza o rabia. Yo paso. Lo importante es lo que somos ahora.

César bostezó, se levantó y tendió la mano a Irene.

—¿Y qué somos? Unos abuelos que necesitan descansar. Mañana me toca trabajar. Estoy de guardia.

—Oh, no os vayáis todavía... —pidió Amanda—. Lo mejor viene ahora.

—¿Ah, sí? —preguntó César con curiosidad, volviéndose a sentar.

—¿Os acordáis de aquel juego de La carta?

Irene puso los ojos en blanco.

—¡Madre mía! ¡Ya lo creo! ¡Si mis hijos supieran a qué nos dedicábamos con catorce años! Lo de La carta es lo de menos, pero la bebida y los porros... Me parece mentira que fuéramos tan inconscientes.

—Podríamos jugar... —sugirió Amanda.

Se produjo un revuelo de risas de sorpresa y resoplidos de rechazo.

—¿En qué consistía? —preguntó Tomás.

—No me puedo creer que no jugaras nunca —dijo Amanda en un tono que podría resultar un tanto brusco a quien no la conociera.

Tomás, incómodo, se encogió de hombros. Alira se apresuró a explicarle:

—Uno de nosotros entraba en un lugar desde el que llamaba a quien quisiera del grupo. Lo que sucediera dentro... —Dejó el final de la frase en el

aire, provocando nuevas carcajadas—. Luego, el que había entrado se quedaba y llamaba a otra persona. Y así, en cadena, hasta que nos cansábamos.

—O sea, que todos terminaban por participar —comentó Tomás.

—Unos más y otros menos. —Alira recordó lo violento que resultaba que a alguien no lo llamaran. No había nada peor que nadie quisiera compartir un momento de intimidad contigo.

Irene se tapó la cara con ambas manos.

—Qué vergüenza, por favor. —Le dio un golpecito cariñoso a Amanda en la rodilla sin poder controlar la risa—. ¿Cómo se te ocurre...?

—Cobardes —dijo Amanda—. Pero no me engaños. En el fondo lo estáis deseando. Venga, ¿quién quiere empezar? Puede ser divertido.

—Creo que me tomaré otra copa —dijo Adrián—. ¿Alguien quiere?

Todos aceptaron menos César, porque tenía que conducir.

—Vale, se me ocurre una idea para que no resulte violento. —Amanda no cejaba en su empeño. Tomó un lápiz y un pedazo de papel del cuenco de la mesa de centro y comenzó a escribir los nombres de todos—. Lo haremos por sorteo. —Cortó el papel en pequeños pedazos que dobló uno por uno. Luego los agitó en sus manos y le pidió a Irene que cogiera dos.

—César y...

Desdobló el segundo:

—Yo. —Irene mostró el papel—. No me lo invento. Pone mi nombre.

César se puso en pie.

—Ah, bueno. Lo que quiera preguntarle a mi mujer lo puedo hacer en casa. La suerte ha decidido que podéis seguir sin nosotros. —Comenzó a despedirse con afecto de todos. En último lugar besó a Alira—. Gracias por la invitación.

Irene lo imitó. Y añadió:

—Qué bien hemos estado, todos juntos de nuevo.

Alira los acompañó hasta la puerta y esperó a que el coche se perdiera en la oscuridad para regresar con los demás.

Amanda volvió a agitar los papeles entre sus manos. Esta vez le pidió a Adrián que sacara dos.

—Dunia y... Tomás.

Dunia soltó:

—Yo no pienso jugar a esta estupidez. —Se rellenó la copa, se levantó y

se dirigió a uno de los dos ventanales del salón.

Alira apreció cómo Tomás apretaba los labios. Conociendo a su hermano, comprendió que se tomaba el comentario de Dunia como un rechazo personal, no hacia el juego. Lo sintió por él. Para una vez que intentaba socializar, en su cabeza la experiencia quedaría registrada como un fracaso.

Sin decir una palabra, Tomás se puso en pie y salió del salón.

—Ha aguantado más de lo que pensaba —lo excusó Alira—. Suele acostarse pronto.

—Pues ya casi no quedan opciones. —Amanda sacó dos papeles más—. Adrián y... Alira. —Una sonrisa forzada se congeló en su rostro.

Alira miró en dirección a Adrián, sentado en una de las butacas, y le pareció descubrir un brillo burlón en sus ojos, como si la estuviera poniendo a prueba.

—Entonces, ¿pasamos al cuarto oscuro? —preguntó él en un tono impreciso.

El corazón de Alira comenzó a palpar con fuerza. Instintivamente miró a Dunia, quien, con la mirada perdida en la oscuridad más allá de la ventana, ni se había inmutado. Luego a Amanda, absorta en la contemplación de los cubitos de hielo de su bebida, como si hubiera perdido el interés en el juego. La situación le pareció tan ridícula como tentadora. Ese juego inofensivo surgido de la desinhibición que solía acompañar a un exceso de alcohol estaba propiciando un rato a solas con él sin que nadie los juzgara. Podrían bromear sobre sus primeros besos, en la caseta de Mongraín y en el *office* de la mansión durante la fiesta de su décimo quinto cumpleaños. Tal vez, incluso, decidieran repetirlo para compararlo desde la perspectiva del tiempo transcurrido... O tal vez recordaran las caricias y besos compartidos durante aquellos cuatro años de su juventud. O podrían hablar de cómo los había tratado la vida a nivel sentimental desde aquellos tiempos... ¡Ah, qué poco le costaría a ella avivar un rescoldo que, aunque pareciera apagado, quizás simplemente estuviera resguardado por la ceniza!

Entonces Dunia preguntó:

—Alira, ¿vive alguien en el viejo pueblo?

—Claro que no —respondió ella con desgana.

Estaba claro que Dunia pretendía comenzar una conversación para terminar con ese asunto del juego.

—Eso pensaba. Qué extraño.

—¿Por qué dices eso?

—Me parece que sale humo de una de las chimeneas.

Alira se acercó y miró en la dirección que señalaba. En algún lugar de esa negra nada estaba Aquilare.

—¡Es verdad! —Reconoció la ubicación de la zona menos ruinosa del pueblo, en la que quedaban tres o cuatro casas prácticamente intactas—. ¡Amanda! —Abrió la ventana y el frío de la noche de febrero comenzó a invadir la estancia. De golpe se olvidó de sus fantasías.

—¿Qué pasa? No emplees ese tono, Ali. Das miedo.

—Sale humo de tu casa.

—No digas cosas raras. —Amanda acudió junto a ellas frotándose los antebrazos por el frío repentino—. Y ya no es mi casa... —Miró atentamente—. ¿Cómo es posible? ¿Un incendio? ¿Llamamos a los bomberos?

Adrián se puso en pie de un salto y también se acercó. En cuanto confirmó que era cierto, dijo:

—Qué raro, no se ven llamas. Igual es el comienzo de algo. —Se dirigió a Alira—. ¿Quieres que nos acerquemos y echemos un vistazo?

—Conviene asegurarse —dijo ella—. No queda mucho del pueblo y no está todo muy seco, así que no creo que llegase hasta aquí, pero el fuego es muy traidor.

—Vayamos todos —propuso Amanda soltando una risita que irritó un poco a Alira porque la situación no tenía ni pizca de gracia. Además, acababa de decir que no le apetecía recorrer Aquilare, pero no había dudado en aceptar la sugerencia de Adrián—. Nuestra primera noche aquí se ha convertido en una aventura. ¡Los cuatro y el incendio de Aquilare!

—Yo me quedo aquí —dijo Dunia—. Pero informad de lo que pasa.

Alira accionó su móvil para comprobar si tenía batería. Le quedaba solo una raya.

—Cogeré unas linternas —dijo dirigiéndose hacia la gran puerta de doble hoja del salón—. Abrigaos bien. En dos minutos estoy en el vestíbulo.

Alira no tenía miedo a caminar en la oscuridad por los alrededores de Aquilare, pero aquella noche, si sus amigos no hubieran estado con ella, no se

habría atrevido a ir sola. Habría avisado a Tomás y llamado a los bomberos o a la Guardia Civil. El corazón no dejó de palparle por el temor a un peligro incierto mientras descendían por el camino de tierra desde la mansión hasta el viejo pueblo. Como si presintiera que algo extraño estuviera sucediendo o fuera a suceder.

Conocía bien el terreno, así que caminaba delante. Una luna espléndida y brillante hacía innecesario el uso de las linternas. Solo cuando alguna nube ocasional la cubría, todo se convertía en oscuridad absoluta. Tras ella, Amanda y Adrián compartían bromas, que terminaron en diez minutos, en cuanto se enfrentaron de golpe a la crudeza del esqueleto de la primera casa en ruinas devorada por las hierbas.

Alira apreció cierta belleza sobrecogedora en tanta decrepitud. A medida que descendían por la calle principal, cuidándose de no tropezar con las piedras ocultas por la maleza, fue sintiendo una extraña atracción por ese entorno grotesco. «¿Cómo puede la muerte proporcionar esta inexplicable impresión de paz?», se preguntó. Percibió una extraña sensación de compañía en tanta ausencia de vida. Tal vez porque conocía esas piedras desde la infancia y nunca la habían incomodado. Su pensamiento hacia ellas había sido el mismo durante décadas: se pertenecían mutuamente; se aceptaban como eran. Sin recriminaciones, sin sentimientos de culpabilidad, sin grandes esperanzas, sin grandes decepciones. Una amistad en estado puro. Inquebrantable. Si ella hubiera sido una de esas piedras, se habría alegrado de verla.

Descendieron por el centro de la que una vez fuera la animada calle principal y se detuvieron a unos veinte pasos del lugar donde Alira se despidiera de Amanda en la infancia, en la puerta principal de su casa. Olía a tierra húmeda. Olía a frío con matices de leña quemada. Pero no se veía nada extraño.

—Cuánto tiempo sin pasear por aquí... —susurró Amanda con tristeza, encendiéndose un cigarrillo—. Qué sensación más rara.

—Tu casa se conserva bastante bien —dijo Alira—. Se nota que la cuidabais.

—Quiero irme. —Como si de repente se le hubieran pasado los efectos del alcohol y las ganas de reír, Amanda se dio media vuelta y comenzó a caminar por donde habían venido. Pero se detuvo y volvió sobre sus pasos—: Me da miedo ir sola.

Adrián miró a Alira dubitativo.

—Ve con ella —propuso Alira haciéndose la valiente, aunque tampoco le apetecía quedarse sola—. Cualquiera cosa te llamo al móvil.

—La acompaño un poco y vuelvo a por ti.

Alira continuó calle abajo.

De pronto, unas carcajadas rompieron el silencio de la noche provocándole un respingo. Las risas la habían pillado desprevenida en ese lugar abandonado donde lo normal eran los crujidos y los chasquidos. Apagó la linterna y aguzó el oído, inquieta.

Los ruidos provenían de la vieja casa de Amanda, una masa tan oscura como las demás, solo que más completa. El tejado y las paredes seguían en su sitio. Los tres balcones de la primera planta no se habían desgajado y precipitado al vacío. Las puertas tan solo habían perdido algún cristal. En el balcón del centro brillaba una tenue luz.

Comprendió enseguida la situación. No había ningún principio de incendio. El humo salía, disciplinado, por la chimenea. Recordó fugazmente aquellos años en los que el humo sobre los tejados era indicio de vida, de familias junto al hogar, de casas llenas de personas de diferentes generaciones.

Procurando no hacer ruido, se acercó hasta situarse bajo el primer balcón. Sus pensamientos eran confusos. ¿Quién podía desear pasar la noche entre ruinas? ¡Y en febrero! ¡Y en una casa que no era suya! Sí, estaba abandonada, pero eso no le daba derecho a nadie a entrar. Se preguntó si sería legal.

Oyó voces. Y más risas. «Son un hombre y una mujer», pensó. Jóvenes. Alegres. Desinhibidos. Demasiado contentos. Tal vez bebidos. Se producían silencios sospechosos. Seguramente se estaban besando. Sintió que se sonrojaba. Imaginaba la escena que se producía a pocos metros y le entraba calor, a pesar del intenso frío que convertía el aliento en vaho.

Sintió una presencia tras ella y se dio la vuelta emitiendo un gritito.

—Siento haberte asustado —susurró Adrián.

Con una mano en el pecho, como si así pudiera detener los rápidos latidos de su corazón, Alira dijo:

—Vámonos. No tiene sentido quedarse. Hay gente rara en el mundo. Han decidido montarse una fiesta aquí.

Tan cerca de Adrián, no quería escuchar esa intermitencia de silencios y

gemidos que la ponían nerviosa.

Apenas habían dado un par de pasos y oyeron el chasquido producido por las hojas del balcón al abrirse, y alguien se asomó y se apoyó en la barandilla. Instintivamente, Adrián se arrimó a la pared próxima y atrajo a Alira hacia él. La mantuvo pegada a su cuerpo mientras ella no perdía ojo de lo que sucedía arriba. La persona que había salido era una mujer joven. Estaba desnuda. Llevaba el pelo corto o recogido.

—Entra —dijo una voz masculina—. Te vas a congelar.

—No tengo frío —dijo la desconocida extendiendo los brazos, invitándolo a que la acompañara—. Quiero gritar. ¡Nadie puede oírnos! ¿No te parece excitante?

Alira percibió que el cuerpo de Adrián se conservaba fuerte. Hacía ejercicio. Se cuidaba mucho. Ella no se acordaba de la última vez que había estado con un hombre. De la última vez que se había estremecido por caricias sobre su piel. Un rato antes, el juego de La carta le había permitido fantasear con la posibilidad de recordar los besos y caricias compartidos con Adrián. Ahora, entre sus brazos, no sabía si soportaría verse desnuda ante su mirada. Temería que él juzgara en qué se había convertido su carne con el paso de los años.

El hombre salió al balcón. Sin apartar la mirada de él, la mujer se impulsó y se sentó sobre la barandilla, invitándolo a tomarla, con los músculos en tensión, las piernas abiertas, los pies enroscados en los barrotes para conservar el equilibrio, el cuello hacia atrás, contemplando la luna, la noche, venciendo el miedo al vacío.

Alira envidió la fuerza, la flexibilidad y la audacia de la joven. El hombre, también joven, se apresuró a sujetarla. Estaba desnudo. Su cuerpo era esbelto. En la oscuridad no podía distinguir sus facciones. Era una sombra bien modelada. Una sombra esbelta de cabello largo.

—Estás loca —dijo.

Más bien susurró, pero Alira lo oyó. Había risa en su voz. También deseo. Había juventud. Y determinación.

Y ya no hablaron más.

Alira escuchó y miró. Y las imágenes le produjeron un efecto sexual perturbador.

Entonces Adrián comenzó a deslizar la nariz por su cuello, inhalando el aroma de su piel y de su cabello.

Excitada, dejó que Adrián recorriera su cuerpo con las manos, comprobándolo, comparándolo seguramente. La misma cintura, un poco más ancha; los mismos pechos, un poco más llenos; el mismo vientre, un poco más blando.

El mismo cuerpo de Ali, aunque más inconsistente, asustadizo.

La misma alma de Ali, más endurecida.

En silencio, cuando la pareja del balcón volvió adentro, Alira se despegó de Adrián, sin atreverse a mirarlo a los ojos. Su respiración seguía agitada.

—He sido brusco, perdona —susurró él—. No quería que nos pillaran espionando aquí abajo. Y luego... Lo siento. Tenerte tan cerca...

Alira alzó la cabeza, extrañada por el tono apagado de su voz. No había ni rastro del hombre burlón. ¿Y si también él hubiera soñado con ella a lo largo de los años? No sabía qué decirle. Si abría la boca, solo saldría una palabra. Más. Quería más. Que la volviera a abrazar y a acariciar. Que la hiciera sentir joven de nuevo.

—Siempre me he acordado de ti, Ali —añadió él ante su silencio—. Han pasado tantas cosas desde que nos separamos. ¿Quién sabe cómo habría sido nuestra vida si...?

Alira se dio la vuelta para que él no viera cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. ¿También Adrián se había planteado una posible vida juntos? Ella conocía la continuación de esas frases que él parecía no atreverse a completar. Resumían décadas. Nunca resultaba fácil hablar de los sentimientos del pasado. Quizás no fuera ni necesario. Él había elegido finalmente a Dunia y continuaba con ella. Por algo sería.

—¿Dunia y tú no estáis bien? —le preguntó—. ¿Quieres separarte?

Adrián tardó en responder:

—No exactamente. Es difícil de explicar.

Después de haber soñado tanto con él, Alira se percataba de que la verdadera libertad solo existe en los sueños. Allí, en la oscuridad reinante entre ruinas, tendría que quedarse el arrebató que había poseído a Adrián. Ella no podría liarse con un hombre casado. No estaba en su naturaleza. Quizás fuera demasiado racional.

Y, sin embargo, su cuerpo había reaccionado a sus caricias como si no hubieran transcurrido casi treinta años. Todavía lo deseaba. Sería tan fácil caer, dejarse llevar. Pero aquello no estaba bien. Las fantasías no eran peligrosas; la realidad, sí.

—Las cosas son como son —se limitó a decir—. Tú no estás libre. Esto no volverá a suceder.

Comenzó a caminar de regreso a la mansión, seguida por Adrián.

Cuando dejaron atrás el pueblo abandonado y tomaron el camino más ancho de tierra, Adrián se situó a su lado y, recuperando el tono normalmente jovial de su voz, preguntó:

—¿Has logrado ser feliz, Alira?

—¿Tú no?

—He preguntado yo primero.

—Como todos, supongo. Si me comparo con muchos que pasan necesidad, me siento afortunada. Eso ayuda a ser feliz.

—¿Pero no te sientes muy sola en este lugar?

—¿Sola? —bromeó ella—. Mi casa está llena de gente.

—Ya me entiendes...

Claro que Alira lo comprendía, pero se resistía a sincerarse con él.

—La soledad también se siente, aunque estés acompañado.

Adrián asintió, abrió la boca para añadir algo, pero no dijo nada más.

Entonces oyeron a sus espaldas una voz conocida que los llamaba.

—César, ¿qué haces aquí? —preguntó Alira sorprendida.

—Me ha llamado Dunia y me ha explicado lo que pasaba. No estábamos muy lejos, así que he dado la vuelta —hablaba con rapidez, sin mirar a ninguno directamente a los ojos—. Me he acercado... Bueno, vaya escenita, ¿eh?

A Alira le extrañó que hubiese tardado tanto en mostrar su presencia —pues ya había pasado un rato desde que bajaran al pueblo— y que pareciera nervioso. Pensó que solo había una explicación lógica: la había visto en brazos de Adrián, había visto cómo él la acariciaba, había escuchado parte de la conversación entre ambos y había sacado sus conclusiones, equivocadas probablemente, puesto que allí no iba a surgir ningún nuevo romance. Estuvo tentada de extenderse en explicaciones, pero enseguida concluyó que no había ninguna razón para hacerlo. Optó por un comentario intermedio:

—Sí, con el tiempo que hace. Qué imprudentes. Y ese balcón que podría caerse en cualquier momento... —Rio—. Tenía miedo de que nos pillaran y se pensarán que estábamos fisgando, en plan *voyeurs*. En fin, supongo que tras la noche loca, mañana se marcharán.

Volvieron a despedirse junto al coche, en el que esperaba Irene.

Más tarde, en su dormitorio, Alira buscó con la mirada el humo de la chimenea de la antigua casa de Amanda. El día había resultado impredecible y terminaba de una manera extraña.

No podía quitarse de la mente a Adrián acariciando su cuerpo, respirando junto a su sien. Tal vez las imágenes y los ruidos de esos jóvenes también hubieran activado en él imágenes de su juventud compartida, nublando su mente, empujándolo a la tentación de recuperar momentos perdidos y convertirlos en presente, de anular los cambios que se habían producido en sus vidas, de retornar al origen.

Tampoco podía quitarse de la mente a esa pareja de desconocidos. Tenía una sensación rara hacia ellos. Algo similar a los celos. Nunca más podría mirar las ruinas de Aquilare del mismo modo; de alguna manera esos dos habían violado lo que para ella era un lugar sagrado. Pero percibía en su interior una inquietud que iba más allá, que tenía que ver con la fatiga existencial, con el envejecimiento.

Jamás había protagonizado una escena como aquella que había visto en el balcón. Y lo que era mucho más trágico para ella —íntimamente desolador—: jamás podría hacerlo ya. Ni tenía pareja ni esa endemoniada flexibilidad. Tampoco podría ya soportar desnuda el frío invernal durante unos minutos siquiera sin arriesgarse a coger una bronquitis.

Reconocer lo imposible la abatió. Lo imposible era admitir que las caricias de Adrián no le pertenecían a ella y que las sentía cargadas de un pasado al que no estaba completamente segura de si desearía volver, aunque Dunia no existiera. No exactamente. O no solo. Lo impensable hasta ese momento era que la imagen de los cuerpos de una joven pareja amándose en un balcón ocupara el mismo lugar en su mente que el recuerdo de las caricias de Adrián.

De repente, sintió todo el peso del significado del transcurso del tiempo. Cayó sobre su ánimo en la forma de las nalgas de textura firme y amoldable de ese joven impetuoso a quien comenzó a odiar tan solo por el provocador hecho de existir.

*PARADISE CITY (GUNS N'ROSES)**Mediados de febrero*

Alira vigilaba cada noche las sombras de Aquilare para ver si distinguía más humo, señal de la presencia de extraños. Era una cosa curiosa: a veces había y a veces, no. Como si el pueblo fuera un destino de intermitentes okupas. Un par de semanas después de la llegada de los huéspedes a la mansión, cuando las heladas de febrero ya iban perdiendo intensidad y se notaba que el día era más largo, supo por fin qué estaba sucediendo.

Se hallaba una tarde en la cocina pelando una calabaza cuando Amanda y Adrián entraron. Con las mejillas sonrosadas y sin poder ocultar su excitación, Amanda dijo:

—Me he atrevido a visitar mi antigua casa, Ali. Tenía que hacerlo. Adrián ha sido muy amable al acompañarme. Es bueno enfrentarse a los fantasmas del pasado. Me sorprendió mi propia reacción la otra noche. Fui incapaz de asimilar en qué se ha convertido mi lugar de la niñez. Hoy me he dado cuenta de que no hay dolor en mí. El recuerdo que recupero es simpático. Mis padres. Tú y yo. La escuela. Los animales. Los paseos. El río. Ya está. He dado muchas vueltas, estoy muy a gusto aquí contigo, pero soy urbanita. Mongraín me parece Nueva York comparado con esto. Tarde o temprano volveré allí. —Se detuvo para tomar aliento—. Bueno, a lo importante. Nos hemos encontrado con un pequeño grupo de personas. Pensando que eran excursionistas, hemos conversado un rato. Nos ha extrañado que llevasen tanto equipaje. Nos han preguntado si también veníamos por lo del proyecto... Después de un momento de lío, hemos conseguido aclarar la situación. Creo que es mejor que te sientes. No sé cómo te lo vas a tomar. Me temo que no muy bien.

Intrigada y ligeramente asustada, Alira se sentó en la silla más cercana.

—¿Y bien?

—Van a vivir en Aquilare.

A Alira le costó asimilar esa frase tan corta. Se la repitió cuatro o cinco veces mentalmente hasta que fue capaz de verbalizarla en voz alta.

—A vivir. En Aquilare.

—Son de una asociación de repobladores rurales —explicó entonces Adrián— y han decidido instalarse aquí y empezar a reconstruir el pueblo.

—Adrián... —Amanda le lanzó una mirada recriminatoria, aunque su tono era dulce—, hay información que es mejor soltarla poco a poco. Bueno, ahora ya no tiene remedio...

—Pero ¿cómo? ¿Por qué? —La mente de Alira rechazaba la idea.

—Han elegido mi antigua casa como lugar principal desde el que comenzar porque es la que ofrece mayor seguridad. Por lo visto, llevaban tiempo buscando un pueblo abandonado para empezar una nueva vida hasta que uno propuso Aquilare. Han venido ahora, a pesar del frío, para empezar a preparar la tierra para los huertos y sembrar y plantar enseguida. De momento, montarán tiendas de campaña.

—No pueden —dijo Alira con horror.

—Yo tampoco lo tengo claro, Ali —Amanda hablaba con suavidad—. Pero dicen que como el pueblo es del Estado, es de todos.

—No pueden —repitió Alira con obstinación—. No lo permitiré.

—Ali, me temo que eso no depende de ti —dijo Adrián—. ¿Cómo podrías evitarlo?

—Pues no sé —casi gritó ella—. Ya se me ocurrirá algo.

—Cálmate —dijo él en tono vehemente, extrañado y ligeramente irritado por la actitud de Alira—. No es para tanto. Yo en tu lugar me alegraría. Tendrás vecinos. Estarás más acompañada.

Alira lo miró como si fuera un desconocido. Llevaba dos semanas esquivándola, como si se avergonzara por lo sucedido bajo ese maldito balcón, y ahora le hablaba en ese tono que había empleado con ella años atrás, cuando le recriminaba su exagerado vínculo con las ruinas de Aquilare. Respiró hondo y, sin decir nada, retomó sus tareas.

Amanda comprendió que su amiga necesitaba estar a solas. Le indicó a Adrián que se marchara, se acercó a Alira y le acarició la espalda mientras le decía:

—Me alegro de que esto esté sucediendo con nosotros aquí. No adelantemos acontecimientos, ¿de acuerdo, Ali?

Alira asintió agradecida por sus palabras, que servían de poco alivio

para su intranquilidad.

«Tal vez Adrián tenga razón», pensó Alira a solas de nuevo, mientras terminaba de arrancar las gruesas pepitas del interior esponjoso de la calabaza y comenzaba a pelar una cebolla.

Se acabaría tanta soledad en ese entorno de largos inviernos.

Quitó las primeras capas del bulbo. Había escuchado decir que la crudeza e intensidad del invierno se medían por el grosor y el número de los cascotes de la cebolla. La que tenía en sus manos pertenecía a la cosecha del año anterior. Las capas eran finas. Cómo serían las de ese año todavía era un misterio.

Se acabaría tanta soledad, pero se apostaría lo que fuera a que pronto comenzarían los problemas.

Ojalá todo fuera tan previsible como una cebolla.

Capa. Tela. Capa. Tela. Daba igual el color que tuviera su exterior; en el interior del laberinto todas eran iguales: un único corazón blanco.

Pero la vida no era sino una sucesión de envolturas de incertidumbre.

Sintió el impulso de acercarse al pueblo para gritar a los intrusos que se marcharan de allí, que no tenían ningún derecho a usurpar la tierra de sus antepasados. Seguro que no tardaban nada en cubrir de colores las piedras pardas y grises o en cargarse el silencio de las noches con sus risas y cánticos. Le molestaban por el mero hecho de estar allí. Mentalmente los juzgó y acusó de jipis, de perroflautas, de okupas, de vagos y maleantes. Pero se conocía: primero se calentaba y luego aparecía su parte racional. No iba a enfrentarse a ellos personalmente sin antes recabar información.

Se limpió las manos con el delantal, cogió el móvil, se sentó en uno de los bancos del hogar y llamó a César. Él sabría qué hacer. Él representaba la ley.

—Sí, me he enterado por vecinos de pueblos cercanos —le dijo César—. De momento no se ha formulado ninguna queja a la Administración porque no molestan a nadie.

—Me molestan a mí —le confesó ella.

—¿Ha pasado algo? —preguntó alarmado.

—No, tranquilo. Quiero decir que no sé qué tipo de personas son. Se acabó pasear por aquí sin miedo.

—Te noto abatida. Voy por una carretera cerca de tu casa. Me paso y hablamos tranquilamente, ¿de acuerdo? —César colgó sin esperar respuesta.

Alira se quitó el delantal, se puso un chal de lana sobre los hombros y salió para aguardar su llegada cerca de la verja principal. En menos de quince minutos, él aparcó el coche oficial junto a ella.

Pasearon por el camino de tierra que llevaba hasta el viejo pueblo.

—No tienes por qué tener miedo, Ali —dijo César—. Si te parece, esperaremos un poco a ver qué pasa. —Señaló hacia Aquilare—. Igual solo están unos días, se cansan y se van. No creo que se instalen. Los de Medio Ambiente tomarían entonces cartas en el asunto.

—Yo pensaba que en este país —protestó Alira—, donde se tiene que pedir permiso para todo, no se podía acampar donde a uno le diera la gana.

—Y no se puede.

—¿Para qué está la Policía, entonces?

—Ten calma. De momento no han causado ningún desorden ni alterado la paz de nadie.

—La mía.

—No es suficiente. Nadie más se ha quejado. Si quieres, puedo ir a echar un vistazo. La presencia de la Guardia Civil siempre impone respeto.

Alira dudó unos instantes.

—Te lo agradezco mucho, pero creo que tienes razón; esperaremos un poco a ver qué hacen.

—También puedes presentar una denuncia por algo concreto, no sé, si entran en tus fincas sin permiso, por ejemplo...

—Estaré alerta. —Alira se detuvo, se giró hacia él y lo miró directamente a los ojos—. Gracias, César. De corazón.

Él le sonrió.

Regresaron al coche.

—¿Te apetece entrar a tomar algo? —preguntó ella.

César miró su reloj.

—Aún tengo que pasar por el cuartel. Díselo a los demás. Ya nos veremos un sábado de estos. —Señaló en dirección a la casa—. ¿Todo bien ahí dentro?

—Claro que sí. ¿Por qué no habría de ir bien?

—Bueno, tú y Adrián, de nuevo, bajo el mismo techo...

Alira comprendió su insinuación. Recordó que los había visto aquella noche en las ruinas y sintió un leve calor en las mejillas. Esbozó una sonrisa con la que camuflar su falta de naturalidad cuando le respondió:

—Oh, por eso sí que no debes preocuparte.

César hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Se despidieron con un par de besos y él entró en el coche. Manióbró para dar la vuelta y antes de marcharse, con el codo apoyado en la ventanilla abierta, le dijo:

—Sabes que me tienes para lo que sea, a cualquier hora.

Alira contempló cómo se alejaba el vehículo. Con César siempre había podido contar. Era un hombre bueno y cabal. La conocía bien y se preocupaba por ella. Nunca cuestionaría su actitud. Y, aunque de momento no pudiera hacer mucho, al menos la escuchaba con respeto, la comprendía.

Se sintió afortunada de poder contar con una amistad tan sólida.

Durante días Alira buscó ese *algo concreto* que le había sugerido César con el que mostrar su rechazo a la invasión de su mundo. A esas alturas de su vida, tener que pasar por algo así le resultaba insoportable. Y no lo podía comentar con nadie.

O eran imaginaciones suyas, o los nuevos habitantes de Aquilare se estaban convirtiendo en un entretenimiento divertido para sus inquilinos.

Adrián y Dunia aprovechaban sus paseos diarios, juntos o por separado, para acercarse y comprobar sus adelantos. Amanda estaba pensando en redactar una serie de artículos periodísticos y crónicas radiofónicas sobre la evolución del proyecto. A Tomás parecía darle igual. Irene escuchaba sus acaloradas protestas sin darle ni quitarle la razón. Y su madre, afortunadamente, opinaba igual que ella; o eso creía.

La excusa necesaria para poder enfrentarse a los intrusos llegó casi dos semanas después de la conversación con César, el último día de febrero.

Aprovechando la tímida llegada del buen tiempo, Alira se dispuso, como todos los años, a limpiar el huerto —situado en la parte trasera, más allá del jardín— de los últimos rastrojos que no había retirado en otoño y a preparar la tierra. Tomás le había prometido que pasaría el motocultor para labrar y abonar y que también la ayudaría a hacer los parterres para las diferentes hortalizas. Esa parte le resultaba a Alira muy pesada físicamente. Después ella ya se encargaría de su mantenimiento. Ese año iba a hacer un huerto un poco más grande. Un huerto daba mucho de sí en una casa con tantos comensales. Suponía un ahorro considerable. El caso es que, al ir a limpiar la estrecha acequia que llevaba el agua desde un barranco próximo, se percató de que bajaba poca tras un invierno húmedo y de muchas nieves hasta los límites de Aquilare. Alira pensó que habría algún tramo obturado, de modo

que comenzó a caminar siguiendo el trazo de la acequia hasta el mismo barranco. Allí se dio cuenta enseguida de por qué bajaba tan poca agua.

Alguien —estaba claro quién— había colocado la boca de una manguera de generoso diámetro justo en el mismo lugar en el que captaban el agua para su casa.

Aquella asquerosa culebra de plástico se tragaba *su* agua.

Siguió el impulso de correr hacia Aquilare y mostrar su evidente enfado a los ladrones, pero a los pocos pasos lo pensó mejor y dio la vuelta. No pensaba rebajarse pidiendo explicaciones a esos seres que se reproducían como por arte de magia en el pueblo. Así que agarró la manguera y la apartó del cauce un palmo, lo suficiente para que dejara de tragar agua y pareciera que se había desplazado por accidente y no por la intervención de alguien. Su estrecha acequia comenzó a gorgotear con la alegría de siempre.

Al día siguiente, el primero del mes de marzo, sucedió lo mismo.

Al tercer día era evidente que entre *los otros* y Alira se había declarado la guerra del agua. Sin soldados, sin trincheras, sin acusaciones, sin declaración explícita.

Aquello la reconcomía.

Ambos bandos sabían de qué iba la cosa, pero ninguno daba la cara.

La tensión le resultaba insoportable.

Esa misma tarde, después de comer, Alira lo comentó con su madre porque sabía que sería la única que comprendería el hecho en toda su dimensión.

—Lo he hablado con César —le explicó mientras Elegía cosía en una butaca junto a la ventana del despacho lleno de recias estanterías abarrotadas de libros—, pero me dice que él todavía no puede intervenir. Que los denuncie. Que envíe una reclamación a la administración de las aguas públicas, por ejemplo.

—La única vez que lo hicimos, tu padre y yo, por un conflicto sobre una fuente, tardaron catorce años en responder. Tendrás que hablar con ellos.

—¿Y aceptar que debemos darles lo que no les corresponde? Si quieren agua, que se bombeen la del río, que les pasa cerca.

—El generador que tienen no es muy potente y hace mucho ruido. Lo natural es aprovechar la caída del agua. Y esta es muy buena para beber. Son listos. Diles de hacer una pequeña arqueta con dos tomas, una para ellos y otra para nosotros.

Por primera vez en su vida, Alira no comprendió a su madre. Hubiera jurado que su opinión sería la declaración oficial de guerra. Sin embargo, proponía una solución salomónica.

—¿Y tú cómo sabes tanto de esta gente, mamá? —le preguntó sorprendida.

—Tus amigos me han ido contando. Y desde mi balcón intuyo qué hacen.

—Lo dices como si no te molestaran.

—Qué mal debe de andar el mundo ahí fuera si tienen que venir a vivir a un pedregal infestado de ortigas.

Alira reconoció que no se le había ocurrido mirarlo desde esa perspectiva. Ante su silencio, su madre le soltó una de sus sentencias:

—Los vecinos son como los pensamientos, Alira. Para vivir en paz, conviene dejarlos fluir, sin intervenir en ellos. A ver qué pasa.

Alira no le preguntó si hablaba desde la experiencia de su pasado en el pueblo o desde la tristeza de lo que ya no tiene solución. Se dio cuenta de que desconocía muchas cosas acerca de ella, de que nunca le había preguntado por su felicidad, tan preocupada estaba ella por la suya propia.

Decidió seguir su consejo, para terminar de una vez por todas con el irritante uso del agua.

Al día siguiente, el primer sábado de marzo, bajó a Aquilare.

La impresionó el rápido cambio producido en tan poco tiempo.

Decenas de gallinas blancas y marrones correteaban por la calle principal picoteando entre las piedras, afanosas, como si supieran que su labor consistía en terminar con las hierbas. Un par de *border collies* las acompañaban en su confusa actividad. Cuando los perros se acercaban demasiado para olisquearlas, ellas soltaban un escandalizado cacareo, se alejaban ofendidas, con el cuello bien erguido y una actitud de desconfianza que perdían en cuanto algún bicho o tierna hierbecilla volvía a llamar su atención. Le gustó ver cómo las gallinas disfrutaban de su libertad, pero pensó que algún zorro se llevaría alguna. Por eso las suyas estaban en un gallinero.

Alira se convirtió en la nueva atracción de los perros, que la saludaron con la misma alegría que si hubiera sido su dueña. Le resultaron simpáticos. En su casa siempre hubo perros para el ganado. Ahora que las pocas ovejas que tenían eran una pequeña inversión de la que se encargaba un mayoral a

cambio de un porcentaje, ya no los necesitaban. Los acarició y se acordó de su última perrita, la única a la que por lista y encantadora le había consentido Elegía que recorriera el interior de la mansión a su antojo y durmiera en todas las camas. Se llamaba Val. A Alira le gustaba lo independiente que era y su punto locuelo. Tenía una clara obsesión: ladrar a los aviones. Los oía mucho antes de que se distinguiera su estela en el cielo. Le molestaban porque existían y no podía saber qué eran. Ahora la comprendía. También a ella la inquietaban esos desconocidos de Aquilare. Val había muerto demasiado joven, de enfermedad. A Alira le dolió tanto su pérdida que no quiso tener ninguna otra mascota.

Acompañada de esos nuevos amigos que mostraban una alegría contagiosa con sus saltos y sus exagerados movimientos de cola, Alira decidió dar un rodeo. En lugar de descender por la calle principal hasta la antigua casa de Amanda, donde había escuchado decir que se reunían los nuevos moradores de Aquilare, recorrió otras callejuelas para hacerse una idea de qué estaban haciendo los forasteros. Y así también demoraba el momento de enfrentarse a ellos.

No se cruzó con nadie en ese paseo, algo que agradeció. Hacía un mes que no recorría el lugar y necesitaba un tiempo a solas para asimilar los cambios.

De las cien casas originales, calculó que se conservaban en pie tal vez una docena. En las cinco calles que confluían en la antigua plaza, los edificios más alejados y más grandes estaban más deteriorados. Sin embargo, las casitas más humildes, quizás por estar más protegidas, se conservaban mejor. En estas habían colocado toldos azules a modo de improvisado tejado, y comprobó que, en su interior, limpio de tierra y hierbas, habían instalado tiendas de campaña.

Había losas y pilas de leña bastante bien hechas por todas partes. Un sendero despejado y suficientemente ancho recorría el centro de todas las calles para poder circular con comodidad. Incluso en algunos tramos se notaba que estaban intentando recuperar el empedrado original cubierto por años de tierra y malas hierbas. Unas cintas amarillas y unos carteles explicativos delimitaban las zonas peligrosas y avisaban de posibles derrumbamientos.

A medida que se acercaba a la plaza, aumentaban la limpieza y la organización. Contó media docena de tendederos con ropa de colores

balanceándose al sol. Improvisados bancos hechos con troncos y orientados al sur invitaban a sentarse a charlar o a disfrutar de un momento de paz al sol. Alguien incluso había colocado algunas macetas con flores. «Demasiado pronto», pensó. La primavera, alevosa, se encargaría de matarlas con alguna helada imprevista.

Percibió una apacible sensación de orden entre las ruinas, aunque le molestaron los colores chillones de plásticos y lonas porque rompían la armonía del pardo de la tierra y del dorado cálido, el beis apagado y el gris claro, a veces azulado, de las piedras.

En la plaza unos niños jugaban junto a la fuente rectangular adosada a un muro, en el mismo lugar donde ella escuchaba su música cuando era pequeña. Se sintió transportada al pasado y ligeramente conmovida.

Ese día no había colegio porque era sábado. Se preguntó a cuál irían; si también contemplarían adormilados el paisaje desde la ventanilla de algún vehículo; si eran tan felices como parecían, como ella lo fue allí, a pesar de todo. Se fijó en que había un grifo de riego nuevo y simple que los niños abrían y cerraban para llenar unos pequeños cubos. Brotaba un buen chorro de agua. Supuso que allí llegaba el agua que le quitaban.

Los niños se fijaron en ella y uno de ellos la saludó sin timidez.

—¡Hola! ¿Tú quién eres?

—Me llamo Alira. ¿Están vuestros padres por aquí?

—En la casa principal —respondió otro señalando hacia la calle Mayor, donde se ubicaba la antigua vivienda de Amanda.

Alira fue hasta allí y se detuvo en la puerta. Percibió que alguien hablaba como si estuviera explicando algo y otros hacían preguntas, pero no identificaba el tema. Se sentía nerviosa. Tenía toda la pinta de ser una reunión, así que habría muchas personas. Y además, recuperaba en su mente imágenes tórridas de aquella noche, de aquella pareja rebosante de energía en el balcón.

Respiró hondo y entró.

Cruzó el patio interior, que estaba vacío, y se dirigió hacia las voces, que provenían del porche trasero, un lugar que conocía bien por tantas tardes de juego con Amanda en la infancia. Allí hubo un cobertizo para guardar los instrumentos de labranza y los aperos de las bestias de carga y un gran trillo acomodado contra una pared.

Por fin conoció a sus nuevos vecinos. Su mente identificó una docena de

hombres y mujeres de diferentes edades. Melenas, tatuajes, rastas, cabellos muy cortos, ropas de colores, chaquetas gruesas, sonrisas.

Y fue consciente de que nunca olvidaría la extraña sensación que le produjo escuchar que alguien decía, no supo si con el tono de admiración de quien se refiere a una leyenda viva, o con el tono de rechazo de quien se refiere a un ser diabólico:

—Es ella.

SUSPICIOUS MINDS (ELVIS PRESLEY)

Sábado, 3 de marzo

Sin saber muy bien a quién dirigirse en concreto, Alira dijo su nombre y que vivía en *la casa*, como si todos tuvieran que saber qué casa era. Evitó la palabra *mansión* porque le sonó excesiva. Señaló en dirección al oeste. Apreció movimientos de cabeza en señal de asentimiento.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó una mujer joven de cabello oscuro, largo por un lado y rapado por otro, mientras se levantaba y le indicaba que ocupara su asiento—. ¿Agua? ¿Zumo? ¿Café? ¿Infusión?

—Agua está bien. —Alira agradeció el gesto porque se sentía perdida, un tanto avergonzada, en medio de un grupo de personas a quienes no conocía, pero empleó un tono seco. Deseaba marcar las distancias. Que no se confundieran: jamás trazaría amistad con ellos.

Vio que habían desmontado el viejo cobertizo, dejando a la vista el gran arco de piedra de sillería del pórtico, tal como debió de haber sido en su origen. A su izquierda, la escalera de anchas losas por la que se accedía a la planta superior se había preservado prácticamente intacta. En la pared del fondo, en la que habían conservado el trillo, habían dispuesto una gran mesa con comida, bebida, vajilla y cubiertos. Los presentes estaban sentados en sillas en corro en el centro del espacio, de modo que no podía saber quién dirigía esa reunión.

—Nos alegra conocerla, por fin —dijo entonces un joven con aspecto de vikingo—. La verdad, no hemos tenido mucho tiempo últimamente, pero pensábamos invitarla a nuestra fiesta de inauguración. Qué menos, ya que somos vecinos.

A Alira le sorprendió el comentario y su voz.

La había oído antes.

Sintió que enrojecía al darse cuenta de que correspondía al chico del balcón.

En su mente vio la sombra desnuda. En la realidad, vio a un hombre de unos treinta años con barba, sienes rapadas y el cabello rubio oscuro recogido en una pequeña coleta entre la nuca y la coronilla. A pesar del frío, llevaba una camiseta de manga corta y un chaleco, ambos de color negro. Uno de sus brazos estaba completamente tatuado. Su aspecto le produjo rechazo, pero su voz no podía mostrar más amabilidad. Dicho claramente: le sorprendió que un hombre *así* resultara educado. Y le molestó que la tratara de usted. Mucho. La hizo sentirse mayor. El trato dejaba claro cómo la veía aquel joven. Como lo que era: una mujer que casi podría ser su madre. Desconcertada, intentó encontrar una respuesta lo suficientemente neutra como para no desviarse de su propósito inicial, que era el de marcar sus límites, sin resultar abiertamente hostil. En un tono afirmativo y neutro, y empleando la misma cortesía que había recibido, pronunció:

—Llevan idea de quedarse mucho tiempo...

—Queremos que Aquilare sea nuestro hogar —dijo entonces una mujer de mediana edad con una indumentaria espantosa y el pelo largo, canoso, recogido en una larga trenza.

Alira comprendió que se sentiría cómoda, pero a ella nunca le habían gustado los pantalones de chándal y mucho menos si se combinaban con gruesas chaquetas de punto como aquella, desbocada por el uso.

—En pocas semanas nos hemos dado cuenta de que es el lugar idóneo. Pronto irán llegando los demás.

—¿Los demás? —preguntó Alira.

—En la asociación somos unos treinta. Algunos nos conocíamos. —La mujer señaló con la mano a sus compañeros—. Otros contactaron con nosotros por Internet. Por cierto, me llamo Paloma.

—Y yo, Pedro —dijo el hombre grande sentado a su lado esbozando una sonrisa que ablandó su rostro curtido por el sol—. Soy su marido.

Pedro le presentó al resto del grupo, uno a uno, pero ella solo se quedó con el nombre del vikingo, Damer, y el de la chica del corte de pelo extraño, Malva, que dedujo sería su novia, por la manera cariñosa y cercana con la que se dirigía a él. La pareja del balcón ya no solo tenía rostro, sino también nombre.

Damer y Malva.

A cada nombre, Pedro añadía una breve explicación de su habilidad principal en la nueva comunidad. Alira escuchó diferentes profesiones:

panadero, albañil, mecánico, informático, profesor, médico natural, carpintero, ingeniero...

—Todos somos muy hábiles —dijo Paloma— y compartimos la misma ilusión de comenzar de la nada, de vivir de nuestro propio esfuerzo y de la naturaleza. Si quieres, podemos enseñarte lo que estamos haciendo.

«Ella me tutea», pensó Alira achacándolo al hecho de que tuvieran edades aproximadas.

—Gracias, otro día. Hoy tengo prisa.

Al darse cuenta de que aquello iba en serio, de que no era una acampada pasajera, Alira se agobió. Tanta amabilidad... No la conocían de nada y ya le estaban dando demasiadas explicaciones. No quería que la embaucaran con sus ilusiones. Ella había ido a protestar porque se estaban apropiando de lo que no les correspondía. Se puso en pie y dejó el vaso, del que no había bebido más que un sorbo, en la silla.

—No sé con quién debo tratar de un asunto sobre el agua...

—Todas las cuestiones se plantean en esta asamblea —dijo Pedro mirándola fijamente—. Adelante, ¿qué sucede con el agua?

A Alira le pareció que todos sabían perfectamente cuál era el problema. Su escasa valentía desapareció ante la silenciosa expectación.

—Quien ponga la manguera, por favor, que se asegure de no taponar mi toma.

—Ya sabes, Damer —Paloma se dirigió al vikingo—. Tú eres el ingeniero. Hay agua de sobra. No vamos a tener problemas por eso.

Damer se incorporó en su silla y miró a Alira con una expresión divertida.

—Es curioso. Me preguntaba quién retiraba la manguera todos estos días. Ya sé quién.

Alira notó cómo un intenso calor recorría todo su cuerpo hasta convertirse en puro fuego en sus mejillas.

—No tenía ni idea de qué hacía esa cosa allí. Tal vez, si hubieran preguntado habríamos encontrado otra solución más cómoda para todos.

—¿Como cuál? —preguntó Damer.

Alira recordó las palabras de su madre.

—Como hacer una arqueta, así de sencillo —repuso.

Reconoció para sus adentros que su tono había sido agrio, y que cualquier otra persona le habría respondido de malas maneras; Damer, sin

embargo, supo reconducir la situación.

—Es una buena idea. ¿Cuándo quiere que vayamos a verlo? ¿Mañana domingo?

La propuesta la pilló tan desprevenida que, sin pensarlo, dijo:

—Muy bien. A las once.

Salió de allí a toda prisa. Ya se había sentido demasiado observada y juzgada.

Al repasar la conversación de regreso a su casa, reparó en que no había puesto ni una objeción ni media ni a que vivieran allí ni a que hicieran uso del agua del barranco.

Casi se alegró de no haberlo hecho.

Había determinación en las palabras de esas personas.

Tenían toda la intención de quedarse allí.

Y vendrían más.

Asumió que tendría que ir acostumbrándose a la invasión de su territorio.

Algunos sábados por la noche, los amigos de la mansión bajaban a Mongraín y se tomaban una copa en el Siempre. Otros sábados se juntaban en la casa. Ese en concreto, como Irene y César tenían un compromiso, los demás decidieron no salir. A pesar de la actitud esquiva de Adrián hacia Alira, que solo parecía percibir ella, poco a poco se había ido instalando una agradable rutina entre ellos. Y una de las razones para que resultara tan cómoda era que durante la semana cada uno llevaba su vida y esperaban al sábado para juntarse un rato más largo y relajarse junto al fuego del salón.

Tras la cena, como tenía por costumbre, Elegía se retiró enseguida.

—¿Te apetece tomar algo con nosotros? —le propuso Alira a su hermano.

Aunque ella siempre contaba con él, Tomás no había vuelto a repetir después de aquella primera noche de los inquilinos en la casa.

Tomás dudó, pero finalmente aceptó.

Ya en la primera copa, el tema principal de conversación volvió a ser el de los nuevos habitantes de Aquilare.

Para sorpresa de Alira, Amanda y Dunia llamaban a los invasores por su nombre, como si los conocieran de toda la vida.

Amanda, además, se mostraba especialmente entusiasmada.

—He pensado en ir recopilando material. Por favor, Ali, no te enfades. De momento, empiezo, ¿vale?, y luego ya veré lo que hago. Lo bueno es que puedo escribir una crónica partiendo de cero. Malva, Damer, Paloma y Pedro me han autorizado a usar sus testimonios. Mañana igual empiezo a grabar algo. Hay tema para varios artículos. La llegada, la adaptación, los primeros días de frío durmiendo al raso entre ruinas...

—No dramatices —dijo Alira—. Usan tiendas de campaña de las buenas.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Amanda.

Alira no quiso explicar que había bajado y los había conocido.

—Lo dijiste tú, o Dunia, no me acuerdo. Últimamente no se habla de otra cosa en esta casa.

—He de reconocer que tiene mucho mérito lo que hacen —dijo Dunia—. En pocos días han arreglado muchas cosas.

—Entonces habrá que recompensarlos por apropiarse de lo que no es suyo —replicó Ali con ironía.

—Venga, Ali, afloja un poco... —suplicó Amanda—. Los detestas. Y no los conoces. Comprendo tus reticencias, te conozco de toda la vida. Pero me apuesto lo que quieras a que en el fondo de tu ser sientes algo de curiosidad por ellos.

Alira suspiró.

—Tal vez, un poco —reconoció—. No comprendo que se idealice tanto la vida rural. Es más dura de lo que parece. Poca tierra y algunos animales no dan para vivir. A ver cuánto aguantan.

—No es eso —intervino Dunia—. O no solo. Algunos han venido por pura necesidad, porque no tienen nada. Y otros... Paloma me contó que también deseaba cambiar de vida. Ha venido en busca de alegría, paz y armonía. Su marido y ella querían escapar del estrés y vivir en comunidad, sentirse útiles y colaborar para el bien común. A mí me parece algo muy noble y hermoso.

Alira se la quedó mirando fijamente. Que una mujer que no había trabajado nunca, a la que nada le había faltado, que disponía de todo el tiempo del mundo, que se arreglaba como si fuera de boda hasta para salir a

pasear por los alrededores; que una mujer como Dunia hablara con cierta envidia —que parecía sincera— de una mujer como Paloma le produjo extrañeza.

Adrián debió de pensar lo mismo, porque le espetó:

—Pues nada, ya sabes. Hay decenas de casas por reconstruir. Me gustaría verte a ti moviendo piedras.

Se produjo un silencio incómodo debido a que el tono, excesivamente burlón, había sonado hiriente.

—¿Y a quién no le gustaría dejar de ser esclavo del sistema? —preguntó entonces Alira intentando resultar divertida, por romper el hielo y desviar la atención de Dunia, que había agachado la cabeza.

Alira recordaba vagamente la parte menos agradable de sus discusiones juveniles con Adrián. Pero de eso hacía décadas. Desde luego, a su edad, no consentiría que nadie empleara ese tono con ella. «Igual el matrimonio no funciona tan bien como parece», pensó. Pero Adrián le había dicho que no iban a separarse. «No exactamente», esas habían sido sus ambiguas palabras.

—Me pregunto si pagarán impuestos...

—Qué poco romántica eres, Alira, de verdad —se rio Amanda.

—Cada vez menos... —repuso ella.

Alira también había mantenido el tono bromista en su comentario, pero en su interior percibía la lucha entre lo que sentía y lo que mostraba ante los demás. Se consideraba más romántica de lo que pudiera parecer; otra cosa era que, a lo largo de su vida, se hubiera tenido que ir acostumbrando a la falta de libertad, al aumento de responsabilidades, y a refrenar la fantasía y sus sentimientos; algo que, seguramente, formaba parte del camino a la madurez de la mayoría de las personas. Bueno, y en su caso en particular, además, no había tenido suerte en el amor.

—¿Y tú qué opinas? —Dunia se sumó de nuevo a la conversación dirigiéndose a Tomás con amabilidad, como si quisiera compensar la brusquedad del primer día, mientras se servía otro *gin-tonic*.

Sin mirarla directamente, Tomás respondió:

—Que cada uno haga lo que quiera.

Alira reprimió una sonrisa. La frase sonaba falsamente moderna proviniendo de alguien que no resistiría ni un día viviendo solo. Comprendió, no obstante, que su hermano intentaba resultar agradable aun cuando —así lo

sospechaba ella— tampoco le hacía gracia tener gente merodeando por el viejo pueblo.

—Buena respuesta. —Adrián alzó su vaso en dirección a Tomás mientras hacía un gesto de asentimiento con la cabeza. Había recuperado su tono jovial después de cómo se había dirigido a su mujer.

Alira se dispuso a servirse otra copa.

—Yo te la preparo, Ali —se ofreció Adrián.

Ella agradeció el gesto, que contribuía a recuperar la normalidad. Desde aquel acercamiento la primera noche de su llegada en Aquilare, parecía que un muro se hubiera levantado entre ellos. Quizás ambos pensaran lo mismo: la bebida, la oscuridad, dos amantes en acción... Se había producido un contagio efímero y, tras la endeble cercanía, había surgido cierto pudor. Y días después, cuando Amanda y él le hablaron por primera vez de la pretensión de los nuevos vecinos de instalarse en Aquilare, el tono de las pocas frases que habían compartido había sido más bien tenso.

—Por cierto, Ali —dijo Amanda—. Me ha contado Irene que le pediste a César que se informara de si era legal o no que se instalaran aquí...

Amanda lo comentó con naturalidad, pero Alira se molestó un poco porque no se esperaba aquella indiscreción por parte de César. Siempre había existido una gran confianza entre todos, pero ella había dado por sentado que sus conversaciones con él no tenían por qué trascender.

—Qué poco duran los secretos en este grupo.

—No te mosquees. No dijiste que fuera un secreto. Es más, creo que es algo que nos intriga a todos.

—¿Y qué dice César? —preguntó entonces Tomás.

—Que Aquilare pertenece al Estado —explicó Amanda— y que más tarde o más temprano la situación será insostenible. Los guardas forestales ya han informado a la Administración regional. Hay precedentes en otros lugares. Pueden ir a por ellos por ocupación de monte público y por delitos contra la ordenación del territorio. Suena un poco exagerado, ¿no os parece?

—Cuando el sistema se pone en marcha, ya se sabe... —comentó Adrián.

Hubo un murmullo de asentimiento general, tras el cual surgió un nuevo tema de conversación al que Alira no prestó mucha atención.

La aliviaba saber que el sistema iba a funcionar sin que ella tuviera que tomar parte activa.

Tal vez no tuviera que soportar la presencia de los forasteros mucho más tiempo.

Soportar... Qué verbo tan duro. Tolerar, llevar con paciencia. Sufrir. Sobrellevar.

Amanda tenía razón: los detestaba sin conocerlos. Paloma, Pedro, Damer, Malva... Eran personas como ella, con sus anhelos y sus problemas. En realidad, no le habían hecho nada para que se sintiera así.

Así, ¿cómo? Le costaba explicárselo. Agitada. Intranquila. Recelosa. Desorientada, tal vez.

Bueno, pues cuanto antes se fueran, mejor. Que todo ese asunto se olvidara pronto o se convirtiese en una anécdota, sin más.

Entonces recordó que a la mañana siguiente había quedado con el vikingo.

WOMAN IN CHAINS (TEARS FOR FEARS)

Domingo, 4 de marzo

El tiempo había cambiado durante la noche y, mientras desayunaba en la cocina, Alira podía oír las andanadas del viento del norte contra el mundo exterior. Lo tomó como una señal de advertencia. Tal vez fuera mejor no acudir a su cita con Damer. No había conocido nunca a nadie con ese nombre, aunque sabía de su existencia por haberlo leído en una novela que le gustaba mucho. Qué casualidad.

Utilizó el móvil para informarse y de una cosa pasó a otra y acabó buscando en Facebook a todos los que se llamaban así, con el deseo de dar con su vecino para descubrir más sobre él. Lo encontró, pero no había publicado nada nuevo en los últimos tres años. Le hubiera extrañado que fuera muy activo en redes. Uno no se iba de okupa a un pueblo perdido y abandonado donde comenzar de cero para seguir pendiente de su vida social en la red. Eso sí: se entretuvo analizando las tres o cuatro fotografías de él. En concreto llamó su atención una: de rodillas frente al mar, con la mirada perdida en el horizonte, en actitud reflexiva, Damer ofrecía una imagen de tristeza y soledad que contrastaba con la sonrisa permanente que recordaba en su rostro. Se preguntó quién habría sacado esa foto. Tal vez Malva.

Se sirvió otro café descafeinado. La casa estaba silenciosa. Los domingos todos se levantaban más tarde y se preparaban su propio desayuno, algo que Alira agradecía, pues también necesitaba algún momento de descanso. Había aprendido que cuidar de cinco personas —seis, con ella— requería más esfuerzo del que había pensado, sobre todo si pretendía que todo estuviera tan perfecto como deseaba. Durante la semana estaba muy ocupada entre las compras, la preparación de los desayunos y cenas variadas, el apoyo a Crina en las tareas domésticas, el huerto, el jardín y el papeleo de una propiedad grande como aquella.

Siempre había sido madrugadora, pero ahora notaba que necesitaba dormir más y que sin previo aviso le asaltaba algún dolor muscular o de huesos en partes del cuerpo a las que nunca antes había prestado atención. Odiaba especialmente el momento anterior a acostarse, cuando se lavaba la cara y reconocía en ella las huellas del tiempo, el avance de la vida hacia otra etapa inquietante. El cansancio del día, las preocupaciones, el implacable envejecimiento evidente en la textura ya imperfecta de la piel y la mirada entristecida se empeñaban en alejarla de la jovencita que todavía percibía en su interior.

La puerta de la cocina se abrió de golpe.

—Perdona —dijo Adrián con voz ronca al comprobar que la había sobresaltado—. Pensaba que no había nadie. —Fue directo a la máquina de café.

Alira lo encontró más atractivo que nunca. Llevaba un pantalón de pijama rojo y una camiseta blanca. Iba descalzo y tenía el cabello alborotado. Imaginó sus mechones entre sus dedos. Qué lástima que fuera tan puritana. Seguramente pocas personas echarían a perder ocasiones de dar rienda suelta a la pasión por respeto a un matrimonio que, además, no tenía claro que funcionara muy bien. En varios momentos había notado que Adrián se dirigía a Dunia con un afecto que resultaba forzado y distante.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó ella deseando salir corriendo hacia su habitación para quitarse la bata horrorosa que llevaba y vestirse adecuadamente.

—No es necesario, gracias.

Alira señaló en dirección a la alacena que estrechaba el acceso al *office* contiguo.

—El azúcar está en ese armario.

—Sin azúcar está bien, gracias, Ali.

Alira apretó los labios. Algo en el tono de voz de Adrián le indicó que no iban a entablar ningún tipo de conversación. Qué poco había durado el acercamiento que había percibido la noche anterior. Aquello le dolió.

Sin embargo, para su extrañeza, Adrián tomó asiento en una silla frente a ella con la mirada baja. Tras unos instantes de silencio, alzó la cabeza.

—Tenemos que hablar. No me siento cómodo evitándote. No somos dos desconocidos.

Alira hizo un gesto de asentimiento.

—Lo del otro día... —continuó él— no me lo puedo quitar de la cabeza. Fue como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros, Ali. ¿No sentiste tú lo mismo?

Alira temió responder afirmativamente porque no sabía adónde la conduciría la verbalización de la verdad. Contuvo el aliento unos instantes y optó por la sensatez.

—Creí haber sido clara al respecto. Nada me resultaría más fácil y deseable que acostarme contigo. Pero no lo haré.

Adrián extendió la mano para acariciar la de ella.

—¿Puedo convencerte de alguna manera?

—Entendí que no te ibas a separar.

Adrián frunció ligeramente el ceño y bajó la vista. Luego comenzó a hablar en voz baja:

—Cuando pienso en ti, Ali, recuerdo lo felices que fuimos. Le he dado vueltas a nuestra ruptura. No fui lo que se dice un caballero. Era muy joven, aceptaba la vida como venía, sin pararme a pensar demasiado. No creo que sirva ya para algo, después de tantos años, pero me gustaría que supieras que, con el tiempo, comprendí que, en parte, esta casa tuvo algo de culpa. Me agobiaba pensar en todas las obligaciones que implicaba hacerse cargo de una propiedad como esta. Lo veía como una atadura. Creo que hasta le cogí manía porque me apartaba de ti. Ojalá no hubiera existido. Tal vez entonces hubieras sido libre para acompañarme. —Hizo una pausa mientras continuaba acariciando la mano de ella—. Puede que me esté haciendo mayor, Ali; a veces, añoro, incluso envidia, tu fortaleza. No sé cómo lo has hecho, pero has cumplido con lo que te propusiste. Este lugar ha sobrevivido gracias a ti.

Alira se conmovió por su confesión y su alabanza. También ella había comprendido demasiado tarde que se podía haber esforzado más para no perderlo. Durante su noviazgo, se había convencido de que no había nada en su corazón más importante que Adrián, pero en demasiadas ocasiones había antepuesto su apego a la casa a lo que él sugería. De alguna manera, le había exigido a un joven Adrián que asumiera unas obligaciones que no le correspondían. ¿Estaban aún a tiempo de recuperar el tiempo pasado? Si Adrián se atreviera también a sincerarse sobre su relación con Dunia... Decidió arriesgarse a hablarle con la misma franqueza que él había mostrado:

—Si recuperaras tu libertad, podríamos volver al principio...

Adrián se puso en pie y se acercó a ella. Posó las manos sobre sus hombros y comenzó un delicado masaje en su cuello.

—Al principio me deseabas. Y aquella noche en las ruinas de Aquilare yo diría que también.

Alira disfrutó de ese momento tan íntimo.

—El deseo no puede vencer a la razón —susurró.

—¿Estás segura?

Adrián abandonó el masaje y extendió las manos para tomar las de ella e invitarla a que se pusiera en pie. Entonces él apartó la silla, se apoyó en la mesa y tiró de ella suavemente para acomodarla contra su cuerpo mientras mantenía las manos firmes en su cintura bajo la bata.

Alira cerró los ojos. La cabeza le daba vueltas. Qué fácil resultaba rendirse a sus encantos. Estaba protagonizando una escena largamente soñada. Si no había cambiado, el Adrián que recordaba era un buen amante. La casa estaba silenciosa. Todos dormían. Él estaba comenzando a mordisquearle el cuello. Solo tenían que subir a su dormitorio y dejarse llevar. Dejarse llevar.

Apoyó las palmas de las manos sobre su pecho y, tras un instante de duda, se despegó de él.

—No. —Pronunció el monosílabo con claridad. La razón se imponía al deseo.

Adrián dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo.

—De acuerdo. Es la segunda vez que me rechazas. No lo intentaré más. Entre nosotros, los juegos amorosos resultan extraños. —Esperó alguna reacción por parte de ella que no llegó.

Alira estaba inmóvil, con la cabeza agachada y la respiración agitada.

Tras unos instantes de incómodo silencio, Adrián emitió un suspiro de resignación, la apartó con delicadeza y se marchó.

Alira aguardó unos minutos de pie, aturdida por lo sucedido, antes de regresar a su habitación. Allí se tumbó en la cama y lloró. No recordaba la última vez que lo había hecho. Con los años, las lágrimas también se iban secando, como el alma.

Lloraba de rabia y de pena.

Había tenido que hacer acopio de una gran fortaleza para rechazar a Adrián. Se había sentido deseada; se había sentido incluso triunfal, porque

después de toda una vida junto a su mujer, él seguía deseándola a ella. Pero había renunciado a seguir adelante por respeto a Dunia, no por falta de deseo.

¿Cómo podría soportar ahora las siguientes semanas junto a Adrián? ¿Cómo podría tratarlo como si fuera invisible si su carne la llamaba a gritos?

Oyó movimientos por la casa. La vida se ponía en marcha. No tenía ganas de ver a nadie. Se levantó, se secó las lágrimas, se peinó con las manos y se vistió con unos tejanos, una camiseta de manga larga y una gruesa chaqueta de lana. Había un lugar en la propiedad, en la parte trasera de la mansión, en el límite entre el jardín y el huerto, donde se refugiaba cuando necesitaba aclarar las ideas.

Encorvada contra el viento salvaje que se estampaba contra los muros cubiertos de hiedra que rodeaban la mansión y que la azotaba; rabiosa contra ella misma por no ser más lanzada, por tener unos principios tan firmes, cruzó el jardín sin prestar la atención que solía a los árboles descuidados; sin saludar en silencio, como siempre lo hacía, al viejo nogal, a los cipreses sin podar, al abeto azul y a la secuoya, a los tejos y frutales, a los olivos y cedros, a su querido magnolio; sin dedicar unas palabras amables a las gallinas del pequeño gallinero adosado a una de las paredes.

Llegó a un pequeño y esbelto edificio de dos plantas de unos veinticinco metros cuadrados cada una unidas por una empinada escalera de madera carcomida que en tiempos había sido palomar y ahora estaba vacío.

Entró, trepó por las escaleras hasta el piso superior y se sentó en un pequeño y bajo banco de madera sin respaldo en un rincón desde el que podía contemplar —sin sufrir los golpes del viento que hacían crujir las paredes— el paisaje a través de una gran ventana orientada al sur. Cuando soplaba el aire con esa intensidad, Alira se olvidaba de sí misma. Era para ella como la música *heavy* para su hermano. Conseguía aislarse de su propio ser.

Al cabo de un rato, el tono de su voz interior se había calmado.

Adrián había aparecido de repente; por casualidad se alojaba en su casa y un día se marcharía; y por mucho que hubiera soñado con reencontrarse con él, o por mucho que hubiera deseado también recorrer el mundo junto a él, no debía engañarse: ella jamás abandonaría ese lugar. Y resultaba reconfortante saber que también había dejado una huella profunda en él. Los años pasados juntos no habían sido años vacíos. Habían tenido su significado en plena juventud. Si había pasado tantos años sin él, podía continuar hasta el fin de sus días.

Sí sí. La razón se explicaba muy bien, pero el corazón le escocía. Estaba dejando pasar tal vez la última oportunidad de su vida de amar con plenitud.

Entonces oyó una voz que gritaba ocupando el breve silencio entre dos andanadas de viento.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Provenía del jardín.

Se asomó y reconoció a Damer. Miró su reloj. Eran casi las doce. Había olvidado su cita. No le apetecía nada hablar con él. Dudó si quedarse escondida, pero él se acercaba al edificio. Igual la había visto. Resopló y descendió hasta la planta baja.

Él ya estaba en la puerta.

—Ah, pues sí. Era usted. Me ha parecido verla en la ventana. Me imagino que habrá olvidado que habíamos quedado. En la casa —Damer señaló en esa dirección— me han dicho que igual estaba por aquí.

Alira se preguntó a quién habría preguntado. Qué más daba.

—No me he olvidado —dijo con tono seco—. Tenía que hacer unas cosas y se me ha complicado la mañana.

Damer miró a su alrededor como si buscara las tareas que podrían realizarse en ese palomar vacío.

—¿Prefiere que lo dejemos para otra ocasión?

Alira se ajustó la chaqueta sobre el pecho. Cuanto antes terminara con aquello, mejor.

—Iremos ahora.

—Tal vez quiera coger un abrigo...

—Estoy acostumbrada al frío.

En silencio caminaron al paso ligero que marcó Alira por la parte trasera de la mansión hasta tomar el sendero que ascendía paralelo a un barranco. En diez minutos llegaron al lugar donde este se ensanchaba un poco y el agua aminoraba su viaje por el surco de tierra y piedras para remolonear en una pequeña badina.

Alira pensó que la expresión de su rostro debía de ser horrible, porque él le preguntó:

—¿Se encuentra bien?

Su preocupación parecía sincera.

—Sí, gracias —repuso ella sin más.

—He estado mirando y creo que su idea es acertada —dijo entonces él

mientras se rehacía la coleta para recogerse unos mechones que se le habían soltado—. Pero en lugar de una arqueta con cemento, que queda muy feo en un lugar tan virgen como este, yo haría un pequeño depósito de piedra del que salgan dos tomas iguales. Y me comprometo a cubrir las mangueras con tierra.

—Yo me encargaré de mi parte —dijo Alira pensando en pedírselo a Tomás.

—Como quiera. —Damer se encogió de hombros—. ¿Cuándo empezamos?

—Mi hermano solo puede los fines de semana. Es albañil.

—El primero que pueda, pues. No nos llevará mucho tiempo. De enterrar las mangueras, que se encargue cada uno cuando sea.

—Me parece bien.

El alivio por que el asunto estuviera zanjado mitigó el enfado de Alira por tener que compartir su territorio con ellos. Y saber que la Administración podía denunciarlos y echarlos también le aportaba tranquilidad.

—Entonces, esto ya está. Una cosa menos.

A Alira aquello le sonó a que existiera alguna lista.

—¿Es que hay más? —preguntó.

—Verá... La antena que está en una de sus fincas, en un montículo detrás de su casa... Si la giráramos un poco nos llegaría mejor la señal.

Ella supuso que se refería al repetidor de televisión. O sea, que dejaban su mundo moderno y urbanita para irse a vivir al campo, pero querían seguir conectados.

—No entiendo de esas cosas —dijo—, pero si a mí no me afecta pueden hacerlo.

—Y ya que estamos, Alira, me gustaría pedirle...

—Puedes tutearme. —Fue una proposición instintiva; esa mañana ella no necesitaba más recordatorios del implacable paso del tiempo.

—De acuerdo. Por cierto, tu nombre es muy bonito. Eres la primera Alira que conozco. Yo me llamo Damer.

Trató de responder a su elogio —que le había gustado, al igual que también le había complacido que él recordara cómo se llamaba— suavizando un poco el tono:

—Me parece muy original.

—Lo eligió mi madre. Es el de un antepasado de Eduardo de Rochester,

el protagonista de...

—*Jane Eyre*.

—¡Sí! —Damer se mostró ilusionado por que ella lo supiera—. Era su novela favorita.

—¿Era?

—Murió hace unos meses.

—Lo siento —murmuró Alira con franqueza.

—Gracias. —Damer carraspeó y dijo—: Pues bien, Alira. Una de las razones por las que ayer te dije que queríamos invitarte a la fiesta de inauguración era para conocerte mejor. A ti y a tu familia. Sabemos que has vivido aquí siempre, con tu madre. Seguro que podéis contarnos muchas cosas sobre este lugar. Queremos ser respetuosos con su pasado. Conocer sus costumbres. Cultivar lo que se da bien. —Sonrió de nuevo—. Somos hábiles, aprendemos rápido y nuestra pequeña biblioteca está llena de libros sobre agricultura, pero agradeceríamos mucho alguna instrucción práctica y real. Me imagino que tú, por tu edad, no habrás tenido que encargarte de la tierra y los animales, pero tu madre seguro que es una mina de información.

Alira se sorprendió, y también se sintió halagada. Aunque al principio la hubiera tratado de usted, Damer no la veía tan vieja como ella creía que la percibían.

—Se lo comentaré a mi madre. ¿Cuándo es la fiesta?

—El próximo sábado. Que vengan también tus inquilinos. Por cierto, me dijeron que tienes una habitación libre para alquilar.

«Todo se sabe», pensó ella. Con sus amigos hablando por los codos, no tenía margen para mentir y no se le ocurrió ninguna excusa creíble.

—Sí —dijo con cautela—, pero todavía no sé si la voy a alquilar. Ya somos muchos en casa.

—Solo sería para el próximo fin de semana. Viene mi padre a verme y me gustaría que estuviera cómodo. Mi nueva casa todavía no reúne condiciones y él está mayor. —Como si se sintiera en la obligación de aclararlo, añadió—: Se llevaba muchos años con mi madre. Sorpresas de la vida, ella, que era más joven, se fue antes. ¿Puedo contar con ello?

No le apetecía entablar nuevas relaciones, pero tampoco supo negarse, así que Alira aceptó. Dos días se pasaban pronto.

Caminaron juntos hasta el punto en el que el camino se bifurcaba hacia la mansión y hacia Aquilare. Hablaron de cosas sencillas e inofensivas: del

hermoso paisaje que comenzaba a espabilarse con el buen tiempo, a pesar de los días concretos de frío y viento como ese; de la suerte de que ese entorno se hubiera conservado intacto, a salvo de la especulación urbanística; de lo bien que se dormía por las noches, sin ruidos de coches y sirenas de ambulancias; de la paz que proporcionaba vivir sin miedo.

Esto último extrañó a Alira. Damer no parecía el tipo de persona que tuviera miedo. Al contrario, ella lo consideraba valiente, tal vez incluso insensato, si se había lanzado a una aventura como la de ocupar y rehabilitar un pueblo abandonado. Él no era como ella.

—¿Miedo? —le preguntó—. ¿A qué?

—A la sociedad que hemos construido. Es siniestra. Si te fijas, las imágenes en las noticias muestran todos los días un mundo militarizado, con tanques policiales, uniformes militares, chalecos antibalas y ametralladoras. Aunque sea para un partido de fútbol. La sensación de inseguridad se percibe por todas partes por culpa de la amenaza de ataques terroristas. Las imágenes de los pobres inmigrantes son terribles, y no parece haber solución. La inseguridad, la incertidumbre, produce angustia y miedo. Los que conociste ayer en Aquilare, por ejemplo. Todos hemos sufrido lo mismo: estrés por exceso de trabajo, ansiedad por temor a perderlo. Algunos, de hecho, lo perdieron, y entonces la sensación de inseguridad, de no poder hacer frente a los gastos se transformó en pesimismo, y este en indignación. —Se detuvo, y sonrió antes de añadir—: Vaya rollo te he echado. Qué imagen te llevarás de mí. En realidad, soy un tío positivo. Mi dicho favorito es uno que me dijo una vez un amigo: «Si sucede, conviene». Creo que el miedo también puede ser un motor. Gracias a él estoy hoy aquí. Yo sí tenía trabajo, pero no era feliz. Me agobiaba el mundo, en general. Aquí estoy tranquilo.

Damer era justo lo contrario a ella, pero su forma de explicarse transmitía una claridad y una intensidad que le llegaron al alma. Alira pensó que, aunque solo fuera en un sentido muy concreto, el joven también hablaba de ella. El miedo a perder su casa, a no estar a la altura de lo que se esperaba, la había obligado a tomar la decisión de alquilar las habitaciones y alterar su vida. En lo que no coincidían, desde luego, era en la pasión con la que él se enfrentaba al nuevo reto, y en que ella no tenía claro eso de que se le podía dar una interpretación positiva a todo lo que sucedía.

El descubrimiento de la sensibilidad de Damer produjo en Alira un efecto contradictorio sobre el que reflexionó mientras regresaba ya sola a su

casa. Por un lado, reconoció que le había agradado conversar con él. Le había hecho olvidar durante un rato su odiosa firmeza en no ceder a las deseables intenciones de Adrián. Aquello había sucedido hacía apenas un par de horas y ahora lo percibía como algo un tanto lejano. Por otro lado, rogó para que Damer se largara de Aquilare, que desapareciera de allí con sus amigos. Deseaba que los echaran antes de que existiera la menor posibilidad de que les tomara cariño. Se sintió culpable por desear aquello a quienes buscaban la paz de su espíritu, pero su mente rechazaba mostrar afecto por ellos. No aceptaría esa debilidad. Su paz se hallaba en su propia fortaleza. Y su fortaleza encontraba su alimento en el orden de lo conocido a través de los tiempos. Más allá, todo era inseguridad y, por tanto, miedo.

Se detuvo ante la puerta principal de la mansión.

La conocía más que a ella misma.

Cada vez que regresaba, aunque solo fuera tras unas horas, su corazón la saludaba con la alegría de una larga separación.

Un pensamiento recurrente que resumía un sentimiento hondo de pertenencia acudió a su mente: «Lo fuiste para otros que ya no están; lo eres para mí; lo seguirás siendo para los siguientes: hermosa, sólida, cobijo, sentido, identidad...».

Alira se consideraba menos importante que la casa. Ella moriría, pero la casa, como un ser vivo inmortal, desafiaría al tiempo que la había perpetuado; tal vez de una manera diferente a la del pasado, pero seguiría adelante.

El viento estremecía los postigos, movía las canaleras, arrastraba piedrecillas por el tejado, provocaba crujidos. La mansión Elegía hablaba. Vibraba, como si sintiera escalofríos.

Su madre abrió la puerta.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó con cierta excitación—. Ha venido tu hermano.

—¿Y eso? —«¿Gerardo? ¿Sin avisar?»

—Él y Telma tenían un par de días libres y han decidido acercarse. Jan se ha quedado con unos amigos para no perder clases.

Alira ahogó un resoplido de contrariedad.

«Qué largos se me van a hacer estos dos días», pensó.

Qué largos...

WHEN WE WERE YOUNG (ADELE)

Meses más tarde
Martes, 26 de junio

La subteniente Esther decidió visitar el lugar de los hechos de nuevo. Acompañada de César, acudió a la mansión al día siguiente de entrevistar a Irene.

Hacía una mañana espléndida, pero su humor no era el mejor. Nunca se había enfrentado a un caso como ese. Todo eran variables, suposiciones, conjeturas, cabos sueltos, pero seguía sin encontrar respuestas, un móvil, un acusado sin fisuras. Las horas pasaban y ella no adelantaba. Para colmo, la identificación de la víctima estaba llevando demasiado tiempo. Si al menos tuviera un nombre, podría centrar la investigación de una vez.

En su interior seguía recriminando a César su torpeza. Si hubiera planteado desde el principio una desaparición forzosa... Lo que daría porque ese hubiera sido uno de esos casos simples en los que se tenía un único sospechoso y que se resolvían en las primeras veinticuatro horas. Una reyerta. Un robo. Un asunto claro de violencia de género. Pero no. A punto de jubilarse, se veía obligada a actuar con toda la energía —que ya no sentía— de los momentos estelares de su carrera profesional.

Llevaba una orden judicial para revisar la propiedad. No obstante, Alira se mostró muy colaboradora desde el principio. La mujer lucía un mejor aspecto que en el interrogatorio cinco días antes, aunque parecía nerviosa. Les enseñó toda la casa, desde los torreones hasta la cocina.

La subteniente pidió bajar a la bodega, donde había aparecido el cuerpo.

En la planta baja, en un distribuidor separado del vestíbulo por una puerta alta de doble hoja, tras el nacimiento de una impresionante escalera de piedra con barandilla de madera, una pequeña puerta, rústica, de anchas tablas y cerradura antigua ocultaba el acceso a la bodega.

Siguiendo a César y Alira, Esther descendió por una escalera angosta, empinada y oscura buscando con ambas manos salientes en la pared de piedra para sujetarse. Contó dieciséis estrechos peldaños hasta que llegaron a un espacio de techo abovedado de unos seis pasos de largo por tres de ancho. En la pared del fondo, un ventanuco alargado de no más de un palmo de anchura abierto en la parte más alejada de una pared de inusual grosor mitigaba a duras penas la sensación de hallarse en una cripta. Dos piedras de gran tamaño sobresalían de esa pared.

Sin la luz y el calor de los focos de los bomberos y la forense, percibió lo húmedo y lúgubre que era aquel lugar. Una única bombilla en el centro del techo lo alumbraba débilmente.

Pidió a César que encendiera la linterna. A su derecha, Esther distinguió, tal como recordaba, la media docena de cubas de diferentes tamaños dispuestas a la altura de sus muslos en una estantería formada por dos vigas de madera tan largas como la pared lateral y cuyos extremos se incrustaban en las paredes más estrechas del rectángulo. El suelo estaba cubierto de losas de piedra sin rejuntar con cemento, de modo que el frío de las profundidades de la tierra surgía por las rendijas. Tal vez tanta humedad fuera buena para que se conservara el vino, pero había sido un horror para el estado del cuerpo.

Recordó cuando bajó por primera vez allí, el jueves anterior.

Tras el aviso a la Unidad de Policía Judicial de la provincia, a Esther le había costado dos horas llegar a la mansión desde la capital. Allí se encontró con César, el sargento de la Guardia Civil, visiblemente nervioso, y con el juez, el letrado de la Administración de Justicia y la forense. Esperaban a que llegaran los bomberos porque el lugar donde estaba el cuerpo no podía ser más inaccesible. Les costaría horas terminar con el procedimiento del levantamiento del cadáver.

Los bomberos tuvieron que emplearse a fondo para idear un sistema de arneses para los brazos y el tórax que les permitiese sacarlo sin que se les desgajara debido a la avanzada fase de putrefacción. Lo fueron arrastrando con cuidado hasta lograr introducirlo en un sudario.

Al recordar la imagen del cadáver, a Esther le vino a la mente una desagradable mezcla de grasa y jabón. A eso se reducía una persona. Toda una vida. Las alegrías, las tristezas. Los anhelos, los logros, las desilusiones.

La forense, una mujer de cabello oscuro, mediana estatura y aspecto frágil que contrastaba con la profesionalidad y decisión que mostraba en su

desagradable tarea, había examinado las ropas desgarradas que colgaban de los restos del cuerpo. Algo muy genérico: camiseta y pantalón. La víctima no llevaba anillos, reloj o cadenas. No quedaba cabello. No había uñas. Para saber si sus rasgos físicos coincidían con los aportados en la denuncia de desaparición habría que esperar al resultado definitivo de la autopsia. En ese momento, por la altura y peso probable, se podía conjeturar su identificación. Solo eso.

A continuación la forense había retirado las ropas para continuar registrando sus hallazgos en su grabadora, que luego se habrían de transcribir en un informe.

«Cadáver en el que coexisten fenómenos putrefactivos y de saponificación. Son evidentes fenómenos de la fase colicuativa y áreas de adipocira muy marcadas en mamas, regiones abdominal, glútea y ambos muslos. No hay pulpejo para hacer necrorreseña. Faltan piezas dentales. En cuero cabelludo de región occipital hay una herida contusa y en el resto de la superficie corporal conservada no se aprecian lesiones traumáticas. —Como si quisiera confirmar lo evidente, la forense echó un rápido vistazo a su alrededor y continuó—: No estaba al aire libre y aquí no hay insectos. No hay pues fauna cadavérica. Se procede a su traslado al Instituto de Medicina Legal para la realización de la autopsia.»

Esther se había hecho entonces su propio resumen: el cuerpo se estaba transformando en papilla y no se podían tomar las huellas. Había que esperar al resultado de la autopsia. Ninguna pista de con qué se había hecho esa herida en la cabeza. Ninguna pista de cómo había fallecido. Y el lugar donde había aparecido tampoco arrojaba ninguna luz. Habían tomado muestras de decenas de huellas diferentes y de restos de sangre minúsculos en un par de sitios, tan seca que podía ser de algún conejo desollado en el pasado... Había que esperar también a los resultados de esos análisis.

—No he vuelto a bajar aquí desde... —dijo entonces Alira con un ligero temblor de voz, obligando a Esther a abandonar sus reflexiones y regresar al presente—. No sé si podré hacerlo sola nunca más.

César asintió comprensivo. No había pasado ni una semana y a él le parecía una eternidad. Él tampoco podría olvidarlo.

Esther señaló una oquedad al fondo a la izquierda, imperceptible hasta que uno llegaba hasta allí.

—Entremos —le dijo a César.

Alira se apartó, con expresión aterrorizada, mientras murmuraba:

—Yo no pienso hacerlo.

—No es necesario, Ali —la tranquilizó César antes de desaparecer en el agujero.

Esther lo siguió.

Ambos agentes caminaron encorvados por un angustioso pasillo de la anchura justa de una persona de complejión normal.

Esther se imaginó a alguien arrastrando un cuerpo por ese conducto y sintió una punzada de angustia. O era muy fuerte, o la desesperación le había proporcionado una energía inusitada, o...

Se detuvo un instante.

O habían sido dos las personas.

Pero tenían que conocer bien el lugar, porque el penoso pasillo terminaba ante un agujero excavado en el suelo y, si no lo sabías, en la oscuridad, te arriesgabas a caer por un hueco de un metro de diámetro lleno de agua.

Allí tampoco había mucho espacio para maniobras. Un bordillo de unos diez centímetros de ancho recorría la circunferencia del pozo, lo justo para apoyar un pie y poco más. El techo, también abovedado, era ligeramente más alto que el del pasillo, de modo que, si te atrevías a sujetarte a las paredes y colocar un pie a cada lado, en el bordillo, podías erguirte por completo.

Esther visualizó la manera de introducir el cadáver en el pozo. Se repitió que había que tener mucha fuerza. Y habían arrastrado el cuerpo por los pies si lo primero que había visto Alira —y luego confirmado la comisión judicial — era la cabeza. Allí no había espacio físico para maniobras ni para que el propio cuerpo se hubiera dado la vuelta en el agua.

Recordó parte del expediente, la respuesta de Alira sobre por qué fue ella allí la mañana que encontró el cadáver. Se la sabía de memoria:

«No salía agua en casa. A veces pasa. Si hace mucho que no llueve, baja el nivel de la toma en el barranco. Y si llueve a raudales, se taponan. Cuando sucede eso, enciendo una bomba para aprovechar el agua del pozo, que suele estar siempre lleno. No es agua potable, pero al menos sirve para los baños. El interruptor de la bomba está en la bodega. Bajé y lo accioné. Subí a la cocina y comprobé que seguía sin salir agua. Me extrañó que la bomba no funcionara. Pensé que la toma en la boca del pozo se había obturado, no sería

la primera vez. Cogí una linterna. Volví a la bodega. Recorrí el túnel, me arrodillé para meter la mano y limpiarla. Entonces...»

Entonces sintió algo gelatinoso, tiró hacia arriba y vio un rostro deforme en el agua. Gritó, lloró, se golpeó la cabeza al salir. Se le cayó la linterna, que encontraron luego los agentes. Y llamó a César. Alira no se había fijado en detalles que sí descubrieron los investigadores. La tierra del túnel mostraba signos de que se hubiera arrastrado algo pesado. En una de las paredes y en algunas losas había restos de sangre que alguien podría haber intentado limpiar burdamente, no estaba claro si hacía años o recientemente.

Lo único que sabía Esther, a falta del informe definitivo del equipo forense, era que la víctima había sido atacada en la bodega y arrastrada por ese túnel para ser arrojada al pozo. En el momento del deceso se habría ido al fondo y habría ido emergiendo al hincharse por efecto de los gases de la putrefacción; por eso no lo habían visto en el registro de la casa tras la desaparición.

Se encorvó de nuevo para regresar a la bodega, donde Alira esperaba con una expresión indefinible. Cansancio, expectación, curiosidad, desagrado.

—¿Quiénes sabían de la existencia de este lugar? —le preguntó mientras se sacudía el polvo de las mangas de la americana.

—Todos —respondió Alira—. Cuando les enseñé la casa, también bajamos aquí. Sabía que les gustaría, por diferente.

«Entonces, las huellas dactilares y los cabellos encontrados en las paredes del túnel podrían corresponder a cualquiera de ellos», pensó Esther disgustada.

—Y después de ese día, ¿solían bajar? —preguntó.

—Yo sí, a por vino.

—¿Y nunca percibió un olor raro, como a podrido? —Esther tuvo que controlar el tono de voz, que pugnaba por ser irónico.

Alira parpadeó.

—En las bodegas como esta siempre huele a rancio. A una mezcla de humedad y sebo, de cuando se guardaba en esas pilas. —Señaló un par de piezas grandes de piedra cóncavas con tapa de madera en la pared del fondo, bajo el ventanuco—. O a algo peor. Alguna rata muerta. Una vez desapareció un gato y...

Esther hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y aparte de usted?

—Lo cierto es que no. Hicimos alguna broma sobre... —Alira se calló como si se hubiera dado cuenta de algo terrible. Pero era demasiado tarde. Se frotó las manos, inquieta.

—¿Sobre qué? —preguntó Esther.

César acudió en su ayuda:

—Creo que se refiere a una noche que cenamos y comentamos la noticia de una escritora inglesa, ¿verdad, Ali?

Esta asintió. Esther instó a que alguno de los dos continuara:

—¿Y bien?

César hubiera deseado que Alira no comentara nada sobre aquella noche. Odió el fugaz pensamiento que cruzó su mente: «¿Y si no la conozco tan bien como creía?». Aquello resultaba muy oportuno para poner el foco en alguien muy concreto o, dicho de otro modo, para desviarlo de ella.

—La escritora desapareció de manera inexplicable. Su segundo marido, a quien ella había conocido por Internet a los dos años de enviudar del primero, dijo que hacía un tiempo que su esposa le repetía que necesitaba espacio y viajar a algún lugar desconocido para recuperar la inspiración, por eso sospechaba que se podía haber largado. No obstante, siguiendo el protocolo policial, se organizaron búsquedas en el territorio cercano. Se entrevistó a los vecinos, amigos y conocidos. Era una mujer bastante famosa. No recuerdo bien los detalles, pero uno de sus amigos recordó que en una cena, hablando de historias sobre crímenes, el marido dijo que la fosa séptica en desuso de la casa antigua en la que vivían sería un lugar idóneo para esconder un cadáver. La policía buscó entonces en la fosa y allí apareció la escritora, después de tres meses de búsqueda. El marido la había ido drogando durante meses. El motivo del asesinato: él heredaba la fortuna de ella.

»El caso es, subteniente, que bromeamos sobre el hecho de que aquí también hubiera un pozo, ya me entiende...

—Lo que no entiendo es que esa historia no se haya comentado antes.

—Sinceramente —dijo César—, lo acabo de recordar ahora. Hablamos de tantas cosas con los amigos... Y también se inspeccionó la bodega en su día.

A Esther le resultaba difícil creer que no hubieran visto el paralelismo entre ambos casos. Cada hora que pasaba se convencía más de que debía

retirar a César de la investigación. Estaba tan involucrado emocionalmente que pasaba por alto demasiados detalles.

—Me gustaría una respuesta clara, Alira. ¿Alguien dijo exactamente que este sería un buen lugar para ocultar un cuerpo?

—Sí —murmuró Alira.

—¿Quién?

—Fui yo —respondió César—. Y Ali se refería a que, después de esa conversación, varios dijeron que ya no bajarían nunca más aquí.

Esther apretó los labios. César no parecía nervioso. Ni tenía una relación íntima con la supuesta víctima ni se beneficiaba con su muerte. Y, desde luego, ese caso no parecía que tuviera nada que ver con una herencia.

—Pues al menos uno de ellos lo hizo —dijo con un tono ligeramente mordaz—. ¿Quién sabe? Tal vez le dieras la idea...

Esther comenzó a ascender las escaleras.

Al llegar al vestíbulo, oyó varios sonidos seguidos que indicaban que le estaban entrando varios mensajes. Se acercó a la luz que atravesaba las cristaleras de las puertas del jardín y se concentró en leer uno de ellos.

Era el resultado de la autopsia.

Se había practicado un estudio más detallado de las ropas, que por talla y marcas podían corresponder a una mujer. Ni rastro de la tarjeta bancaria o del documento de identidad que se suponía llevaba en el momento de la desaparición. Eso, en realidad, le importaba poco, porque ya habían comprobado que la tarjeta no había tenido movimientos. El estudio de la fase colicuativa no aportaba nada. Imposible reconocer el color de ojos. Fosas nasales aplastadas. Ausencia de la mayoría de las partes blandas del rostro. Aperturas en abdomen. Más saponización en caderas y glúteos... En el estudio interno del tórax y abdomen, aunque los órganos se encontraban en estado de putrefacción, no se observaban lesiones en estructuras óseas ni viscerales. El contenido del cráneo era una papilla grisácea; en el exterior se apreciaba una fisura en la región occipital.

Avanzó en la lectura, impaciente por encontrar algo concreto. El informe de la autopsia era más completo, pero insuficiente. Los fenómenos putrefactivos indicaban que la data de la muerte era de entre dos y cuatro meses. Vaya novedad. Se habían remitido muestras al Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses: el estudio de vitalidad del fragmento óseo que contenía la fisura señalaría si la lesión se produjo en vida; el análisis

químico-toxicológico de la cuña hepática, pulmonar y renal revelaría el consumo de drogas o tranquilizantes; las piezas dentales servirían para determinar el ADN... Y habría que esperar también al resultado de la determinación de diatomeas en hígado, riñón y médula ósea.

Otra semana más, al menos, siendo optimistas. Chasqueó la lengua.

—¿Novedades? —preguntó César acercándose con cautela.

—El informe forense confirma más o menos lo que ya sospechábamos —le explicó ella—. Es el cadáver de una mujer y el margen de fechas coincide con la desaparición. Hay que esperar los resultados de toxicología y ADN. Falta la confirmación definitiva de que la causa de la muerte fuera un fuerte golpe en la cabeza, pero parece lo más plausible. De momento no sabemos qué arma se pudo emplear.

—Se pasó la lámpara de Wood en busca de manchas de sangre. Solo se encontró algo en la pared —recordó César—. Y en la bodega no había ningún objeto que pudiera ser empleado para golpear.

—Pues entonces habrá que recorrer toda la maldita casa —espetó Esther.

El siguiente objetivo de la subteniente era Elegía. Había leído su primera declaración, pero no había tenido ocasión de interrogarla personalmente. Preguntó a Alira si podía hablar con ella unos minutos y esperó en silencio, junto a César, en el vestíbulo.

Alira no tardó en abrir una de las grandes hojas de una doble puerta.

—Mamá la recibirá en el despacho —dijo indicando con un gesto a la subteniente que la siguiera.

César se dispuso a acompañarlas, pero Esther le dijo:

—Espérame aquí. Prefiero estar a solas con ella. —Sacó el móvil del bolsillo de la americana—. No te preocupes, grabaré la conversación para que conste en el expediente.

Sin importarle la reacción de su subordinado, Esther cerró la puerta y cruzó un gran comedor hacia otra puerta doble. La estancia a la que Alira había llamado *despacho* era más bien una biblioteca del pasado. La subteniente admiró sus dimensiones y decoración. Los pocos huecos de las paredes en los que no había estanterías con libros estaban forrados con

paneles de madera oscura hasta la altura de su pecho. De ahí para arriba, un papel con motivos florales en los que destacaban palmeras y pequeños animales entre los que distinguió gallinas y conejos.

Se dirigió hacia la mujer que la esperaba sentada en una butaca isabelina, amplia, de caoba oscura y terciopelo de color burdeos, dispuesta frente a un hogar donde había varios leños apilados sin encender. La temperatura era agradable.

Cuando llegó hasta ella, Elegía le tendió la mano, sin levantarse, para que se la estrechara, y le indicó que tomara asiento junto a ella en otra butaca igual.

A Esther le vino a la cabeza la imagen de una gran señora de otros tiempos, algo a lo que el entorno tan clásico contribuía en gran manera; quizás su espalda no estuviese muy erguida por la edad, pero la actitud, la leve inclinación de la cabeza hacia un lado, con la barbilla alta, las manos contenidas sobre el regazo, la sonrisa medida, pertenecían a alguien con fuerte personalidad. Como la casa, Elegía le pareció elegante pero desfasada.

—Me alegra conocerla, señora Vargas. He oído que es usted una experta. Cuanto antes se resuelva este desagradable asunto, mejor para todos. Ojalá pueda resultarle de ayuda.

Esther se sorprendió por la naturaleza directa de la mujer. Por norma, desconfiaba de quienes se mostraban excesivamente voluntariosos a colaborar, pues solían ocultar misterios tras la campechanería; en este caso, no obstante, le pareció que las palabras de Elegía eran sinceras. Puesto que ya había leído su declaración, tampoco quiso andarse con rodeos. A ver si resultaba tan buena observadora como indicaba su mirada despierta...

—Me gustaría que me dijera algo breve y concreto sobre cada una de estas personas.

Elegía observó cómo Esther preparaba el móvil para grabar.

—Si quiere que sea completamente sincera —dijo—, mejor no grabe esto. Nadie tiene por qué enterarse de mis opiniones.

A Esther le pareció algo irregular pero razonable. Prefería nuevas pistas sobre una dirección que seguir a más palabrería vacía en un expediente. Ya vería luego cómo justificaba sus decisiones en el informe. Dejó el móvil en una mesita auxiliar y sacó una libreta del bolsillo de su americana.

—De acuerdo, pero tomaré alguna nota. Empiezo por Alira.

—Inocente, en todos los sentidos.

—César.

—Apocado. Hubiera sido mal amo para esta casa.

—¿Debo entender que prefiere la soledad de su hija a un yerno no apto?

—Por supuesto que no. Él hubiera sido infeliz aquí. Por tanto, al final ella hubiera terminado sola igualmente.

—Irene.

—Una chica con las ideas claras. Trabajadora. Un poco simple, a veces, pero de buenos sentimientos. Inofensiva.

—Amanda.

—Inteligente. Insegura. Egoísta. Y un poco ligera... Ya me entiende. No me sorprendió que se liara con Adrián. Hay mujeres que no saben estar sin un hombre. Este cumplía sus requisitos: guapo, con dinero y cerca.

—Casado...

—Hoy en día hay pocos escrúpulos sobre eso, diría yo. Y con una mujer como Dunia, ausente, drogada con pastillas para la depresión y bebiendo más de la cuenta...

—Le iba a preguntar por Dunia ahora.

—Para mí, alguien aparentemente amable pero desequilibrada. De esas personas que nunca sabes qué le está pasando por la cabeza.

—¿Cómo se tomó Alira lo de Adrián y Amanda?

—Mejor de lo que me esperaba. Sé que todavía había hueco para él en su corazón, después de tantos años; tal vez por no haberse casado con él lo idealizaba y, por eso mismo, pensé que reaccionaría mal. Pero no le dio mayor importancia. Actuó como si no supiera nada, aunque lo sabía. No habló de ello. Un día quise sacar el tema y me respondió que las relaciones de los inquilinos no eran de nuestra incumbencia.

—¿Su opinión sobre Adrián?

—Insustancial, frívolo. Un tanto chulo. Puede que bueno en su trabajo, pero vago, en realidad. No me suelen gustar quienes dedican demasiado tiempo al ocio. Y este solo pensaba en correr por esos caminos.

—Tampoco hubiera resultado buen yerno. —A Esther se le escapó una breve sonrisa.

—Desde luego que no. Para conservar un buen patrimonio conviene no pensar demasiado en uno mismo.

—¿Su hijo Tomás?

—Un hombre infeliz pero tranquilo. En muchas familias hay alguno

como él.

—¿Y el otro, Gerardo?

—Inteligente. Ambicioso. Con carácter. Hubiera sido un buen amo, él sí.

—¿Quiere decir que Alira no?

—No digo eso. Mi marido, que en paz descansa, y yo teníamos muy claro que no cambiaríamos el orden de las cosas. La primogénita es la heredera. Alira lo hace bien. Solo digo que Gerardo, además de ser bueno en los estudios, ya de niño mostró maneras para encargarse de una casa como esta.

—¿Su nieto, Jan?

—De momento, le daría igual estar aquí que en una cueva. Dichoso móvil. Dicen que todos los adolescentes ahora son iguales. Una pena.

—¿Y su nuera, Telma?

Esther percibió un sutil cambio de actitud en Elegía: por fin hubo movimiento en sus manos, hasta ese momento tan rígidas, como si hubieran estado talladas en mármol. Las descruzó y con el pulgar y el índice de la derecha acarició el dedo corazón de la izquierda.

—Al conocerla me di cuenta de que mi hijo y ella iban en la misma dirección, de que hacían buen equipo.

Como Elegía no añadiera nada más, la subteniente consultó unas notas de otras hojas de su libreta.

—Más o menos por Semana Santa, Telma y Alira tuvieron una fuerte discusión. ¿Puede decirme qué ocurrió?

—Fue como consecuencia del robo.

—¿Qué robo?

—Desaparecieron las joyas de la familia. Alira quiso poner una denuncia, pero Telma se negó, y su marido la apoyó. Ambos acusaron a mi hija de haber permitido que todo el mundo entrara en esta casa y de que seríamos objeto de burla en toda la comarca. Al final, se optó por no decir nada.

—Pero... —Esther frunció el ceño—. ¿Eso fue antes o después de que la víctima desapareciera?

—Nos dimos cuenta después. Atamos cabos. Entonces pensamos que se las habría llevado, y como la Guardia Civil no parecía tener ninguna pista sobre su paradero, las dimos también por perdidas. De hecho, durante un

tiempo miramos anticuarios en Internet, por si había vendido alguna, pero nada.

—Francamente, no puedo comprenderlo. Aunque solo fuera por el seguro...

Elegía se encogió de hombros.

—No tenemos ningún seguro. Son demasiado caros. Alira redujo los gastos al máximo.

—¿Quién sabía esto de las joyas?

—Solo la familia. Bueno, y Crina, la asistente.

Esther repasó mentalmente el expediente. No recordaba que hubieran interrogado a esa mujer.

—¿Está aquí ahora? Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Ya no trabaja para nosotros.

La subteniente trató de disimular su sorpresa.

—¿Desde cuándo?

—Las extranjeras son misteriosas. Les abres tu casa y luego desaparecen sin decir nada. Crina era una mujer orgullosa. —Elegía emitió un suspiro—. Esos días próximos al robo estábamos todos nerviosos y dijimos muchas cosas. Llegué a pensar que... Bah, eso ya da igual.

Esther completó mentalmente la frase de la anciana. ¿Pensó que Crina podría haber tenido algo que ver con la desaparición? ¿O con el robo de las joyas? Lo apuntó en su cuaderno y decidió continuar en la misma dirección:

—En cuanto al robo... ¿Usted de parte de quién estaba? Me refiero a si le pareció bien guardar silencio sobre el tema.

—Creo que no conviene airear los errores familiares.

Esther frunció el ceño de nuevo. Algo en el tono amargo en el que Elegía pronunció esa frase la impulsó a anotarla también en su libreta. También supo que ese tema estaba ya zanjado. Formuló otra pregunta al hilo de la anterior:

—¿Fue un error alquilar las habitaciones?

—Fue una necesidad, aunque hubiese preferido que todo hubiera seguido como antes.

—Hábleme de los nuevos habitantes de Aquilare. ¿Tuvo alguna relación cercana con alguno de ellos?

Elegía pensó unos instantes antes de responder, como si quisiera medir sus palabras.

—Nos invitaron a una fiesta de bienvenida, pero ese día no me encontraba bien y no fui. Después, a la que más vi fue a la joven esa, Malva. Tenía especial interés en apuntar todo lo que le pudiera contar sobre el pasado. Cuando se enteró de que Crina se había marchado, se ofreció a ayudar a Alira en las tareas domésticas para sacarse un dinerillo.

—¿Le molestaba conversar con Malva?

—Yo no la hubiera contratado, desde luego, pero no es fácil encontrar asistentes hoy en día y mi hija no podía con todo. No me molestaba conversar con ella. Me entristecía, en todo caso. Aquellos tiempos se perdieron para siempre. Me costaba comprender que quisieran recuperarlos. Como si se pudiera... Cultivar un huerto, hacer leña y criar cuatro gallinas no te convierte en uno de nosotros. Aquilare murió cuando los otros lo abandonaron. Pueden ocupar las piedras, pero no el espíritu.

—Me refiero a si no le molestaba conversar con ella a pesar de los enfrentamientos legales. —Esther observó que Elegía arqueaba las cejas—. Estoy al tanto. También hemos hablado con alguno de ellos, con quienes visitaron la casa o tuvieron algún tipo de relación más cercana con personas de esta casa. Por lo visto, tuvo usted un enfrentamiento con el padre de Damer.

Elegía apretó los labios. En su rostro apareció una mueca de desagrado. Tardó en responder:

—Me irritó que precisamente él ocupara una de las habitaciones de esta casa. Cuando Alira me dijo que el padre del tal Damer se iba a alojar un fin de semana aquí no le di mayor importancia. Luego nos enteramos de quién era en realidad y lo eché. Seguro que lo tiene usted anotado y convendrá conmigo en que no viene al caso.

La determinación de Elegía dejó claro que no respondería nada más que tuviera que ver con aquel hombre. Esther pensó que, incluso para ella, resultaba retorcido intentar unir aquel incidente con el asesinato. Decidió cambiar de tema.

—¿Es cierto que su hijo Tomás se entendía bien con los nuevos habitantes de Aquilare?

—Comenzó a sentirse útil. Le pedían muchos favores por ser fuerte y habilidoso.

—¿Le molestaba eso a usted? Quiero decir, en casa no ayudaba mucho y, sin embargo, bajaba a Aquilare en cualquier momento. Y no solo eso.

Usted se enfrentó a ellos y Tomás corría a visitarlos.

—No soy idiota ni estoy ciega. Estaba claro que le gustaba esa joven.

—Malva.

—Sí. Malva. Vaya nombre... —Su mirada se perdió en algún punto indeterminado—. Tomás creció en un entorno demasiado solitario. No me molestó que, de pronto, mostrara ilusión por algo. Creo que no albergaba esperanzas respecto a ella pero, al menos, tenía una motivación para salir de su torre. En cualquier caso, pronto terminará ese asunto. No tendrán más remedio que marcharse los forasteros.

—¿Consideraría a Tomás un hombre agresivo?

—En absoluto.

—Siempre se llevó muy bien con su hermana. ¿Diría que la defendería de cualquier ataque, agresión o situación dolorosa para ella?

—Sin duda. Pero tampoco es el caso.

—¿Y al revés?

Elegía pareció dudar. Estaba claro que, si respondía afirmativamente, estaría admitiendo que Alira podía tener un carácter demasiado fuerte.

—Nunca se ha dado esa circunstancia.

Esther fue haciéndose una idea de la rotundidad con la que Elegía defendía a los suyos. Le pareció que poco o nada sacaría ya de esa conversación. Dio por terminada la entrevista, se despidió de ella y salió de la biblioteca.

Se dirigió al vestíbulo en busca de César, pero allí no había nadie, así que abrió la puerta principal de la casa. César y Alira conversaban junto al vehículo policial. Vio que él acarició el brazo de ella.

Esther percibió la confianza entre la pareja de amigos. Una confianza tras la que se escondía algo o no era completa. O Alira no le había contado a César lo del robo de las joyas, o sí lo había hecho y este no lo había incluido en el expediente.

Cuando ambos la vieron, se alejaron el uno del otro unos pasos y se despidieron rápidamente.

Ya en el interior del coche, Esther le dijo a César:

—Localiza a Crina, la asistenta. Quiero hablar con ella. Hoy mismo.

De regreso al cuartel, Esther no pudo librarse de la sensación de que Elegía callaba algo importante. A pesar de sus años de experiencia, le seguía asombrando la firmeza con la que ciertas personas defienden a sus seres

cercanos. Meditó sobre esa idea. La fidelidad a la sangre convierte a cualquiera en cómplice. Se preguntó si ella, tan íntegra, no sucumbiría también, llegado el caso, a la tentación del mal. Si supiera que su hija había cometido un acto horrible, ¿la denunciaría?

A solas en el despacho, Elegía respiró hondo. Se puso en pie y apoyó una mano en la repisa de la chimenea. Repasó mentalmente la conversación con la subteniente y concluyó que había salido airoso. Se había limitado a responder de manera concisa. La vida le había enseñado a no hablar demasiado. La habían educado para no proporcionar más información de la necesaria a nadie, ni siquiera a las personas cercanas. Todo puede volverse en tu contra. Las relaciones de amistad se rompen con facilidad, por cualquier cosa, un comentario, un palmo de tierra, un pequeño malentendido, o simplemente por agotamiento. Entonces los secretos compartidos se convierten en material para la difamación. Puede suceder de la noche a la mañana. El afecto se transforma en odio. Y el odio tiene la habilidad de olvidarse de los buenos momentos compartidos y recuperar solamente aquellos susceptibles de crítica.

Cerró los ojos y apretó los dientes. La barbilla comenzó a temblarle. Detestaba el deterioro, el suyo propio y el de su casa. Y maldijo su vida. Con lo que sabía ahora sobre la existencia humana, con toda la experiencia acumulada durante décadas, con las transformaciones sociales a las que se había ido acostumbrando a lo largo de los años, si pudiera, denunciaría a sus padres por haberla educado como lo habían hecho, convirtiéndola en presa de las obligaciones, cautiva de la historia de un mundo condenado a morir. Su vida, desperdiciada. Sus ilusiones, ignoradas. Qué diferente habría sido todo si hubiera tenido un hermano o hermana mayor sobre quien hubiera recaído la responsabilidad de heredar esa propiedad. Cuántas veces se había preguntado dónde habría terminado ella en ese caso. Tal vez habría estudiado, como era su deseo, y se habría casado en la ciudad. Y viviría ahora como tantas, en un cómodo piso, caliente, libre del sufrimiento de sumar a su propia decadencia física la de su casa. Maldijo a su marido por no haberla obligado a venderlo todo cuando los demás lo hicieron. Tendría que haber

impuesto su criterio y así haberla liberado. Maldijo a Alira por no haberse rebelado, por haberse transformado en una versión más joven de ella.

Y se maldijo a sí misma por maldecir a los demás, por no enfrentarse a la verdad, por no admitir que las últimas cuatro décadas habían sido un gravísimo error cuyas consecuencias comenzaban a pagar ahora.

El pasado se había ido convirtiendo en una bola que rodaba año tras año cuesta abajo hacia el presente, acumulando porquería, engordando con codicia, ganando velocidad, abriendo un surco a su paso, avisando de que pronto el viaje terminaría en un choque brutal contra quienes se atrevían a describir su carácter como inofensivo.

El pasado nunca es inofensivo.

Le habían grabado a fuego en su mente que lo peor que le podía suceder a una casa como la mansión Elegía era que se manchara su nombre. Que se airearan sus miserias. Su familia se había visto obligada a alquilar habitaciones para hacer frente a las exigencias de los nuevos tiempos. Con la llegada de los huéspedes había llegado la muerte.

Ni en siglos se olvidaría que allí se había cometido un asesinato.

Se había abierto la puerta a todo tipo de especulaciones. El asesino tenía que ser uno de ellos. Las malas lenguas no diferencian entre visitantes y familiares.

Uno de ellos.

La verdadera decrepitud no estaba en el aspecto físico de la casa, en el yeso que se desprendía de las paredes, en las vigas de madera que se movían, en las tejas desplazadas que dejaban paso a las goteras, en la carcoma que agujereaba los muebles, en las baldosas que se agrietaban en los cuartos húmedos, en las ventanas que se encogían dejando entrar el aire o en los postigos que perdían el color...

El verdadero declive previo al hundimiento final se encontraba en la actitud existencial de sus moradores: en el agotamiento de Alira, en la apatía de Tomás, en la codicia de Gerardo y Telma, en el pasotismo de un adolescente enganchado al móvil como Jan, en el aburrimiento permanente de personas como Adrián y Dunia, en la inconsistencia de personas como Amanda.

Elegía aún sentía el palpito de la determinación en su interior. Tal vez tuviera que emplear las pocas energías físicas que le quedaban en algo muy concreto. Poco le importaba el nombre de quien había matado allí y sus

razones. Antes que verse obligada a ser testigo involuntario de la muerte del buen nombre de la mansión, quemaría la que había sido la casa de su sangre durante siglos.

Si hacía falta, con ella dentro.

Por la tarde, en la sala de interrogatorios del cuartel, Esther miró con impaciencia su reloj. Eran casi las siete y tenía ganas de terminar la jornada laboral. Aunque sabía que eso era algo imposible en su trabajo. Nunca dejaba de darle vueltas a la cabeza hasta que daba carpetazo final a un caso y siempre surgía enseguida uno nuevo en algún otro lugar. Tenía por norma rascar algo de tiempo cada día para dar un paseo y despejarse, ir de compras, quedar con alguien que no tuviera nada que ver con el mundo criminal o ver una película —comedia preferiblemente—. De otro modo, su mente habría podido cruzar la débil línea entre la cordura y la locura.

Esperaría diez minutos y, si no llegaba Crina, pospondría el interrogatorio para el día siguiente.

Entonces se abrió la puerta y entró César. Nada más mirarlo, Esther supo que algo no marchaba bien. Maldijo para sus adentros incluso antes de que él comenzara a explicarle:

—Su móvil no está operativo. Sus vecinos no la han visto últimamente. Aquí no tiene familia. Hemos localizado a un par de amigos. No saben nada de ella desde hace semanas. Es como si hubiera...

—Desaparecido —concluyó Esther en un murmullo.

—Sí —dijo César—. ¿En qué mundo vivimos? ¿Cómo es posible que nadie interpusiera una denuncia?

Esther movió la cabeza de manera ambigua. Coincidió con el sargento en su asombro por la desaparición y por el hecho de que nadie hubiera avisado. Pero había algo más.

Una náusea comenzó a surgir en su estómago, avisándola de que las dudas no la dejarían vivir los próximos días. ¿Era posible que estuviera equivocada desde el principio?

Dos nuevas vías —imprevistas y sorprendentes, pero posibles— se acababan de abrir en la investigación.

¿Y si la víctima no fuera la otra desaparecida, sino Crina?

¿Y si Crina fuera la asesina?

INVISIBLE (ALISON MOYET)

Meses antes

Domingo, 4 de marzo

Aunque la relación con su hermano y su cuñada no era especialmente afectuosa, en aquella ocasión Alira tuvo que reconocer que su presencia había resultado útil para amenizar el momento del almuerzo —entre semana, los huéspedes almorzaban fuera; los fines de semana se había hecho habitual compartir mesa al mediodía y al anochecer—. Gerardo y Telma eran buenos conversadores y a Alira le costaba mirar a Adrián y actuar con normalidad después de lo sucedido esa misma mañana. Saber que todavía la deseaba la agradaba más de lo que había podido imaginar en sus sueños. Unos sueños que se podrían convertir en realidad si ella quisiera... Tenía que reconocerlo: sus razonamientos sensatos se tambaleaban cada dos por tres.

Su hermano Gerardo mostró su cara más amable durante el almuerzo y aplazó la esperada discusión sobre los inquilinos de la mansión hasta encontrar a Alira a solas en la cocina terminando de recoger la vajilla mientras los demás se echaban una siesta, como solían hacer los domingos.

—Tenías que habérmelo dicho —le espetó.

Gerardo le recordaba a su padre en el físico —mediana altura, cabello oscuro, facciones rotundas—, pero no había heredado su carácter firme y afable.

—Te habrías negado —le dijo Alira a la defensiva.

—Está claro. Para empezar, me has cambiado de habitación, cuando queda una libre en la segunda planta. Ya puedes decirles a Dunia y Adrián que se bajen a la primera planta.

—Ellos no se van a mover, y la que queda está reservada para el fin de semana que viene. No les pienso decir nada y espero que tú tampoco. En todo caso, dale las gracias a Tomás de que no estéis en la torre; aunque para lo poco que venís, qué más os da.

—Si piensas que vas a conseguir echarme, lo llevas claro. Esta también es mi casa.

Alira ahogó una carcajada sarcástica. Su hermano lo había dicho como si sintiera un amor desproporcionado por el histórico edificio. El tono de su voz no podía ser más falso. Ella intuía que, de haber estado la casa en medio de cualquier ciudad, con los precios de suelo urbano por los cielos, ya habría hecho todo lo posible por venderla. Afortunadamente, ese no era el caso. Y ahora, además, si surgiera de nuevo la necesidad de plantear la venta de la mansión, ¿quién querría una propiedad en un pueblo en el que cualquiera se apropiaba, gratis, de una vivienda? Probablemente nadie. Las cosas habían cambiado desde la llegada de los okupas de Aquilare, así que la actitud de Gerardo seguiría siendo la misma. Continuaría utilizando la existencia de la mansión para dotar a su familia de pedigrí en sus conversaciones. Alira había sido testigo a lo largo de los años de sus pedantes explicaciones, cuando traía a sus amistades, sobre las excepcionales antigüedades y los personajes ilustres de su familia en la historia comarcal y nacional.

—Claro que también es tu casa, pero la dueña de hecho soy yo —le recordó ella.

—Todavía no lo pone en ningún papel. Y puesto que tú no has tenido hijos y todo será para Jan, nuestra opinión también cuenta.

A Alira le extrañó mucho ese comentario. Era verdad que no habían firmado escrituras: se limitaban a cumplir la voluntad de sus padres, con más razón viviendo aún su madre. Nunca antes Gerardo lo había verbalizado de ese modo; le sonó a amenaza. Y la hizo sentir fatal, porque percibió un deseo oculto de que ella desapareciera para que ellos pudieran entrar en escena. Su enfado por su tono aumentó y le dijo:

—De acuerdo, pues si quieres le preguntamos a Jan qué opina. O mejor, le decimos que si algún día quiere heredar algo, que vaya poniendo dinero para los gastos. Tu dinero, claro. Está muy bien venir a pasar tus vacaciones a coste cero.

—Tal vez si me lo hubieras consultado, podría haberte dado dinero, si se trata de eso. Y no tendría que soportar a gente extraña aquí.

—Claro que se trata de eso. ¿Estaría dispuesta tu querida esposa a aportar ochocientos euros todos los meses? Porque eso es lo que, de entrada, te hubiese pedido.

El silencio de su hermano fue elocuente.

—Pues esa es la cantidad mínima de la que estamos hablando para que todo esté cuidado y los pagos al día —añadió Alira—. Espero que entiendas que a mí no me hace ninguna gracia la situación, pero es lo que hay.

Gerardo pareció dar por zanjada la cuestión.

Esa misma noche, la velada —a la que se sumaron Gerardo y Telma— estuvo dedicada una vez más a los nuevos habitantes de Aquilare.

En el salón Amanda había movido el televisor para que todos pudieran ver sus primeras grabaciones cómodamente desde el sofá y los sillones.

—Os lo enseño tal cual lo he grabado —dijo mientras terminaba de comprobar las conexiones del ordenador—, pero ya os podréis hacer una idea. Este fin de semana me ha cundido mucho.

—¿Y no les molesta que los grabes? —preguntó Tomás.

—No. ¿Por qué?

Tomás se encogió de hombros.

—Como han venido a un lugar aislado, creía que preferirían mantener su historia en secreto.

—Al contrario, yo creo que les gusta compartir sus logros.

—No todo el mundo es tan huraño como tú —bromeó Gerardo, y Tomás hizo como que no lo hubiera oído.

Sentada en su silla bajita junto al fuego, con los codos en la rodilla y la barbilla apoyada en las manos, Alira no se perdió ni un detalle.

Como a su hermano Tomás, también le extrañaba que los protagonistas de esa historia no pusieran objeciones a ser grabados. De carácter reflexivo, Alira era consciente de que, en general, solía ver las cosas con suspicacia, lo cual le hacía perder la perspectiva: que ella deseara que aquel lugar se mantuviera oculto de miradas ajenas y protegido de habladurías, como un sepulcro que nunca debiera ser profanado, no significaba que también los demás lo desearan. Había en ellos una necesidad, incomprensible a su modo de ver, de hablar de sus experiencias, de sus decisiones, de sus ilusiones, de sus proyectos vitales.

Paloma y Pedro, por ejemplo, los más mayores, apenas cuatro o cinco años más que ella: el hombre era carpintero y la mujer, empleada de hogar. Habían trabajado toda la vida, pero a él, después de una mala temporada, se

le estaba terminando la prestación por desempleo. Hablaban de su experiencia como si hubieran encontrado en Aquilare la verdadera razón de su existencia.

Secretamente, Alira admiraba la valentía de ambos; a su edad, volver a empezar de cero. Y, al mismo tiempo, los culpabilizaba de su precaria situación. Tal vez Pedro fuera un vago, o no hubiera sabido adaptarse a los tiempos modernos con cursillos sobre las nuevas tendencias en la carpintería... Y respecto a Paloma, tal vez la hubieran ido despidiendo de los diferentes hogares por no hacerlo bien, o por robar...

A Alira la habían educado en el esfuerzo. Estaba segura de que, con ganas de trabajar y voluntad, jamás le hubiera faltado trabajo. Que la actual situación económica de la casa no fuera la mejor no tenía nada que ver con ella, sino con las extraordinarias circunstancias de un patrimonio singular en un sistema que se había cargado la agricultura y ganadería, que había impulsado a las gentes del campo a convertirse en obreros de ciudad y que solo se acordaba de los que quedaban para cobrar los correspondientes impuestos, a su juicio excesivos. Con súbita sorpresa, se percató de que estaba culpabilizando al sistema de sus problemas. Al final resultaría que tendría algo en común con aquellos a quienes criticaba...

Respecto a Malva, también tenía sentimientos encontrados. Al igual que Damer, había cursado estudios superiores, en concreto de Matemáticas, así que, además de guapa, simpática y agradable, era inteligente. Se había dedicado un tiempo a la investigación, porque no le atraía eso de dar clases en un instituto, explicaba con naturalidad a la cámara, pero luego había decidido vivir de otra manera, menos convencional. Alira pensaba en los padres de la joven: le habían costado los estudios universitarios y tenían que verla ahora en un pueblo abandonado, amasando cemento, empalmando tuberías, abriendo surcos a la tierra o retejando. Y pensaba en el padre de Damer, a quien iba a tener la oportunidad de conocer. Le producía curiosidad saber qué opinaba de la vida elegida por su hijo. «En realidad, ¿qué diferencia hay con lo que yo hago?», se descubrió pensando. Cultivaba un huerto, cuidaba de su gente, de la casa y del jardín, y desde la llegada de los inquilinos, además, hacía de cocinera...

Había un argentino; una familia de tres hijos que habían perdido su casa por no encontrar trabajo y no poder hacer frente a la hipoteca; una joven auxiliar de enfermería cuya pasión era la medicina alternativa, el yoga y la

meditación; un joven informático que se encargaba de dar clases a los niños; un par de funcionarios hartos de su vida; varios treintañeros solteros o en pareja, en paro, con nociones de albañilería, carpintería y fontanería; un matrimonio de rumanos con una niña de dos años; dos jóvenes, desesperados por encontrar trabajo, que deseaban por fin poder vivir juntos, y un cantante de orquesta.

Formaban una sociedad de lo más variopinta, que contrastaba con la de la mansión, tan iguales, tan normales.

Alira se recriminó por esos pensamientos cargados de resentimiento hacia ellos. ¿Por qué tenía que juzgarlos tanto? ¿Qué movían esas personas en su interior para que no pudiera dejar de pensar en ellas, y de manera tan negativa?

Los había conocido hacía apenas un par de días. Con Damer también había conversado esa misma mañana, primero en el palomar y luego en el barranco. Le había parecido demasiado hablador, comunicativo y curioso. Completamente opuesto a ella. El resto de la información sobre ellos provenía del material audiovisual de Amanda; unas grabaciones a las que estaba prestando mucha atención, en parte por cierta curiosidad, sí, y en gran parte porque necesitaba comprender a esas personas que no encajaban en sus esquemas.

Su cerebro no dejaba de analizarlo todo.

Los protagonistas de las imágenes compartían parecida indumentaria: pantalones tejanos o de chándal, camisetas, zapatillas de deporte, gorras o sombreros de paja. Algunos llevaban una camiseta de manga corta encima de una de manga larga. Muchos tenían barba, y bastantes, el pelo corto con una trenza fina y larga. Y la mayoría lucían *piercings* o tatuajes, o ambas cosas.

Trabajaban de sol a sol, ellas tanto como ellos. Eran hormigas: laboriosos, resolutivos, infatigables. En tan poco tiempo, ya habían instalado unas placas solares para obtener energía eléctrica y habían proporcionado alcantarillado y una toma de agua a las casas habitadas, que cada día mostraban un nuevo paño de piedra rejuntada con un más que aceptable resultado. Levantaban paredes aislantes con materiales reciclados. Habían vallado las eras, así que, además de gallinas, tenían un par de vacas y varias cabras y caballos.

El cambio en el viejo pueblo era evidente, pero a Alira lo que más le sorprendía era la actitud de los nuevos moradores. Trabajaban mucho, pero

estaban contentos. No se quejaban. Cuando Amanda les preguntaba, todos insistían en que se sentían bien haciendo algo creativo.

Alira los observaba con avidez, intrigada. Había una expresión rara en sus ojos. Un brillo especial que no recordaba haber visto en nadie. Como a ella le inquietaba mucho lo desconocido, llegó a pensar si se drogaban. Cómo, si no, iban a decir todo aquello que decían, con una convicción tan misteriosa.

Igual eran una secta.

Querían comenzar una comunidad desde cero, decían, desde el principio, y en ese caso concreto de Aquilare, dotarla de un nuevo significado: devolver la vida a unas ruinas. Deseaban un modelo de sociedad comunicativo, autosuficiente y autogestionado; defendían un proyecto ecológico y comprometido con el medio ambiente. Hacían asambleas y se repartían las tareas. Decidían entre todos cuáles eran las necesidades y quién se encargaba de cada cosa.

«Nosotros nos vinimos aquí —explicaba en el vídeo el joven que por fin podía vivir con su novia— con una mano delante y otra detrás. En la ciudad no teníamos ni para comer. En Madrid se necesitan al menos setecientos euros para un alquiler.»

«Todos creemos en la autonomía y la libertad...», añadió su pareja con una amplia sonrisa.

—Claro —comentó entonces Gerardo con sarcasmo—. No pagan impuestos de ningún tipo. Ni IBI, ni alcantarillado, ni depuración, ni luz...

—Esa es la idea —dijo Telma—. El Estado debería pagarles a ellos por su iniciativa. Son una lección para todos.

La flaca y menuda Telma. «Qué bien se conserva», pensó Alira. Con la melena larga, lisa y rubia parecía una jovencita inocente.

—Ya hay lugares en los que pagan para que gente joven con niños se instale en pueblos —dijo Amanda—. Lo he leído. En Suiza, en Italia... En algunos pueblos de España también hay iniciativas similares, quizás más humildes. Por ejemplo, ofrecen vivienda a familias con niños en pueblos donde van a cerrar la escuela por falta de ratio de alumnos. Yo creo que cualquier propuesta es buena si sirve para frenar la despoblación en el mundo rural.

Alira las escuchó con asombro. ¿Cómo podían opinar de una manera tan diferente a la suya? ¿Realmente eran sinceras, o se trataba de una pose? A

Amanda, cuya familia había vendido las tierras, algo que ella nunca había lamentado, le preocupaba la despoblación del mundo rural. Y Telma, que odiaba el campo, defendía la actuación de los okupas de Aquilare.

—Ya veremos cuando llegue el invierno —dijo entonces Adrián en tono ligeramente despectivo—. Los mismos vecinos. Los mismos temas de conversación. Los continuos viajes a Mongraín en coche. ¿Habéis oído hablar de la teoría de la privación sensorial? Los efectos que el aislamiento puede causar en una mente sana son devastadores. Está estudiado. Provoca paranoia, delirios conspirativos, irritabilidad y desconfianza. Y algo similar sucede con el aburrimiento. Dicen que puede provocar efectos similares a los de un daño cerebral. Quienes se aburren necesitan emociones fuertes para librarse de él. —Miró a Alira y se percató de que, en cierto modo, se estaba refiriendo a alguien como ella: durante años había vivido sin vecinos con los que conversar. Empleó un tono más amable para añadir—: Bueno, no todo el mundo es igual, claro. Estoy teorizando. Está claro que otros habéis resistido...

El comentario desconcertó a Alira. Esa misma mañana él había envidiado su fortaleza y había alabado sus esfuerzos por conservar esa propiedad que, en su juventud, a él le había parecido una carga inasumible. Ahora, sin embargo, ella percibió un nuevo matiz que no le gustó. Tuvo la impresión de que sus palabras la situaban a un nivel inferior al de los nuevos vecinos: la hacían parecer una pueblerina insignificante. Y no había alabanza o admiración en el comentario de Adrián, sino cierto menosprecio.

—No hace falta vivir en un pueblo para morir de aburrimiento —murmuró entonces Dunia.

—¿Qué has dicho? —preguntó Adrián lanzándole una mirada cargada de odio que sus amigos nunca le habían visto hasta entonces.

Las miradas de Amanda y Alira se cruzaron. Amanda hizo una mueca, los labios apretados, los ojos abiertos más de lo normal, como si fuese una niña que percibe que va a haber discusión a la que no da demasiada importancia. Alira frunció el ceño. Para ella, la reacción de Adrián no estaba bien.

Dunia tomó un sorbo de su copa de vino, pero no respondió.

—¿Estás sorda? —El tono de Adrián era hiriente.

Alira pensó que no consentiría que nadie le hablara así. ¿Cómo podía el Adrián que ella conocía, el Adrián que deseaba, mostrarse de esa manera?

—Era un comentario sin importancia —dijo Dunia.

—¿Y cómo vas a plantear el documental? —preguntó Alira a Amanda con intención de que esa tensión se disolviera. Sentía deseos de recriminarle a Adrián su actitud, pero le pareció que no debía meterse en su matrimonio.

—¡Vaya! ¡Al final te terminará interesando el tema! —respondió Amanda con el mismo ánimo conciliatorio—. Ellos tienen que ser los protagonistas. Me gustaría que sirviera para que los conociéramos mejor, así que yo intervendré poco. Para mí son una lección de superación. Colgaré las entrevistas íntegras en mi blog. Parte de la información también la emplearé para la emisora, y tal vez publique algo en la prensa escrita.

—Pues tendrá buen alcance —comentó Gerardo sin dejar su tono irónico—. ¡Ahora resulta que Aquilare se hará famoso! Alira, vas a necesitar más habitaciones para acoger a todos los que quieran venir de turismo.

—Igual, sin saberlo ni pretenderlo, has comenzado un buen negocio —añadió Telma siguiendo la broma de su marido.

Alira interpretó aquellas palabras de manera inequívoca: la casa podría revalorizarse. Se podría sacar más partido de esa propiedad decrepita.

De repente recuperó un recuerdo de su juventud, cuando conoció por primera vez a Telma, años antes de que, por esas inexplicables casualidades de la vida, Gerardo compartiera trabajo con ella y la presentara más tarde como su novia oficial.

A finales de la década de los ochenta, un grupo de conocidos universitarios entre los que se encontraba una joven Alira se habían reunido en la terraza de un bar una noche más calurosa de lo normal para mediados de noviembre. En esos encuentros, el orden de la conversación iba de lo particular de cada uno a lo general del mundo y sus misterios. Les preocupaba entonces el terrorismo internacional, el nacional de ETA, el hambre en Etiopía, el sida... Y hablaban con pasión de cine. Encontraban en el análisis de la última película que habían visto una manera de explicar los cambios a su alrededor, de intercambiar diferentes interpretaciones de un mismo hecho. En esa ocasión, sin embargo, el tema fue único: la caída del muro de Berlín.

Le costaba comprender la conversación. Hasta entonces Alira había vivido ajena a la política; era algo de lo que nunca había hablado con su pandilla de Mongraín. Tenía un vago recuerdo de conversaciones temerosas —miedo de algunos a tener que marcharse de España, miedo a que volvieran los tanques a las calles— durante el golpe de Estado de Tejero unos años antes, pero todo había sucedido y terminado tan rápido que no le dio mayor importancia ni lo recordó especialmente. Entonces estaba más concentrada en sus amigas, sus estudios, su amor por Adrián, sus problemas de adolescente.

En cuanto a las huelgas de estudiantes en las que participó luego en la universidad, simplemente se había contagiado de la euforia de sus compañeros. Resultaba excitante asistir a las asambleas llenas de humo de tabaco y aplausos. Era estimulante escuchar los discursos de alumnos mayores, sentirse parte de esa masa que se creía lo que les decían sin cuestionarlo, sin comprender muy bien por qué había que protestar hasta el final y meterse con el orden establecido. Tantos jóvenes en ebullición juntos, en las manifestaciones, corriendo ante los *maderos*, esquivando las pelotas de goma; en las facultades, pintando pancartas, repartiendo pasquines, pasando los días sin clases y las noches en vela viendo películas en el salón de actos o charlando en corros en los pasillos; tantos jóvenes no podían estar equivocados. Había épica en aquello.

Y, para qué engañarse, también suponía una manera de superar el dolor de su separación de Adrián. La acción y el movimiento, todas las palabras, los gritos y el ruido mantenían su cuerpo y su mente ocupados para no pensar continuamente en él.

Aunque supiera poco de política, siempre había visto el muro de Berlín como el muro de la vergüenza. Aquella noche en la terraza del bar, una chica del grupo, Telma, se refirió a él como el muro de protección antifascista y lamentó su caída.

—Pero esto puede suponer el fin de la Guerra Fría —comentó uno a quien le gustaba provocar a Telma.

—¿Y eso es bueno? ¿Que vivamos como si nada hubiera pasado? —insistió ella—. Ya os digo yo lo que sucederá ahora: se debilitarán los regímenes comunistas y avanzará el capitalismo. Mirad la perestroika, el Gorbachov ese permitiendo la actividad privada...

—¿Y eso te parece mal? —preguntó entonces Alira.

—Lo peor. Como Rusia flojee, los asquerosos americanos se frotarán las

manos. Tendremos propaganda imperialista hasta en la sopa. Y Europa, subordinada a sus intereses.

Alira recordaba la canción que comenzó a sonar. *Nicaragua sandinista*, de Kortatu. Nunca le había prestado atención a la letra; se limitaba a bailarla como todo el mundo, dando botes y entrechocando los hombros.

El grupo se dividió en dos. Unos apoyaban a Telma. Otros le llevaban la contraria. Unos hablaron de Hitler y otros de Stalin. Unos hablaron de campos de concentración nazis y otros de gulags. Todos hablaron del significado que les daban a grandes palabras como *revolución*, *fascismo*, *socialismo* y *progresismo*.

Alira se mantuvo en silencio. Tenía su propia opinión. Y esta era básicamente que nunca se había planteado que el mundo estuviera tan polarizado. En esa conversación que aumentaba de volumen no había grises.

Nada de lo que se dijera allí cambiaría el mundo. Pero a Alira la cambió. Se sintió tan diferente al resto que tuvo la impresión de que nunca encajaría bien en ningún otro lugar que no fuera el entorno silencioso, tranquilo e inofensivo de Aquilare. Poco a poco dejó de quedar con algunos de esos jóvenes y entabló otras amistades. Pero nunca olvidaría el odio en la voz y en la mirada de aquella chica que ahora pertenecía a su familia cuando dijo:

—Ojalá algún día reciban su merecido los fascistas capitalistas de mierda.

Su hermano se había enamorado de Telma porque era inteligente, trabajadora, ambiciosa y atractiva —por este orden la describió la primera vez que habló de ella a la familia—. Con frecuencia Alira se había preguntado cómo había podido Telma casarse con Gerardo, si este pertenecía al bando de quienes ella detestaba. Gerardo provenía de una familia de rancio abolengo. Era uno de esos seres despreciables nacidos con bienes, propiedades y riqueza; de la misma calaña que aquellos a quienes culpabilizaba de la pobreza de los demás. Ver cómo se deterioraba la mansión tenía que producirle una perversa satisfacción a su cuñada. Se desmoronaba un mundo que quería ver completamente hundido, aniquilado y, a poder ser, olvidado.

No obstante, Alira era consciente de que ese lado oscuro que percibía en Telma bien podría ser fruto de su imaginación o una impresión del pasado que, de manera injusta, no había actualizado. La gente cambia. Gerardo y su mujer llevaban ya muchos años casados y parecía que se entendían bien.

Había una frase de un político que decía que quien de joven no es de izquierdas, no tiene corazón, y quien de mayor no es de derechas, no tiene cerebro. Tal vez fuera eso. Quizás la Telma anticapitalista fogosa se hubiera ido haciendo más conservadora con el tiempo.

En cuanto acabaron de ver las grabaciones, todos se retiraron a dormir.

A media noche Alira se despertó sin razón aparente. La casa estaba silenciosa. Dio varias vueltas en la cama, pero no podía conciliar el sueño de nuevo. Decidió bajar a la cocina y prepararse un vaso de leche caliente con miel.

Cuando salió de la habitación, se percató de que había luz en la de su madre. Se acercó a la puerta con intención de entrar y asegurarse de que no le pasaba nada y se detuvo al escuchar unas voces airadas.

Su hermano Gerardo discutía con Elegía.

—Ya me presionaron una vez —escuchó que decía su madre—. Que seas tú ahora quien lo vuelva a hacer...

Alira llamó a la puerta y no esperó respuesta para entrar.

Hundida, con las manos aferradas a los brazos de un sillón tapizado con una gruesa tela estampada de flores oscuras, Elegía seguía los pasos de Gerardo por la habitación. Vio a su hija y su semblante mostró una expresión de pena y rabia. No obstante, cuando le habló, procuró que su tono fuera el mismo monocorde de siempre:

—Te hemos despertado.

—¿Qué pasa? —preguntó Alira.

—¿No puedo hablar a solas con mi madre? —preguntó Gerardo—. Cada vez resulta más difícil hacerlo. Ni en mitad de la noche.

—¿Qué puede haber tan urgente que no pueda esperar a mañana? ¿Tienes problemas?

Gerardo la miró fijamente, como si tuviera que hacer esfuerzos para no decir abiertamente que ella era su problema.

—Ya que lo preguntas... Quiero mi parte de la herencia, a la que tengo derecho. Si no es por las buenas, la demandaré por vía judicial. No estoy dispuesto a consentir que se haga con lo mío lo que os dé la gana, sin ni siquiera consultármelo.

—¿Y qué propones? ¿Que levantemos un muro? ¿Que la partamos de arriba abajo en dos? Ah, no. En tres. Supongo que Tomás también cuenta.

—Esta casa ha perdido su significado para mí. Y no quiero que mi hijo cargue con ella. Telma y yo hemos decidido comprar una vivienda nueva y nos irá bien el dinero. Así que o me pagas mi parte...

Él sabía perfectamente que eso era imposible.

—... o vendemos la casa —concluyó Alira casi sin aliento.

—Por poco que sea, siempre será algo —añadió Gerardo—. Nos vamos al amanecer. Volveremos con Jan para las vacaciones de Semana Santa. Entonces tendremos tiempo para hablar con más calma. Pero no cambiaré de opinión.

Cómo lo odió Alira.

Un súbito pensamiento surgió en su mente. Y se arrepintió inmediatamente.

¿En qué monstruo se estaba convirtiendo? Que Dios la perdonara...

No debía desear la muerte de nadie, y mucho menos las de su hermano y su cuñada.

BABA O'RILEY (PEARL JAM)

Viernes, 9 de marzo

Hacía tiempo que Damer no se sentía tan excitado.

Quería que todo estuviera perfecto para la fiesta de inauguración del nuevo pueblo, que tendría lugar al día siguiente. Amanda le había dicho que la noticia saldría en la prensa. Y confiaba en que la periodista supiera transmitir la ilusión que todos le habían mostrado en las entrevistas. Era importante que las gentes de los pueblos cercanos supieran que sus nuevos vecinos habían llegado para quedarse; que podían devolver la vida a un lugar abandonado; que sabían lo que estaban haciendo; que aquello no era un experimento, sino una realidad duradera.

Mientras esperaba a su padre en la estación de tren de Mongraín el viernes al caer la tarde, repasó mentalmente que no se hubieran olvidado de nada.

Unos se encargaban de la comida; otros de la logística; otros del homenaje en el cementerio; él, de las luces y de la música, y un poco de todo. El segundo sábado de marzo sería a partir de entonces la fiesta mayor del nuevo Aquilare.

Ojalá viviera muchos años para celebrarla. Ojalá no se apagara esa efervescencia juvenil que burbujeaba en su interior y que una vez llegó a pensar que nunca más volvería a percibir.

Había vivido años con sentimientos de inutilidad, siempre irritable, cansado, errante; había tocado fondo tras el fallecimiento de su madre; había logrado hacer acopio de fuerzas para tomar una decisión que diera sentido a su vida; había recuperado la alegría. Los días se le hacían cortos. Le faltaba tiempo. Reía. Vivía inmerso en un dinamismo físico y mental que le producía una gran satisfacción. Ahora se acostaba agotado pero feliz. El sueño era reparador y no una odiosa alternancia de pesadillas y desvelos.

Divisó a lo lejos, cobrando vida en un relieve peculiar de montes asimétricos, terrazas fluviales y rocas disgregadas, la silueta ondulante del tren, y sintió un cosquilleo de nerviosismo.

Tenía ganas de reencontrarse con su padre.

Hacía meses que no lo veía porque antes de instalarse en Aquilare había viajado de aquí para allá reuniéndose con los demás —la mayoría se habían conocido por Internet— para madurar la idea de rehabilitar un pueblo. Y la última despedida no había sido muy agradable. Su padre no podía comprender la decisión de su hijo de echarlo todo por la borda y comenzar una nueva vida incierta en la nada. Cuando viera lo que estaban consiguiendo en Aquilare, quizás cambiara de opinión.

Damer quería que su padre se sintiera orgulloso de él, a pesar de todo, a pesar de sus diferencias.

Cuando lo vio descender del vagón con paso vacilante y aire despistado, se dio cuenta con tristeza de la velocidad a la que avanza el deterioro físico en un hombre. Hasta hacía poco, en concreto hasta el fallecimiento de su esposa, Felipe había sido un hombre de fuerte carácter y físico contundente. Quien buscaba con la mirada una ayuda en ese andén solitario y extraño era un anciano algo encorvado que transmitía inseguridad. Damer agradeció mentalmente el esfuerzo que había hecho por aceptar su invitación y agitó la mano en el aire mientras lo llamaba para atraer su atención. Corrió hasta él y se saludaron con dos besos rápidos en las mejillas.

—Hace más frío aquí que en Madrid —dijo Felipe subiéndose las solapas del abrigo de lana gris para cubrirse la garganta mientras observaba a su hijo—. Tienes buen aspecto.

—¿Se te ha hecho largo el viaje?

—El AVE es una maravilla. El trayecto desde Zaragoza se me ha hecho más pesado.

Damer tomó su maleta.

—En menos de media hora llegamos al destino final —dijo a la vez que pensaba: «Como si no lo supieras».

Su padre no estaba allí por casualidad. Le había hecho creer que había elegido el pueblo de Aquilare como podía haber elegido cualquier otro. Pero la realidad era otra. Tenía que ser Aquilare: un lugar que Felipe había ayudado a destruir y que ahora su hijo se encargaría de reconstruir.

Había una justicia poética en aquello.

Si le hubiera contado la verdad —que había husmeado entre sus documentos y había encontrado un expediente concreto que le había comenzado a obsesionar—, se habría enfadado y negado a aceptar aquella propuesta. Tal como se lo había planteado, ninguna excusa habría justificado el rechazo. Y si había aceptado, significaba también que, en el fondo de su ser, a Felipe le parecía buena idea enfrentarse al pasado, incluso tratar de enmendarlo.

Damer se sentía mal por haberlo metido en esa encerrona, pero estaba convencido de que al final ambos encontrarían la recompensa de la redención.

A ningún hijo le gusta cargar con los pecados del padre.

Mientras tanto, tendría que actuar como si aquella fuera la primera vez que su padre recorría esos parajes.

A ningún padre le gusta que sus hijos descubran sus secretos.

Tendría que esforzarse en no meter la pata.

Conversaron sobre temas relacionados con la familia mientras cruzaban el pequeño y frío vestíbulo de la estación y se dirigían hacia el coche que había utilizado Damer para ir a buscarlo, una ranchera destartalada con los bajos cubiertos de barro.

—¿Es tuyo? —preguntó Felipe.

—Es de todos. Solo tenemos este. No necesitamos más. Lo usamos para compras en Mongraín y para bajar a los niños al cole. De momento. Esperamos reabrir la escuela.

—Ya —se limitó a decir su padre, un hombre serio y seco, si bien en otros tiempos muy hablador.

Nervioso, Damer no calló en todo el trayecto.

—Hoy no podrás ver nada porque será de noche cuando lleguemos. Mejor. Prefiero que lo veas de día. Verás qué cambio en tan poco tiempo. No te puedes ni imaginar cómo estaba el pueblo cuando llegamos.

Aquilare estaba al borde del final definitivo. Él lo recordaba perfectamente. Y además, había sacado cientos de fotos. Ortigas y zarzas por los patios exteriores. Masas de hierbas anchas y llanas por los antiguos huertos resecos. Desagradables ronchas de humedad en las paredes revocadas de cal. Vigas de madera quebradas por los suelos. Escaleras cubiertas por una alfombra verde resquebrajada. Fuentes cubiertas de moho reseco. En varios edificios solo se mantenían en pie algunas paredes, parcialmente, y los

dinteles de las puertas, a modo de macabra invitación a las salas de la nada, del vacío más absoluto.

—Hemos desbrozado sin parar. Tenemos una docena de huertos preparados para plantar y sembrar. Repartimos las casas que estaban más seguras según las necesidades de cada familia. Hay mucha abundancia de agua...

Damer hubiera deseado que su padre lo interrumpiera, que hiciera algún gesto de asentimiento, que esbozara alguna sonrisa contagiado por su ilusión. Pero Felipe miraba por la ventanilla y su rostro se ensombrecía como el paisaje que iba desapareciendo paulatinamente de la vista al anochecer.

—Creo que estarás cómodo en la casa donde te alojarás. —Damer pensó en Alira. Era una mujer extraña. Tenía la impresión de que le costaba socializar. Las dos veces que había hablado con ella se había fijado en cómo se ruborizaba y evitaba mirarlo a los ojos—. Es una mansión de película. La dueña es especial, pero resulta agradable. Hace poco que alquila habitaciones y sus huéspedes están contentos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Felipe.

—¿Quién? ¿La dueña? Alira. Vive con su madre y su hermano, pero no los conozco.

—La casa. En los pueblos las casas tienen nombre.

—Es verdad. —Damer sonrió—. Tendré que pensar yo en uno para la mía. Casa Damer. ¿Qué tal suena?

—No suena mal —murmuró Felipe—. ¿No andabas con una joven? Ella tendrá su opinión sobre el nombre.

—Malva prefiere tener su propia casa. No le gustan los compromisos. —Y a él no le resultaba cómodo hablar con su padre sobre temas de pareja, así que volvió al anterior—: Ah, el sitio donde vas a dormir... Se refieren a ella como la mansión Elegía. Solo por fuera ya es impresionante. Hoy podré verla también yo por dentro.

Felipe la recordaba perfectamente.

Sabía perfectamente adónde iba. Cómo olvidarlo.

De todos los lugares de la geografía española que había recorrido, Aquilare había supuesto para él un drama personal: tras terminar el

expediente de expropiación, había cambiado de trabajo. Tantos años contribuyendo a favorecer el abandono del mundo rural habían terminado por pasarle factura.

Inicialmente creyó en su labor. Llegó a convencerse de que su país necesitaba esa política forestal; de que a esos campesinos se les estaban ofreciendo posibilidades maravillosas para adaptarse al mundo moderno de las ciudades. Años y años de negociaciones con hombres rudos, desconfiados, desorientados ante el futuro incierto, de expedientes largos en zonas remotas, de un discurso aprendido a cambio de un buen sueldo y no como resultado de una profunda reflexión, habían hecho mella en su carácter. Se había labrado un nombre como reputado negociador para el Gobierno cuando en su interior cada expediente que terminaba se convertía en otra cruz que cargar sobre los hombros.

La lista de pueblos abandonados por sus negociaciones era larga. Demasiado larga.

Pero de eso se había dado cuenta con el paso del tiempo. Mientras trabajaba y ganaba más dinero del que nunca nadie había ganado en su familia, no se lo cuestionaba.

Aquilare.

Hombres como Tomás o Joaquín. Mujeres como aquella Elegía... ¡Cuántas veces había pensado en ellos! ¿Qué habría sido de sus vidas?

Y de todos los pueblos de la geografía nacional, era Aquilare el elegido por el grupo de su propio hijo para revertir la historia, si acaso eso fuera posible.

«¿Casualidad? —se había preguntado con estupefacción al escuchar a Damer pronunciar por primera vez el nombre del lugar—. ¿Karma?, como dicen ahora los jóvenes.» Quizás su hijo hubiera husmeado entre sus papeles. Quizás le hubiera escuchado hablar con su querida esposa de aquel lugar que lo había obsesionado porque una familia se había negado a firmar y había decidido seguir adelante contra el viento de los nuevos tiempos y la marea de la soledad. Pero cuando le preguntó a Damer por qué Aquilare precisamente, este se encogió de hombros.

«Suen a águila —le había dicho—. Me gusta su simbolismo. Es un ave que vive a pleno sol. Es intrépida, rápida, fuerte, noble. Luminosa. —Le mostró uno de esos horribles tatuajes que lucía en el brazo, un águila—. Me identifico con ella.»

«El poder de un nombre», pensó Felipe. Aquilare lo hacía volver a tiempos de fuerza física, de energía verbal, pero también a los comienzos del proceso que convertiría lugares cargados de historia en tierra baldía, en yermos. Y ahora Damer, el más inteligente de sus cuatro hijos, educado y cualificado para conseguir un buen empleo y llevar una vida tan cómoda como la de muchos; Damer, el más sensible de sus hijos, el amante de la poesía, el sufridor ante las injusticias del mundo entero, pretendía dedicar sus esfuerzos a crear vida en un pedregal.

Felipe había aceptado sin dudar la invitación por dos razones. La primera: amaba a su hijo y, aunque no estuviera de acuerdo con su drástica e inusual decisión, la tenía que aceptar. Él sabía por experiencia lo duro que podía resultar vivir en contra de lo que te dicta tu voz interior. La segunda: necesitaba ser perdonado antes de partir de este mundo. Algo complicado teniendo en cuenta que aquello no tenía perdón. Y que quienquiera que pudiera liberarlo de su carga estaría ya, con mucha probabilidad, muerto.

Aunque Damer le acababa de decir que la actual dueña vivía con un hermano y con su madre...

Tal vez fuera la misma Elegía.

No se trataba tanto de hablar del tema, sino de zanjarlo a un nivel íntimo.

Felipe tenía que ver con sus ojos que los errores del pasado no hubieran dejado una huella irremediable.

Quizás la propia vida, con su sabiduría irónica, estuviera siendo ya la encargada de esa tarea. Había algo que igual Damer no sabía sobre la simbología del águila: como se identificaba con el sol y con la idea de la actividad masculina, fecundante de la naturaleza materna, el águila también simbolizaba al padre.

Quizás todo se resumía en una idea que para Felipe sí tenía sentido: Damer estaba reconstruyendo lo que su padre había contribuido a destruir. Su propio hijo era el mensajero celestial, el principio espiritual y celeste contra el mundo inferior con el que deseaba reconciliarse antes de que para él se terminara.

Como las altas y robustas puertas de forja de la verja estaban abiertas, Damer condujo hasta la puerta principal de la mansión en medio de la oscuridad y de un silencio quebrantado por el ruido de los guijarros que crujían bajo las ruedas del coche. Percibió una inquietante sensación de soledad.

Apagó el motor, salió del coche, esperó a que su padre hiciera lo mismo, descargó la maleta, se dirigió a la puerta, golpeó la pesada aldaba de hierro en forma de mano de mujer con un puño de encaje y esperó apenas unos instantes, pues enseguida Alira abrió, como si hubiera estado pendiente de su llegada.

—Aquí estamos —anunció él súbita e incomprensiblemente nervioso al verla.

Ella asintió y se hizo a un lado mientras extendía la mano hacia el vestíbulo, a modo de invitación que acompañó con una sola palabra:

—Adelante.

Damer intentó que no se le notara la impresión que le produjo entrar en aquel lugar, de unas dimensiones y con una decoración que solo había visto en palacios convertidos en museos. Le pareció que todo era oscuro y dorado, recargado y pesado, inquietante aunque atrayente. Si solo en el vestíbulo había tanto cuadro, y tantas cajitas, estatuillas y cuencos de latón repartidos entre una gran mesa central de nogal y los sobres de varios arcones contra las paredes, cómo sería el resto de la casa.

Dos palabras acudieron a su mente: *viejo* y *orden*. Instintivamente miró a Alira.

Ese era su mundo, entonces. Un exceso de pasado. Una obsesión por la exacta disposición de las cosas.

Recordó su imagen en el viejo palomar y luego junto al barranco unos días atrás: el viento helador le alborotaba el corto cabello, encendía sus mejillas, se empeñaba en abrirle la chaqueta y le atería las manos, finas, cuidadas, sin esmalte en las uñas. Allí le había parecido más joven, más desordenada.

Por su parte, Felipe, quien en un segundo había reconocido el lugar inalterado en sus recuerdos y en la realidad, centró su atención en la mujer intentando encontrar en ella rasgos de aquella Elegía firme y dominante, de aquel Tomás robusto y obstinado. Sin embargo, en la mujer delgada y

sencilla que les acababa de abrir la puerta percibió timidez, cansancio y amabilidad.

Un tanto molesta al sentirse observada de aquella manera, Alira propuso:

—¿Subimos al dormitorio?

Sin volver la vista atrás, los guio desde el vestíbulo, a través de unas puertas muy altas de madera y cristal, hasta el distribuidor antes de ascender hasta la segunda planta, donde estaban los dormitorios que alquilaba, a los que se accedía desde una pequeña sala con una ventana y recargada de muebles oscuros: un armario policromado, un carillón, un arcón de madera labrada y un banco tapizado de terciopelo de color sangre. Cruzó la salita y abrió la puerta del fondo.

—El baño es compartido. Está justo ahí. —Alira señaló la puerta a su derecha, junto al armario, y entró en el dormitorio—. La habitación no es muy amplia, pero tiene una terraza con vistas a la montaña.

Damer se preguntó por el concepto de Alira en cuanto a medidas. Muchos cuartos de estar de los pisos alquilados en los que había vivido no eran ni la mitad de grandes que aquella habitación de muebles pesados y recios cortinajes presidida por una enorme cama con dosel.

—Está muy bien, gracias.

—No hemos hablado de la cena. Se servirá a las ocho y media. —Alira se dirigió a Felipe—. Si está cansado del viaje, si quiere, puedo subirle algo aquí.

—Lo preferiría, gracias, muy amable. —Felipe sintió que no podía enfrentarse a una cena en la que estuviera Elegía. Era una posibilidad sobre la que no iba a preguntar. Tampoco había valorado la reacción de la mujer si lo reconocía. Necesitaba más tiempo a solas con sus pensamientos. Miró a su hijo—. Estoy en buenas manos. Puedes marcharte ya. Mañana será un día intenso, por lo que me has contado.

Damer asintió —sabía que nunca cabía llevarle la contraria—, a pesar de ver sus expectativas frustradas. Siendo más preciso: se había forjado la ilusión de cenar con su padre en la mansión no solo por compartir más tiempo con él, sino también por estar cerca de Alira. Había algo en ella que le provocaba curiosidad. Que lo atraía de una manera inexplicable.

—Vendré a buscarte sobre las once.

—No hace falta —dijo Felipe—. Encontraré el camino.

Damer siguió a Alira de regreso a la puerta principal. Le pareció que la mujer tenía prisa y pocas ganas de hablar. Por la hora, comprendió que tendría que preparar la cena para sus huéspedes. Lástima. Hubiera deseado conversar un poco más con ella.

—Gracias por alojar a mi padre, de verdad —le dijo—. Habrás comprendido que en mi casa no estaría cómodo.

Alira asintió.

—Si quieres, puedo acompañarlo yo mañana, para que no baje solo.

—Eso quiere decir que tú también vendrás... —Damer sonrió con picardía.

Ella esbozó una breve sonrisa.

—Siempre me han gustado las fiestas.

«Aunque no lo parezca...», pensaron ambos a la vez.

BRING ME TO LIFE (EVANESCENCE)

Sábado, 10 de marzo

«¿De dónde demonios ha salido tanta gente?», se preguntó Alira.

Los nuevos habitantes de Aquilare, más Amanda, Adrián, Dunia, su hermano Tomás y ella no sumaban más de treinta personas; sin embargo, allí habría cerca de cien. Reconoció a un puñado de vecinos de los pueblos cercanos y contó media docena de periodistas, entre los que se movía Amanda con gran desenvoltura, como si fuera ella quien dirigiera todo. Por el afecto con el que se saludaban unos y otros, supuso que el resto estaría conformado por amigos y familiares del grupo ocupador.

Sintió en su propia piel la expectación compartida en el viejo cementerio.

Como de pequeña no asistía a los funerales y, tras la expropiación, había sido clausurado, no podía tener recuerdos de mucha gente congregada allí. Durante años el cementerio fue recibiendo visitas anuales los días anteriores a la celebración de Todos los Santos. Poco a poco el número de lápidas con flores frescas fue disminuyendo. En su lugar, los ramos de plástico aguantaban a duras penas con dignidad el transcurso de doce meses. Y luego ya, ni eso. Durante un tiempo los hombres de la mansión limpiaron los hierbajos una vez cada verano. Cuando murieron Tomás y Joaquín, las respectivas familias se limitaron a abrir un pequeño sendero pisando las altas y frágiles plantas para llegar hasta el lugar donde depositar las cenizas, cada cajita en su pequeño panteón correspondiente, con los restos de sus antepasados. Alira se acercaba con frecuencia, pero últimamente ya solo le dedicaba un recuerdo especial a su padre a modo de oración desde los muros semiderruidos.

Hacía años que el camposanto no estaba tan cuidado.

Habían cortado toda la hierba bien rasa. Habían puesto sencillos ramos de flores silvestres en aquellas tumbas donde todavía se leía algún nombre y

ante las cruces que aún se conservaban en pie. Una guirnalda adornaba la parte superior de la verja oxidada que alguien había colocado en su sitio y cuyas bisagras había engrasado. En la entrada, una tela cubría un metro cuadrado del muro de piedra. Todos los presentes miraban en aquella dirección, esperando que Paloma, la elegida para hablar, comenzara su discurso.

Situada entre Adrián y Dunia en la última fila de los asistentes, con la mano a modo de visera para protegerse de la intensa luz solar de ese inusualmente caluroso día casi primaveral, Alira observaba la escena. A ambos lados de Paloma, distinguió a varios participantes en las grabaciones de Amanda. En uno de los extremos estaba Damer junto a su padre.

En un momento, la mirada de Alira coincidió con la de Damer. Él hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza mientras esbozaba una pequeña sonrisa, contenida, a la que ella respondió con un discreto movimiento de la mano. Entonces llegó Malva hasta los hombres, saludó a Felipe con un beso en la mejilla y a Damer con otro en los labios.

—¿Quién es el señor mayor? —preguntó Adrián a Alira en voz baja.

Ella se estremeció. Adrián se había agachado ligeramente para hablarle al oído. Él había cumplido su palabra. No había vuelto a acercarse a ella con intenciones de seducirla, pero le bastaba sentirlo tan cerca para que su cuerpo reaccionara. No podía frenar la atracción que sentía por él. Apoyó una mano en su antebrazo y se acercó, como si quisiera alargar ese momento de cercanía en medio de tanta gente, para susurrarle:

—Es el padre de Damer, el joven que está a su lado.

—Vaya. Por las pintas del hijo, no lo parece. Le pegaría más ser un viejo vikingo.

Adrián se rio y Alira se contagió de su risa, que trató de disimular cubriéndose la boca con una mano.

—¿De qué os reís? —preguntó entonces Dunia.

—La situación... —aclaró Alira—, que nos parece un poco ridícula.

—Tanto como eso... Quizás un poco extraña. Comprendo que tu madre no se haya animado a venir.

Alira tuvo la impresión de que Dunia se mostraba muy habladora, como si pretendiera evitar otro momento de complicidad entre ella y Adrián.

—Me ha dicho que no se encontraba muy bien; se ha quedado en la cama, pero la conozco. La curiosidad podrá con ella y acabará bajando,

aunque sea tarde.

—¿Y César e Irene tampoco vienen?

A Alira le hubiera gustado que César estuviera allí porque le proporcionaba una agradable sensación de seguridad.

—Según Amanda, no parecía buena idea que hubiera hoy un guardia civil por aquí —explicó—. Por eso no les hemos dicho nada.

Se escucharon varios siseos pidiendo silencio. Con las manos entrelazadas sobre el vientre y una sonrisa nerviosa, Paloma aún esperó unos instantes antes de empezar.

—Hoy es un día hermoso —dijo extendiendo entonces los brazos y alzando las manos con elegancia, como si quisiera con el gesto abarcar la tierra, el aire, el cielo, el sol radiante—. El universo ha querido acompañarnos proporcionándonos luz y calor. Esto es lo que nosotros deseamos aportar a este lugar después de tantos años de frío y oscuridad. Queremos que la soledad de este pueblo se convierta en vida, para siempre. Hemos elegido el cementerio para esta ceremonia de inauguración del nuevo Aquilare por una razón muy concreta. Queremos agradecer a quienes vivieron aquí que cuidaran de la tierra antes que nosotros. Queremos prometerles que honraremos su memoria.

Alira se sumió en sus pensamientos. Las palabras de Paloma eran hermosas; sin embargo, en lo más profundo de su corazón las rechazaba porque no podía evitar pensar que eran unos usurpadores de la tierra y de la identidad de sus propios antepasados. Intentaba contagiarse del espíritu de generosidad y bondad que parecía impregnar esa congregación, pero no lo conseguía. Le resultaba extraño, ajeno. Los imitó y tendió sus manos para tomar las de quienes estaban junto a ella cuando Paloma pidió hacer un gran corro, pero no sintió ninguna corriente de energía positiva atravesar su cuerpo. Adrián se había apartado unos pasos, como si tampoco deseara participar en ese momento de contacto físico grupal. Entre su hermano Tomás y Dunia, Alira se concentró en comprender el sentido de formar una unidad, de percibir el calor de otros a través de la piel, pero su interior permanecía frío. La situación incluso le producía una sensación de vergüenza. Tantos minutos de silencio, cogidos de la mano, unos mirando al cielo, sonriendo, otros mirando a la tierra, en actitud meditativa, le resultaban insostenibles.

Miró de reojo a Tomás y le sorprendió descubrirlo con los ojos cerrados. Miró entonces a Dunia y le asombró atisbar en sus ojos un brillo de emoción

próximo al llanto. Estaba excesivamente pálida.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó en un susurro.

Dunia asintió con la cabeza. Cuando Alira dejó de mirarla, dijo en voz bajita, conmovida, como si se lo recordara a ella misma:

—No hay nada peor que perder la ilusión.

Alira la escuchó, y quiso preguntarle a qué se debía su tristeza, aunque, pensándolo bien, ¿qué le importaba? Cuanto más conocía a Dunia, más le intrigaba, incluso reconcomía, que Adrián la hubiese preferido a ella.

Paloma anunció por fin que la ceremonia de agradecimiento había terminado y que comerían todos juntos en la plaza de la fuente.

Los invitados fueron abandonando el cementerio. Alira remoloneó con intención de quedarse a solas para rezar frente al panteón donde reposaban las cenizas de su padre.

El panteón era una casita pequeña de piedra, de la altura de una persona, con tejadillo a dos aguas y una puerta de hierro y cristal a través del cual se podía ver el interior. Dentro, en las paredes laterales, unos muros blancos cerraban los nichos de sus abuelos, dispuestos como si fueran las literas del compartimento de coche cama de un tren a la eternidad o a la nada. Al frente, sobre un altar que todavía conservaba un blanco mantel polvoriento, una pequeña urna de madera contenía lo que quedaba de lo que una vez había sido la parte física de Tomás. Alira lamentó haber olvidado la llave del pequeño mausoleo, aunque, por otro lado, la preocupante grieta que rajaba la pared frontal desde el alero al suelo recomendaba que no se abriera esa puerta.

—No iría mal rellenarla de cemento —escuchó que decía una voz tras ella.

Reconoció que la voz pertenecía a Damer. Sin girarse, Alira dijo:

—No sé si pedírselo a mi hermano o dejar ya que se caiga de una vez.

—¿A qué viene ese pensamiento tan negativo? —Damer se situó junto a ella.

—Leí un libro en el que el autor calculaba que, bajo los pies de la casita de campo que se había comprado junto a una iglesia, la tierra estaba formada

por los restos de más de veinte mil personas que habían habitado ese lugar antes que él. A eso se reduce todo.

—¿Qué tendrán los cementerios que todo el mundo se hace las preguntas más profundas en ellos? —Damer se rio—. Es una pregunta retórica absurda. A mí también me impresiona la muerte y procuro no pensar mucho en ella, aunque aquí es imposible no hacerlo. Ya decía Thoreau que nuestros esqueletos no serán muy distintos de los de nuestros antepasados. Por eso mismo, yo prefiero centrar mis esfuerzos en saber vivir.

—Lo dices como si no fuera complicado. Fuimos obligados a nacer y estamos obligados a morir. No es fácil llevar las riendas del tiempo concedido entretanto.

—Bueno, hay días mejores que otros. ¿Te quedas a comer con nosotros? —Damer señaló en dirección al pueblo—. Lo pasaremos bien.

A Alira no se le ocurrió ninguna excusa para rechazar la invitación. Tal vez no comprendiera a Damer y a sus amigos, pero tampoco quería despreciarlos abiertamente. Hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza y volvió su mirada hacia el interior del panteón.

—¿Toda tu familia está aquí? —preguntó entonces Damer.

—Mi padre y mis antepasados por parte de madre.

—¿Lo echas de menos?

—Mucho. Es difícil de explicar con palabras. Él desapareció y otros ocupamos su lugar. Mis hermanos, yo misma... A mí me pareció una tragedia, pero el mundo, la naturaleza no se detuvo.

—Te entiendo. Cuando murió mi madre, solo quería escuchar una pieza, la obertura de *Tannhäuser*, no sé si la conoces. —Alira asintió—. La escuchaba una y otra vez. En bucle. Lo sutil y lo grandioso; el llanto de las notas; el lamento de los violines, que parece que se transforma en chillidos; algún momento de alivio, como si surgieran pajaritos volando libres por el aire; la urgencia, la aceleración; lo trágico y lo sublime. Así me sentía. No me salían las palabras.

Alira lo miró sorprendida. Damer pertenecía a la generación que había crecido con Steve Urkel, *El príncipe de Bel Air* y *Los Simpson*. Ella ya había alcanzado la edad adulta cuando él aún jugaba con el Lego, los Playmobil, el Tente o el Scalextric. Probablemente sus grupos de referencia de su juventud fueran Linkin Park, HIM, Rammstein, The Rasmus o Papa Roach. Desde

luego, nunca hubiera dicho que a un joven como él le gustara la música de Wagner; que supiera describirla así la dejó perpleja.

—Es hermoso lo que acabas de decir —comentó ella—. Ahora tendré que volver a escucharla.

—Me gusta mucho la música —dijo él como si tuviera que explicarse, como tantas veces hacía Alira: explicarse para que no sonara extraña a oídos de otros, para que quedara claro lo que quería transmitir, para que nadie la malinterpretara—. De todo tipo.

—A mí también —dijo ella, y era verdad, aunque debería haber añadido que de joven escuchaba canciones y cantaba a todas horas, pero que creía que estaba desfasada y que no aguantaría una conversación sobre las tendencias actuales.

—¿Qué estilo te gusta? —quiso saber Damer.

—El rock. Cosas cañeras.

Ahora fue él quien la miró con expresión de sorpresa.

—Aunque no lo parezca —añadió ella leyéndole el pensamiento.

Damer rio de nuevo.

—Entonces, al menos coincidiremos en que nos gustan Metallica y Aerosmith.

Alira también se rio.

—En esos sí.

Damer sacó su móvil y buscó algo. Enseguida se oyó el sonido potente de una guitarra eléctrica y una voz ronca se apoderó de la paz del cementerio.

—*Heretic*, de Avenged Sevenfold —informó. Dejó que Alira escuchara un poco y cuando llegó el momento del estribillo, él cantó dos o tres frases, tras lo cual dijo—: Me encanta. Dice que los hombres honestos están encadenados y que son los locos quienes definen qué es la locura. Así está el mundo.

Ambos escucharon el resto del tema en silencio. Cuando terminó, siguieron sin hablar. Alira, a quien le había gustado mucho la canción, pensó que tal vez fuera mejor no añadir nada para mantener la súbita conexión que se había establecido entre ambos. Para no romper el encantamiento. La frágil sensación de íntimo enlace. A pesar de la diferencia de edad, de aspecto físico, de textura de piel, de indumentaria, de educación, tal vez de anhelos.

Por fin, Damer hizo un gesto con la cabeza en dirección a la verja del cementerio, más allá de la cual los esperaba el nuevo pueblo, la gente, el

bullicio.

—Sí, vamos —dijo ella.

En la plaza habían dispuesto una docena de tableros sobre caballetes para los comensales y, aparte, tres o cuatro para la comida. Todos estaban ocupados en servirse del bufé, o en repartir pan y bebidas entre las mesas.

Alira buscó con la mirada a Dunia, Adrián y Amanda. Todavía no los había localizado cuando Adrián se plantó frente a ella con el ceño fruncido. Le habló en un tono irritado:

—¿Dónde te habías metido? No hemos podido guardarte sitio...

—Allí tenemos —dijo Damer señalando en dirección a Malva, que les estaba haciendo gestos para que se acercaran.

Procurando que solo Alira pudiera escucharlo, Adrián murmuró con sorna:

—¿De repente ya son tus amigos?

—Simplemente soy educada —respondió ella también en voz muy baja, aunque con un tono que evidenciaba su malestar.

Ni comprendía ni le gustaba la reacción de Adrián. Ella no tenía que darle explicaciones de sus actos. Le dio la espalda y siguió a Damer...

... aunque hubiera preferido sentarse con sus amigos. La conversación con el joven en el cementerio solo revelaba el comienzo, tal vez, de una curiosa amistad entre dos personas muy diferentes. Compartir de pronto una comida junto a él le producía una ligera inquietud. Afortunadamente su madre no había bajado al viejo pueblo. Desde luego, Elegía no comprendería la situación ni aceptaría la cortesía aducida por su hija; al contrario, lo vería como una traición. «¡Qué complicadas resultan las relaciones!», pensó Alira analizando la actitud de Adrián. La única explicación que se le ocurría era que él hubiera sentido celos al verla llegar con Damer. Qué tontería. En cualquier comparación, Adrián siempre saldría ganando. Vencería sin ninguna duda a un joven sin oficio ni beneficio, vestido de cualquier manera, sin otra responsabilidad que ver pasar los días como si viviera en unas vacaciones continuas. Por agradable que resultara, ¿qué se podía esperar de alguien así? Desde luego, un futuro incierto y, por tanto, no deseable. Que Adrián pudiera sentir celos de Damer era absurdo, sí; pero también

halagador, porque quería decir que sus sentimientos hacia ella seguían siendo intensos. ¿Y si estuviera dejando pasar la última posibilidad de su vida de amar y ser amada al persistir en su rechazo?

Llegaron hasta Malva y Alira se alegró al descubrir que su hermano Tomás estaba allí.

—Pensaba que no venías —le dijo él.

—Y a mí me sorprende que tú te hayas quedado —le dijo ella.

Tomás se encogió de hombros.

—Tú tienes recuerdos de las fiestas del pueblo antes de que todos se fueran. Yo ni eso. Me apetece algo de sentido de comunidad —concluyó con cierta ironía que su hermana captó de inmediato: habían sido demasiados años de tres habitantes envejeciendo en la mansión. Tal vez por esa misma razón se había ido sumando al grupo de las veladas de los sábados por la noche.

Malva organizó los asientos. Ella se quedó entre Tomás y el padre de Damer, a un lado de la mesa. Enfrente situó a Alira y Damer. A Alira le pareció un gesto generoso y cortés por parte de la joven mezclar a los conocidos con los desconocidos, para que no se sintieran excluidos.

Durante el almuerzo, Malva conversó con unos y otros, se aseguró de que a ninguno le faltara vino en el vaso, se levantó varias veces para acercarlos fuentes de comida y evitarles que se tuvieran que acercar al bufé, bromeó con los que pasaban cerca y prestó una atención especial a Tomás, que la escuchaba embobado y le respondía con más energía de la que Alira le había visto en toda su vida.

Malva, de cuerpo menudo, con el pelo oscuro rebelde, corto y largo al mismo tiempo, *piercings* en nariz, cejas y orejas, vestida con un pantalón pirata y una camiseta de tirantes de insuficiente abrigo —en opinión de Alira — a pesar del soleado día primaveral, irradiaba una alegría contagiosa. Era desenfadada y animada. No parecía importarle que Damer no le prestara tanta atención, ocupado como estaba en atender a la invitada. Como mucho, Alira la había descubierto analizándola a su vez con la expresión de curiosidad de un científico que descubre una ligerísima variación en lo que conoce. Y su voluntad de ayuda a los demás era evidente. Tras los postres, la joven informó a Damer de que su padre se retiraba a la casa a descansar un rato y se ofreció a acompañarlo hasta la bifurcación del camino.

Como no estaba acostumbrada a beber tanto, Alira se fue sumiendo en

un estado de sopor que le hacía percibir el mundo a su alrededor de una manera extrañamente agradable. Cuanto más cerca sentía a Damer a su lado, más lejos le parecía que estaban los demás. Ambos ocupaban un primer plano nítido sobre un fondo borroso. Escuchaba retazos de la conversación entre Malva, que ya había regresado de acompañar al padre de Damer, y Tomás, también sobre música —«Los jóvenes no conocen ahora a los grandes», le decía él; «Para qué, si los de ahora son fantásticos», replicaba ella—, pero se sentía incapaz de intervenir. Quería disfrutar de ese momento de irrealidad en el que las voces, las risas, el ruido de las sillas, de los cubiertos contra los platos y las bandejas, los grititos de los niños, algún ladrido, los ensayos de los instrumentos de una pequeña banda la arrullaban. Con los ojos entrecerrados escuchaba a Damer a su lado y se concentraba en el aliento de las palabras pronunciadas a pocos centímetros de su rostro. No le importaba tanto lo que le dijera como la placentera sensación de sentirlo tan cerca.

La voz de Amanda la sacó de sus ensoñaciones:

—¡Alira! ¡Tienes que ir a casa!

—¿Qué sucede? —Alarmada, Alira se puso en pie sin dudar.

—Crina ha venido a buscarte y se ha marchado otra vez enseguida a la casa. No cogías el teléfono. Dice que tu madre se ha puesto como loca. — Amanda se dirigió a Damer—: Acompáñala. Sea lo que sea, tiene que ver con tu padre.

Alira quiso avisar también a Tomás. Lo localizó con la mirada ante la charanga. Miraba cómo bailaba Malva con un grupo de niños al son de la música de un saxofón, dos trompetas, un tambor y una gaita. El líder de la banda, un hombre alto, joven, cantaba con un altavoz; de cuando en cuando, soltaba alguna broma. Tomás sonreía como si, de repente, él también fuera uno de aquellos chiquillos.

No le dijo nada.

Que al menos él imaginara la infancia alegre y desenfadada que nunca tuvo.

THE PRETENDER (FOO FIGHTERS)

Sábado, 10 de marzo

Alira jamás había visto a su madre perder los estribos. Y Damer nunca había visto esa expresión de humillación en el rostro de su padre.

Cuando ambos llegaron a la mansión, resollando por haber corrido cuesta arriba, seguidos de Amanda, Adrián y Dunia, encontraron a Felipe ante la puerta principal, aturdido, quieto, como si llevara horas esperando a que alguien abriera y aún no renunciara a entrar.

Entonces salió Elegía. En sus manos llevaba la maleta con la que había llegado Felipe el día anterior. La arrojó a sus pies.

—Fuera de aquí —pronunció entre dientes.

La mujer se dio cuenta de que tenía público y, sin variar el tono de odio, añadió:

—Nada se olvida ni se perdona.

Entró en la casa y cerró de un portazo.

Alira fue tras ella. Damer se dispuso a seguirla, pero Adrián lo sujetó por el brazo.

—Ni se te ocurra. Déjalas en paz.

Damer se zafó.

—A mí no me toques.

Adrián se le acercó todavía más, con expresión iracunda.

—Calmaos —dijo Amanda situándose entre ambos—. Damer, espera aquí. Adrián, tranquilo. Vendrá Ali y nos explicará qué ha pasado.

A Dunia le disgustó el tono almibarado que Amanda empleó con Adrián y le sorprendió que este le hiciera caso sin protestar.

Damer se dirigió a su padre:

—¿Qué ha pasado? —preguntó por preguntar, pues sabía la respuesta.

La mujer lo había reconocido. Aquella escena había sido culpa suya. ¿Qué había esperado? ¿Que cuando lo viera se sentara a conversar con él con

naturalidad? Había sido un estúpido.

Felipe miró a su hijo con los ojos entristecidos.

—¿Puedes bajarme a Mongraín? Tomaré el primer tren.

—Claro —respondió Damer—. Cogeré el coche.

—Yo os llevaré —se ofreció Amanda—. El mío está aquí mismo.

Alira encontró a su madre en el salón, con las manos apoyadas en la repisa de la chimenea, respirando con agitación, los ojos cerrados.

—¿Qué ha pasado, mamá? —Nerviosa, repitió la pregunta un par de veces. Elegía no respondía. Se situó a su lado y apoyó una mano en el antebrazo de su madre—. Por favor, cuéntamelo.

Elegía murmuraba frases inconexas. Por fin dijo:

—No debiste traerlo aquí. A él no. Que se vaya.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Elegía se alejó repitiendo:

—Déjame. Que se vaya.

Alira volvió al exterior. Amanda había acercado su coche desde el porche trasero que hacía de garaje y cargaba el escaso equipaje de Felipe en el maletero.

—Los llevaré a Mongraín. Como estaba trabajando, yo no he bebido. ¿Te parece, Ali? Tendrá que alojarse en el hotel esta noche. He mirado en Internet y no hay billetes de tren hasta mañana.

—Si quieres acompañarlos —intervino Dunia—, Adrián y yo nos quedaremos al tanto de tu madre.

Alira asintió. Esperó a que Damer y Felipe entraran en el coche y ocupó el asiento del copiloto. Cuando su mirada se cruzó con la de Damer, le pareció que estaba tan avergonzado como ella.

Tras unos minutos de incómodo silencio, Alira miró a Felipe por el espejo retrovisor.

—Siento mucho lo sucedido —dijo—. No lo comprendo. Mi madre es una mujer muy educada. No me cabe en la cabeza. Nunca se opuso a que tuviera inquilinos en la casa. Sabía que usted iba a venir y no le pareció mal.

—La culpa es mía. No sabía quién era yo. No ha sido una buena idea. Debí suponerlo. —Felipe se frotó la frente con los dedos de la mano, como si le doliera mucho la cabeza o no pudiera soportar un cansancio infinito—. De todos los pueblos del mundo, hijo, tenías que venir a parar a este. Yo fui el ingeniero encargado del expediente de expropiación de Aquilare. —Les

habló de su trabajo, de sus viajes a esa zona décadas atrás; les contó el proceso de expropiación, la renuencia de los vecinos, la obstinación de los dueños de la mansión, las firmas definitivas. Se explicó con lentitud, como si extrajera las palabras con un gancho que hurgase sin piedad en su interior y concluyó—: No fue buena idea venir. Pensé que el tiempo cura las heridas, pero no es cierto. A veces, las empeora. Pensé que conseguiría un perdón que me aliviase, pero fui demasiado ambicioso. Tal vez algún día, Damer, pueda volver a verte aquí, más adelante. Estáis haciendo un gran trabajo. Arregláis lo que yo me encargué de destrozar. —Se le quebró la voz y no habló más en lo que quedaba de trayecto.

Ninguno de sus acompañantes sabía qué decir.

Alira se refugió en un recuerdo en el que aparecía una niña con unas tijeras destrozando una gabardina. Acababa de ponerle rostro al dueño de la prenda. Recordaba el odio intenso. No tenía claro si la opresión en el pecho y la incipiente ansiedad eran síntomas de que lo estaba reviviendo o de la rabia que le producía que Damer no le hubiera dicho nada al respecto. ¿Cómo no iba a saberlo? La conexión que se había establecido entre ambos acababa de cortarse y nunca más volvería a restablecerse.

Por su parte, Damer se arrepentía de haber diseñado ese plan de reencuentro. Comprendió que, a pesar de su buena intención, su mentira solo había contribuido a estropear las cosas. A veces no es buena idea remover el pasado. Nunca se había planteado que las heridas pudieran continuar tan abiertas, tan frescas.

En silencio llegaron a Mongraín.

Amanda aparcó ante un hotel moderno de grandes ventanales sobre los que se reflejaban los últimos rayos de sol. Esperó a que los hombres salieran del coche y, como Alira no se movió, dijo:

—Ya hablo yo con el dueño. Lo conozco. No creo que haya problemas en estas fechas, pero por si acaso.

—No quiero que Damer vuelva con nosotras —dijo Alira.

Amanda asintió y se fue hacia la recepción.

Aturdida, Alira vio cómo los tres subían las escaleras hasta la puerta automática de cristal. Entonces Damer volvió sobre sus pasos, se asomó por la ventanilla del conductor, que estaba abierta, y le dijo:

—Lo siento mucho, créeme. —Esperó una respuesta, o un comentario, que no llegó—. Pensé que sería buena idea... Quise arreglar el pasado. Fue

una estupidez por mi parte. Debería habértelo dicho.

Alira no se atrevió a mirarlo. No volvería a hablar con él. Damer era el hijo de quien había destrozado la vida de su familia. Él lo sabía, le había ocultado esa información y había tenido la osadía de meterlo en su propia casa. Le avergonzaba pensar que hacía pocas horas había disfrutado junto a él de una placentera sensación de cercanía. Ahora lo que sentía era rechazo. Y una profunda decepción.

Damer se marchó.

Amanda regresó sola.

—Damer se queda a dormir con su padre —informó—. Le diré a Malva que lo baje a buscar mañana, después del tren.

Alira guardó silencio hasta que, a mitad de camino a Aquilare, cuando la luz comenzaba a perder su intensidad avisando de la llegada del atardecer sobre los campos, le preguntó a su amiga:

—¿Recuerdas, Amanda, nuestra despedida cuando éramos niñas?

—Vagamente.

Ella no había olvidado ni un detalle. Cuando el presente la defraudaba, se refugiaba en los recuerdos del pasado, especialmente en aquellos que le reforzaban la solidez de materias tan incuestionables como la verdadera amistad.

Una mañana de principios de aquel enero del pasado, ella y su padre bajaron de la mansión al pueblo para despedirse de la familia de Amanda, la última que abandonaba su casa tras la expropiación. Elegía no quiso acercarse ni que ninguno de ellos pasara por la mansión, a pesar de la amistad que siempre habían compartido. Los veía como traidores.

Cuando llegaron a la puerta principal de la casa que ocuparía décadas más tarde el hijo del causante de tanta desolación, Amanda esperaba junto al Renault 12 familiar vigilando a su hermano pequeño mientras sus padres echaban el último vistazo al interior. Joaquín había ido haciendo viajes con una camioneta para trasladar sus cosas y ahora ya solo se llevaban las pertenencias más personales.

—Vas muy guapa —le dijo Alira a Amanda. Las palabras se convertían en vaho por el frío—. Te has puesto ropa de domingo.

Bajo un abrigo marrón, Amanda llevaba un vestido corto de cuadros lilas y verdes, de falda plisada y lacitos en la cadera a juego con los que recogían su cabello oscuro y rizado en dos coletas. En los pies, los nuevos zapatos de hebilla que guardaba, como si fuera oro en paño, para ocasiones especiales.

—Mi madre quiere que causemos buena impresión —dijo ella—. En Mongraín se viste de manera diferente, mejor, como si fueran siempre de fiesta. Te gustará, Alira. Está más cerca de lo que pensaba.

Alira percibió que Amanda no parecía triste, sino excitada, preparada para lo que consideraba una aventura. Agachó la cabeza mientras pensaba en las palabras de su madre. Le había preguntado qué significaba la palabra *traidor*. Le respondió que, en el caso de Aquilare, era cada vecino que había quebrantado la lealtad que debía a sus raíces. Le había preguntado qué significaba *quebrantar*. Ella respondió que «romper de malas maneras». Le había preguntado qué significaba *lealtad*. Ella le dijo que «fidelidad, amor y gratitud». Por fin lo había comprendido. Traidor era aquel que rompía de malas maneras con el recuerdo de sus antepasados. Tenía que ser algo muy muy negativo. Le costaba asociar esa palabra a su querida amiga Amanda, pero no le gustaba verla tan feliz. Si ella se marchara para siempre de su casa, de su pueblo, se moriría, o al menos, lloraría sin parar.

—Me da mucha pena que te vayas —murmuró Alira con la vista fija en las punteras desgastadas de sus botitas de cuero—. Aunque nos veamos, ya no jugaremos por aquí.

—Mis padres dicen que es una tontería que os quedéis —comentó Amanda—. Igual podrías convencer a los tuyos. Podrías comprar un piso nuevo junto al nuestro.

—Yo no quiero vivir en un piso. No me acostumbraría a una vivienda tan pequeña.

—Eso lo dices sin saber. Repites lo que oyes a tus padres.

Alira quería mucho a Amanda. Le resultaba imposible enfadarse con ella, pero le molestaron sus palabras.

—Pues como tú. —Alzó la vista. Enseguida se dio cuenta de que había respondido con aspereza—. No nos podemos enfadar el último día.

—Claro que no, tonta. —Amanda la abrazó—. Yo también te echaré de menos.

Como sus respectivos padres tardaban en salir, las niñas se acercaron a

la parte trasera de la casa y escucharon la conversación de los hombres.

—Esto es lo único que no he podido vender —le decía Joaquín a Tomás.

Donde antes había desorden y vida, ahora solo se veían tres o cuatro instrumentos de labranza, los aperos de las bestias y un gran trillo, limpios y apoyados contra una pared, como si alguien fuera a recogerlos pronto.

—Bah, ahí se quedan. Si necesitas algo, te lo vienes a buscar.

—Gracias —dijo Tomás.

—A ti. Por venir a despedirte.

—Somos amigos. Lo seguiremos siendo.

—Pero detestas esto tanto como yo. Eran mayoría los que querían vender. ¿Qué otra opción tenía? Me vi obligado.

—Lo sé.

Joaquín se frotó los ojos antes de decir:

—Creo que me resultaría más fácil si tú no te quedaras.

—Yo sí he tenido opción y he elegido quedarme.

—Si no te lo digo, reviento. Hace años que nos conocemos, Tomás. Si no fuera por tu mujer... La vida aquí ya es bastante dura en compañía. ¿No temes la soledad?

—Peor es la tristeza. Elegía se moriría lejos de su casa, y yo no me lo perdonaría nunca. Además, ¿qué haría yo en Mongraín? Yo estoy acostumbrado a la tierra. Soy mayor que tú, Joaquín. No me veo trabajando de obrero en una fábrica, o de empleado en una empresa, ni abriendo un comercio. —Joaquín hizo ademán de interrumpirlo, pero Tomás alzó una mano—: Sí, ya sé que otros presumen de buenos horarios y vacaciones, y tal vez te lo tenga que escuchar a ti también dentro de poco, pero es nuestra decisión. Nunca se sabe qué es mejor en la vida.

—¿Y los niños? ¿No habéis pensado en ellos?

—No les falta de nada. Desde luego, tienen mucho más de lo que yo tuve o de lo que jamás pensé que mis hijos podrían tener. Nuestros ingresos no tienen por qué disminuir. El ganado se sigue vendiendo bien. Los nuevos señoritos de ciudad necesitaréis alimentaros... —Tomás intentó sonreír, no tanto para que su amigo comprendiera que deseaba bromear como para aligerar el temor en su pecho a arrepentirse algún día de no seguir los pasos de los demás—. Mientras Dios me dé salud, todo seguirá más o menos igual, dadas las circunstancias.

—No sé, Tomás. Los tiempos cambian. Demasiado deprisa... Durante

siglos hemos ocupado estas tierras, generación tras generación. En las tres últimas décadas más de cien pueblos cercanos han pasado por lo mismo que nosotros; en otros el Gobierno ha construido pantanos o amenaza con hacerlo, y en otros ni siquiera ha hecho falta la intervención de nadie para que los jóvenes marchen en busca de un futuro mejor. Las ciudades crecen a pasos agigantados con hombres como nosotros. Antes fueron las epidemias, o el hambre, o las guerras que diezmaron los pueblos; ahora es lo que marca el Gobierno que los vacía. No se puede luchar ni contra la naturaleza ni contra los que mandan. La vida no espera, Tomás. Yo ya no pienso tanto en mí como en mis hijos. No quiero que naden a contracorriente. Solo que lo tengan más fácil de lo que su madre y yo lo tuvimos. —Se dirigió a la puerta y cogió la llave de la cerradura—. Salgamos de aquí. Mejor será que no le dé más vueltas. No hay marcha atrás. No en esto. Ya no me pertenece. —La voz se le quebró.

Con el dinero recibido, muchos comenzaron otra vida en otro lugar. Algunos consiguieron una plaza en los pueblos de colonización que se estaban construyendo en el sur de la provincia. A lo largo de su vida, Alira se había preguntado muchas veces si esa vida habría sido mejor o peor para ellos. Si habrían conseguido liberarse del peso del pasado. Si recordarían en sus nuevos hogares, con nostalgia, momentos tan especiales para ella como los paseos por el bosque cercano en otoño recogiendo setas y frutos secos; o la fabricación del vino recio y el aceite espeso; o la imagen de los jamones colgados en las despensas orientadas al norte; o las risas de los niños por los campos cubiertos de flores multicolores en primavera; o los baños en el río y las fiestas en verano, o las conversaciones junto al fuego del hogar en las veladas del invierno.

Tomás y Joaquín se vieron con cierta frecuencia a lo largo de sus vidas —en parte gracias a las niñas—, pero Alira nunca más apreció en ellos la intimidad de esos momentos en la centenaria casa de Joaquín. Algo se rompió en aquella despedida. Elegía soportó que Alira conservara la amistad con Amanda, pero contagió a su marido del enfriamiento de la relación con quien había sido su mejor amigo. Cuando los hombres fallecieron, sus familias, cumpliendo sus voluntades, llevaron sus cenizas al cementerio clausurado de Aquilare.

Alira estaba convencida de que cuando los intereses difieren, cuando no existe el roce diario, las amistades se apagan. Les pasó a sus padres. Les pasó a ellas mismas.

Que Amanda y ella vivieran ahora juntas no significaba que hubieran recuperado aquella fidelidad extrema de la infancia. Alira no le había contado —tampoco a Irene— que Adrián había intentado seducirla de nuevo, ni consideraba que debiera hacerlo. Era algo demasiado íntimo y complicado de entender que solo contribuiría a enrarecer la buena convivencia en la mansión.

Pero le agradaba tenerla cerca. Amanda era una mujer alegre. Y resolutiva. Enseguida se había ofrecido a solucionar la situación planteada por la presencia del padre de Damer.

Aunque la conocía; también era impulsiva.

De vuelta a Aquilare, tras haber dejado a Damer y Felipe en el hotel de Mongraín, aunque no comentaran lo sucedido, Alira percibía a su amiga también demasiado excitada. Parecía que acababa de descubrir un tesoro. Una historia que contar. «El hijo del ingeniero que despobló Aquilare vuelve a trabajar la tierra.» O algo parecido.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Amanda comentó:

—Vaya historia. Un culebrón.

—No, Amanda. Ni se te ocurra. No me traiciones.

—Oh, vamos, Ali. No te pongas dramática. Este asunto es tan mío como tuyo. Tal vez más. Yo sí desciendo de expropiados. Sabes que mi sueño es hacer un documental especial. Y esta es una historia muy buena y hermosa, aunque tú no lo veas así. Te prometo no poner nombres.

—Por favor, te pido que no cuentes nada de lo que ha sucedido hoy con el padre de Damer.

Amanda hizo un gesto ambiguo con la cabeza, pero no respondió.

Ya en casa, Alira buscó a su madre. Estaba en su dormitorio. Entre Crina y Dunia la habían convencido para que se acostara y se tomara un tranquilizante flojo.

Elegía le hizo señas para que se sentara en la cama, junto a ella.

—No tenías por qué saber quién era ese hombre, Alira —le dijo en tono conciliador—. Siento la escena que he montado. Pero no te preocupes, no volverá a suceder. He hablado con César. Me ha explicado los pasos que

puedo dar para denunciar a toda esa panda. Aunque sea lo último que haga en esta vida, el hijo de ese hombre no tocará ni un puñado de esta tierra.

Alira agachó la cabeza y emitió un suspiro.

Cuando llegaron los nuevos habitantes de Aquilare, fue ella quien deseó que se marcharan. Recordó la ceremonia del cementerio, la comida en la plaza, el calor, la algarabía. Había logrado durante unas horas olvidarse del tiempo, del pasado, de su vida. Había conseguido, por fin, vivir unos momentos sin darse cuenta. De nada. Del sufrimiento, de la lucha diaria por soportarse, del resentimiento.

Se había olvidado de una guerra en la que su madre ahora le exigiría participar.

Las horas que transcurrieron entre la preparación de la cena y el ritual nocturno antes de acostarse se le hicieron eternas. Cuando por fin se tumbó en el lecho, se frotó las sienes. En un mismo día había sentido expectación por la fiesta en Aquilare, desilusión por el engaño de Damer, inquietud ante la posibilidad de que Amanda sacara a la luz parte de su historia familiar y desánimo por la nueva actitud beligerante de su madre.

La cabeza comenzó a dolerle. Hizo varios ejercicios de respiración para relajarse, pero sus pensamientos esa noche no respondían a ninguna medida de control.

A las dos de la madrugada el dolor de cabeza era insoportable. Se levantó y bajó a la cocina, donde se tomó una pastilla.

De regreso a su habitación, a oscuras en el rellano del primer piso, por el hueco de la escalera, procedentes del piso superior, le llegó el sonido de unas risas y el ruido de una puerta al cerrarse.

Se apoyó en la barandilla, presa de un súbito presentimiento. Empleó todo tipo de argumentaciones para convencerse de que tenía que haber una explicación lógica. Tal vez Adrián y Dunia estuvieran disfrutando de un poco de diversión... Pero esa risa no le había parecido de Dunia. Tal vez Amanda estuviera hablando por teléfono mientras iba al cuarto de baño...

La terrible sospecha fue creciendo y tomando forma de certeza en su interior. Subió a toda prisa hasta la segunda planta. Se acercó a la puerta de la habitación de Adrián y de Dunia.

No se escuchaba nada.

Cruzó la salita y repitió la acción. Apoyó con sigilo la palma de la mano en la puerta de la habitación de Amanda y pegó la mejilla a uno de los

cuarterones.

Susurros. Risitas. Siseos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. De rabia. Y de pena.

Y a su mente solo acudía una palabra.

Traición.

BAD ROMANCE (LADY GAGA)

Meses más tarde
Lunes, 2 de julio

Irene sabía que no podía ocultar aquella información durante más tiempo. Después de días dándole vueltas a la cabeza, decidió hablar con su marido.

Estaban desayunando en la cocina de su apartamento. Los niños todavía dormían. Durante las vacaciones, los horarios se relajaban. César, ya con el uniforme de sargento, tomaba un café. Fuera llovía. Un día triste para dar noticias inquietantes.

—El lunes pasado —comenzó Irene—, cuando me interrogaron, ¿te acuerdas de que al anocheecer fui a ver a Alira? ¿Y de que regresé enseguida, algo que te extrañó?

César asintió.

—Te dije que Ali estaba tan cansada que no quería molestarla más. Que solo le había dado un abrazo. En realidad, no hablé con ella. —Desde entonces, habían hablado un par de veces por teléfono; hasta que no se quitase ese peso de encima, no sabía muy bien cómo relacionarse con ella, pero tampoco quería que su amiga sospechara nada.

César la miró extrañado.

—Ni siquiera entré en la casa. La vi a través de la ventana. En brazos de un hombre. Creo que era Adrián.

Su marido tardó en hablar. Por fin dijo:

—¿Estás segura de que era él? Estaba oscuro.

—¿Quién si no? —Irene respondió nerviosa—. Le he dado mil vueltas. Tal vez Adrián solo la estuviese consolando. O ella a él. Sin embargo, la manera en que vi desde lejos cómo se abrazaban me resultó demasiado íntima para tratarse de un consuelo amistoso. Y con sus hermanos, un abrazo tan afectuoso, imposible. ¿Qué más hombres hay en su vida? Que yo sepa, ninguno.

—Esto es muy fuerte, Irene. Corroboraría la teoría inicial de la subteniente... —César movió la cabeza a ambos lados negando las palabras que no quería creer—. Pero nos hubiéramos dado cuenta. —Su mente recuperó imágenes de aquella primera noche todos juntos en la mansión, la llamada telefónica de Dunia sobre el posible fuego en Aquilare, el momento en que percibió que algo había sucedido entre Alira y Adrián. Pero luego Adrián se había liado con Amanda—. No tiene sentido.

Las gotas de lluvia chocando contra los cristales del balcón sonaron como si fueran perdigones. Irene murmuró:

—Somos sus amigos. De ambos. Los conocemos desde siempre. Nos hemos querido. Nos queremos. No puedo creer que todo pueda formar parte de algún plan maquiavélico. —Se frotó los antebrazos—. Esto no puede estar pasando. Pero ahora todo parece encajar. Es verdad, Alira ha estado muy rara últimamente. Como si tuviera que hacer esfuerzos para contener su alegría. Lo comentó la subteniente, así que no fui la única que lo percibió. Extrañamente feliz. Como si ocultara algún secreto especial. Y yo dije que también me sorprendía. Me sentí fatal, porque no quería que pareciera lo que no era. Y ahora resulta que es verdad.

—Yo también lo dije —admitió César—. Pensé que tenía que ver con la rapidez con la que la Administración estaba actuando para echar a los de Aquilare. —Se puso en pie.

—¿Se lo dirás a tu jefa? —preguntó Irene.

—Debería.

—Espera. La he defendido hasta ahora. Y algo me dice que siga haciéndolo. Tiene que haber otra explicación. ¿Y si hablamos con ellos primero?

—No. Deja que yo me encargue.

Cuando llegó al cuartel, le informaron de que la subteniente ya había comenzado los interrogatorios previstos para el día. César miró su reloj. Solo se había retrasado un cuarto de hora. «Podía haberme esperado», pensó.

Se dirigió a la salita, entró sin llamar y en silencio ocupó su lugar junto a Esther, frente al joven que lideraba el grupo que había alterado la paz en Aquilare. La subteniente se había empeñado en hablar con él confiando en que le ofreciera un punto de vista diferente al de los habitantes de la mansión. Quería un mapa completo de los personajes del entorno en las fechas cercanas al asesinato. Pero César dudaba que pudiera aportarles nada nuevo.

Damer carraspeó. No era la primera vez que lo interrogaban; se había vuelto algo frecuente en los últimos meses por culpa de la madre de Alira. Pero la razón nunca había estado vinculada a un asesinato. No estaba nervioso porque nada tenía que ocultar, pero sí incómodo. En cuanto percibía en los ojos de los demás —como sucedía con la subteniente y el sargento en ese momento— la desconfianza por su aspecto físico, un mecanismo de autodefensa se activaba en su interior y le hacía adoptar una actitud y una pose arrogantes. No lo podía evitar.

No entendía por qué estaba allí. No entendía por qué tenía que hablar de lo que no sabía. No le gustaba perder el tiempo. No le gustaba la ley y menos quienes decían representarla. Solían ser burócratas perdidos entre artículos que pocas veces se cuestionaban la moralidad de lo que estaban haciendo.

Como su padre.

Que aquello hubiera sucedido hacía años y que Felipe argumentara que simplemente cumplía con su trabajo sin duda mitigaba la culpa; que lo hubiera guardado en secreto y hubiera acudido a Aquilare en busca de perdón, aunque fuera embaucado por su propio hijo, implicaba una conciencia en conflicto. Luego, Felipe supo en su día que lo que hacía no estaba bien porque hería a otros.

Seguía queriendo a su padre. A su juicio, había sido un buen padre. Siempre lo querría, aunque las posiciones de ambos ante la vida fueran tan diferentes. La distancia temporal y física estaba resultando beneficiosa. Hablar demasiado a veces termina en recriminaciones que no conducen a ninguna parte.

—Entonces —dijo Esther—, su relación con los dueños de la mansión no ha sido especialmente buena.

—Sabrá lo de la discusión entre mi padre y esa mujer —dijo Damer. Le costaba pronunciar el nombre de la madre de Alira.

—Sí. Estoy al tanto de todo lo sucedido en Aquilare desde que ustedes llegaron. —«De todo, menos de lo que pasó en torno a la muerte de la víctima», pensó la subteniente—. ¿Qué puede decirme de Elegía?

—La vi ese día y no he vuelto a verla. Como comprenderá...

—Sí, sí. Con denuncias de por medio, es lógico que no quiera saber de ella.

Damer asintió. Probablemente la Administración hubiera actuado de oficio más pronto o más tarde, pero la actitud de Elegía había adelantado los acontecimientos. Tras echar a Felipe de la mansión, Elegía había contactado con todos los organismos públicos de la zona. Sabía dónde morder. Los había denunciado por todo lo posible: ocupación de monte público; delito contra la ordenación del territorio; alteración de tomas de agua; peligro de incendio; ruidos y molestias nocturnas; tenencia de animales sueltos; maltrato animal; construcciones ilegales...

En los papeles que les llegaban no constaba el nombre de Elegía, pero a Damer no le cabía duda de que ella estaba detrás, aconsejada tal vez por ese amigo guardia civil de la familia, el tal César, que en aquella sala de interrogatorios lo miraba con cierto desdén. Por cada denuncia les llegaba un requerimiento que ellos firmaban y guardaban en una caja confiando en que la cosa no fuera a más y los dejaran en paz. Pero Damer sospechaba que la situación no podía sino empeorar. El ánimo en el colectivo estaba alto. Nadie los echaría de allí, de las que ahora eran sus casas. Las leyes también los amparaban a ellos. A ver si tenían huevos de enviar a la Policía Nacional o a la Guardia Civil para desalojarlos; si no era a rastras y encadenado, él desde luego no se iría. Había gastado todos sus ahorros en las rápidas obras de acondicionamiento de su casa.

No se iría.

—Aunque sabe que la ley está de parte de ella —añadió Esther.

—No creo que me hayan llamado por eso. —Damer se incorporó en su silla mientras le lanzaba una mirada desafiante—. Hubiera venido con mi abogado.

Esther esbozó una sonrisa irónica. El tipo tenía agallas. A ver cuánto le duraban en su pelea con la Administración. No sabía de ningún caso en el que los okupas —o repobladores, como les gustaba ser llamados— hubieran ganado. Se centró en las preguntas que tenía sobre el asesinato.

—El día de la inauguración, la hija de Elegía comió con ustedes. O sea, que en algún momento hubo buena sintonía entre unos y otros. Me pregunto si mantiene trato con ella.

Damer se encogió de hombros. Según las preguntas respondería en una dirección u otra.

—Nos vemos por ahí. Es un lugar pequeño.

—Usted no puso reparos a que Amanda grabara su experiencia. En resumen, conoció a todos los de la mansión.

—Sí.

—Hábleme de ellos.

—No sé qué quiere que le diga.

—Cómo se relacionaban.

—Venían por Aquilare. Daban vueltas, nos preguntaban qué hacíamos. Eran amables.

—¿Percibió alguna hostilidad entre ellos?

—Lo normal. En general, percibo mucha hostilidad entre las personas.

Esther lo miró fijamente. Hablaba en serio.

—¿Puede ser más concreto?

—No creo que le diga nada nuevo. Era algo evidente. —Volvió a encogerse de hombros—. En todas las familias hay relaciones complicadas.

—¿En algún momento fue testigo de algún episodio violento?

—No. Nunca.

—¿En algún momento vio a Alira especialmente nerviosa?

—¿Nerviosa? —Damer frunció el ceño—. No cuando la conocí. Sí cuando descubrió el cadáver. Y estos últimos días. No lo está pasando bien. Es comprensible.

—¿Diría que su comportamiento es extraño?

—Para mí, no.

Esther entrecerró los ojos. Estaba claro que ese joven defendía a Alira con demasiada rotundidad para ser la hija de quien estaba haciendo la vida imposible a los repobladores de Aquilare. Tuvo un presentimiento. Una idea descabellada. ¿Damer y Alira juntos? Le resultaba difícil de creer, pero cosas más raras había visto. Quiso ponerlo a prueba. A ver cómo reaccionaba si descubriría que Alira podía no haber sido franca con él.

—¿En algún momento cambió la relación de Alira con Amanda? Amanda la hirió liándose con el amor de su vida. No sé si usted sabía que Alira estaba enamorada de Adrián...

Sin mostrar ningún signo de sorpresa, Damer respondió:

—Querrá decir que lo estuvo, tal vez, hace siglos. Me contó que fueron novios un tiempo. Cosas de juventud.

En este punto César tuvo que esforzarse para que no se le notara su

perplejidad. ¿Desde cuándo mantenía Alira una relación de amistad con ese tipo? Damer no había dudado ni un segundo en responder, y lo había hecho con una naturalidad sorprendente. Sintió un mordisco de celos en su corazón.

Damer esbozó una amplia sonrisa. Había esperado ese momento. No podía soportar que nadie dudara de Alira. Él, desde luego, no lo había hecho. Había cosas obvias. El sol salía por las mañanas y se escondía por las noches. Alira no era una asesina. Así de simple.

—Entonces, existe entre ustedes cierta amistad... —dijo Esther.

—Sí. —El tono de Damer fue firme, sincero, rotundo—. ¿Tan raro le parece? Tenemos muchas cosas en común.

César ahogó un resoplido. Alira y él no tenían nada en común. Absolutamente nada. Damer representaba todo lo que una mujer como Alira tenía por fuerza que rechazar. Su forma de vida alternativa, su estrambótico estilo para vestirse, esa manera ridícula en la que a veces se trenzaba la barba, su evidente juventud. Era imposible que Alira mantuviera ningún tipo de relación con él. A no ser que Damer tuviera otras intenciones que él, por supuesto, se encargaría de averiguar. A veces Alira era demasiado inocente. Una idea descabellada cruzó su mente. ¿Y si hubiera sido Damer el protagonista del abrazo que le había contado Irene? Tuvo que hacer esfuerzos para conservar la calma.

—¿Desde cuándo? —preguntó la subteniente.

—Semana Santa, más o menos.

—Fue entonces cuando su novia comenzó a ayudar en la casa, ¿cierto?

Damer asintió con la cabeza y seguidamente matizó:

—Malva nunca ha sido mi novia. No me gustan las etiquetas.

—¿Le contó su amiga —Esther pronunció la palabra con un ligero retintín— alguna cosa extraña sobre alguien, o si había escuchado algo, alguna discusión, algún comportamiento raro?

—No. Malva es una mujer discreta. Pero pueden preguntarle a ella.

—No tiene que decirme cómo hacer mi trabajo.

Damer levantó las manos en el aire.

Esther anotó y subrayó el nombre de Malva con el ceño fruncido. Quizás tuviera que empezar a pensar no tanto en las razones de Alira para asesinar como en las de alguien que quisiera cargarle a ella la culpa para quitársela de en medio. Casos más rocambolescos había resuelto.

Llamaron a la puerta de la salita. Un agente entró y le entregó una

carpeta.

Esther miró a Damer y dijo:

—No tengo más preguntas. Puede marcharse.

La subteniente pasó una hoja tras otra en silencio y con cierta ansiedad. Ojalá el contenido de esa carpeta arrojara algo de luz a la investigación. Se encontraba en un callejón sin salida. Por más vueltas que le daba al caso, no tenía ni idea de qué pudo pasar el día del fallecimiento de la víctima y sus superiores no hacían más que presionarla para que ordenara una detención de inmediato. Ella hacía lo que podía, pero no era suficiente. En el registro de la casa no habían encontrado ningún objeto con restos de sangre. Por no tener, no tenía ni la causa de la muerte ni arma homicida. Y para colmo, el asunto había tenido una gran repercusión mediática. Se había mezclado todo y nada era atinado. La cuestión era hablar por hablar. Rellenar horas y horas de emisión. Alimentar el cotilleo. Violencia de género. Venganza familiar. La mansión del horror. El pueblo ocupado.

—¿Alguna novedad? —preguntó César en tono neutro.

Tenía que contarle a su jefa lo que le había dicho su mujer y se sentía rabioso por haberse enterado de que Alira y Damer eran amigos; pero ahora no había nada más importante que la información que contuviera esa carpeta con el informe del Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses.

—A falta de los resultados definitivos del ADN, que no tardarán, se confirma que la víctima tiene un fuerte golpe en la cabeza, pero ni en tobillos ni muñecas existen marcas de haber sido arrastrada. Hay indicios, sin embargo, de que se hubiera desplazado de rodillas. Los restos de carne en esa articulación estaban aplastados. El estado de descomposición en el que se encontró el cuerpo no permite ser más concreto. El golpe en la cabeza puede ser compatible con la muerte, o resultado de golpearse contra las paredes del pozo porque la víctima todavía respiraba cuando fue introducida en el agua. Los microorganismos de las aguas, las diatomeas, aparecidas en la médula ósea confirman que la mujer falleció por sumersión...

César sintió que palidecía mientras asimilaba esa información. Hubo circulación sanguínea mientras estaba en el pozo porque respiraba y el corazón latía. El golpe no la había matado.

—Murió ahogada —dijo con un hilo de voz—. Estaba viva cuando la metieron en el pozo.

Esther asintió distraída y encorvada sobre los papeles. Por fin, algo sobre lo que pensar. ¿Cómo podía ser si tampoco había señales de lucha? Recordó el angosto pasadizo hasta el pozo. ¿Alguien la había obligado a caminar de rodillas hasta el agujero? Era la única opción que se le ocurría. Podía tener sentido. El asesino o asesina la golpeaba en la cabeza; la víctima quedaba aturdida; el asesino o asesina la conducía hasta el pozo bajo coacción. Justo en el borde, la obligaba a darse la vuelta y deslizarse hasta introducir todo su cuerpo en el agua. Y luego esperaba a que se ahogase.

Se le revolvió el estómago. La imagen era demasiado fuerte incluso para ella. Había conocido actos de crueldad. Este era uno de esos que le hacían detestar a los seres humanos.

Se incorporó y suspiró.

—En cuanto a los restos biológicos y huellas, tanto en la bodega como en el pasadizo hay evidencias de que todos los habitantes de la casa pasaron por allí. Esto no es ninguna novedad.

Alira y César ya le habían contado la curiosidad que ese lúgubre lugar había despertado en el grupo, tras comentar el caso de aquella escritora inglesa cuyo cuerpo había aparecido en una fosa antigua de su casa tres meses después de su desaparición. El asesino era el marido. Los asesinatos de casos así, sin ajustes de cuentas, en viviendas de gente aparentemente normal, solían ser seres cercanos; otra razón más para desconfiar de todos. Por eso mismo Esther había procedido a investigar e interrogar a todos ellos. A todos y cada uno.

—¿Y ahora? —preguntó César todavía aturdido por la revelación de la atrocidad del asesinato. No podía imaginarse a ninguno de sus amigos cometiendo ese acto abominable.

—Habrà que repetir algún interrogatorio —respondió ella mientras tomaba unas notas pensando que, con la nueva información, podría atornillar más a los interrogados.

Esther confiaba en que surgieran sorpresas. Siempre surgían. Quizás no tanto por los motivos —celos y envidias imbricados en los pensamientos diarios a lo largo de años— que terminaban por explicar un suceso, sino por los argumentos, las palabras, los comentarios, lo callado durante la investigación. Realmente cada historia era un mundo poblado de habitantes

extraños: en el devenir cotidiano, los seres se relacionan con normalidad, cordialidad incluso; tras un suceso traumático, todos parecen auténticos desconocidos. A veces hay que dar vueltas y vueltas por fuera del laberinto para encontrar el caminito por el que dirigirse hacia la luz.

—Tengo algo que decirte —dijo de pronto César. Esther, concentrada en sus anotaciones, lo miró brevemente—. La semana pasada, mi mujer vio a Alira abrazada a un hombre. Cree que era Adrián.

Esther arqueó las cejas.

No sabía si le sorprendía más la información o el hecho de que César hubiera elegido precisamente ese momento para contárselo.

¿En quién quería el sargento colocar el foco esta vez, en Alira o en Adrián?

Entonces llamaron de nuevo a la puerta. El mismo agente que antes le había traído la carpeta con los resultados de Toxicología se asomó y le pidió que se acercara. Conversaron en voz baja. Cuando se marchó, Esther informó a César:

—Han localizado a Crina. Vivita y coleando. Por lo visto, se marchó a su país. —El asombro del sargento fue evidente—. He dicho que la hagan pasar.

«Por fin algo concreto», pensó Esther con alivio. Ya no necesitaba la confirmación del ADN. Ya no había duda de quién era la víctima real. Los diferentes móviles de los posibles sospechosos comenzaban a cobrar sentido en su cabeza. Había apostado por una línea de investigación concreta en los interrogatorios y había acertado. Y ahora, además, tenía otra sospechosa. Uno no desaparecía sin más, a menos que tuviera algo que ocultar...

—Entonces, el cuerpo es definitivamente el de... —concluyó César.

—Eso mismo estaba pensando. —Esther se giró al oír el ruido de la puerta al abrirse.

La mujer que entró era de mediana estatura, complexión fuerte y cabello corto negro. Le indicó que se sentara a la mesa frente a ellos dos.

—Tengo muchas preguntas que hacerle. La primera: ¿se puede saber dónde ha estado en los últimos meses?

Crina abrió mucho los ojos y echó su cuerpo hacia atrás. Parecía más indignada y sorprendida que nerviosa.

—¿Es que una no puede marchar adonde le dé la gana sin dar explicaciones? —preguntó a su vez con un fuerte acento del este—: Después

de tantos años, me dijeron aquello de las joyas y me enfadé tanto que juré que no volvería a pisar esa casa. Y entonces me cogí unas vacaciones, porque no he hecho otra cosa que trabajar y trabajar en mi vida, y me fui a mi país, a mi pueblo, muy pequeño, en las montañas. Y vuelvo y me encuentro papeles en el buzón, de la Policía. He venido y me han explicado lo de la mujer que han matado. ¿Y qué me cuentan a mí? ¿Qué tengo yo que ver con todo eso? ¡Nada! Lo único que puedo decir es que no me extraña que acabara así porque era un bicho. Parecía una cosa, pero tenía el demonio dentro. Yo la oía cómo le hablaba a su hombre. Cogía un cuchillo y le decía que volvería a intentar matarse y que la culpa sería de él...

Esther alzó las manos en el aire para frenarla.

Tendría que poner orden a ese barullo de palabras y comenzar desde el principio, pero supo, con total certeza, que esa mujer sería la única, de todos los que había interrogado, que no le mentiría en nada.

I BELIEVE IN A THING CALLED LOVE (THE DARKNESS)

Meses antes

Madrugada del domingo, 11 de marzo

Traición.

Su querida amiga. Amanda.

Con Adrián.

En su propia casa.

«No se lo perdonaré nunca», se repetía Alira dando vueltas en su dormitorio, controlando las ganas de gritar, de subir de nuevo a la planta superior, abrir la puerta y descargar su rabia contra Amanda.

¿Y él? ¿Iba picoteando entre unas y otras a ver quién le hacía caso?

Tampoco se lo perdonaría.

Nunca.

Ese mismo mediodía, en la fiesta del viejo pueblo, ella había percibido que Adrián aún sentía algo por ella; incluso se había mostrado celoso al verla con Damer. ¿Era todo mentira? ¿O la había traicionado con Amanda por despecho?

Daba igual.

Los echaría de allí. A ambos. No quería verlos más en su casa. En ese maldito lugar donde se había roto la paz para siempre.

Abrió las hojas del balcón y se asomó. Sentía que se ahogaba. Necesitaba aire fresco. El que recibía ahí no era suficiente. Comenzó a sollozar. Ojalá pudiera desaparecer de esa tierra, del mundo.

A oscuras salió de su habitación, bajó las escaleras, y abandonó la mansión para mimetizarse con la negrura de la noche. Se dirigió a la parte trasera y atravesó el jardín en dirección al viejo palomar. Conocía el camino de memoria.

Los pensamientos azotaban su mente.

Ella creía en la amistad y en la fidelidad. Amanda, la traidora, había quebrantado la lealtad que le debía, después de tantos años.

¿Cuándo había comenzado aquello? ¿Cómo no se había percatado? Recuperó varias escenas de las últimas semanas entre Amanda y Adrián. Algún paseo juntos, a solas. Cierta complicidad. La cosa venía de lejos. Seguro que Amanda lo tenía todo planeado cuando le propuso que alquilara habitaciones. Buscaba propiciar la ocasión. Comenzaba a comprender otras cosas: el interés de Amanda por jugar a La carta; su deseo de que Adrián la acompañara en su primer regreso a la que había sido su casa en Aquilare; el tono dulce y meloso que empleaba cuando se dirigía a él; incluso la indiferencia por la manera ofensiva con la que a veces él trataba a su esposa.

Se preguntó si Irene sabría algo de las intenciones de Amanda hacia Adrián.

Seguro que sí.

Amanda no sabía tener secretos y este no se lo iba a contar a ella, a Alira, a la única que debería haber disfrutado siempre del amor de Adrián.

Otra traidora, pues, Irene.

Entró en el palomar, subió las escaleras de madera y se sentó en el banco.

No se podía fiar de nadie. Ni en el amor ni en la amistad.

Todos la utilizaban para sus propósitos.

Y Adrián...

Regresaron los sollozos.

Se dijo que era una imbécil por haberse sentido especial aquella noche, entre sus brazos, en las ruinas de Aquilare. Él se había interesado por su felicidad. La había confundido con dudas sobre el pasado. Y luego, en la cocina. La había abrazado. Le había propuesto que prendieran la mecha de aquella pasión que habían compartido en el pasado. Ella se había sentido deseada, y había renunciado a seguir adelante por respeto a Dunia, no por falta de deseo.

Y qué poco había tardado él en liarse con Amanda.

Su amiga.

A la que quería como una hermana.

Estaba claro que él no deseaba recuperar su relación, sino buscarse un entretenimiento con el que amenizar sus vacaciones en el campo, aprovechando su estancia en una maravillosa casa de la que fardaba en las

redes sociales con sus amigos desperdigados por el mundo. Estaba segura de que a Adrián todo lo que tuviera que ver con ese pueblo le resultaba indiferente, incluso una pérdida de tiempo. Él era un triunfador que estaba de paso. Pronto regresaría a su destino en la otra punta del planeta, donde lo que sucediera en un insignificante lugar como Aquilare no tendría la menor importancia. Probablemente, ni siquiera lo que le sucediera a ella.

La rabia se iba extendiendo en su interior para reunir a sus seres cercanos en un abrazo de recriminación y reproches.

Su madre, por cuya obstinación la familia seguía allí, debería haberle impedido que alquilara la casa.

Sus hermanos jamás se habían preocupado por ella, ni esperaba que lo hicieran nunca.

Y César siempre estaba demasiado liado con su trabajo; pero, eso sí, tanto él como su mujer encontraban el tiempo para sumarse a todas las cenas que ella organizaba en la mansión.

Y Damer...

¿Cómo había sido capaz de ocultarle la identidad de su padre?

Durante más de media hora, Alira volvió una y otra vez sobre las mismas ideas. Su mente y su corazón no salvaron a ninguno de sus seres cercanos de la quema. Por pura extenuación, a medida que las lágrimas se fueron agotando, los pensamientos redujeron su velocidad y el ritmo de la respiración comenzó a normalizarse.

Cuando el tono de su voz interior se contagió del espíritu silencioso de la noche, encontró algo de calma.

Ahora que ya se había desahogado expulsando sus demonios, se esforzó por poner algo de orden en sus alterados razonamientos.

Quizás la palabra *traición* fuera excesiva.

Primero: en ningún momento le había confesado a Amanda sus sentimientos recientes hacia Adrián, ni las intenciones de él de volver a ser amantes. Segundo: todos en su entorno daban por sentado que lo de Adrián estaba más que superado después de tantos años. Tercero: Amanda estaba libre y nunca había mostrado escrúpulos a la hora de liarse con un hombre casado. Desde su separación había tenido varios amantes y Alira nunca la había juzgado por ello. Hacerlo ahora por culpa de Adrián era injusto. En todo caso, si ella le hubiera contado lo sucedido en las ruinas y en la cocina, tal vez Amanda no se habría lanzado a la aventura.

Y en cuanto a Adrián... Cuarto: él había sido franco. Le había propuesto mantener una relación, ella lo había rechazado por cuestiones morales y él le había dicho que no volvería a insistir. Y no lo había hecho: se había buscado otra.

En resumen: todos eran ya muy mayores. Pretender que Amanda le pidiera permiso para liarse con Adrián, o viceversa, resultaba ridículo e infantil.

El origen de su disgusto debía encontrarlo, por tanto, no en las actitudes de los demás, sino dentro de ella misma. Ella había decidido no liarse de nuevo con Adrián.

Por último: Irene había querido evitar herirla al guardar el secreto de Amanda; César siempre la había ayudado; su madre y sus hermanos la querían, como ella a ellos. Y Damer no era alguien tan importante en su vida como para que le doliera la pérdida de su incipiente amistad.

Y ahora que ya se encontraba mejor; ahora que era consciente de lo que había sucedido, ¿qué debía hacer? ¿Hablar con Amanda? ¿Advertirla de que Adrián no buscaba nada serio o dejar que lo descubriera por sí misma? En cuanto a Adrián, ¿hablaría con él? ¿Para qué si no tenía nada que recriminarle?

¿O sí?

Le inquietó ese nuevo pensamiento que se abría camino a codazos en su mente.

¿Por qué él no había insistido más?

Los sentimientos no podían borrarse de un plumazo. Ella seguía deseándolo, a pesar de todo. Él la había amado antes que a Dunia, antes que a Amanda. Tal vez, si él hubiera insistido, ella habría accedido.

Pero eso ya no tenía remedio.

¿O sí?

¿Qué sería capaz de hacer por volver a conseguirlo?

¡Ah, con qué fuerza se resistía el pasado a desaparecer!

Durante los siguientes días Alira temió desfallecer de agotamiento. Continuaba con sus tareas diarias, como si no pasara nada, cuando por dentro estaba sometida a una gran tensión.

No lo podía evitar. Su voluntad se tambaleaba.

Sentía deseos de vengarse de Amanda seduciendo a Adrián. Lo invitaría una noche a su dormitorio. Le confesaría que se había arrepentido. Que había cambiado de idea. Que había sobrevalorado el concepto ese de la fidelidad. Que en esos tiempos su actitud era arcaica. ¿No decían por todas partes que lo más importante era ser uno mismo y pelear por tus sueños? Pues eso era lo que iba a hacer ella. Pensar solo en sí misma. Como hacían todos. Sin cargo de conciencia. Y, en última instancia, el infiel era él, no ella.

Se convencía de que él no la rechazaría.

Pero no encontraba el momento.

Durante el día Adrián nunca estaba solo. Él y Dunia continuaban con sus paseos, con ese aburrimiento existencial que parecía poseerlos y que tanto intrigaba a Alira. ¿Cómo podían pasar los días sin hacer nada productivo? Tanta indolencia, tanta ociosidad, tenía por fuerza que minar sus respectivos caracteres. Quizás por eso él buscara refugio en los brazos de otras y ella en la bebida.

Y, todas las noches, Adrián se escabullía a la habitación de Amanda.

Lo sabía porque los espiaba.

Se sentía ruin, pero era superior a sus fuerzas. La Alira sensata se estaba convirtiendo en un ser desconocido, perverso.

Los espiaba intentando encontrar el momento oportuno, que no llegaba. Y mientras tanto, tenía que sacar fuerzas de flaqueza para seguir adelante; para que todo funcionara con aparente normalidad. Además, no era la única persona dolida en esa casa. De nuevo, las cuestiones de la mansión eran más importantes que su propia crisis emocional.

Las dos semanas siguientes a la marcha del padre de Damer, Elegía se mostró alterada y malhumorada, pendiente únicamente de llamadas de teléfono, de papeles y viajes a Mongraín y a la capital de la provincia con su hijo Tomás por la nueva cruzada que había comenzado contra los ocupantes de Aquilare. De nada sirvió que Alira intentara quitárselo de la cabeza. Presa de una súbita energía, Elegía tenía un objetivo muy claro para lo que le quedara de vida: vengarse de Felipe a través de su hijo. Terminaría con su sueño. Lo echaría de su mundo. No permitiría que se afincara en la tierra de sus antepasados.

Lo único que consiguió Alira fue, al menos, que su madre no le contara todas sus andanzas a Amanda. Aunque Elegía estaba dispuesta a todo con tal

de lograr su objetivo, le tenía miedo a la prensa. Prefería mover sus hilos sin dar la cara. Y, por su parte, Amanda estaba cumpliendo con lo que Alira le había pedido: nada había sido publicado en esas semanas sobre el reencuentro de un viejo ingeniero arrepentido con el lugar que en su día había ayudado a despoblar.

Llegaron las vacaciones de Semana Santa, que ese año caían a finales de marzo, y trajeron con ellas la visita anual de Gerardo, Telma y Jan. Que su joven sobrino estuviera esa vez por la mansión solo le produjo una alegría parcial a Alira.

No se encontraba bien. Se sentía inestable y frágil. En algún momento se había descubierto realizando unos terribles esfuerzos por mantener el control, por calmar un grito que surgía reiterativo en su interior y que a duras penas conseguía detener en la garganta.

Gerardo seguía con su obsesión de capitalizar su parte de la herencia. Ese era el tema recurrente cada noche tras la cena. Los tres hermanos y la madre daban vueltas y vueltas sobre lo mismo sin llegar a ninguna conclusión. La parte práctica de las argumentaciones chocaba frontalmente con la parte sentimental. La mayoría ni quería vender ni tenía dinero para dotar a Gerardo. Estaban en un punto muerto. Pero él no se iba a dar por vencido. Alira sabía que en cuanto faltase su madre, él no dudaría en llevarlos a juicio si no se entendían.

La mañana de Viernes Santo, Alira bajó caminando hasta el cementerio.

Necesitaba un lugar tranquilo y solitario para reflexionar sobre ella y sobre su familia.

La hierba comenzaba a verdear por los bordes de los caminos que serpenteaban por los campos. Le pareció que cada paso que la alejaba de la mansión le proporcionaba un instante fugaz de calma.

Tal vez se le estuviera escapando algo.

Tal vez Gerardo tuviera razón y lo más sensato y razonable fuera vender la casa. Se acabarían definitivamente los problemas económicos de todos, el esfuerzo que significaba para ella atender a huéspedes y ocuparse de la mansión, el desgaste que le suponía la presencia de Adrián. Viviría en un piso cómodo en Mongraín. Disfrutaría de la ociosidad que veía en otros.

Lo que tantas veces había rechazado comenzaba a filtrarse por alguna fisura de su corazón provocada por la extenuación.

Ante la puerta del panteón que albergaba los restos de su padre,

comenzó su confesión:

—¿Sabes, papá? Intento controlarla, pero no puedo. Por eso he pensado estos días que igual la rabia también se hereda. Como una finca, un cuadro, una joya o un gen. Creo que la he heredado de mamá, más que de ti. Y está encontrando la manera de apoderarse de mí. La causa que la provocó en mamá es diferente a la mía, pero yo la siento fresca, recién nacida, inmutada ante nuevos motivos. Se manifiesta en mí físicamente, al igual que en mamá, en el rechinar de dientes durante el duermevela previo al sueño, que últimamente siempre es inquieto; durante el día, en la respiración corta y opresiva de la parte alta del pecho, en el nudo del estómago o en forma de náusea.

Unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Se las secó con la mano antes de continuar:

—Tú siempre fuiste un hombre fuerte, noble e íntegro. ¿Qué harías en mi lugar? Me refiero a todo. ¿Conseguiría la venganza que me sintiera mejor? ¿Nos perdonarías si nos fuéramos de aquí?

Entonces se dio cuenta de que alguien había arreglado la grieta que surcaba la pared del panteón desde el tejado al suelo. No sería alguien muy habilidoso, porque en algunos puntos el cemento rebosaba, pero el gesto la conmovió.

Solo podía haber sido una persona.

Damer.

No lo había vuelto a ver después de la manera en que su madre había despachado a su padre.

Lo tomó como un intento de acercamiento. Él debía de haber pensado que más tarde o temprano ella iría por allí.

Ahora le correspondía a ella agradecer su acción.

Quizás fuera buena idea hablar con calma. Por más que comprendiera las razones de Elegía, no le agradaba verse en un conflicto legal que afectara a Damer. En un principio también ella se había sentido traicionada por meter a su padre en la casa sin contárselo, pero realmente él no tenía la culpa de las acciones de su padre y ella no tenía por qué cuestionar sus palabras. ¿Por qué no habría de ser cierto que a él le movieran las mejores intenciones al traer a Felipe a Aquilare?

Siguió el impulso de darle las gracias inmediatamente.

Se dirigió a Aquilare y la primera persona a la que se encontró fue

Paloma. La actitud de la mujer, seria, evitando mirarla a los ojos, le confirmó que los cercanos a Damer, si no todos los nuevos habitantes del lugar, estaban al tanto de lo sucedido tras la fiesta de inauguración. Le preguntó por Damer y ella le respondió que estaba en la que había sido la casa de Amanda.

Lo encontró solo en la parte trasera. Como él no se dio cuenta de su presencia, Alira aprovechó para observarlo.

Damer trabajaba en el huerto. Se había quitado la camiseta y la espalda le brillaba por el sudor. Alira recorrió con la vista los músculos, tensos; los brazos, fuertes; la cintura, de la que se resbalaba el pantalón tejano desgastado; el cabello, recogido en un moño deslavazado. De cuando en cuando, Damer se incorporaba para estirarse, se secaba la frente y le ofrecía el rostro al sol, como si agradeciera su compañía, como si le bastara una caricia de calor para recargar energía y continuar con su tarea.

El corazón de Alira comenzó a latir apresuradamente. Sabía que no era correcto espiar de esa manera concupiscente a alguien, y se ordenó dejar de hacerlo, pero el deleite producido por la visión tan placentera del cuerpo de Damer era superior a su sentido de lo correcto.

Se acercó a él.

—Es pronto para plantar —dijo. Lo primero que se le ocurrió—. Se helarán.

Damer dio un respingo al escuchar la voz de la mujer, aunque no interrumpió su tarea.

—Me arriesgaré.

—Y pones las plantas muy juntas y demasiado profundas. No crecerán bien.

—¿Por qué? —Damer se giró hacia ella y la miró desafiante—. ¿Quién lo dice? ¿Dónde está escrito?

—Es la experiencia de años. Se ha hecho siempre de una manera y ha funcionado. Como dice el refrán: «La cebolla al mundo y el ajo al profundo».

—Y yo creo que crecerán igual.

—Puede ser. —Alira se encogió de hombros indicando que tampoco importaba tanto el tema y que ella lo abandonaba—. Ya veremos.

Damer le entregó el manojito de planta de cebolla.

—Muy bien. Comparte tu sabiduría ancestral conmigo. —Se hizo a un lado y con una mano señaló el parterre en el que trabajaba.

Alira tomó una azadilla, la alzó y la clavó con delicadeza en la tierra,

donde la mantuvo. Desenredó las débiles raíces de una de las plantas para separarlas del resto. Introdujo el bulbo a un par de centímetros de profundidad ante la diminuta pared trazada por la herramienta y apretó la tierra. Calculó un palmo y repitió la acción. En un momento había plantado una docena, en silencio y ante la atenta mirada de Damer.

—Pues yo las veo muy tumbadas —protestó él, aunque en tono bromista.

Le sorprendía la habilidad con la que Alira trabajaba, pero no pensaba admitirlo abiertamente. Y había algo más: el modo delicado en que ella tocaba la fértil tierra, sintiéndola suelta y ligera entre sus manos de dedos largos, apretándola luego con un cariño indescriptible, lo conmovió. Una súbita sensación de afinidad surgió en su interior, diseñando en su pensamiento el sutil mensaje de que las distancias podían ser salvadas.

—Cuando las riegues, se agarrarán bien y se pondrán tiesas. —Alira se incorporó y le devolvió el resto del manojó—. Puedes intentarlo tú ahora.

—Más tarde. ¿Quieres tomar algo? —Damer fue hasta la escalera de piedra.

De un barrote de la barandilla de madera que todavía se mantenía en pie cogió su camiseta y se la puso.

Entonces Alira se percató de que habían retirado los muebles que convertían ese porche en un comedor común.

—No veo las mesas y cosas que soléis tener por aquí.

—Esta va a ser mi casa ahora, definitivamente. Hemos elegido otra más grande para la comunidad. Y por sorteo, esta me tocó a mí. ¿Una cerveza?

—Sí, gracias.

El tiempo que él estuvo ausente se le hizo eterno. Sin saber muy bien qué hacer, Alira se sentó en un peldaño.

Al poco, acudió él con la bebida y la imitó. Le tendió un botellín y ella sonrió, aunque su mente estaba entretenida en el roce del brazo de él contra el de ella.

—Pensaba que ya no te vería más por aquí —dijo Damer.

—He venido para agradecerte que arreglaras la grieta del panteón —dijo ella.

—Y has terminado encargándote de mi plantación. Me ha gustado ese refrán. Yo soy cebolla, sin duda.

—No comprendo.

—Sí, lo del mundo y el profundo. ¿Te acuerdas de Tarzán? —Se dio un golpe con los nudillos en el pecho—. Yo, cebolla. —Repitió la acción en el esternón de Alira—. Tú, ajo.

Alira rio la ocurrencia.

—Me estás diciendo que eres superficial, y no me lo creo.

Damer se puso serio.

—No lo soy. Quiero decir que, cuando he visto antes cómo plantabas, me ha parecido que formabas parte de esta tierra de una manera envidiable. La comprendes como nunca yo podré. Y te admiro por eso.

Alira suspiró.

—El día que os conocí, cuando entré en aquella asamblea, escuché que alguien decía: «Es ella». Me sonó raro, como si hubiera una leyenda acerca de mí o algo así.

Damer respondió usando un tono desenfadado:

—Llevábamos un poco de lío con quién vivía en la mansión. Creo que nos habíamos imaginado a una mujer extraña que vivía con su madre enferma, en plan *Psicosis*...Y encima el nombre de la casa se las trae. Elegía. Suena a lamento, muerte o desgracia. Menos mal que tú no te llamas así.

—Hubo una primera, hace siglos. Por eso la casa se llama así. En el árbol familiar hay varias. Mi padre prefirió otro para mí.

—Muy sabio por su parte. Como te decía, nos habíamos hecho una idea y luego, al verte, pensé que eras tan normal como cualquiera de nosotros, aunque reconozco que me pareciste especial. Había algo en tus gestos, en tu mirada. —Buscó las palabras adecuadas, que pronunció serio—: Melancolía y reflexión.

—¿Por qué aquí precisamente, Damer? Hay tantos pueblos abandonados. Y tenía que ser este.

—Cuando comprendí el papel de mi padre en la historia rural de este país quise aportar mi grano de arena para compensar el daño que él causó, aunque él no fuera consciente porque era un mandado, y era otra época, está claro. De repente, encontré un significado para mi existencia. Elegí el expediente que me pareció más duro. —Señaló el águila tatuada en su brazo—. Aquilare. Las cosas suceden por alguna razón. No soy una persona que engaña, Alira. Hubiera preferido que te enteraras de otra manera. No fue buena idea meter a mi padre en tu casa sin advertirte. Si hubieras sabido quién era, no habrías accedido. Lo siento. Pensé que podríais llegar a

comprenderlo, a perdonarlo. Sé que todo esto para él es una espina que lleva clavada. Me pudo la impetuosidad. Pero él sabía adónde venía y vino, lo cual quiere decir que necesitaba reconciliarse con su pasado. Y he aprendido que eso no siempre es posible.

Alira pensó sus palabras con detenimiento antes de pronunciarlas:

—No tengo claro que el perdón sirva para curar heridas. Alivia al verdugo, pero no a la víctima. Sin embargo, durante muchos años he mirado al pasado con la misma rabia de mis padres, sobre todo de mi madre, y eso tampoco es sano. —Recordó su confesión ante la tumba de su padre y comprendió que verbalizarlo le había hecho bien. Desde dondequiera que estuviera, la esencia de su padre había encontrado el modo de aplacarla y reconducirla: estaba hablando de nuevo con sensatez—. Creo que el pasado debe servir para aprender, no para revivirlo. Fuiste valiente al venir aquí. Tus motivaciones son honestas. Acepto tus disculpas.

Damer, complacido, asintió con la cabeza. Optó por recuperar el tono bromista.

—Entonces, ¿la distancia correcta es un palmo? —Se percató de que Alira no comprendía y añadió—: Entre bulbo y bulbo.

—Exacto —dijo ella.

Damer extendió la mano en el aire, la situó entre los rostros de ambos y se acercó para que esa fuera la poca distancia que los separara.

—¿Y estás completamente convencida de que a una distancia más corta no crecerían bien?

—No lo he probado nunca —admitió ella, casi sin aliento, al sentirlo tan cerca.

—Me gustaría besarte —dijo él.

—A mí también. —Realmente lo deseaba. Y se sentía orgullosa de ser capaz de expresarlo en voz alta. Una fuerza interior la impulsaba a dejarse llevar, a disfrutar del momento.

Damer desplazó la mano hasta la nuca de Alira. La atrajo hacia él a la vez que se aproximaba para posar los labios sobre los suyos. Los rozó, aguardó un instante y entreabrió los suyos ligeramente para cubrir los de ella. Con delicadeza, sin apenas presionar, se deleitó en el contacto de la carne húmeda. A tientas, dejó la cerveza que aún tenía en la otra mano en el peldaño superior y sujetó el rostro de Alira con ambas manos, como si

presintiera que fuera un jarrón prístino que se le pudiera escapar, deslizarse entre los dedos, caer al suelo y romperse en mil pedazos.

El beso fue largo, sentido, lento.

Alira se dejó llevar. Su único deseo era que él no se detuviera. Para ella, aquel no era un simple beso, sino un punto de contacto de su ser cansado con otro ser que la desconcertaba, que la atraía por su fortaleza, por su sonrisa, por su cuerpo, por su juventud, su vitalidad.

Su mente trataba de rechazarlo por ser quien era, por la diferencia de educación y de vida vivida. Y por la diferencia de edad. La atracción que sentía hacia él no podía acallar la voz que la avisaba de que el abismo temporal era insalvable.

«Ah, pero qué importa todo», le decía el corazón, alborotado, si todo desaparecía en un acto tan simple y tan poderoso como un beso.

Cuando él se apartó, a Alira le costó percibir los estímulos externos a su alrededor. El pío de algún pajarillo. Alguna voz distante. Un avión por los cielos. Un ladrido. La respiración de Damer. La suya propia.

Pero fue plenamente consciente de que, al abrir los ojos tras un tiempo que le resultó infinito y gozoso, Damer esperaba su mirada, como si quisiera asegurarse de que ella lo creía sin ninguna duda cuando le dijo:

—Te he echado de menos.

SERENADE (DOVER)

Viernes, 30 de marzo

Oculto tras el muro de la parte trasera del pequeño huerto, Telma fue testigo del beso entre Alira y Damer.

Había decidido dar un paseo. Había visto a Alira en el cementerio y luego le había sorprendido que bajara a Aquilare cuando en la casa, desde que Elegía había empezado su guerra particular para echar a los invasores, se había decidido no pisar el territorio invadido. Por eso la había seguido. ¿Qué se le podía haber perdido en Aquilare?

Vio cómo Alira plantaba. Y luego, el beso. «Vaya beso», pensó con envidia. Largo, denso, envidiable. Puro. Transmitía una conexión más allá de un capricho pasajero. No había lujuria, sino ternura.

Puro sentimiento.

Imposible.

Que a su cuñada Alira le apeteciera echar una cana al aire con quien fuera, a Telma le daba exactamente igual; que alegrara su vida como le diera la gana...

Que se enamorara de alguien y fuera correspondida cambiaba ligeramente las cosas legales. Aunque a su edad era probable que Alira ya no fuera a tener hijos, la presencia de un nuevo miembro en la familia podría reducir la parte de la herencia que de otro modo acabaría siendo íntegra para su hijo Jan. Y también existía la posibilidad de que adoptara a un niño...

Que se enamorara de alguien como Damer era lo terrible. Suponía un gran inconveniente. Era evidente que resultaba del todo imposible que alguien como Damer se enamorara de alguien como Alira. Lo cual abría la puerta a todo tipo de especulaciones: Damer estaba intentando engatusarla por mero interés. Y a juzgar por cómo la había besado y por cómo ella había reaccionado, era un magnífico actor. Frunció el ceño con cierta preocupación. Ese desalmado terminaría por romperle el corazón.

Los pensamientos se le acumulaban.

Tendría que tomar cartas en el asunto de inmediato. Cuando se enterasen en la mansión pondrían el grito en el cielo, y con razón.

Qué tonta, Alira. A su edad, perdiendo el tiempo y la cabeza como una adolescente.

Qué inocente. Pretender compararse con Malva. Soñar con que Damer la cambiaría por esa joven.

Si no fuera por lo patético de la situación, se reiría.

Telma se dio la vuelta con intención de regresar a la casa y se topó con Malva, que la observaba con expresión de curiosidad. Sabía quién era por los documentales de Amanda. Habían hablado sobre ella. Al natural le pareció más guapa, aunque llevara un corte de pelo horroroso y estuviera acribillada de *piercings*. Al margen de estos detalles, le recordó a ella cuando era joven. Conservaba la frescura de la ilusión, de la invencibilidad.

—Hola —la saludó Malva con naturalidad—. ¿Buscas a alguien?

—Bueno, he bajado a curiosear un poco, a ver qué hacéis por aquí. — Telma habló en voz baja por temor a que la oyeran Alira y Damer. Señaló hacia la mansión—. Soy Telma, la cuñada de Alira. Casada con su hermano.

—Con Gerardo, el mayor.

Telma asintió. Estaba claro que allí todos sabían quién era quién.

—Me ha parecido que espiabas —dijo Malva en tono duro, aunque sin perder la sonrisa—. La idea que tenéis de nosotros es pésima, pero no nos comemos a nadie. Podéis bajar cuando queráis. Tal vez eso sirva para que os deis cuenta de que no hacemos nada reprochable y cambiéis de actitud. Solo queremos vivir en paz.

Telma enrojeció. No estaba acostumbrada a que la gente fuera tan directa. Ni a que alguien la regañara. Ni a responder con educación cuando la pillaban como a una cría. Se puso a la defensiva.

—Pues mira. He descubierto algo muy interesante que te afecta a ti, creo. —Hizo un gesto en dirección al porche—. Ahí están, Alira y Damer... tortoleando.

—No había escuchado nunca esa palabra —dijo Malva en un tono que a Telma le pareció bromista.

—Me entiendes perfectamente. Se estaban besando.

Para su sorpresa, Malva no pareció molesta.

—Ah, eso. ¿Y?

—¿Te da igual? Pensaba que erais pareja.

—Sí, ¿y?

Telma abrió la boca asombrada, pero no se le ocurría qué decir. Realmente Malva no parecía enfadada. O tal vez también fuera una buena actriz.

—No te conozco lo suficiente para saber cómo eres y emitir un juicio, pero deduzco por tu reacción que eres de perfil conservador. Ni Damer me pertenece ni yo le pertenezco. Ambos creemos en la libertad plena y en la infinita capacidad para amar a más de una persona. Alira lo atrajo desde el principio. Puedes hacer lo que quieras con la información. No nos importa mucho a ninguno de los dos, la verdad.

Telma se marchó sin despedirse de Malva. Mientras ascendía por el camino, no dejó de pensar en las palabras de la joven. No se las creía. Seguramente ella también formaba parte del plan de engatusar a Alira para introducirse en la mansión. Había personas sin escrúpulos dispuestas a cualquier cosa con tal de apropiarse de lo ajeno.

Con su discurso sobre la bondad y el amor libre, Malva no la engañaba. Ella también había sido joven, había creído en lo imposible, había querido cambiar el mundo, pero la madurez le había hecho darse cuenta de que el único mundo que se podía comprender, controlar, moldear, modificar, era el cercano.

Pensar en su juventud le producía ansiedad. El grito continuado en su interior se había callado. ¿Cuánto hacía que no lo escuchaba? Mejor no hacerlo. Que no regresara. Que no le hablara de los sueños que una vez tuvo. Ella también se había sentido libre de joven. Como Malva. Qué tía tan arrogante, tan segura de sí misma. Qué fácil resultaba opinar de una manera cuando no se tenían ni hijos ni obligaciones. Que no le viniera con cuentos.

¿La había llamado *conservadora*?

La odió tanto que decidió continuar adelante con unos planes un tanto difusos. De momento no le diría nada a Alira. Se dedicaría a espiarla. Si esa estupidez seguía adelante, entonces intervendría. Mientras tanto, se encargaría de que todo estuviera bajo control. Y si algo de lo que pensaba hacer no era del todo correcto, ya pagaría sus deudas en el infierno, pero ella quería vivir su vida de la mejor manera posible.

Esa misma noche, en la velada que solía reunir a unos u otros en el salón de la mansión Elegía tras la cena, por casualidad, el tema que surgió fue el del amor.

Dunia dijo:

—El amor tiene que aportarte paz, seguridad, tranquilidad.

Amanda dijo:

—Es el deseo permanente de estar siempre con la persona a quien amas.

César dijo:

—Es el cariño que no disminuye con el paso de los años.

Irene dijo:

—Hasta que no tienes hijos no lo comprendes en su verdadera dimensión.

Tomás dijo:

—Es un engaño. Siempre estamos solos.

Gerardo y Adrián no opinaron.

Alira tampoco. Seguía aturdida por el encuentro con Damer esa mañana. Todo lo demás había pasado a un segundo plano. Tras un primer beso, se habían sucedido otros. Habían conversado. Habían bromeado. Se habían vuelto a besar. Había habido caricias tímidas, tentativas, en el rostro, el cuello, la espalda, las manos. Se le erizaba la piel al recordarlo. Luego ella le había dicho que tenía que marcharse. Y él lo había comprendido. Y se había despedido de ella con otro beso y una sonrisa, y luego le había pedido que volviera cuando quisiera y le había asegurado que contaría las horas hasta que se vieran de nuevo.

Telma, sin pretenderlo, se dio cuenta de que acababa de encontrar la ocasión de lanzarle un mensaje a Alira sin hablar con ella directamente. En tono bromista, con intención de abrir un nuevo debate, dijo:

—Qué tradicionales parecemos. Todas vuestras definiciones son tópicas, manidas y previsibles. Hace poco conocí a una joven que defiende el *poliamor*. No sé qué pensar. ¿Podrías amar a varias personas a la vez? ¿Podrías amar a quien os amara, aunque además amara a otra persona?

Un prolongado silencio siguió a sus palabras, debido tal vez —supuso Alira— a que más de la mitad de los miembros de ese grupo estaban al tanto del lío entre Amanda y Adrián.

Gerardo acudió en ayuda de su mujer, la autora de la incómoda situación:

—A nivel teórico, es posible. A nivel práctico, lo veo complicado. Porque eso ¿cómo funciona? ¿Te juntas de vez en cuando, viven todos juntos o se pagan varias viviendas a la vez?

Telma se encogió de hombros.

—Supongo que dependerá del caso.

—¿Y si hay hijos de varias relaciones? —Gerardo resopló—. No sé. Creo que es para personas que no creen en el compromiso de forjar un proyecto común a largo plazo con una sola persona. Vamos, los picaflores de siempre, solo que ahora le ponen un prefijo delante porque es más moderno. Como lo de pansexual. ¿Qué tiene de nuevo? Nada. Solo la palabra.

—La novedad es que se puede admitir abiertamente, sin esconderse —terció Amanda intentando sumarse a la conversación con naturalidad—. Ya es mucho.

—Y los demás, ¿no opináis? ¿Alira? —preguntó Telma—. Estás muy callada hoy. Que no tengas pareja no significa...

Alira percibió en Telma una clara intención de provocarla. Se sonrojó por el comentario hiriente, pero respondió con serenidad:

—Para mí el amor es que otra persona, del sexo que sea según tus preferencias, en mi caso un hombre, te haga sentir la más especial, la número uno, siempre, cada día, entre todos los millones de habitantes del mundo. Y yo no podría amar a dos hombres a la vez. Ahora bien, que cada uno haga lo que le parezca mejor.

Con cierta turbación, Alira se dio cuenta de que eso era lo que siempre había deseado al pensar en Adrián. Durante una porción de tiempo —demasiado breve para quien había soñado con toda una vida juntos—, él la había hecho sentir especial. Sin embargo, las palabras que acababa de pronunciar habían surgido de su boca mientras el recuerdo del reciente encuentro con Damer ocupaba su pensamiento y persistía en sus sentidos.

La opinión de Alira fue compartida por los demás. Tras unos minutos más de diálogo, que abundó en lo mismo, Telma dijo:

—No pensaba decíroslo, pero qué más da. La chica esa que me habló de esto... La he conocido esta mañana paseando por los alrededores. Hemos hablado de mil cosas, es muy simpática. No sé cómo ha salido el tema. Se llama Malva. Me sonaba de tus grabaciones, Amanda. Es la pareja del tal

Damer, ¿verdad? Por la sinceridad con la que me ha hablado, he pensado que él estaría de acuerdo, o sería como ella... No sé. Igual todos los habitantes de Aquilare son poliamorosos y en realidad han venido a formar una comuna.

Soltó una carcajada, como si lo que acabara de decir fuera de lo más divertido, y aprovechó para lanzarle una mirada a Alira, que había agachado la cabeza con expresión de desconcierto.

—Menos mal que no tardarán en marcharse —concluyó Telma esbozando una sonrisa de triunfo—. Y todo volverá a la normalidad.

PURPLE RAIN (PRINCE)
Y PARQUE DE ATRACCIONES (PASAJERO)

Viernes, 30 de marzo

Acostada en su cama, abrazada a uno de los grandes almohadones entre los que solía soñar, Alira no podía dejar de darle vueltas a la conversación de esa noche y a lo que había contado Telma.

Le parecía que las teorías sobre el amor de todos, exceptuando la de Tomás, diferían de la realidad que ella percibía.

Dunia había hablado sobre la paz, la seguridad y la tranquilidad cuando su relación con Adrián no reflejaba nada de eso. Alira no comprendía por qué no se separaba de él. Le tendría que pasar una pensión. Sería libre y dejaría libre a Adrián. Pero no; ahí estaba, aguantando sus descortesías. Era imposible que no se enterara de que la abandonaba por las noches para irse al dormitorio de Amanda, y actuaba como si nada. Tal vez estuviera más que acostumbrada a sus infidelidades. Entonces, qué extraño era el amor. Cómo era posible amar a quien no te amaba bien. Para ella la clave estaba en ese adverbio. Y, por esa razón, no podía comprender las relaciones tormentosas y tortuosas de tantas novelas en las que los protagonistas, de tanto que se aman, se dedican a herirse. Ese, no obstante, no parecía ser el caso de Adrián y Dunia. Aparentemente no había un exceso de pasión enfermiza en su relación. Al contrario: desgana, abulia, desinterés. Aquello no podía ser amor. La costumbre no puede ser amor.

Amanda se había referido al deseo permanente de estar siempre con la persona amada. Aquello sonaba muy bien, muy romántico, pero también cínico en boca de quien ahora veía como una versión en femenino de Adrián; alguien caprichoso en el amor, siempre abierto a disfrutar de cualquier aventura que surgiese.

Y César e Irene habían centrado sus respuestas en el cariño y los hijos, algo muy socorrido cuando uno no quiere referirse a sí mismo. Se preguntó si

realmente eran felices; si, a pesar de la imagen de perfecta compenetración que transmitían, no habían sucumbido también al tedio, a la monotonía. Irene les había confesado que apenas mantenían relaciones sexuales. ¿Era esa una señal de deterioro? ¿Podía una pareja seguir adelante, junta, solo con cariño, sin sexo? ¿Tenía sentido seguir adelante con la relación?

Recordó entonces el momento tan íntimo compartido con Damer y un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo.

Telma había dicho que cuando los de Aquilare se marcharan, todo volvería a la normalidad. «¿A qué normalidad —pensó Alira—, si ahora, de repente, presiento que lo acostumbrado está comenzando a cambiar su significado?»

¿Y a qué se debía el retintín de Telma al hablar de Malva y Damer sin dejar de mirarla? ¿Esperaba una reacción por su parte? ¿Sabía o intuía algo de sus incipientes sentimientos por Damer?

Lo que su cuñada pensara de ella le traía sin cuidado. Ahora bien: lo que ella misma opinara sobre lo que había contado Telma acerca de las relaciones en la nueva comunidad de Aquilare era algo diferente.

Pero no quería pensar en ello. No quería estropear una emoción tan intensa como desconcertante con apreciaciones morales. Deseaba disfrutar de Damer un poco más. Lo que pudiera ser. Que aquella aventura no se quedara en los besos y caricias compartidos hacía unas horas.

Cerró los ojos y se abandonó a sus fantasías.

Ella y Damer en un balcón, a la luz de la luna.

¿Cómo sería estar entre sus fuertes brazos?

Ella recibéndolo. Él comprendiendo su cuerpo; saciando su alma. Las risas de placer, el gozo de sentirse amada, la sensación de atemporalidad.

En otra escena imaginada durante el duermevela, tras varios besos como los de la mañana de ese día que se resistía a terminar, sus cuerpos se fundían bajo una lluvia potente, embriagadora, y las palabras, precisas y perfectas, se repetían como un estribillo sonoro y pegadizo que aunaba sensualidad y espiritualidad. Él nunca le causaría ningún daño. Nunca le provocaría tristeza.

Entonces oyó unos golpecitos intermitentes. Soñó medio despierta que era Damer. La llamaba, la despertaba, la salvaba de su soledad.

Más golpecitos.

En el cristal de su habitación.

Aguzó el oído. No había tormenta. No eran ruidos que ella reconociera

como habituales de la casa. Pronto los identificó: alguien estaba arrojando piedrecitas.

Solo se le ocurrió que pudiera hacerlo una persona.

Los sueños a veces se convierten en realidad.

Corrió a abrir las hojas y se asomó. Era Damer. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Él le había asegurado que contaría las horas hasta que se vieran de nuevo. No habían pasado muchas.

—Damer, ¿qué haces aquí? —preguntó sintiendo que un intenso calor le recorría el cuerpo.

Una pregunta innecesaria; pero algo tenía que decir. Estaba allí por ella. Los nervios la hacían sonreír y suavizaban su tono de voz.

—Me gustaría trepar por la pared, pero no sé.

—Espera.

Alira buscó en su armario una delicada bata blanca de encaje y seda y se la puso sobre el camisón. Se acercó al espejo de la cómoda, se arregló el cabello con los dedos y se dio un toque de carmín transparente en los labios. La ilusión la hizo verse atractiva. Distinguió, no obstante, un gesto de preocupación en su reflejo. ¿Iba a permitir que Damer entrara en la mansión? ¿Qué pensaría su madre? ¿No era aquello también una traición?

Sí que lo era. Pero tendría cuidado. No tenía por qué enterarse. Aquella solo podía ser una relación pasajera. Damer y ella eran dos personas completamente diferentes. Y él era mucho más joven. Se alejó del espejo. ¿Por qué no podía lanzarse a una aventura sin darle tantas vueltas?

Con sigilo, aunque deprisa, bajó las escaleras, abrió la puerta y se encontró con el rostro sonriente de Damer. Los ojos le brillaban. La luna brillaba.

Para Alira todo brillaba.

Todo era vértigo, respiración alterada, sensación de sed.

—Tenía ganas de verte —dijo él.

—Entra —lo invitó ella.

Alira se llevó un dedo a los labios y lo guio hasta su dormitorio, el único lugar en el que podían hablar tranquilamente sin que alguien apareciera de manera inoportuna. Adoró esa sensación de clandestinidad, ese miedo burbujeante a ser descubierta como si fuera una adolescente. Se sentía viva por dentro. Más viva de lo que pudiera recordar.

Una vez allí, esperó a que él recorriera con su mirada cargada de

admiración la estancia de muebles oscuros y pesados salpicados de cajitas de porcelana y adornos de latón. El color crema de cortinas, cojines y tapicerías restaba seriedad a la decoración.

—Desde luego que esta casa está llena de antigüedades.

—Lo dirás también por mí —bromeó ella sintiéndose atrevida.

Damer la tomó de la mano y la atrajo hacia él para rodearla por la cintura.

—Me encanta tu habitación. Me gustas tú.

Y la besó.

De nuevo sintió Alira el vértigo.

La respiración alterada.

Y las dudas, de fondo. ¿Podía creerse sus palabras?

Al sentir el contacto de sus labios sintió ganas de llorar de felicidad, de nervios, de emoción, de tristeza por la vida que se escurría tan rápidamente. «Arrástrame», pedía una voz en su interior. No podía esperar más, pero no sabía muy bien a qué debía esperar; a que la probara, a que la amara con la intensidad que necesitaba, a que la mantuviera entre sus brazos sin prisa, sin un fin próximo.

Intentaron sus pensamientos recordarle los comentarios de Telma y los evitó. De pronto, no la afectaban. Lo único que le importaba era que él estuviera allí, por ella. Ya llegaría el mañana para hablar. O tal vez no hubiera nada tras ese momento.

La echaba de menos, le había dicho.

«Arrástrame», suplicaba ella en sus pensamientos.

Damer creía en el amor.

En la locura. En lo inexplicable.

En el poder de una mirada, de una atracción repentina. En un roce, un gesto, una sonrisa esperada.

En el tiempo que queda en suspenso, en un estado de vacío eterno lleno de paz, cuando dos almas afines se encuentran.

Para él, era algo sencillo de comprender.

Alira y él podían parecer tan diferentes a simple vista como la noche y el día. Pero la noche y el día están unidos por los lazos del amanecer y del

anochecer, esos momentos breves y borrosos en los que la visión del mundo cambia por completo. Esos minutos dan sentido a la existencia, por sorprendentes y poderosos. El resto del tiempo todo está claro u oscuro.

Hacia rato que había anochecido, pero con Alira él se sentía crepuscular.

Se besaron largamente. Se ayudaron a desnudarse. Se besaron más profundamente.

Las manos de Damer recorrían la piel de ella.

Y Alira seguía el trayecto de esas manos con sus pensamientos. Le costaba dejar de pensar en sí misma, en la parte física que envolvía su alma. En cómo se miraba en el espejo todos los días, consciente del lento avance del tiempo. En cómo le costaba reconocerse en quien se había ido convirtiendo. En cómo la piel ya no era lisa, perfecta, rosada.

—Relájate —le susurró él.

«Si supieras —pensó ella— cuánto hace que no me abandono al deseo. Si supieras de mi sed.» Dijo:

—Lo siento.

—No te disculpes. ¿Qué sientes?

—No sabría explicártelo.

—Inténtalo.

—Es todo. El miedo. El tiempo. La vergüenza. Los nervios.

—Tengo intención de probar todo tu cuerpo. —Damer le habló al oído con voz bajita—. Si te parece bien, claro. Ve haciéndote a la idea. —Se separó ligeramente y la miró a los ojos—: ¿Eso de la mesilla es un altavoz *bluetooth*?

—Sí —respondió Alira desconcertada por la inesperada pregunta.

Damer sacó el móvil del bolsillo trasero de su tejanos, buscó algo, trasteó ambos dispositivos y, al poco, comenzó a sonar una canción. Se sentó en la cama y le indicó a Alira que se tumbara junto a él.

Ella accedió, pero apagó la luz.

—¿Por qué la apagas? —preguntó Damer.

—Lo prefiero. —No quería que la viera. La diferencia de edad sería demasiado evidente. No lo soportaría.

—Quiero verte —dijo él— como eres. —Buscó el interruptor de la mesilla de noche y lo accionó.

Damer deslizó su mirada por el cuerpo de Alira sin hablar. Después comenzó a acariciarla con suavidad, recorriendo con las yemas de sus dedos

todos aquellos lugares que Alira hubiera deseado esconder. Los brazos, demasiado blancos, demasiado blandos. Como el pecho. Como el vientre y los muslos. Las pequeñas venas azules de las piernas. De los pies. Pero Damer parecía no percatarse de sus imperfecciones. En su rostro había una expresión de deseo, de complacencia ante lo que veía.

—Cierra los ojos y escucha —le pidió Damer—. Solo eso.

Alira no conocía esa canción. Prestó atención a la melodía y a las palabras.

Y se fue relajando.

Escuchaba la palabra *piel* y percibía a Damer por la suya.

Escuchaba una voz aconsejándole que olvidara las formas y le parecía que no era ella quien ocupaba ese cuerpo que ya no pensaba, que solo saboreaba.

Las palabras, los acordes, las caricias, los sentidos se fueron fundiendo en una extraordinaria sensación de inconsistencia, de incorporeidad.

Alguien decía: «Arrástrame. Ya no puedo esperarte más. No me dejes sin probar». Y era ella la que hablaba, la que susurraba agarrada al cabello largo y fuerte de Damer que caía sobre su rostro, la que gemía, o era la voz de él, o eran ambos.

Qué más daba.

La sed se aplacaba.

El tiempo, la noche, el silencio, la oscuridad, la vida incompleta, el miedo, el alma resquebrajada se disolvían bajo ese torrente de agua que inundaba el desierto de ser en el que Alira había temido convertirse.

Lo eterno y lo etéreo, lo perpetuo y lo fugaz, lo sólido y lo incierto se fusionaban en un momento de verdad absoluta.

Telma no podía dormir. Sentía calor. Inquietud. A su lado, Gerardo roncaba tan fuerte que le dificultaba coger el sueño.

«¿Qué tiene la noche que magnifica los odios?»

Amaba a su marido de día; lo detestaba de noche.

Sabía que todo estaba en su pensamiento. Amanecería de nuevo y volvería a ser la misma. Llevaba ya muchos años consigo misma y se conocía.

Nunca pensaba en ella, en sus cosas, durante el día. El trabajo, la casa, las cosas de su hijo y los encuentros sociales la mantenían distraída. En el silencio de la noche casi podía escuchar el estruendo de los demonios de su interior. Debería poner fin a su matrimonio, comenzar una nueva vida, recuperar la libertad de su juventud, cambiar de trabajo, sentir la estimulante sensación de la incertidumbre. Odiaba haberse entregado por completo a la rutina, haberse encadenado a una vida en la que no le faltaba de nada, pero que le producía insatisfacción. De joven había criticado la vida burguesa, conservadora, hipotecada. Y esa era la que ahora llevaba. Con Gerardo habían ido a más, a mejor, en teoría. Y todavía aspiraban a más y a mejor.

Por Jan, se convencían.

Para darle una vida mejor.

La contradicción la consumía. Solo por la noche. Por la mañana se alegraba de que no le faltara de nada, de que Gerardo y ella todavía tuvieran planes. Su nueva casa, más grande, mejor ubicada, era preciosa y cómoda. Y muy cara. Con la parte de la herencia de Gerardo reducirían el coste de la hipoteca.

Si es que alguna vez la recibían.

Todo eran palabras. Pero no se convertían en realidad.

De noche esa mansión en la que se encontraba ahora se le representaba como el símbolo de sus males. Qué ganas tenía de librarse de ella y no volver más por vacaciones. En cuanto Gerardo recibiera su parte, ya no irían más. Para qué. Por ella, como si se hundía. Tampoco mantenía una relación especialmente afectuosa con su familia política. Tomás era un ser insulso. Elegía, fría y envarada. Alira, una heroína caduca. Que envejecieran allí los tres juntos, en ese mausoleo. Ella quería una vida moderna, cómoda.

Decidió bajar a la cocina a tomarse algo.

Sobre la mesa había un paquete de tabaco y un mechero. Sería de Tomás o de Amanda. Se preparó un té y se encendió un cigarrillo. Lo había dejado, pero a veces fumaba a escondidas. Le gustaba esa sensación de ocultación.

Apagó la luz.

El silencio era absoluto. Podía escuchar cómo ardía el tabaco con cada calada, ver el instante en que la brasa, diminuta, fugaz, revivía.

De repente, oyó unas risas, palabras susurradas. Se quedó quieta, alerta. Reconoció la voz de Alira y la de un hombre. Tuvo una sospecha. Miró el reloj colgado de la pared. La luz de la luna por las ventanas permitía algo de

visibilidad. Las cuatro de la madrugada. No se movió. Si entraban en la cocina, se encontrarían con ella, que simplemente estaba tomándose una infusión. No había nada raro en ello. Ni en que no estuviese la luz encendida. Las actividades nocturnas nunca se habían llevado bien con la transparencia y la claridad.

Las voces se dirigían hacia la puerta principal.

Telma salió de la cocina, cruzó el *office* y el comedor y se asomó a una ventana que daba a la parte delantera de la casa. Había luna llena y las formas del mundo exterior se distinguían con bastante nitidez.

Sus sospechas se confirmaron.

Era Damer quien se giraba y lanzaba un beso en dirección a la puerta.

Telma frunció el ceño. Iban rápidos esos dos. Hasta entonces, había existido una línea divisoria entre la mansión y los nuevos habitantes de Aquilare.

La línea acababa de ser traspasada. Damer ya estaba dentro, y a saber con qué otras intenciones, además de acostarse con Alira.

Ella, desde luego, no se lo pondría fácil.

O, por lo menos, sería más rápida.

KILL ROCK'N ROLL (SYSTEM OF A DOWN)

Domingo, 1 de abril

Dos días más tarde, durante la cena del Domingo de Resurrección, Telma decidió que había llegado el momento de llevar a cabo el plan que había ido forjando en su cabeza. Lo había pensado alguna que otra vez, pero nunca se le había presentado una ocasión tan propicia. Y el hecho de que un tipo como Damer recorriera ya la mansión envuelto en la oscuridad de la madrugada añadía urgencia. Nunca se perdonaría que otro se le adelantase.

Tenía que ser esa noche.

Gerardo había llevado a la ciudad a su madre porque al día siguiente, muy pronto por la mañana, Elegía tenía una revisión médica rutinaria y prefería no madrugar. No regresarían antes del mediodía.

Amanda y Alira estaban últimamente entretenidas hasta altas horas de la madrugada, como había comprobado gracias a su persistente insomnio.

Tomás se encerraba en la habitación de su torre, con su música, al igual que Jan. No se enterarían de nada.

Dunia se acostaba un poco ebria todas las noches.

Y, afortunadamente, César e Irene tampoco estaban esa noche en la casa, así que la sobremesa no se alargaría. Telma no había conocido amigos más pesados. Cada dos por tres se dejaban invitar.

—Está muy buena esta ensalada de quinoa, tía —dijo Jan.

—Gracias —dijo Alira con una sonrisa inusual—. Me dieron la receta y me propuse preparar algo diferente para sorprenderos.

—Pues lo has conseguido —admitió Tomás, y los demás asintieron—. Te estás modernizando.

Telma fue la única que comprendió la verdadera causa del sonrojo de Alira. Los efectos de ese joven —Damer— llegaban hasta la comida.

Terminaron de cenar y se retiraron más temprano que otros días, como si cada uno tuviera prisa por ir a lo suyo.

Telma esperó un par de horas en su dormitorio a que la noche se encargara de transformar los deseos del día en realidad. Entonces, vestida con un pantalón de pijama y una camiseta, tomó una pequeña bolsa de plástico y se dirigió hacia el dormitorio de Elegía. Allí se puso unos finos guantes de látex y comenzó su búsqueda con la única luz de su móvil.

Abrió todos los cajones de la pesada cómoda de nogal y palpó entre la ropa interior y de cama. Buscó en las altas mesillas de noche, en una cómoda auxiliar junto a los sillones y reservó el gran armario de dos hojas para el final. Acercó una silla para llegar al fondo de la balda superior y allí encontró una cajita escondida entre una pila de chales. Era de madera, con incrustaciones de nácar en la tapa. Y estaba cerrada.

Recordó haber visto una pequeña llave antigua en una de las mesillas. La cogió y comprobó que abría.

Ahí estaba el tesoro de Elegía.

Las joyas de la familia, guardadas en pequeños estuches de piel, terciopelo o cartón perfectamente dispuestos.

Le costó un rato vaciar el contenido de cada cajita e introducirlo en la bolsa. «¿Para qué quiere esta mujer estas piezas si ni ella ni Alira se las ponen nunca?», pensó. Tanto que se quejaban ambas del dinero, podían haberlas vendido y sacar una buena cantidad. Al menos, para pagar parte de la herencia a Gerardo. Eran unas avariciosas. Lo querían todo para ellas. Que todo siguiera igual. O peor, que se las quedaran extraños, alguien como Damer. Más derecho tenía ella por su hijo. De él tendrían que ser, al fin y al cabo.

No se arriesgaría a que desaparecieran.

Había bastantes cadenas y medallas de poco valor, pero también joyas especiales. Tres gruesas pulseras y un largo cordón de oro. Cinco pares de pendientes de distintos tamaños de perlas y diamantes. Diferentes anillos de oro blanco, también con pequeños diamantes, o de oro dorado con esmeraldas y zafiros, pequeños pero auténticos. Y las estrellas: un anillo con un diamante de talla brillante del tamaño de un garbanzo y una diadema de platino, perlas y diamantes. El corazón le latía con fuerza. Sus sentidos estaban alerta a cualquier ruido. Pero el silencio y la oscuridad seguían siendo sus aliados.

Recolocó todos los estuches vacíos en la caja. La cerró y la devolvió a su sitio, al igual que la llave. Lo peor había pasado.

Ahora solo tenía que regresar a su habitación, esconder las joyas y

actuar con toda normalidad cuando Elegía se diera cuenta. Y para eso podría pasar bastante tiempo, a no ser que su suegra fuera una de esas mujeres que controla el joyero cada dos por tres.

Volvió a su dormitorio sin problemas. Cuando calmó su excitación, comenzó a darse cuenta de que no era tan fácil ocultar las pruebas del delito. Allí no las podía dejar. En cuanto avisaran a la Guardia Civil, registrarían la casa de arriba abajo.

No había contado con eso.

Pensó en llevarlas en su bolso siempre, pero era demasiado arriesgado y también lo registrarían. Pensó en enterrarlas en algún lugar del jardín y esperar un tiempo a sacarlas, pero resultaría muy difícil encontrar dos momentos sin testigos en esa casa siempre atestada de gente. Y probablemente también pensarán en eso los agentes y traerán detectores de metales. Había visto demasiadas películas. Ahora que era ella la culpable, no se le ocurría ninguna idea brillante. Comenzó a sentir miedo, pero no arrepentimiento.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos.

Repasó mentalmente todas las estancias y rincones posibles en la casa para esconder algo que no ocupaba más volumen que un puñado de metal. Tan oculto que no se le ocurriera a nadie. Desde el tejado a la bodega. Pensó en desclavar alguna tabla de madera del suelo de la parte de las torres o de los dormitorios. Pero haría ruido. Ella no era habilidosa. En la canal del tejado. ¿Cómo llegar? En alguna vasija o jarrón de las decenas repartidas por toda la casa. Demasiado evidente. En un registro se mira todo, absolutamente todo. Pensó en descoser su almohada y ocultarlas en el relleno. Harían ruido. Gerardo podría descubrirlo. Tenía que ser un lugar al que, transcurrido un tiempo, ella pudiera regresar sin levantar sospechas y recuperarlas.

Estaba comenzando a ponerse paranoica cuando una imagen apareció en su mente como un súbito destello. Se levantó rápidamente.

Necesitaba un poco de cuerda muy delgada.

Y un clavito.

Bajó a la cocina con la bolsa escondida dentro del pantalón a la altura de su vientre. Cortó un trozo del cordel que empleaban para atar las piezas grandes de carne antes de meterlas en el horno. Encontró un clavo minúsculo en uno de los cajones de objetos sin clasificar de la alacena cercana al *office*.

Se dirigió a la bodega. Allí no quiso encender la luz. Si alguien bajaba a

la cocina y veía la luz encendida de la bodega, se preguntaría por qué y la pillarían y ella no sabría cómo justificar a esas horas su presencia en ese lugar. Utilizó de nuevo la del móvil.

A pesar del nerviosismo, percibió con aprensión la humedad y el silencio sepulcral del cuarto abovedado, el gorgoteo del agua en algún rincón, el olor a rancio, a madera enmohecida, a vino fuerte. Contó las cubas dispuestas sobre una larga repisa construida con vigas de madera. Se esforzó por recordar cuál era la que había explicado una vez Alira que estaba vacía porque perdía vino por algún sitio, era la última o la penúltima, o lo había dicho Gerardo a alguien, no lo recordaba, pero eso daba igual, el caso era que allí había un recipiente ideal para esconder las joyas.

Juraría que era la última de todas.

Fue hasta el fondo de la bodega buscando con la vista por los rincones oscuros un palo fino con el que comprobar que la cuba elegida fuera la que realmente estaba vacía. No vio ninguno.

El haz de luz de su móvil enfocó un trozo de pared vacía, sin piedra. Recordó que era el túnel que llevaba a un pozo. Ella nunca se había atrevido a pasar por ahí. Sintió miedo a la nada, al vacío, al misterio que guardan todos los pasadizos oscuros y húmedos del mundo. Le costaba mantener la imaginación a raya.

Se concentró en llegar a su destino.

La última cuba. Un poco más grande que las demás. Tendría más de un metro de longitud y la cara frontal, un diámetro superior al medio metro. Dirigió su mano derecha hacia el corcho que tapaba el orificio de la parte superior. Su piel percibió finos hilos de telarañas. Sintió asco, pero se dijo que tenía que continuar adelante. El corcho estaba envuelto por una fina tela manchada por años de vino que servía para que este encajara mejor. Tiró de él y salió con facilidad. Tomó el cordel y lo introdujo por el orificio. Lo sacó. Estaba seco, luego esa era la cuba que nunca se utilizaba. Cogió el clavito y se percató de que no había llevado un martillo. Buscó una piedra y localizó una en un rincón. Bastaría con esa.

Sintió su cuerpo sudoroso y la bolsa de plástico con las joyas pegada a su vientre. Notó su respiración entrecortada. Quería acabar cuanto antes. Clavó el clavo a un centímetro del borde del agujero. Extrajo la bolsa de plástico para atarla a un extremo del cordel. El otro iría atado al clavo. Introduciría la bolsa por el agujero hacia el interior de la cuba. Cerraría la

abertura nuevamente con el corcho. La tela que rodeaba el corcho taparía el minúsculo clavo y el medio centímetro visible de cordel.

Era imposible que alguien se diera cuenta. El escondite perfecto. El robo perfecto...

Pronto terminaría esa angustia.

Entonces la luz de la bodega se encendió. La bolsa se le cayó al suelo mostrando su contenido. Antes de que pudiera reaccionar, recoger las joyas y esconderse en el único sitio posible, el pasadizo, una mujer gritó desde la escalera:

—¡Qué susto me has dado, Telma!

Dunia, que portaba una botella, se acercó a Telma. Enseguida vio que había a los pies de esta.

—¿Y eso, Telma? ¿Qué estás haciendo aquí?

Telma, paralizada, no acertaba a responder. En su interior buscaba cualquier frase que pudiera tener sentido. A su favor tenía el hecho de que Dunia hablara con voz pastosa. Probablemente estuviera ebria. Decidió cambiar el foco de atención.

—Supongo que lo mismo que tú. No podía dormir. No encontraba nada de beber por arriba. Me ha apetecido una copita de vino.

Dunia miró su botella. Telma no tenía ninguna. Y llevaba guantes de látex.

—¿Y pensabas beber directamente del grifo de la cuba? —Dunia soltó una risita.

—Supuse que habría aquí. —Telma quería evitar que la atención de la inoportuna mujer volviera a sus pies, donde estaban las joyas. Tenía que distraerla. Darle conversación. Que se olvidara de lo que había visto. Conocía su punto débil—. ¿También te pasa a ti?

—¿Qué?

—La soledad. —Extendió la mano para tomar la botella que llevaba Dunia. Se inclinó sobre la cuba cercana, que estaba llena. Abrió el grifo. La llenó hasta la mitad. Bebió un sorbo. Fingió que necesitaba ese sorbo, que le sentaba bien el vino. Le tendió la botella—. A veces me cuesta tanto todo

que, simplemente, necesito unos ratos a solas, beber un poco, evadirme, olvidarme, ya sabes.

Dunia observó la botella entre las manos de Telma con el ceño fruncido. Por fin, aceptó la invitación, tomó la botella y bebió también.

—Sí —dijo después—. Eso.

—¿Quieres que subamos a la cocina para hablar un poco? —sugirió Telma deseando que Dunia accediera, que hablaran, que se emborrachara y la tuviera que llevar a la cama para poder volver a la bodega cuanto antes y terminar su faena.

—Yo no hablo de mis cosas. Nunca. Ni borracha. Me lo enseñó mi madre.

—¿Por qué no? —preguntó Telma tratando de ocultar su irritación con una exagerada dulzura.

—Porque luego los demás emplean tus debilidades. Dicen que te escuchan, pero sienten lástima de ti y lo comentan con otros, sacan conclusiones, te ven como no eres. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. No soy tonta, Telma. Nunca lo he sido.

—No creo que lo seas.

—Sí lo crees. —Dunia tomó otro trago. Y otro—. He visto las joyas. Estás nerviosa. Has robado. Las estás escondiendo. Quieres despistarme porque crees que estoy bebida. Pero me entero. Siempre me entero. De todo. Es agotador.

Telma parpadeó sorprendida por la franqueza de Dunia.

—Puedo explicarlo.

—No me interesa.

—¿Eso quiere decir que no me delatarás?

Dunia se encogió de hombros.

—Depende. Si nadie me pregunta, no diré nada. Si alguien me pregunta, no mentaré. —Se le escapó otra risita—. Esto también lo aprendí de mi madre.

La rabia se extendió por el cuerpo de Telma. Su cerebro iba a explotar. Su plan iba a fracasar por la intromisión de esa beoda amargada. Tal vez pudiera tratar de convencerla de que se arrepentía de su mala acción, pero no era eso lo que quería. Lo que deseaba era descargar su furia contra ella. Maldita imbécil. Cerró los ojos. Respiró hondo. Y tuvo la lucidez de

recuperar la botella de manos de Dunia y dejarla a salvo en el suelo antes de sujetarla por los antebrazos y empujarla contra la pared.

—Te aseguro que no dirás nada de ninguna de las maneras, ¿me oyes?

La zarandó con una fuerza inusitada, como si el éxito de ese robo fuera el símbolo de otras cosas de su vida.

Nadie se iba a interponer en su camino.

Entre dientes, repetía lo mismo una y otra vez al rostro desconcertado de la otra mujer, aumentando la intensidad del zarandeo, sujetando su cara con una mano para poder golpear la cabeza contra la pared de piedra cada vez con más fuerza y más rabia y más odio y más descontrol, hasta que se percató de que Dunia cerraba los ojos y perdía la fuerza que la mantenía en pie. Se apartó de ella y la mujer se fue deslizando hasta quedar en el suelo desmadejada.

Entonces surgió la conciencia del horror en Telma. El arrepentimiento. El pánico. La desorientación.

No había sido su intención matarla, solo asustarla.

Se arrodilló. Sollozó. Tomó la muñeca de Dunia. Tenía pulso, aunque débil. No estaba muerta. Se puso en pie. Iluminó la pared con la linterna del móvil. A la altura de donde había estado la cabeza de Dunia había una mancha de sangre y cabellos pegados.

Apretó los dientes. Intentó concentrarse.

Optó por continuar adelante. Terminó de esconder las joyas como tenía previsto, frotó la mancha de sangre con los guantes, cogió la botella de cristal y subió a la cocina, donde la ocultó entre otras botellas. Por último, pudo huir a su dormitorio.

La casa seguía sumida en el silencio. Nadie se había enterado de nada. Los amantes no se despedirían hasta más tarde si seguían los horarios de noches anteriores.

Dio decenas de vueltas a su habitación, pensando, llorando, lamentándose. Guardó los guantes destrozados y ensangrentados en una bolsa de plástico que introdujo en su bolso. Los tiraría al día siguiente en cualquier papelera de cualquier calle de Mongraín.

Transcurrió un buen rato, media hora, una.

Pensó en avisar a un médico y decir que la había encontrado así. ¡Tenía que llamar al médico, por Dios! Dunia estaba borracha. Ella misma podría

haberse golpeado. Pero Dunia la acusaría de todo. Menudo lío. ¿Qué había hecho?

Tenía que regresar a por las joyas. Devolverlas a su sitio, así nadie podría acusarla de nada. Sí, esa era la única opción. Empezar a deshacer la madeja y confiar en que cuando Dunia recobrar el conocimiento todo le pareciera una pesadilla, un producto de su imaginación, de su borrachera. Urgía que se pusiera en acción, pero le aterrorizaba volver a aquella cueva otra vez. Maldijo su suerte. Pero tenía que hacerlo.

Una terrible duda la asaltó. El corazón le dio un vuelco.

¿Y si estaba muerta? ¿Qué haría?

Tenía que asegurarse de que no lo estaba. Si estuviera muerta, tendría que deshacerse del cuerpo. O dejarlo allí. Eso no. Verían los hematomas en los brazos. Huellas y esas cosas que siempre encuentran los investigadores en las películas. No pensaba con claridad. Y ¿cómo movería el cuerpo? Tenía que buscar ayuda. Un cómplice. Un incondicional dispuesto a salvarla. Gerardo no estaba...

Jan.

Le explicaría a su hijo que había sido un accidente. Él la ayudaría. Los hijos se creen lo que los padres les cuentan. Jan era como Alira. Inocente. Confiado. Pero era un joven fuerte físicamente.

Subió hasta la planta bajo tejado. Allí había una gran sala vacía con dos puertas, una en cada extremo, para acceder a cada torreón. En uno dormía Tomás, en el otro Jan.

Entró en la habitación de su hijo sin llamar. Se sentó en la cama y le susurró:

—Jan. Necesito tu ayuda.

Lo sacudió ligeramente y repitió las palabras.

—¿Qué pasa? —protestó él adormilado.

Fue Telma la que pareció despertar de una pesadilla. ¿Cómo se le había podido ocurrir involucrar a su hijo en eso? ¡Tenía quince años! ¡Le arruinaría la vida! Siempre la veía como algo que no era: una mujer agresiva. ¿Acaso había perdido la cabeza? Sí, la había perdido.

Sin responder, Telma se escurrió fuera del dormitorio en dirección al suyo, el único cobijo en esos momentos para su angustia.

Allí respiró hondo, intentando calmarse, con poco éxito. El tiempo pasaba. Debía volver a la bodega y recuperar las joyas cuanto antes. Que

nada la relacionase con nada.

Abrió la puerta y se encontró de bruces con Adrián en la salita distribuidora.

—Precisamente venía a tu habitación —dijo él—. No encuentro a Dunia. Suele dormir profundamente.

—He oído ruidos —mintió Telma realizando un gran esfuerzo por actuar con normalidad—. Justo iba a salir a ver. Aquí no está. ¿Has preguntado a los demás?

—Sí, pero tampoco saben nada.

—Se habrá ido a dar un paseo.

—¿Sola? No creo. Le da miedo la oscuridad.

Amanda y Alira aparecieron en la salita, una desde la planta baja, la otra desde el piso superior, con ojos cansados, expresión somnolienta y cabellos alborotados.

—Abajo no está —informó Amanda—. Ni en la cocina ni en los salones.

—Arriba en las torres tampoco —dijo Alira.

Telma reprimió un suspiro. Por poco no la había pillado su cuñada merodeando por ahí.

—Es extraño —comentó Adrián—. Dormía profundamente cuando... —Se dio cuenta de que iba a decir cuando se había marchado de la habitación para encontrarse con Amanda, y rectificó—: Hace un rato. He bajado un momento a la cocina y al volver no estaba.

—Tiene que haber salido —insistió Telma deseosa de desviar la atención del interior de la casa mientras pensaba cómo actuar cuando descubrieran a Dunia en la bodega—. ¿Por qué no miramos por fuera?

Salieron al jardín. Llamaron a Dunia por los alrededores. Despertaron a Tomás y a Jan con sus voces. Pasaron unas horas y la mujer no aparecía.

Comenzó a amanecer. Se juntaron en la cocina para tomar algo caliente.

—He tenido una pesadilla, mamá —comentó Jan con voz ronca—. Soñaba que me despertabas.

—Ha sido solo eso, hijo —dijo ella seca—. Una pesadilla.

—Como esta noche —dijo Adrián nervioso—. Hemos mirado por todo, ¿verdad?

—Tal vez en Aquilare la hayan visto —comentó Alira—. Podemos preguntarles.

Todos asintieron.

—¿Y en la bodega? —preguntó Tomás—. Solía bajar... —dejó el comentario en el aire.

Todos negaron con la cabeza. Nadie había estado allí. No se les había ocurrido.

—Ya voy yo —se ofreció Telma.

Aprovecharía para asegurarse de que allí no había nada que la inculcase. Cogería las joyas. Gritaría que había encontrado a Dunia. Las devolvería a su sitio. Con el barullo iría a la habitación de su suegra, antes de que regresase pronto por la mañana. Con ella en casa le resultaría difícil, si no imposible, acceder a su habitación, a su armario. Atenderían a Dunia; ella la acusaría, pero no encontrarían las joyas.

El incidente sería producto de la imaginación de Dunia, la borracha.

Accionó el interruptor de la luz.

Bajó las escaleras.

Alzó la vista de los peldaños empinados hacia el fondo del húmedo sótano.

Y descubrió que Dunia no estaba.

MR. BRIGHTSIDE (THE KILLERS)

Lunes, 2 de abril

Aturdida, Telma regresó a la cocina e informó de que tampoco había rastro de Dunia en la bodega.

Le costó un gran esfuerzo aparentar normalidad.

Ella la había dejado allí tirada, medio muerta.

—Quizás haya regresado a su habitación de dondequiera que haya ido mientras la buscábamos fuera —dijo Amanda con voz irritada. Aquel contratiempo la iba a hacer estar agotada todo el día, con el trabajo que tenía. Qué inoportuna, Dunia.

—Subiré a ver —se ofreció Adrián.

No tardó en regresar.

Dunia no estaba en el dormitorio.

—Llamaré a César —dijo Alira.

Se apartó del grupo para hablar en privado. Unos minutos más tarde, les informó:

—Lo normal es esperar al menos veinticuatro horas para presentar una denuncia, pero, al tratarse de Dunia, César se va a encargar personalmente. Adrián, me ha dicho que acudas al cuartel y que lleves fotos de ella. Él se encontrará allí contigo. Luego vendrá aquí y nos dirá qué más hacer.

Aprovecharon la marcha de Adrián para ducharse y cambiarse de ropa. Sobre las ocho de la mañana, César, otro guardia civil y Adrián se juntaron con ellos en el salón. César dio instrucciones concretas:

—Adrián me ha dicho que habéis hecho vuestra propia búsqueda por dentro y por fuera de la casa. Eso está bien. No obstante, nosotros repetiremos por el interior. Alira, tú nos acompañarás. Amanda, podrías encargarte de alertar a los medios de comunicación. Que te ayude Adrián a recoger y preparar toda la información posible sobre Dunia: descripción física, ropa que llevaba, alguna marca o cicatriz especial, medicamentos o

enfermedades... Adrián ha dicho que cuando se acostó iba bastante bebida. Podemos decir que se puede encontrar desorientada. Hay que preparar también una lista de familiares, amigos o conocidos...

—Sus amigos somos nosotros —dijo Adrián—. La familia más próxima son unos primos en Madrid y otros en Francia, con los que no tiene apenas contacto. El resto de los conocidos están en Buenos Aires.

—Da igual. Localiza a todos los que puedas a ver si han sabido de ella. Por cierto, ¿está en redes sociales?

—Solo en Facebook.

—Habrás que mirar también sus últimos mensajes y entradas.

—En eso puedo ayudar yo —se ofreció Jan.

—Muy bien. —César pensó si se dejaba algo y añadió—: Telma, tú podrías llamar al hospital de Mongraín y a los centros de salud y preguntar por personas no identificadas. Adrián, ¿falta algún vehículo?

—No.

—¿Algún lugar por aquí que suela frecuentar?

—No le gustaba mucho pasear sola —dijo Alira—. A veces se acercaba a Aquilare, como muy lejos.

—Preguntaremos allí, entonces. Pero pensad en algún sitio especial, una cueva, una ermita, una colina. Lo que sea. —Miró a Adrián, que tenía el ceño fruncido y la cabeza agachada—. Tranquilo. La encontraremos. Como es una mujer adulta, existe la posibilidad de que se haya marchado. Por eso, cuanto más adelantemos nosotros y más información recopilemos en estas primeras horas, más opciones habrá de que se resuelva bien. ¿Vamos, Alira? Empezaremos por el dormitorio de Dunia. Adrián, acompáñanos. Luego continuas con Amanda. Nos juntaremos todos aquí en una hora.

En el dormitorio del matrimonio comprobaron que Dunia no había cogido el bolso, aunque echaron de menos el DNI y una tarjeta bancaria.

—Solía llevarlos siempre encima, en el bolsillo trasero del pantalón —explicó Adrián. Rebuscó entre unas prendas de ropa repartidas en un par de sillones a los pies de la cama—. Aquí está el camisón.

—Entonces se vistió para salir —dijo César—. Llevaba pantalones y... ¿una camiseta?

—Es posible —dijo Adrián—. Blanca. Todas eran blancas. Con algún detalle en el pecho.

Recorrieron toda la casa, desde los cuartos de las torres hasta la bodega.

Allí Alira recordó la existencia del túnel.

—Igual es en el único sitio en el que no hemos entrado...

César accionó la linterna de su móvil. Conocía el pasadizo. Él era uno de los que lo habían recorrido una vez que Alira se ofreció a enseñárselo. Recordó la conversación. La historia del marido asesino. Un pensamiento fugaz sobre Adrián le vino a la cabeza. Lo apartó rápidamente. Conocía a Adrián desde la infancia. Había tenido muchos romances con otras mujeres además de Amanda a lo largo de su vida marital. Había tenido muchas ocasiones de abandonar a Dunia y no lo había hecho porque no había querido. Parecía muy preocupado. Adrián no era ese tipo de hombres. Deslizó el diminuto haz de luz por la cavidad, por la superficie del agua en reposo. No vio nada anormal. Le pidió a su compañero a sus espaldas que se diera la vuelta para regresar a la bodega y que tomara nota de la inspección ocular realizada.

Los nuevos vecinos de Aquilare tampoco la habían visto. Se ofrecieron a ayudar en la búsqueda y quedaron encargados de mirar en todos los edificios del pueblo.

A media mañana se organizó una batida por las proximidades. Los mensajes en redes sociales comenzaron a dar frutos: numerosos voluntarios fueron llegando de lugares cercanos para peinar la zona.

A la hora del almuerzo, cuando Elegía y Gerardo volvieron de su viaje, se encontraron con la casa y las tierras ocupadas por decenas de personas que buscaban y llamaban a Dunia.

Unos y otros repetían la misma frase:

Era como si se la hubiera tragado la tierra.

Durante tres días, todo fue presencia de agentes de la Guardia Civil por los alrededores, preguntas y más preguntas, suposiciones e hipótesis. Pero ni rastro de Dunia. La idea de que hubiera querido desaparecer fue cobrando fuerza. Sus últimos comentarios en Facebook eran tristes y ambiguos: apuntaban a un deseo de terminar y comenzar de nuevo.

Una semana más tarde de la desaparición, cuando a Adrián le pareció que la actividad de investigadores y voluntarios empezaba a debilitarse, César le prometió que, aunque hubiera muchos casos de personas que nunca se

encontraban, él no dejaría de buscar a Dunia y mantendría el expediente abierto.

Esa misma semana, la mañana del miércoles 11 de abril, mientras Gerardo y Telma se preparaban para marcharse porque se les terminaba el permiso que habían solicitado para colaborar en las labores de búsqueda, Elegía convocó a su familia y a Crina en su dormitorio.

—Han robado las joyas. Todas.

—¡No puede ser! —exclamaron a la vez Telma, Alira y Crina.

Elegía les enseñó la caja de madera con los estuches vacíos.

—¿No las sacaría y escondería en algún sitio y ahora no se acuerda? —preguntó Crina disponiéndose a mirar por los cajones de la cómoda.

—¡Crina! —gritó Elegía rabiosa—. Aún tengo conocimiento. Alguien las ha robado. —Se la quedó mirando fijamente.

Crina percibió la sombra de duda que cruzó los ojos de Elegía.

—¿No creerá que yo...?

Alira acudió en su defensa.

—Claro que no, Crina.

—Pues que lo diga —exigió esta enfadada.

Elegía se mantuvo en silencio, lo cual irritó todavía más a la asistenta.

—¡Si después de tanto tiempo no se fía de mí, ahí se queda!

Salió de la habitación dando un portazo.

Alira lanzó una mirada recriminatoria a su madre, que se encogió de hombros y dijo:

—Si no ha sido ella de verdad, ya volverá.

—En cualquier caso, tenemos que denunciarlo —dijo Alira.

—¿Para qué? —saltó Telma.

—Pues porque es lo que hay que hacer.

—Han registrado toda la casa con lo de Dunia... —dijo Telma en voz alta.

—No es lo mismo buscar a una persona que un puñado de joyas —comentó Alira.

—Pues buscaremos nosotros por todos los rincones, pero me apuesto lo que sea que aquí no aparecerán. Seguro que se las ha llevado... —Telma abrió los ojos exageradamente—. ¡Dunia! ¡Tiene sentido!

Todos guardaron silencio para asimilar sus palabras. Así que Dunia sí se había llevado algo al fin y al cabo.

—Razón de más para comunicarlo a la Guardia Civil —dijo Alira.

—Qué más da, si no la han encontrado —insistió Telma.

Gerardo apoyó a su mujer.

—Mira qué buena idea tuviste, Alira, de meter gente en casa. No se lo vamos a decir a nadie. ¿Está claro? Seríamos el hazmerreír de la comarca. La desaparecida en realidad era una ladrona harta de su marido infiel. Buscaremos nosotros por la casa y, si no las encontramos, las daremos por perdidas, como a ella. Y punto.

Alira miró a Elegía y por su expresión comprendió que estaba de acuerdo. Miró entonces a Tomás, quien simplemente se encogió de hombros, como si aquello no le importara lo más mínimo.

—No tenéis razón —dijo Alira dirigiéndose a la puerta—. Informaré a César.

Telma la siguió afuera y cerró la puerta tras ellas.

—No dirás nada, Alira —le dijo en un tono amenazante—. Permitiste que cualquiera entrara en esta casa.

Alira creyó comprender el énfasis en la palabra *cualquiera*. Miró fijamente a su cuñada. Estaba muy tensa. Respiraba con agitación. Intentaba mantener el autocontrol.

—Veo que me entiendes —añadió Telma—. Sé quién te acompaña por las noches. Supongo que no querrás que acuse a ese tal Damer.

Alira percibió un deje de desesperación en la voz de su cuñada. Le costaba comprenderla. ¿Qué le preocupaba exactamente? ¿De repente también quería salvaguardar el buen nombre de la casa? Y esa alusión a Damer... Si deseaba protegerlo, ¿por qué su tono sonaba a amenaza? No supo qué decir. Y había otra cuestión. Si Telma lo sabía, era probable que también lo supiera su hermano. Era cuestión de tiempo que Elegía se enterara. Desde luego, no era el mejor momento para enfrentarse a más problemas.

—No se lo he dicho a nadie. Ni a Gerardo. —Telma suavizó el tono—. Y guardaré el secreto si es lo que quieres. Pero si denuncias el robo, no me quedará más remedio que decir la verdad. Estoy convencida de que Dunia se llevó las joyas, aunque nunca se sabe... Ten cuidado con a quién aceptas en tu vida.

Alira no comprendía esa repentina preocupación de su cuñada por ella. Nunca antes, a lo largo de tantos años de convivencia, la había prevenido de

nada. Ahora parecía como si quisiera protegerla contra Damer. La actitud de Telma le resultaba ciertamente extraña, pero intuía que tendría que guardar silencio si quería proteger al joven.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Ni por un segundo creería a Damer capaz de un acto innoble. Y tampoco permitiría que otros dudaran de él.

Esa misma noche, cuando todos dormían, Alira salió de la mansión huyendo del ambiente opresivo y enrarecido y buscó cobijo en la casa de Damer en Aquilare. Necesitaba olvidarse de todo entre sus brazos, el único lugar en el que ni el tiempo inquietaba ni la vida molestaba.

Encontró la puerta de la calle abierta. Comenzó a subir las escaleras y oyó voces. Distinguió claramente que Damer hablaba y reía con Malva. Se detuvo en el rellano.

Experimentó una punzada de celos.

Damer estaba con Malva.

Telma le había advertido sobre los gustos poliamorosos de la joven, compartidos quizás también por Damer. Y lo cierto era que ignoraba en qué punto se encontraba la relación de este con Malva. En todas las noches que habían pasado juntos, Alira nunca se había atrevido a sacar el tema. Cuando estaba con él, Alira entraba en una dimensión pura en la que no existía ni la recriminación, ni la posesión ni los juicios de valor. Ahí, sola, en la oscuridad de la escalera, se dijo que más pronto que tarde tendría que enfrentarse a ese tema. Ella no era como Malva. Ella no quería compartir a Damer. Ella era simplemente como era. Tradicional, reservada, un tanto desconfiada.

Un pensamiento negativo asociado a los celos cruzó su mente.

Damer y ella eran demasiado diferentes.

¿Y si existiera la más mínima posibilidad de que él se estuviera aprovechando de ella?

Él sabía que Alira se había propuesto enfriar la furia de Elegía, convencerla de que pusiera fin a esa guerra burocrática contra ellos. Las denuncias propias de la Administración seguirían su curso, pero la respuesta no sería la misma si tuvieran todo el apoyo posible que si se encontraban con el rechazo frontal de otros. Había tomado esa decisión desde que estaban

juntos. No podía imaginarse que Damer dejara de formar parte de su vida, de su espacio, de su cuerpo, de su espíritu.

Odió que los comentarios de otros nunca se borrarán del todo en las mentes de los oyentes.

La insinuación de Telma se repetía como un eco en su interior.

¿Y si existiera alguna probabilidad de que él hubiera aprovechado aquella noche en la que Elegía no estaba, la misma que desapareció Dunia, para entrar en la habitación de su madre a robar?

Se sintió ruin por repasar todos los movimientos de la noche.

Damer había salido un momento al baño. Solo un momento.

Las voces se acercaban.

Alira comenzó a descender de vuelta al patio, apesadumbrada. Necesitaba reflexionar. No había sido buena idea acudir allí. Alguien abrió la puerta. La luz iluminó el tramo alto de la escalera hasta el rellano donde se encontraba ella, y alguien bajó tan deprisa que la vio.

—¡Alira! —exclamó Malva. Instintivamente se giró y se dio cuenta de que Damer cerraba la puerta—. Creo que Damer no se ha enterado de que venías.

Alira la vio demasiado sonriente. Por la hora tardía, igual había estado con Damer. Igual se habían amado. Se tachó de ilusa, de fantasiosa, de estúpida. Jamás podría competir con alguien como esa joven alegre y desinhibida.

—No pasa nada. Ya me iba. No quería molestar.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

Alira sintió que se sonrojaba. No percibía agresividad en la joven. La trataba con cordialidad. No supo qué decir. Cabía la posibilidad de que Malva no estuviera al tanto de su romance con Damer; no obstante, tendría que, al menos, mostrar extrañeza al verla a esas horas de la noche en casa de su pareja. Y preguntarle, tal vez, qué hacía allí, o si había sucedido algo en la mansión que requiriera acudir en busca de Damer precisamente.

Malva respetó el silencio de Alira, como si comprendiera de verdad su vergüenza.

—Yo sí que me voy —dijo—. Mañana tengo que madrugar. No aguanto tanto por las noches como Damer. Es un búho.

Malva se marchó con la misma ligereza con la que había aparecido en la escalera.

Alira se quedó un momento allí mismo debatiendo consigo misma qué hacer. «El deseo no debe vencer a la razón», había verbalizado ella en una ocasión. Se lo había dicho a Adrián antes de rechazarlo por no querer mantener una relación con un hombre casado. Y ahora allí estaba; dudando si seguir con la locura que la empujaba hacia un joven al que no conocía bien del todo, por cuya existencia estaba traicionando a su madre, por cuya habilidad para encender su cuerpo traicionaba también el amor que siempre había considerado único y verdadero: el amor por Adrián. Un joven que, además, también tenía pareja. Como Adrián. La misma coherencia debía mostrar hacia uno y hacia otro. Y no la estaba mostrando.

En los últimos días se había dejado llevar. Había arrinconado la reflexión para abandonarse en los brazos de la improvisación, del impulso, del arrebato.

De alguna manera comprendió entonces a Amanda, con quien mantenía un trato forzosamente cordial. Tal vez a ella le hubiera sucedido lo mismo con Adrián.

A veces la pasión supera en fuerzas a la razón; y el placer que produce deja sin argumentos a la estabilidad de la sensatez.

Optó por seguir hacia arriba. Hacia la luz que se ocultaba tras esa puerta improvisada y destartada.

ROCINANTE (ASFALTO)

Jueves, 12 de abril

—De niña, entraba en todas las casas abandonadas y miraba entre las vigas caídas. Buscaba un tesoro escondido. Había escuchado decir que en tiempos convulsos la gente guardaba dinero en los lugares más insospechados. Una vez alguien contó que unos albañiles, al arreglar un tejado, encontraron una caja con monedas de oro... —Alira sonrió en la oscuridad—. No era consciente del peligro. Recuerdo cuando llegaron los saqueadores. Se dedicaban a recorrer pueblos abandonados para llevarse todos los objetos que encontraban, hasta las piedras de puertas y ventanas, y venderlos a anticuarios. Para mí aquello era una profanación. Les lanzaba piedras y les gritaba que llamaría a la Policía.

—Eras una niña muy valiente —dijo Damer—. Mejor dicho, imprudente.

—Bueno, era ágil, corría rápido y conocía tan bien todos los recovecos y los muros seguros para saltar por los tejados que sabía que no podrían cogerme. Y alguna vez conté con la ayuda de mi padre, que acudía con la escopeta.

—Puedes sentirte orgullosa. Conseguiste preservar a Aquilare de un expolio total.

Paseaban de la mano por las ruinas de Aquilare. Una luna magnífica dotaba de majestuosidad a los fantasmales edificios de piedra. La vista intuía las formas, no los detalles. «Qué placer vivir así», pensó Alira. Vivir sin conocerlo todo. En el mundo dormido, las palabras, la respiración, las pisadas de ambos sobre los guijarros de las calles cobraban un protagonismo inusitado.

Alira se detuvo.

—Escucha el silencio. Parece que no se oye nada, pero se oye todo. Te obliga a escucharte a ti mismo. Oyes tu interior. Por eso es tan inquietante.

Damer asintió. La comprendía perfectamente. A él también le sucedía.

—Siempre que paseo por aquí, siento como vértigo —añadió ella—. Cuando era pequeña, este pueblo estaba vivo. En menos de cinco décadas han desaparecido siglos de historia. Es increíble lo rápido que ceden las casas al deterioro cuando no hay amos que las cuiden. Recuerdo que, a veces, en el silencio de la noche, se escuchaba un estruendo, como una bomba, y sabía que otra casa había caído. Me parecía que vivía en una guerra en la que el enemigo tenía el rostro de la naturaleza en estado puro y salvaje, indómita e indomable. La mansión Elegía, que representaba para mí el único bando civilizado de la zona, resistía el asedio.

—Tuvo que ser una época muy difícil en tu vida —dijo Damer.

Alira sintió ganas de hablar, de explicarse. Damer siempre la escuchaba. Nadie lo había hecho antes como él. Sentía que le importaba lo que le contaba.

Con Damer no odiaba hablar de sí misma.

—Un par de meses después de la marcha de la familia de Amanda, Aquilare ya era un pueblo fantasma. Las calles estaban vacías. Las puertas, cerradas. Los establos y gallineros, silenciosos. Las chimeneas, apagadas. Los hornos y el molino, muertos. Mi hermano Tomás nació por entonces, con tanto ímpetu que no hubo tiempo de llevar a mamá al hospital de Mongraín. Todavía recuerdo con horror los gritos de mamá y los lloros del bebé rompiendo el estremecedor silencio que rodeaba la mansión. Durante un tiempo, todo giró en torno al pequeño. Mi hermano Gerardo padeció el síndrome del príncipe destronado. Se quejaba continuamente de dolor de barriga, vomitaba lo poco que comía, se negaba a dormir solo y se mostraba inquieto. Para mí fue como un soplo de aire fresco, un entretenimiento entre tanta soledad, un ejemplo de que la vida se abría paso en medio de la nada. Sí que sufrí en el bautizo de Tomás, que se celebró el mismo día de mi comunión, cuando el bebé tenía un mes. Fue una ceremonia sencilla en la iglesia —señaló hacia el oeste— en presencia tan solo de la familia cercana. El sacerdote anunció que ya no se celebrarían más misas allí, que la iglesia quedaba desacralizada. Me pareció una palabra terrible y dura, y siempre he recordado el día de mi comunión como el fin de todo cuanto me parecía estable. Justo después tuve que enfrentarme sola al miedo de ir a un nuevo colegio. Entonces no había ni tiempo ni ganas para pedir ayudas a psicólogos. Se me fue de golpe la infancia.

—Lograste adaptarte a todo —dijo Damer apretando su mano.

—Cada uno se enfrenta a sus demonios como puede. Gerardo desarrolló un carácter muy alegre y sacaba las mejores notas de su clase con diferencia. Yo creo que expulsaba sus miedos con una verborrea y un desparpajo que a veces resultaba teatral. Tomás se contagió de la actitud de mis padres, que acusaban la misma falta de energía humana del pueblo. La vida en la casa se ralentizaba y enrarecía. No sé explicar exactamente qué les pasó a mis padres. Flotaba entre ellos una constante recriminación silenciosa. Como si, en el fondo, ambos hubieran deseado marcharse también de allí y nunca se hubieran atrevido a verbalizarlo. De cara al exterior parecían un ejemplo, incomprendible pero admirable, de fortaleza ante la adversidad; de puertas para adentro se fueron convirtiendo en dos seres que compartían una familia y unas obligaciones, pero nada más. Los niños nunca los escuchamos discutir. Tampoco reír. Crecimos, nos transformamos y comenzamos a adaptarnos al mundo que nos había tocado vivir en un ambiente de eficiente frialdad.

La mirada de Alira se perdió en un punto indefinido del horizonte azul oscuro. Pensó que ella había crecido con la misma fortaleza de la hiedra silvestre que se apropia de las paredes y de los edificios, hincando sus dientes en los tejados hasta reventarlos. Pensó que tal vez se hubiera aferrado a esas piedras con demasiada tenacidad.

Damer respetó unos minutos de silencio, hasta que Alira regresó al presente.

—Me gustaría que se pudiera vivir dos veces —dijo ella—. Para aprovechar lo aprendido.

—Yo te he conocido en la primera vida —dijo Damer—. Igual en una segunda no estaríamos juntos.

Alira sonrió.

—Me encanta tu optimismo. A todo le encuentras algo positivo. Voy a intentar superarte: creo que contigo sería fácil estar en todas las vidas posibles. Lo único que pediría sería que tuviéramos la misma edad. Soy muy mayor ya, aunque no lo parezca. Recuerdo estampas de una vida que parecía medieval. Dime, ¿sabías que cuando se mataba un cordero y se abría en canal, se cortaba la punta del esternón y se tiraba a lo alto para que se pegase al techo?

—No lo sabía. ¿Por qué lo hacían?

—Porque se pensaba que allí se encerraba la *almeta*, ese algo misterioso, el soplo de la vida.

Damer la atrajo hacia él para abrazarla. Con un dedo buscó un punto del esternón y le preguntó:

—¿Así que aquí está tu pequeña alma? —Ella asintió divertida. Él le susurró al oído—: La edad es una cuestión mental. Tu edad solo indica que tienes más experiencia y más sabiduría.

—En teoría, sí. La realidad es otra. No se tiene la misma energía.

—Estas noches no me lo ha parecido... —dijo él burlón antes de besarla con delicado deseo.

—Pero por las mañanas me levanto agotada por falta de sueño —dijo ella en el mismo tono tras apartarse para respirar—. Esto a los treinta no pasa. —Recuperó el tono serio—. Y no es solo el cansancio.

Se le ocurrieron varias cosas que la inquietaban, pero no quería romper el hechizo de esa noche con problemas. Esa noche no. Había huido del ambiente enrarecido de su casa, de la preocupación compartida por la desaparición de Dunia. Damer era su premio cada día. Su alimento para continuar adelante.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó él—. Esperó unos instantes, pero Alira, en lugar de responder, le tiró suavemente de la mano para retomar el paseo—. Muy bien. Hablaré yo. Quiero a Malva. Es imposible no quererla. Es la mujer más alegre y generosa que he conocido. Pero es demasiado libre, incluso para alguien como yo, que cree en el clásico amor verdadero para toda la vida con una sola persona. ¿Quién sabe? Podrías ser tú. Desde que estoy contigo no he vuelto a acostarme con ella. Tú y yo necesitamos un poco más de tiempo. Solo eso. No es tanto.

—Me queda menos vida que a ti —dijo Alira conmovida por sus palabras.

—Pues habrá que aprovecharla —dijo Damer—. Y eso nunca se sabe. Mamá era más joven que papá y se fue antes. Conclusión: la diferencia de edad no significa nada.

—Significa que no podríamos tener hijos.

—No quiero tener hijos. Es una decisión firme y meditada. Ni tengo desarrollado el sentido paternal, ni creo que valga para criar niños. Soy contrario al nacimiento de nuevos seres humanos en este mundo en el que

casi no cabemos. Y, además, me gusta sentirme libre e independiente. ¿Te he contado que tengo siete sobrinos?

—Tienes respuesta para todo.

—¿Eso era todo? ¿Malva y los hijos? Pues vaya...

Alira adoraba la manera de ser de él. Era franco, directo, claro. Divertido y serio a la vez.

—Falta algo.

Que lo era todo; que no tenía que ver solo con sus sentimientos compartidos; que reducía su relación a encuentros clandestinos, por ahora y para mucho tiempo; que tenía que ver con la valentía.

Miró hacia su casa. Una mole oscura, pesada, distinguible aun en la oscuridad.

¿Cómo podrían vivir juntos, puestos a soñar?

—Para eso no tengo respuesta, Alira —dijo Damer comprendiéndola—. Ahí nuestros mundos se separan. Entiendo que no eres libre. Pero tendríamos que intentar encontrar el modo. No me gustaría que nuestra relación solo existiera de noche. ¿No te parece?

Alira sabía que su madre nunca aceptaría a Damer. Ni siquiera le permitiría cruzar el umbral de la mansión a plena luz del día. Y no iba a elucubrar sobre los años de vida que le podían quedar a Elegía porque era un pensamiento ruin. Tendría que tomar sus propias decisiones y enfrentarse a ellas. Se imaginó entonces compartiendo la casa de Damer, destartalada, provisional, incómoda, tan vacía de adornos y recuerdos, y se dio cuenta de lo ambiciosa que era. Lo quería todo. A Damer con ella en la mansión. Un imposible. Así que, de momento, seguirían viéndose a escondidas.

Incapaz de ofrecerle una respuesta, cambió de tema.

—Adrián dice que alguna vez Dunia había comentado que le gustaría desaparecer, pero que él nunca la creyó capaz. ¿Cómo se hace? Falta el carné de identidad y una tarjeta de banco que no ha usado. Debió de estar reuniendo dinero en metálico. ¿Cómo sabes que ha llegado el momento? Dejar todo atrás. Todo. Comenzar de nuevo desde cero. Sus últimas entradas de Facebook inciden en una necesidad de transformación, de cambio, de encontrarse con una misma...

—¿Tú te irías? —preguntó Damer en un susurro—. Imagínate que nos echan de aquí. ¿Vendrías conmigo?

Alira emitió un ligero suspiro y se agarró con ambas manos al brazo de

él. ¿Cómo podía haberle dedicado un solo segundo de duda a la insinuación de Telma de que Damer podía ser el ladrón? Damer era la realidad más intensa y satisfactoria que había deseado en su vida. El caballero que imaginaba cuando era joven. Era luz, claridad, transparencia, frescura, entusiasmo. Era quien podía salvarla de su pasado y acompañarla hacia el futuro que le quedase. Lástima que hubiera aparecido tan tarde.

Recordó la letra de una de sus canciones favoritas.

Hablaba sobre la derrota de la fantasía y de la imaginación a manos de la cotidianidad y del sentido práctico, pero al final aportaba un mensaje positivo que le encantaba: era posible encontrar la energía para revertir eso.

—Iría contigo más allá —respondió, aunque manteniendo el condicional que le permitía ser franca sin lanzarse al vacío.

Se prometió que, llegado el caso, lo intentaría: haría acopio de todas sus fuerzas y batiría las alas al viento con decisión para llevarle la contraria a su destino.

Pero la experiencia acumulada en su interior la advertía de que las cosas nunca eran tan fáciles.

VALENTINE LOST (EIRÍKUR HAUKSSON)

Lunes, 14 de mayo

Mientras la primavera se encargaba de decorar la tierra con los primeros tonos verdes de la hierba, de las hojas de los árboles, de las hiedras que retomaban su impulso sobre los muros y de animar el ambiente con el ruido del agua del río recrecido por el deshielo en las montañas y con los sonidos de los atareados pájaros, las sombras oscurecían el ánimo de los habitantes de la mansión Elegía.

Dunia había desaparecido sin dejar rastro. No había ningún cabo del que tirar. Nadie era sospechoso de nada. Sin un cuerpo, no se podía hablar de accidente. Ni de suicidio.

Todos tenían que realizar esfuerzos para continuar adelante arrastrando un peso que jamás hubieran podido imaginar.

De camino a la mansión un día de mediados de mayo, César ensayó mentalmente cómo transmitir a Adrián lo que tenía que decirle en persona. No olvidaría esa fecha porque temía que supusiera un cambio en su relación. Cuando tu trabajo involucra involuntariamente a uno de tus amigos, no hay nada peor que tener que explicarle una decisión que, si bien tomada con criterios racionales, se entendería como injusta.

Aparcó el coche frente a la mansión.

Estaba a pocos pasos de la puerta principal cuando esta se abrió y una joven salió, lo saludó secamente y se marchó. Reconoció a Malva. Se preguntó qué estaría haciendo allí.

Llamó y Alira abrió enseguida. Le preguntó:

—¿Esa no era Malva?

—No te lo vas a creer. Va algo justa de dinero y se ha enterado de que no tengo a nadie para ayudarme en la casa. Se ha ofrecido para venir unas horas a la semana. Me ha pillado tan de sorpresa que he aceptado. Mañana empieza. Hasta que vuelva Crina, claro. A ver cómo se lo digo a mi madre.

—Alira se dio cuenta de que César no aparecería un lunes a primera hora si no fuera por trabajo—. ¿Alguna novedad?

Él asintió.

—Estamos terminando de desayunar —dijo Alira—. Gerardo y su familia se marchan ahora. —Señaló el equipaje que había en el vestíbulo—. Han pasado el fin de semana aquí.

César la siguió hasta el comedor. Saludó a Amanda y a Telma con un par de besos, estrechó la mano de Adrián y de Gerardo y aceptó un café.

Se dirigió a Adrián.

—¿Podemos hablar a solas?

—Por mí no es necesario. —Adrián extendió la mano en el aire señalando al grupo—. Lo de Dunia nos concierne a todos.

—Como quieras. —César tomó asiento frente a él e inspiró hondo antes de anunciar—: A nivel oficial, se abandona la búsqueda.

Con los labios apretados, Adrián parpadeó varias veces.

—¿Eso qué quiere decir?

César carraspeó.

—Que no podemos hacer nada más mientras no aparezca una pista o un indicio.

Su equipo se había volcado en el caso. Él había coordinado la búsqueda y supervisado el proceso. Había interrogado a todos. Ninguno tenía una razón de peso para desear la desaparición de Dunia. En todo caso, Amanda para tener a Adrián solo para ella; pero pondría la mano en el fuego por que era de las personas sensatas que esperaría a un divorcio. Y parecía francamente desolada. En cuanto a Adrián, no obtenía ningún beneficio económico con la muerte de su mujer. Si iba en serio con Amanda, el divorcio habría bastado y él cobraba lo suficiente para hacerse cargo de una pensión. Su actitud, además, era la de un hombre preocupado y abatido. Con todo lo que habían buscado, tendrían que haberla encontrado. Un cuerpo no desaparece así como así. Y en el supuesto de que Dunia no se hubiera marchado por voluntad propia, podría pasar mucho tiempo hasta encontrar sus restos. Pero esto no pensaba decirlo en voz alta.

—Hay que empezar de nuevo —dijo Adrián entre dientes—. Repetir la búsqueda.

—Adrián, durante mes y medio hemos batido un área más extensa de la usual en estos casos. Palmo a palmo. Enviamos los buzos a los lagos cercanos

y nada...

—Pues ampliaremos el radio de acción. —Adrián se puso en pie y apoyó las manos en el respaldo de su silla. El volumen de su voz aumentó un poco. Estaba enfadado—: Buscaremos en todos los lagos de la provincia. Si es por dinero, yo correré con los gastos.

—Las cosas no funcionan así.

—Continuamente salen en las noticias casos terribles de mujeres desaparecidas cuyos cuerpos son encontrados precisamente en lagos.

—Comprendo tu preocupación —dijo César con calma al darse cuenta de que su amigo no parecía dispuesto a aceptar la realidad—, pero no nos queda más remedio que archivar el caso. En realidad, no hay caso. Muchas personas desean desaparecer y lo consiguen.

—Jamás lo hubiera pensado de ella, la verdad —murmuró entonces Amanda—. No la creía tan valiente.

—Lo era —comentó Adrián con la vista fija en algún punto de la mesa—. Más de lo que parecía. Yo la conocía bien. —Emitió un breve suspiro y miró a César—: Por eso te digo que Dunia nunca se hubiera alejado de mí.

César se puso en pie.

—Tengo que marcharme.

—Nosotros también —dijo Gerardo imitándolo mientras hacía una llamada con el móvil. Se dirigió a su mujer—: Le digo a Jan que baje ya.

Telma, que no había abierto la boca en toda la conversación, asintió, se levantó, se acercó a Adrián y le puso la mano en el antebrazo.

—Estoy segura de que César ha hecho todo lo posible. Lo siento mucho.

Alira miró a su cuñada. La encontraba cambiada. Durante el fin de semana había observado que amanecía demacrada y con profundas ojeras y que apenas participaba en las conversaciones. Gerardo también se mostraba preocupado. Y no había vuelto a sacar el tema de la venta de la casa y de la repartición de la herencia. La experiencia había sido traumática para todos. Habría que ser muy insensible si la desaparición de una persona no movía a la reflexión sobre lo importante en la vida, que era la manera de relacionarse unos y otros, y no lo material.

Adrián hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Gerardo también se acercó y le tendió la mano.

—No sé cuándo volveremos, ni si todavía estarás aquí.

Adrián lanzó una rápida mirada a Amanda y se encogió de hombros.

—Puede que la Guardia Civil haya dado carpetazo —dijo—, pero yo no. Tengo que pensar qué hacer con mi vida ahora. Buen viaje. —Miró brevemente a todos y salió del comedor.

César resopló. Se había preparado para la reacción de Adrián, pero no por ello podía dejar de lamentar su frialdad. Tal vez solo necesitara un poco de tiempo para recapacitar.

Alira acompañó a César, Gerardo y Telma al exterior para despedirlos. Jan esperaba apoyado contra el capó del coche concentrado en su móvil.

Aprovechando que su hermano y su cuñada cargaban el equipaje en el maletero, Alira se acercó para hablar con él.

—No hay alegría en esta casa últimamente —le dijo mientras lo envolvía en un abrazo—, pero me encanta que hayas venido estos días. Hacía semanas que no te veía y ya sabes cuánto me gusta tenerte por aquí. —Se separó un poco y cambió al tono bromista para repetirle las palabras típicas de cada despedida—: Estudia mucho, pórtate bien y no hagas rabiar mucho a tus padres, sobre todo a tu madre. La veo un poco apagada.

Jan soltó un resoplido y miró por encima del hombro para asegurarse de que sus padres estaban a cierta distancia.

—Yo qué sé qué le pasa —protestó susurrando—. Está un poco ida, como dándoles mil vueltas en la cabeza a las cosas. Y nerviosa. Se asusta por nada y me echa la bronca por tonterías.

—Aún tenemos que digerir lo sucedido, Jan. Dale tiempo. Seguro que se le pasa. Sabes que aquí me tienes para lo que sea, ¿de acuerdo? Bueno, y a tu padre también, claro.

Jan asintió y volvió a centrar la atención en su teléfono mientras se subía al vehículo.

Alira se despidió de Gerardo y Telma con unos besos rápidos. Esperó a que el coche se perdiera de vista para hablar con César.

—Te he hecho esperar y tienes prisa —le dijo fijándose en su expresión taciturna.

—No pasa nada por unos minutos.

—Estás preocupado. Se te nota. Adrián y tú sois amigos de toda la vida. Esta situación no es fácil. Al final se dará cuenta de que has hecho todo lo que has podido y más.

—Gracias, Ali. Me anima saber que confías en mí. —César pareció pensativo antes de añadir—: Qué poco sabemos de la gente con la que nos

relacionamos. Ha tenido que suceder esto para cuestionarme cosas. Adrián dice que jamás se lo hubiera imaginado de ella. ¿Cómo es posible convivir con alguien todos los días y no saber qué pasa realmente por su cabeza?

«Todo el mundo tiene secretos», pensó Alira. También ella.

Esa misma noche, cuando la casa estaba en silencio, a Alira le apeteció disfrutar de un momento de tranquilidad. Entró en el salón y se encontró con Amanda. Tumbada en el sofá, vestida con el pijama rojo de Adrián, contemplaba las últimas llamas del fuego.

Al verla, Amanda levantó la vista, se incorporó y, mientras señalaba el vaso que estaba sobre la mesa de centro, dijo:

—Ya sé que es lunes, pero me apetecía una copa. ¿Me acompañas?

Alira dudó unos instantes. Por un lado, no le apetecía estar a solas con Amanda; por otro, tarde o temprano tendrían que hablar con franqueza, aunque posiblemente nunca más recuperaran la cercanía y naturalidad de los viejos tiempos.

Se sentó en una de las butacas y aceptó la copa que le preparó Amanda.

Tomaron la primera en silencio. Durante la segunda, hablaron de cuestiones triviales. A la tercera, el alcohol produjo la desinhibición necesaria para tratar los asuntos que ambas sabían que tenían pendientes.

—¿Te acuerdas, Ali? —le preguntó Amanda—. Cuando éramos jóvenes te recriminé una vez que te diera lástima la novia del chico del que estabas enamorada. Ahora te comprendo. Es una historia muy triste. Qué sola se tiene que haber sentido Dunia. Qué desorientada. Me pregunto por dónde andará.

—En realidad, te recuerdo que me dio pena que no supiera el tipo de chico que era. Le ha costado años darse cuenta y reaccionar.

—Hablas como si la culpa fuera de él.

—A mí me dejó por ella y ahora es él quien la ha traicionado contigo. — Su tono se volvió irónico cuando preguntó—: ¿No es ese su pijama? Me pregunto si lo han llevado también otras antes. Probablemente. Al final, Dunia se ha hartado de los líos de su marido.

—Yo no soy un lío... —se apresuró a aclarar Amanda—. Oh, Ali. Deja que te explique. Sospechaba que lo sabías. Nos has estado evitando a Adrián y a mí. Las cosas surgen cuando menos te lo esperas. Hace mucho que estoy

sola y sabes que yo no estoy hecha para vivir sin compañía. Comenzamos hablando, recordando el pasado, claro, pero enseguida empezamos a encontrar momentos para vernos porque nos sentíamos a gusto juntos. De repente, ¡conectamos!

Alira se percató de que a su amiga le brillaban los ojos y no podía evitar sonreír cuando hablaba de él. Se había enamorado. Como una quinceañera. ¿Debería decirle que primero Adrián había intentado seducirla a ella? Probablemente no la creyera, o pensara que lo decía por despecho, con ánimo de herirla, y en parte sería verdad. Se mantuvo en silencio.

Amanda tomó un largo trago de su bebida y continuó, con voz algo pastosa:

—Lo siento mucho. Quise decírtelo, pero no encontraba el momento adecuado. Me repetía que, después de tantos años, tenías más que superado lo tuyo con Adrián, pero, al mismo tiempo, sentía que de alguna manera te estaba traicionando. Créeme: lo he pasado mal. Lo estoy pasando mal. Y temo por nuestra amistad. Pensaba contártelo, de verdad. Surgió el asunto de los de Aquilare y no quise añadir otra preocupación...

—Las amigas tienen que ser sinceras. —Alira lo dijo en voz baja, como si también hablara para sí misma. Ella tampoco lo había sido. Ni respecto a Adrián ni a Damer.

—Hay cosas difíciles de decir. Entiendo que me veas como una zorra desleal, pero ha sido superior a mis fuerzas. Y ahora lo de Dunia... Me siento un poco culpable por haber contribuido en parte a su decisión de largarse. Pero hubiera preferido que las cosas se hubieran desarrollado de otra manera, con el típico divorcio, por ejemplo. —Amanda se encendió un cigarrillo—. No sé cómo pedirte perdón, ni si debo hacerlo, porque lo volvería a hacer. No lo he podido evitar ni he querido hacerlo. Surgió, imparable. Por eso me desahogué con Irene. A ti no podía contártelo. Ojalá pudieras comprenderme, como siempre lo has hecho. Sé que te pido demasiado.

Alira la escuchaba sorprendida porque en su interior ya no rugiera la tormenta de la venganza con la misma intensidad de unas semanas atrás. Entonces le hubiera costado incluso escucharla, de tan rabiosa que se sentía. Pero en ese momento, con Damer continuamente en sus pensamientos, la confesión de Amanda no le producía el resquemor que había imaginado.

—Y ahora, ¿qué? —Alira se refería a todo; a su propia relación con Amanda y Adrián y al futuro de ambos.

—Adrián ha dicho que se marchará en septiembre, tanto si Dunia aparece como si no. Y si quiere, yo me iré con él.

—Lo tienes claro.

—Sí.

—Ocuparías el puesto de Dunia.

—Yo tengo más recursos que ella. Nada me aburre. Me conoces. Y nos entendemos. No me refiero solo al sexo, que también. Con toda su apariencia de tío duro, en el fondo Adrián es un hombre sensible a quien le pesa la soledad, aunque esté casado.

—No quiero que me malinterpretes, Amanda, pero... —Alira eligió las palabras con mucho tiento—: ¿Qué te hace pensar que no te acabará tratando como a Dunia? Y sabes a qué me refiero. Tú también te has dado cuenta.

Amanda se sonrojó.

—Adrián es un hombre que sufre. No es tan frívolo como lo pintas. ¿Sabes por qué seguía con ella? Por pena. Porque Dunia no tiene a nadie más en el mundo. ¿Tú te imaginas viviendo con una mujer así, tan mustia? ¿Cómo no le iba a responder él de malas maneras? Yo creo que la ha aguantado demasiado. El tiempo se nos escapa, Ali... No es justo que nadie tenga que soportar una carga así. ¡Ojalá no aparezca nunca! —Se llevó las manos a la cara como queriendo ocultarse del mundo por sus repugnantes deseos—. No debería pensar barbaridades, pero es que estoy hecha un lío. Si Dunia apareciera, pongamos por caso, porque se hubiera dado cuenta de su error, me temo que Adrián la perdonaría. No sé qué relación tienen. Él no la ama, pero no la abandonará. Me lo ha repetido varias veces.

Un pensamiento fugaz cruzó la mente de Alira. Si alguien se beneficiaba directamente de la desaparición de Dunia era Amanda.

—Si ella nunca apareciera, mejor para ti, bueno, para los dos, está claro —dijo, y su tono resultó un tanto brusco.

—Eso ha sonado cruel, Alira —le recriminó Amanda—. Yo no le deseo ningún mal. Al revés; ojalá le vaya bien esté donde esté. Quería decir que entonces él sería libre.

Alira suspiró profundamente. De repente sentía que no le importaba lo que los demás hicieran con su vida.

Amanda la miró con detenimiento. Luego, con el ceño fruncido, observó los cubitos de hielo de su vaso. Solía analizar los comportamientos ajenos comparándolos con los suyos para comprender o rechazar las reacciones de

los demás. Si ella estuviera en el lugar de Alira, no podría mostrarse tan serena. Solo Irene y ella sabían cuán enamorada había estado Alira de Adrián durante años. Se sentía desconcertada. Alira tenía un elevado concepto de la amistad, pero también era humana. Se preguntó si estaría tramando algo. Y, a la vez, se sintió ruin por dudar de ella. Tal vez no sirviera imaginarse en el pellejo de otro cuando este era moralmente más íntegro.

—Déjame decirte una cosa, Ali. Me sorprende tu actitud. Estaba preparada para que me gritaras, incluso para que me echaras de tu casa y de tu vida. Sin embargo, te veo cambiada, como satisfecha. Con todo lo que ha pasado...

Alira sonrió. No pensaba hablarle de Damer todavía. Guardaría su secreto todo el tiempo posible con el fin de no contaminarlo, para que nadie opinara, para no tener que describirlo o explicarse. Tampoco le parecía apropiado hablar de felicidad en esas circunstancias.

Entonces apareció Adrián. En su rostro se reflejó la sorpresa de encontrarse allí a las dos.

—No podía dormir y he bajado a ver la tele un rato.

—Puedes sumarte a nuestra reunión —dijo Amanda—. Estábamos hablando de..., bueno, de todo un poco.

Adrián eligió una butaca frente a la de Alira y aceptó la copa que le acercó Amanda.

Alira se percató del mal aspecto que ofrecía Adrián. Ojeroso. Alicaído. Cansado. Tal vez ya no estuviera enamorado de Dunia, pero desde que desapareció parecía otra persona. Su actitud burlona y jovial se había esfumado. Tal vez la amara, a su manera, y ahora estuviera arrepentido de no habérselo demostrado más, o de haberle sido infiel. Lo observó con cierto distanciamiento, como si fuera un hombre diferente al que había idealizado. Cuanto más conocía a Damer, más se daba cuenta de que había diseñado a Adrián en su mente a su conveniencia. La necesidad de alquilar las habitaciones le había brindado la posibilidad de tenerlo cerca de nuevo. Pero nada había salido como había soñado. Y ahora se daba cuenta de que no lo lamentaba demasiado. Ella ya no era la misma joven inocente de décadas atrás. Había vivido siempre en el mismo lugar, no había viajado tanto como Adrián o Amanda, pero había crecido, había madurado, se había fortalecido. Comenzaba a reconocer que el pasado a veces solo regresa para confundir, cuando debería quedarse quieto y no interferir en el presente. Nunca hubiera

sido feliz con él, y no era justo echarle la culpa. Eran demasiado diferentes en el fondo. Y lamentaba tanto tiempo perdido pensando en él.

Incómoda por tener que compartir esa improvisada velada con dos personas que le habían hecho sufrir —si bien el dolor ya no era tan agudo—, pero consciente de que la situación era complicada para todos, dijo:

—Nos desborda este asunto. Cuesta asimilarlo. Aunque hayan pasado ya varias semanas.

Adrián asintió con la cabeza.

—Tal vez no le faltaran razones para abandonarme, pero no así. Dunia no tiene a nadie en la vida. A nuestra edad, no es fácil comenzar de cero, y menos para ella.

—Igual se arrepiente y vuelve —dijo Alira—. O da señales. Por mucho dinero en metálico que llevara, tarde o temprano tendrá que utilizar la tarjeta del banco.

—Siento mucho los inconvenientes que esto te ha ocasionado, Alira. Deseábamos un tiempo de tranquilidad en este entorno tan maravilloso, con la pandilla junta de nuevo, y se ha estropeado...

Alira se puso en pie. Su alegría por el reencuentro del grupo se había disipado mucho antes de la desaparición de Dunia. No sabía cómo sería su relación con ellos en el futuro; en ese momento no le apetecía seguir allí con la pareja.

—Todo pasa, Adrián —comentó—. Os dejo. Mañana madrugo y si bebo una gota más, me dolerá la cabeza.

Cuando salió del salón, Amanda le pidió a Adrián:

—Ven a mi lado.

Pero él se levantó y se dirigió al hogar. Apoyó las manos en la repisa de la chimenea mirando abstraído el rescoldo.

Amanda se acercó a él y lo abrazó por detrás, en silencio, disfrutando del contacto de su cuerpo y pensando en cómo había cambiado todo.

Tras la desaparición de Dunia, se había cogido un par de semanas libres —aunque hubiera necesitado más— porque se había sentido incapaz de acudir a su trabajo en la emisora local. Había deseado realizar el documental de su vida y, sin pretenderlo, había pasado a formar parte de una historia escabrosa de la que todos los medios hablaban. Se había convertido en una interrogada más. Desde el principio tuvo claro que no diría ni una sola palabra sobre ese tema. Los comentarios de la gente en Mongraín, en la

prensa y en las redes sociales le resultaban insoportables. Desconocidos sacando conclusiones de todo tipo, opinando con total desconocimiento sobre lo que circulaba por sus imaginaciones contaminadas por lecturas y series de desapariciones que siempre terminan siendo un asesinato. Decenas de personas se habían convertido en inspectores y detectives desde los sillones de sus casas y decenas de fotografías de la casa, de sus amigos y de la zona inundaban las redes. A la fuerza había comprendido la petición de Alira de no sacar a la luz pública el asunto del padre de Damer. Resultaba odioso estar en boca de todos. Como los demás, ella también necesitaba recuperar la normalidad. Le proporcionaba cierta paz que el caso se archivara y que poco a poco la gente se fuera olvidando del tema. Cuanto antes pasara el tiempo, antes podría disfrutar de la compañía de Adrián abiertamente. No estaba tan afectuoso como antes, pero lo comprendía porque la situación lo había desbordado. Solo necesitaba tiempo y ella estaba dispuesta a esperar. Aunque la espera le estaba resultando demasiado larga... Desde la desaparición de Dunia no habían vuelto a dormir juntos, y lo echaba de menos.

—¿Vienes a mi habitación esta noche? —le preguntó acariciándole el torso.

—No sé cómo explicarlo —respondió él en voz baja—, y te sonará absurdo, Amanda, pero, ahora que no está, me parece que la traición es mayor. No sé cómo comportarme. Mis sentimientos están confusos. Te deseo, pero necesito respuestas.

Amanda torció el gesto. La presencia de Dunia tardaría en desaparecer más tiempo de lo que había pensado. A pesar de la evasiva respuesta, demoró unos segundos sus caricias por su torso antes de continuar por la nuca y la espalda. Estaba segura de que Adrián no podría resistirse a sus gestos cariñosos. En cuanto lograra que él volviera a compartir las noches con ella, comenzaría a olvidarse de Dunia. Deslizó las manos hasta sus glúteos y entonces Adrián se apartó con cierta brusquedad.

—No puedo.

Adrián regresó a su asiento y bebió el contenido de su vaso de un trago antes de decirle sin mirarla:

—Preferiría que no te volvieras a poner ese pijama. Me recuerda cómo me he portado.

Amanda apretó los labios ofendida. Y tuvo un presentimiento. Quizás solo había sido una aventura para él, sin más. Las palabras de que nunca

abandonaría a Dunia porque era un hombre de palabra, porque su mujer no tenía a nadie más en el mundo, cobraron un nuevo significado. ¿Y si no habían sido pronunciadas por alguien que sufría en silencio la atadura de un matrimonio muerto sino por un mentiroso?

Se marchó del salón sin despedirse, con los ojos llenos de lágrimas. Había traicionado sin dudar a su mejor amiga por ese hombre —que Alira pareciera haber encajado la deslealtad mejor de lo esperado no le quitaba gravedad—. Y que su relación pudiera no tener la profundidad que ella le había otorgado la dejaba en un lugar pantanoso.

Su deseada felicidad ya no dependía solo del transcurso del tiempo, sino de que Dunia nunca apareciera.

THUNDER (IMAGINE DRAGONS)

Miércoles, 13 de junio

Las sombras se escurrieron por las puertas y ventanas de la mansión apropiándose de los cielos claros y transformándose en nubes turbias que derramaron su simiente con agresividad durante días, aturdiendo a aves y pastos tiernos, embarrando caminos, agrietando la tierra y el carácter de las personas que habitaban los alrededores de Aquilare.

—Pues a mí me encanta la lluvia —dijo Malva mirando por una ventana del despacho biblioteca de la mansión—, aunque sea molesta.

Elegía, sentada en una butaca junto a otra ventana de la pared adyacente, apretó los labios y siguió con sus labores de costura. Había tenido que aceptar que la muchacha trabajara en la casa para ayudar a Alira porque no era fácil encontrar a quien quisiera desplazarse hasta allí por unas horas semanales. Llevaba un mes con ellos y no había encontrado ninguna razón para criticar su manera de realizar las tareas. Era voluntariosa, puntual y resolutiva. Cuando quitaba el polvo, trataba cada objeto con exquisito cuidado. Y no era torpe. Cuántas veces le había pedido a Crina que no corriera tanto, que luego pasaba lo que pasaba, que si se soltaban los adornos de las lámparas, que si se caía algún cuadro, que si se rompía alguna figurita de porcelana. Menos mal que Alira era habilidosa y arreglaba los desperfectos... La verdad era que no echaba tanto de menos a Crina como había pensado. Aunque, por otro lado, prefería su silencio a la cháchara de Malva. La joven siempre estaba dispuesta a entablar una conversación.

—¿A usted no? —preguntó Malva.

Sin levantar la vista, Elegía repuso:

—Lluvias en junio, infortunio.

—Qué dramático. Yo creía que con lo seco que estaba todo...

—Las lluvias ahora no son buenas para los campos y las cosechas. —El tono sentencioso de Elegía indicó que daba la charla sobre el tiempo por

zanjada.

Malva regresó a su tarea de fregar las anchas tablas de madera sin barnizar del suelo. En algunos tramos las juntas tenían el grosor de su dedo meñique. «Cuántas pisadas habrán soportado estos suelos», pensó. Las casas tan grandes como esa siempre habían albergado a muchos habitantes. Las familias de antaño constaban de muchos miembros y tenían mucho personal de servicio. Y todas las celebraciones familiares tenían lugar en las casas; no se iba de restaurante. Tenía que ser divertido, tanta gente junta, personas de diferentes generaciones conversando, bailando, jugando. Trabajaban mucho, pero encontraban tiempo para la diversión. Cuántas cosas estaba aprendiendo de Elegía. Era una mujer reservada, arisca y seria, pero también un pozo de sabiduría.

Y Malva ya sabía cuándo callarse y cuándo tirarle de la lengua.

—¿Este es el mismo suelo de siempre? —preguntó—. Quiero decir que ya no se ven tablas así de grandes. Bueno, en mi casa de Aquilare quedó alguna. Me refiero a cuántos años pueden tener.

Elegía ahogó un bufido. Le molestaba el pronombre posesivo. *Mi* casa, decía Malva con orgullo. Pues no era *su* casa. Se había apoderado de ella. Y sabiendo la joven como sabía que Elegía quería que se marcharan, allí estaba, mostrando un sincero interés por unas tablas de madera.

Malva le resultaba desconcertante.

Al principio Elegía había pensado que la económica no era su única razón para trabajar en la mansión. Había sospechado que pretendía espiarla, conocer de antemano sus movimientos sobre las denuncias. O lo contrario: ganarse su confianza con la ilusa convicción de disuadirla. O incluso algo peor: una vez dentro, ir llevándose cosas. O algo más retorcido todavía: engatusar a un inocente como Tomás para conseguir formar parte de la familia. Con el paso de los días, no obstante, su desconfianza, sus suspicacias y celos se habían ido debilitando. Por mucho que le costara, quizás debería comenzar a reconocer que Malva no tenía dobleces y era lo que aparentaba: una mujer de buenos sentimientos a la que le encantaba escuchar recuerdos del pasado.

—Es muy antiguo —comenzó a explicar Elegía—. En mi vida solo se ha cambiado el suelo del comedor, que estaba carcomido. En aquel entonces los hombres de la casa marchaban con hachas y sierras a cortar gruesos pinos de los montes comunales, con permiso del Ayuntamiento. Una vez cortados, los

desbastaban, es decir, los limpiaban de ramas allí mismo, en el monte, y hacían un agujero en un extremo para poder pasar una cadena que enganchaban a las mulas y así transportarlos hasta la casa. Aquí los dolaban, les quitaban la corteza y los igualaban. En épocas anteriores a las de mi padre, venían a la casa los tablajeros, hombres dedicados a hacer tablas. Luego ya se llevaban a la serrería. Una vez alisadas las tablas, aún se lijaban más y se dejaban secar. Y luego ya se clavaban sobre los maderos. —Levantó la vista de la costura y giró la cabeza hacia la ventana. «Qué ironías tiene la vida», pensó. Esos pinos la habían hecho recordar momentos entrañables. Luego otros pinos habían sido culpables de la reforestación de aquellas tierras y habían vaciado Aquilare. Suspiró—. Ah, qué tiempos.

Malva vio la nostalgia en su mirada perdida en el horizonte. En silencio, terminó de fregar el último paño de suelo que le quedaba, murmuró unas palabras de despedida y salió.

En el vestíbulo se encontró con Tomás. Solía coincidir con él alguna vez. Sostenía un paraguas entre las manos y parecía nervioso.

—¿Quieres que te acerque en coche hasta la entrada del pueblo? —le preguntó él tartamudeando un poco—. Con la que está cayendo...

De todos los habitantes de la mansión, a Malva le resultaba especial Tomás. Desde luego, nunca había conocido a nadie como él. Sus gustos musicales estaban en las antípodas de su imagen de caballero. Era tan educado que parecía que hubiera nacido en otra época. Pero siempre estaba dispuesto a ayudar a quien se lo pidiera, y eso era algo que ella valoraba por encima de todas las cosas.

—Claro que sí —respondió esbozando una amplia sonrisa.

Una semana más tarde, el refrán de Elegía cobraba sentido para Malva.

Los jueves no tenía que ir a la mansión, y estaba con Paloma y Pedro en casa de Damer. Por culpa de la lluvia que no había cesado en lo que llevaban de mes, no podían trabajar ni en las obras de reconstrucción ni en los huertos.

Era pronto por la mañana y la oscuridad presagiaba una nueva tormenta.

—No crece nada —protestó Paloma dando golpecitos de impaciencia en la mesa hecha de bastas tablas—. Y en las casas, las horas se hacen eternas. ¿Cuándo parará?

Paloma era habilidosa con las manos —tejía, hacía cerámica y pintaba— y muy organizada, pero en su casa no había nada más que ordenar, limpiar o pintar, y ya necesitaba actividades más dinámicas.

Sentado junto a ella, ordenando papeles, Pedro se encogió de hombros.

—Dicen que es cosa de pocos días. Según el calendario, hoy comienza el verano, pero me duelen los huesos como en febrero. Si lo llego a saber...

—¿Qué? —saltó Paloma—. ¿Ya te arrepientes?

—Solo era un comentario, sin más —respondió él a la defensiva.

Damer y Malva intercambiaron una mirada de extrañeza. Paloma y Pedro apenas discutían y siempre se hablaban con cariño y respeto. Cuando Paloma se levantó para preparar un té y depositó un beso en la coronilla de Pedro, les pareció que la cosa ya no iría a más.

Habían quedado para comentar la siguiente línea de actuación tras la reciente recepción del escrito de acusación que los avisaba de que tendrían que ir a juicio.

—A juicio... —Malva resopló—. Lo llevan por lo penal, no por lo administrativo. Veintiséis años de cárcel por delitos contra la ordenación del territorio, por delitos de daños, más multa por usurpación de monte público y dinero para sufragar la demolición de lo que hemos hecho. Buscan un castigo ejemplarizante para que otros no nos imiten. Cojonudo. Es inconcebible procesar a nadie penalmente por el hecho de repoblar núcleos abandonados. Vaya mierda de mundo. Y qué deprisa ha ido todo. Cuando el sistema quiere algo, acelera el mecanismo.

Pedro asintió con la cabeza. Qué primavera más odiosa. Como las malas hierbas o una plaga, el exceso de papeles también se empeñaba en inundar ese tranquilo lugar.

—La situación no pinta bien —dijo abatido—. La prensa oficial se calla, o nos presenta como los malos de la película. Solo hemos conseguido algún eco por las redes sociales. No sé, esperaba más apoyo.

Alguien dio unos golpecitos en la puerta llamando a Damer mientras abría sin esperar respuesta.

—Siento molestar —dijo Alira al encontrarse con la inesperada reunión. Normalmente no se veían por las mañanas, pero ese día había pensado dar una sorpresa a Damer—. Veo que estáis ocupados.

Damer se levantó para recibirla.

—Puedes pasar. —Le indicó que se acercara al hogar—. Sécate un poco.

Estás mojada. ¿No has traído paraguas?

—Lo he dejado en el patio. Lluve tanto que no me ha servido de mucho.

—Te traeré un té.

Alira se percató de que su presencia provocaba un silencio incómodo.

—Ya volveré en otro momento —dijo.

—Mejor te quedas y nos escuchas —intervino Paloma malhumorada—. Así sabrás en qué lío nos habéis metido.

Alira se sonrojó de rabia, pero trató de no perder los modales. Por Damer. Y también por Malva, con quien cada día tenía más trato.

—El procedimiento hubiera seguido su curso con o sin las denuncias de mi madre. —Miró a los cuatro, uno por uno—. Lo sabéis perfectamente. Esto no tiene que ver conmigo, sino con la Administración. Yo no hago las leyes. No se puede levantar un núcleo de población en un terreno sin la calificación de urbanizable. Es inviable para la Administración recibir informes y denuncias que dejan constancia de que se está vulnerando la legalidad y mirar para otro lado.

—Si tu madre no hubiera empezado, seguiríamos en paz —insistió Paloma—. Ella levantó la liebre.

—Te olvidas de los guardas forestales y de la Guardia Civil. Hoy es imposible pasar desapercibido. —Alira la miró a los ojos—. Reconozco que al principio rechacé vuestra presencia, pero ahora que os conozco más y comprendo vuestras motivaciones, siento que tengáis que pasar por esto. No es agradable y no creo que tenga solución. —Utilizó el plural por no aludir solo a Damer; todavía le costaba mostrar naturalidad en presencia de ellos, especialmente de Malva, aunque esta nunca hubiera tenido un mal gesto o comentario hacia ella.

Malva se acercó y se sentó junto al fuego en una silla de anea.

—Nos llevan a juicio. Hemos creado una página web para recabar apoyos de particulares y colectivos afines, y hemos abierto una cuenta para recaudar fondos para pagar al abogado. —Suspiró—. Vinimos aquí en busca de poesía, huyendo del sistema, y ya estamos liados en él. Me percibo como una buena persona, y ahora me enfrento a penas de cárcel y multa. Me siento desorientada. No hacemos ningún daño. Al revés. Nuestro mensaje es positivo.

Alira se sentó a su lado.

—Lo siento —dijo—. De verdad.

Paloma volvió al ataque:

—Pero estás de acuerdo. Si lo sintieras de verdad, nos apoyarías públicamente.

Y Pedro añadió:

—Eso tendría un gran valor para nuestra causa.

—Lo dudo... —dijo Alira.

—Ya lo has dicho, sí —la interrumpió Paloma—, la ley es la ley y hay que cumplirla. Esta no es mi ley. Yo no la he hecho.

—La ha hecho la mayoría.

Paloma se dirigió a Damer:

—¿No dices nada? —Su recriminación aludía al hecho de que no deseara dar su opinión ante Alira.

Damer respondió con claridad y tranquilidad, como si solo hubiera una postura obvia:

—Somos mayorcitos y sabemos cómo funciona el mundo. Otra cosa es que no nos guste. Y a mí no me gusta, no acepto esto. No pienso ir al juicio. No pienso moverme de aquí. Si quieren, que vengan a buscarme. Haremos ruido. Tanto que, al final, saldremos en la prensa en titulares. Es en vosotros en quienes percibo dudas. —Miró a Alira—. Yo no tengo ni una.

Alira parpadeó. Ya conocía su determinación. En su mirada detectó también desafío: ¿sabría estar ella a su lado o se acobardaría y renegaría de él cuando las cosas se pusieran feas?

El resplandor de un rayo inundó la habitación; al poco, un bronco trueno se fue extendiendo por el cielo. Como en un ensayo de un coro, se fueron empastando los ruidos de la tormenta —los truenos, el aire, las nuevas gotas de lluvia— hasta que la mañana se volvió infernal.

El teléfono de Alira sonó.

Leyó en la pantalla el número de Adrián y le extrañó, porque se acababan de ver durante el desayuno. Contestó y escuchó la voz de su madre, lo cual le extrañó más. Algo tenía que haber pasado y el teléfono de la casa no funcionaba si le había pedido el móvil a Adrián. Intercambiaron unas palabras, las suficientes para que Alira se tranquilizara antes de que el móvil se quedara fuera de servicio.

—Tengo que marcharme —dijo poniéndose en pie—. Se ha ido la luz.

—Te acompaño hasta el desvío —dijo Damer.

En el exterior, el ruido del agua estampándose contra las piedras y contra la lona del paraguas dificultaba la conversación. Caminaron por el lateral de la calle para evitar la corriente que discurría por ella, pero la tormenta era tan intensa que se mojaron igual.

Damer sujetó a Alira por la cintura atrayéndola con una mano hacia él mientras sujetaba con fuerza el paraguas con la otra.

—Tendríamos que haber esperado a que amainara —dijo con un tono agrio—. Si estuvieras trabajando en cualquier oficina, no habrías podido marcharte tan deprisa, ¿o sí?

Alira comprendió que le estaba reprochando que la mansión fuera siempre lo más urgente en su vida. A su mente acudieron frases del pasado, las mismas recriminaciones en boca de Adrián. La mansión, siempre en primer lugar.

—No estaba a gusto ahí dentro —replicó un poco a la defensiva—. Paloma me hace sentir mal. Como si yo fuera culpable.

Damer se detuvo para mirarla a los ojos.

—Solo debería importarte lo que yo piense de ti.

Alira sonrió con tristeza. Aquella era una frase hermosa, pero dura e irreal. Revelaba su propia cobardía. A ella también le importaba lo que pensarán sus seres cercanos; por eso no les había hablado de él. Y también le preocupaba que algún día, cuando la pasión hubiera aflojado su intensidad, el amor no fuera suficiente para salvar la distancia que los separaba.

Apoyó la palma de la mano en la mejilla de él. El agua creaba una fina película entre las pieles de ambos. Se puso de puntillas y lo besó en los labios. Damer para ella era como la luz antes del trueno, el aviso de que algo grande va a llegar. Se esforzaría porque la frustración causada por sus límites personales no venciera a sus sueños.

Al menos, lo intentaría.

—No has cogido tu paraguas —le dijo ella—. Ahora tendré que acompañarte yo de nuevo.

Damer le tendió el de ella y se aventuró fuera del pequeño refugio.

—No me importa mojarme.

En un segundo el agua lo había empapado pegándole la ropa a la piel, convirtiendo el cabello en pesados mechones de los que se escurrían hilos líquidos que le recorrían el torso, los brazos y las piernas antes de abandonarse a la corriente que lavaba el suelo.

Damer se diluía, se emborrataba, se transformaba en mil venas transparentes. Alira también quiso convertirse en agua. Entonces un golpe de viento le arrancó el paraguas de las manos y ella no trató de recuperarlo. Sonrió al verlo marchar volteándose y golpeándose contra las paredes. Y se unió a Damer.

Alira rio, saltó, chapoteó con los pies en el agua, alzó la cabeza para recibir la lluvia en la boca y gritó para competir con el ruido a su alrededor. Jugó como si fuera una niña. Con él y gracias a él.

Damer la abrazó y la invitó a un improvisado baile. Caminaron balanceándose suavemente hasta que una pared los frenó.

Con la espalda apoyada contra las irregulares piedras, Alira comprendió el deseo en los ojos de Damer e intensificó el abrazo.

Se amaron en la tormenta como si fueran dos seres destinados a separarse o a morir en cualquier momento, como si nunca más fuera a salir el sol, como si pertenecieran a un mundo que también se diluía y perdía su significado, como si no hubiera más asidero donde agarrarse que sus propios cuerpos.

Cuando Alira llegó a casa, sonriente, todavía excitada y con la cabeza agachada para que la lluvia no le quitara el sabor de Damer de los labios, Elegía la estaba esperando en el vestíbulo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó su madre—. ¿Se puede saber por qué has tardado tanto?

—He salido a dar un paseo y me ha pillado la lluvia.

—Cuando se tiene gente en casa hay que estar siempre pendiente.

—Ya estabas tú aquí. Me has llamado. He vuelto. Ya está. No veo el problema. —Alira pensó que su madre bien podría haber avisado a Tomás, que estaba trabajando en una obra de un pueblo cercano. Pero no. Las cosas de la mansión, hasta las más pequeñas, eran su responsabilidad—. Seguro que solo ha saltado el automático. Hasta Adrián lo podría haber comprobado.

—Lo he hecho yo. La luz ya va, pero ahora no hay agua. Con la tormenta se habrá atascado la toma. He abierto la llave de paso para usar la del pozo mientras tanto y nada. Tampoco funciona.

—Iré a echar un vistazo.

—Sécate primero, no vayas a coger una neumonía. Solo nos faltaría eso.

Alira corrió a su dormitorio. Se cambió de ropa. Bajó a la bodega. Comprobó que el interruptor de la bomba estaba accionado. Subió a la cocina. Abrió un grifo. No salía agua. Supuso que la toma en la boca del pozo se habría taponado. Cogió una linterna. Regresó a la bodega. Se metió en el túnel. Alumbró en dirección al agua. El pozo no estaba lleno hasta el borde como solía...

Se arrodilló. Metió la mano y hurgó en el agujero de la toma. Le extrañó la textura viscosa y grumosa del agua, como si el pozo se hubiera llenado de barro pegajoso.

Acercó el haz de luz y entonces vio el horror.

Gritó y gritó.

De rodillas regresó al túnel. Se puso en pie. Se golpeó la cabeza. Se le cayó la linterna. Corrió a oscuras sin dejar de gritar.

A su mente solo venía un nombre.

César.

Tenía que llamar a César.

THE END (THE DOORS)

*Doce días más tarde
Miércoles, 4 de julio*

—No pueden hacerlo. —Alira miró con espanto hacia la máquina excavadora que avanzaba por el camino de acceso a la mansión. En sus manos sujetaba un papel que le acababa de entregar la subteniente.

—Podemos y lo haremos —dijo Esther cortante—. Insisto en que lea la orden judicial.

Alira no la leyó. Miró en dirección a la casa. De la familia, solo estaba su madre. Qué oportunos. Nadie podría ayudarla. Y cuando Elegía se enterase...

—No pueden. —Repitió la frase varias veces, cada vez con un tono más agudo.

—Debes comprender... —César trató de explicarle las razones que habían llevado a la subteniente a tomar esa decisión, pero Alira se alejó sin escucharlo. La siguió hasta el lateral de la casa donde un par de albañiles organizaban herramientas y utensilios—. ¿Qué haces? —Lo adivinó—. Esto es ridículo.

Con el cuerpo pegado a las piedras de la fachada y los brazos abiertos en cruz, Alira dijo:

—No lo permitiré. La máquina tendrá que pasar por encima de mí.

César se acercó y le susurró:

—No lo pongas más difícil.

A Alira se le llenaron los ojos de lágrimas, de rabia y frustración.

—¿Por qué me haces esto? Podrías haberlo evitado.

—Cumpla órdenes, Ali. Creemos... La subteniente cree que en el fondo del pozo encontrará respuestas. Por las dimensiones no puede entrar un buzo. No hay otra opción.

—¿Sabes cuántos años tiene este lugar? ¡Siglos! ¿Y lo vais a destrozar? Que seas tú quien lo haga... —Alira entrecerró los ojos y habló rápidamente, como si fuera un reo desesperado que pudiera aplazar su sentencia de muerte si no callaba—. Seguro que hasta has sido tú quien ha marcado el punto exacto en el que excavar. Te conoces bien este lugar, por dentro y por fuera. Sabes que entre semana, por las mañanas, solo estamos mamá y yo en casa, que Tomás no llega hasta la tarde... —Rechazó el intento de César de tranquilizarla cogiéndola por los antebrazos, lo miró retadora y entre dientes añadió—: Venga, sácame de aquí a rastras, si te atreves.

César dio un paso atrás. Nunca había visto a su amiga tan fuera de sí y tan desafiante, ni siquiera en los interrogatorios. Se le ocurrió que tal vez tuviera algo que ocultar y odió ese pensamiento. Regresó junto a Esther, que no había perdido detalle de la escena.

—Le rogaría que no sea yo quien... —César se secó el sudor de la frente.

Esther suspiró con cierto hartazgo. Sería la edad, pero cada vez tenía menos paciencia. En sus comienzos hubiera agotado los argumentos posibles para convencerlo. Con los años había aprendido a no perder el tiempo. Se dirigió a los otros dos agentes que la acompañaban:

—Esperen a que la máquina se sitúe frente a ella y, si persiste en su actitud, oblígúenla a retirarse.

Mientras la excavadora maniobraba aplastando a su paso piedrecillas, hierbas tiernas y bichos, Elegía salió de la casa y se acercó a la subteniente.

—¿Qué pretende hacer?

—Se lo he explicado a su hija. Tengo una orden judicial. Vamos a hacer un hoyo en el suelo para poder abrir un agujero en la pared desde el que acceder al pozo.

Elegía se rodeó la cintura con un brazo. Con la mano del otro se frotó la barbilla, se tapó la boca, se acarició la mejilla.

—Su hija quiere impedirlo —continuó Esther—. Será obligada a retirarse. Creo que su actitud es desproporcionada, lo cual sorprende, francamente... —Esperó para asegurarse de que la mujer comprendía sus palabras: solo alguien que tuviera algo que ocultar se opondría a la labor de los investigadores—. Se hará el menor daño posible a la propiedad, tiene mi palabra. Con un agujero de un metro cuadrado en la pared podremos llegar al fondo del pozo y recoger muestras. Luego se dejará todo como estaba.

Elegía hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se dirigió hacia su hija, que estaba firmemente anclada bajo el balcón de la habitación de su madre. Dos agentes hablaban con ella. A poca distancia, César daba cortos paseos con expresión abatida cerca de dos hombres con botas de goma, buzos blancos y maletines. En la cabina de la máquina, un hombre esperaba con la puerta abierta a que alguien diera la orden de comenzar. Los otros operarios contratados observaban la escena con expresión de aburrimiento. La mujer no los conocía. Serían de Mongraín. Quería creer que nadie de la zona se prestaría a tocar una sola piedra de la mansión sin encargo directo de sus dueños.

—Permítanme —les dijo a los agentes, que se apartaron unos pasos. Miró a Alira—. Déjales, hija. —Extendió una mano y le presionó el antebrazo con suavidad—. Que acaben cuanto antes y se marchen.

Alira percibió rabia contenida en la actitud de su madre para aparentar fortaleza ante ella. Y algo más. Había dulzura en la manera en que la tocaba. Como si Elegía supiera que debía mostrarse firme para liberar a su hija de la carga de la debilidad que suponía la renuncia a sus nobles propósitos de defender la mansión con su propio cuerpo. Apretó los dientes y contuvo las ganas de echarse a llorar delante de todas esas personas que la miraban con una mezcla de compasión e incompreensión.

Siguió a su madre y se quedó junto a ella las tres horas que duró la operación de abrir las entrañas de la casa.

Con gran habilidad, la cuchara de la máquina fue horadando el suelo, retirando la tierra y amontonándola en pequeños montículos. A Alira le vino a la mente la imagen de una trinchera. Aquello que siempre le había parecido tan sólido se convertía en harina en las fauces del metal. Sin embargo, cuando el cazo se aproximaba a la casa, actuaba con una delicadeza sorprendente. Se acercaba con ímpetu, se detenía a escasos centímetros de la pared, apoyaba sus dientes y mordía con lentitud, como si lamentara esa caricia traidora.

Cuando el hoyo estuvo terminado, los operarios se introdujeron en él y comenzaron a golpear la húmeda pared del edificio con picos. Les costó un buen rato conseguir que se desgajara la primera piedra, como si la casa se negara a desprenderse de un fragmento que formaba parte del todo; como si la casa se negara a enseñar lo que había guardado durante siglos. En cuanto cayó la primera piedra, las siguientes se abandonaron como los granos de azúcar de un terrón aplastado.

El muro tenía un metro de grosor. Cuando los operarios calcularon que ya quedaba poco para llegar al pozo, afianzaron el hueco con una tabla y varios puntales y salieron de allí. La cuchara de la máquina dio un nuevo mordisco a la pared y comenzó a salir el agua del pozo. El fondo del hoyo excavado se llenó de agua. Parte se filtró rápidamente, aunque quedó una balsa de un par de palmos. Entonces los hombres con botas de goma y maletines ocuparon el puesto de los operarios. Hurgaron en el interior del pozo, tomaron muestras y metieron sus hallazgos en bolsitas de plástico.

«Tal vez en alguna de esas bolsitas esté la respuesta —pensó Alira—. Que terminen ya.» Deseó que cerraran esa herida infligida a la casa. Los lugares oscuros y ocultos no estaban acostumbrados a la luz. Pondrían las mismas piedras en el mismo lugar, pero ya no sería la misma pared. Tras la tierra que la ocultaría, quedaría una cicatriz.

César se arrodilló en el borde del hoyo y preguntó:

—¿Alguna novedad?

Uno de los técnicos le dijo:

—Lo previsible. Barro, varios dientes... Y esto. —Le entregó una bolsita con un objeto diminuto—. Yo diría que es una buena pista. ¿Dónde está la subteniente?

—Hablando por teléfono en la verja. Allí hay más cobertura. Yo se lo enseño.

César contempló el contenido de la bolsita. Apretó los labios y la guardó en un bolsillo del pantalón. Un leve mareo le nubló la vista. Ojalá no hubieran encontrado nada... Mientras caminaba hacia la parte delantera de la casa, se sintió tentado de ocultar esa información a su superiora. Pero el sentido del deber prevaleció. ¿Cómo iba a hacer eso? Jamás traicionaría los principios por los que trabajaba. Él defendía el bien y la ley, cayera quien cayera.

Se encontró con Esther justo cuando terminaba la conversación telefónica.

—Los de Toxicología —le informó la mujer—. ADN confirmado. Había tomado tranquilizantes. Y no hay dudas: la lesión se produjo en vida y el fallecimiento se produjo por sumersión.

César asintió. Sacó la bolsita de su bolsillo y se la entregó.

—Ya tenemos algo tangible —dijo Esther esperanzada.

Después del último interrogatorio, el de Crina, sus sospechas se habían

dirigido por fin a alguien concreto. Abrir el pozo estaba en la lista de acciones a realizar. Admitía que no había tenido mucha fe en encontrar nada relevante, así que aquella cosita era una sorpresa más que bienvenida. Llamó a los otros agentes y les enseñó el objeto.

—Entrad en la casa y registrad todos los dormitorios. Con un poco de suerte, habrá algo con lo que esto encaje.

Una hora más tarde los agentes regresaron con una prenda de ropa.

César miró a Alira.

No se había movido de allí en toda la mañana. Apoyada en el brazo de su madre, le pareció frágil. ¿Aún mantendría amistad con ese okupa? Qué inoportunos los pensamientos. Se empeñaban en mezclar todo tipo de información en su mente. Ya nada sería igual en su vida. Creía conocer a sus amigos, por su forma de ser, por su propio trabajo, y todo era una gran mentira. Menos mal que tenía a Irene a su lado. Ella sí que era una persona sólida.

Hacía demasiado calor. Tras las lluvias torrenciales, el agobio. Qué variable todo, el clima, las personas, los sentimientos...

Un coche apareció por la verja. Ya estaban todos. Los otros agentes indicaron a sus ocupantes que aparcaran allí y salieran.

Adrián y Amanda se juntaron con Alira y Elegía y conversaron sobre lo que estaba pasando. César reconoció gestos de asombro y de preocupación en Amanda, que pasó un brazo por los hombros de Alira.

Adrián siguió impasible.

Esther se aproximó a César con un brillo de triunfo en los ojos.

—¿Vamos?

César asintió abatido. La siguió hasta el grupo donde estaban sus amigos de la infancia.

—El ADN confirma que era Dunia —informó Esther sin rodeos—. Recibió un golpe y después murió ahogada. En las mismas fechas de su desaparición, alrededor de Semana Santa.

César observó la reacción de cada uno. Desde la aparición del cuerpo, doce días atrás, ninguno había barajado la posibilidad de que el cadáver pudiera ser de otra persona. La novedad trágica era conocer la causa de la muerte.

Alira y Amanda comenzaron a llorar. Adrián se frotó el mentón. Elegía cerró los ojos.

Esther se dirigió primero a Adrián.

—¿Es suyo este pijama? —le preguntó mostrándole la prenda.

Adrián entrecerró los ojos como si tuviera que pensar la respuesta a una pregunta tan sencilla.

—Sí —admitió con naturalidad—, aunque últimamente lo compartía con Amanda.

Esther se dirigió a Amanda:

—¿Es eso cierto?

Amanda asintió con la cabeza, pero no pronunció ni una palabra.

Esther apretó las mandíbulas. Luego inspiró hondo y exhaló el aire con lentitud, sin hacer ruido.

Se dirigió nuevamente a Adrián:

—Queda detenido por el asesinato de su esposa.

Y luego a Amanda:

—Usted nos acompañará también al cuartel.

«Un diminuto botón rojo», pensó César.

Esa era la prueba.

En principio, el fin.

VIVA LA VIDA (COLDPLAY)

Miércoles, 4 de julio

Al anochecer del mismo día de la detención de Adrián, Irene paseaba con Alira por un sendero de la colina cercana a la mansión. Hacía un calor sofocante y la combinación del agua del mes anterior y el sol radiante de julio había hecho crecer la hierba por todas partes. La mies que nadie segaba se erguía para los insectos y se ondulaba al viento.

«La vida está en su apogeo en Aquilare», pensó Irene secándose las lágrimas con un pañuelo. Y Alira y ella hablaban de muerte.

—Esther está segura de que fue Adrián. —Irene no podía dejar de darle vueltas a la información que le había sonsacado a su marido—. Pero César tiene dudas. Yo creo que le pasa como a mí, que le cuesta aceptar que esto haya pasado y que no quiere creer que uno de nosotros lo hiciera. Nos aferramos a una posibilidad: que Dunia se suicidara. Adrián insiste en que es inocente y Amanda en que no ha tenido nada que ver. Pero el botón es del pijama de Adrián, y él es un hombre fuerte. Tuvo que caérsele mientras la introducía en el pozo... —Se le escapó un sollozo—. Es horrible. Igual se lo arrancó ella. Pero, claro, Amanda a veces se ponía el pijama de Adrián... Y si se hubiera suicidado, ¿cómo es que el botón estaba en el pozo? ¿Quiso culpabilizar a su marido? No sé... Dice César que un botón es una prueba muy endeble. Que también se podría suponer que alguien lo hubiera arrojado allí para culpar a Adrián.

Alira asintió. Todo lo que decía Irene ya se le había pasado por la cabeza desde que se llevaran a Adrián y Amanda al cuartel ese mediodía. Irene había acudido para hacerle compañía y compartir su nerviosismo y amargura. Alira se sentía agotada, pero agradecía el paseo que le permitía alejarse de la mansión un rato. Y de los dichosos periodistas que merodeaban por la verja. Si por ella fuera, esa noche no regresaría.

—¿Ha dicho César si pasarán la noche detenidos? —preguntó. Ojalá fuera así. Se sentía incapaz de hablar con ellos.

—No lo sabe. Te entiendo. Si quieres, puedo quedarme aquí.

—Te lo agradezco, pero no es necesario, y tienes a tus hijos. Ya no son unos niños, pero seguro que perciben la tensión de estos días.

—¿Y si les mandas un mensaje pidiéndoles que hoy duerman en el hotel de Mongraín? —sugirió Irene.

—Eso sería admitir que los considero culpables. Y yo también quiero creer que Dunia se suicidó. No estaba bien. Se le notaba. La mitad del tiempo parecía ausente, por el alcohol y las pastillas.

—Tienes razón —asintió Irene—. Aun así, es una situación desagradable.

—Además, Adrián ha estado abatido estos meses. Y Amanda... —Alira recordó que esta había verbalizado su deseo de que Dunia no apareciera y dejó la frase en suspenso para que no pareciera lo que no quería. Ella pondría la mano en el fuego por su amiga.

—Amanda es una de nosotras. —Irene concluyó la frase con rotundidad—. Es apasionada, pero cabal. Y por mucho que la existencia de Dunia fuera una molestia para ella, o para ti, perdona que sea tan franca, no tendría ningún sentido cargarle el asesinato a Adrián. ¿No te parece? ¿Cómo iba a arriesgarse a perderlo? A no ser que... —frunció el ceño— quisiera vengarse, no sé, tal vez porque a él se le hubiera pasado la euforia. Un día me confesó que Adrián no estaba tan cariñoso como al principio. Que desde la desaparición de Dunia parecía otra persona. Como si le faltara algo. ¿Qué estoy diciendo? Lo mire como lo mire, sé que Amanda nunca sería capaz de una barbaridad semejante. Nos conocemos desde niñas. Si hubiese sido ella, la habríamos notado distinta. —Irene tenía que expresarse, convencerse de que todas sus dudas eran lógicas y comprensibles en aquel contexto anómalo. Su mundo siempre había estado delimitado, organizado por la normalidad, por el sentido común, por una clara diferenciación entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo inasumible—. Yo no me creo eso de las novelas o eso que dicen de que todos llevamos un asesino dentro.

—Yo tampoco.

—Y eso no es todo. Adrián insiste en que la noche que desapareció Dunia, él salió de su dormitorio y vio a Telma deambulando sigilosa y

nerviosa por la casa. No lo contó porque hasta él se había convencido de que Dunia se había fugado, pero ahora podría ser relevante.

—¿Telma? —preguntó Alira sorprendida—. ¿Y qué ganaba ella con la muerte de Dunia? Nada. —Suspiró—. Jamás pensé que la vida se pudiera torcer de esta manera...

Irene rompió a llorar nuevamente. Alira le frotó la espalda para consolarla. También a ella se le llenaron los ojos de agua.

—Perdóname, Alira —dijo Irene—. Hay algo más que debo decirte. He dudado si hacerlo porque cualquiera de las dos opciones implica traicionar a alguien querido.

—¿Qué más puede suceder ya, Irene? —susurró Alira con cierta preocupación.

—Antes nos lo contábamos todo. Me sorprendió no enterarme por ti, sino por mi marido de tu amistad con Damer.

Alira asintió. Damer le había contado todo el interrogatorio de Esther.

—No encontré el momento adecuado —confesó—. Me pareció que igual no lo comprendíais y no quise que me juzgarais. Todavía necesito un tiempo para... —miró en dirección a la mansión— enfrentarme a algunas cosas.

—¿Me estás diciendo que entre vosotros hay algo más que una amistad? Comprendió el silencio de su amiga como una confirmación.

—Entonces era él... —murmuró.

—No te entiendo.

—El día que me interrogaron vine a verte al anochecer. Ni siquiera llamé a la puerta porque te vi abrazada a un hombre y pensé que era Adrián y...

—Sacaste conclusiones equivocadas.

Irene bajó la vista.

—Lo siento.

Alira suspiró. Seguía viéndose con Damer a escondidas y por la noche. El único día que él se había acercado antes de cenar, su amiga había sido testigo del encuentro.

—Ojalá —dijo con tristeza— recuperemos aquellos tiempos en los que no estábamos todo el santo día disculpándonos y pidiéndonos perdón.

—Tienes toda la razón, Ali. Y en cuanto a lo de Damer, no te lo reprocho. Es más, me alegro por ti. Pero necesito saber qué hay de verdad

entre vosotros dos.

—¿Por qué? ¿Vas a juzgarme? —Alira se apartó molesta—. Igual te crees que él está conmigo por interés. Como si no pudiera amarme por cómo soy.

Irene se acercó y le apoyó una mano en el brazo.

—No es eso —dijo con firmeza—. Saber la verdad me ayudaría definitivamente en mi dilema.

—No comprendo adónde quieres ir a parar, pero si esto es lo que quieres saber, te diré que ya no puedo concebir mi vida sin él. ¿Es suficiente?

Irene cerró los ojos e inspiró profundamente.

—Sí —dijo abriendo los ojos—. Van a echar a los habitantes de Aquilare.

—Estoy al tanto. Esa es la intención.

—Dentro de dos días.

Alira parpadeó perpleja. Le costó unos segundos reaccionar.

—No pueden... El tema está judicializado.

—Ha habido una reunión con asociaciones y alcaldes de la zona. Temen que esto se alargue demasiado y se contagie a otras poblaciones abandonadas. El mensaje es claro: jipis fuera del territorio. No es buena publicidad para el tipo de turismo que desean en esta comarca. Se está organizando una manifestación en Aquilare. La Guardia Civil está avisada. —Meditó las palabras adecuadas—. Se espera que tenga que intervenir, a favor de los manifestantes, ya me entiendes. Creen que, aunque estos sean denunciados por agilizar lo que terminará sucediendo más tarde o temprano, no prosperará. ¿Unos ilegales denunciando a quienes defienden la ley? Sería un absurdo. Como la Justicia es lenta, primero los echan, luego ya se solucionará la parte burocrática, por así decirlo. Por eso lo llevan en secreto. Para que funcione, no debe enterarse nadie, y mucho menos la prensa.

—Sabes que correré a avisarlos. Estás traicionando a tu marido por mí.

—No tiene por qué saber que he sido yo. No se lo digas. Cuando tantas personas lo saben, es difícil evitar que trascienda. La postura de tu madre ha sido tan clara desde el principio que cualquiera de los manifestantes se lo podría haber contado a ella. —Sacudió la cabeza—. No sé qué tiene César contra esa gente. Se lo ha tomado como algo personal. Alira, yo te quiero y quiero que seas feliz. Pensé que debía decírtelo.

Irene sentía que no había estado a la altura cuando todas las sospechas se

habían centrado en su amiga. Odiaba haber dudado de ella. Quería recuperar el verdadero sentido que le otorgaba a la amistad.

Debía ser inquebrantable.

En cuanto se despidió de Irene, Alira bajó a Aquilare a paso ligero. Hacía apenas unos meses hubiera disfrutado de la noticia de que los invasores de Aquilare iban a ser expulsados. Pero sus sentimientos por Damer eran tan fuertes que no podía concebir la idea de que él se marchara. Eso significaría una despedida definitiva. ¿Adónde iría él sin ella? ¿Qué haría ella allí, sola, ahora que había conseguido sentirse acompañada?

No tenía muy claro qué podría hacer Damer con la información. ¿Acaso prepararse para enfrentarse a la Guardia Civil? ¿Cómo? Tal vez avisaran al abogado que habían contratado. O a la prensa. Sí. Eso siempre funcionaba. El poder teme a la prensa. Lástima que no pudieran contar con Amanda en esa ocasión. Pobre Amanda, tenía que estar sufriendo. Alira conocía la rabia de sentirse sospechosa. Y con el agravante de que los indicios también apuntasen a Adrián... ¿Cómo podría mirarlo a los ojos sin recelo o sin miedo?

¿Cómo podía la vida ser tan voluble? Las relaciones cambiaban, se tensaban, se ponían a prueba, se erosionaban, se reconducían o no. Alira le había rogado a Amanda que no empleara la información sobre el padre de Damer en sus reportajes. Ahora le permitiría hacer uso de todo el material que había ido recopilando durante esos meses si sirviera para que Damer no se fuera.

Que no se fuera. Que no se fuera. Por favor, por favor, que siempre estuviera a su lado.

Llegó a la casa de Damer. Lo encontró solo en el huerto de la parte trasera regando.

A Damer le encantaba regar.

Todos los días, al caer la tarde, se dedicaba a esa tarea. Silbaba cuando lo hacía. Meditaba. Disfrutaba viendo cómo el agua se arremolinaba alrededor de cada planta y desaparecía formando pequeños hoyos de barro. Tenía idea de montar un sistema de riego por goteo para no gastar tanta agua,

pero lo iba retrasando porque le apenaba despedirse de esa acción rutinaria, de ser él quien dirigiera el agua.

—¡Mira, Ali! —exclamó cuando la vio—. Crecen igual. Las cebollas que planté yo y las que plantaste tú. No veo ninguna diferencia. —Hizo el gesto de mojarla con la manguera, pero enseguida la notó nerviosa—. ¿Qué pasa?

—Me he enterado de que van a venir a echaros. Pasado mañana. Sé que no pueden, ni deben, pero lo van a hacer.

En silencio, Damer cerró el grifo.

—¿Por qué? En los medios de comunicación cada vez aparecen más noticias y artículos sobre la despoblación. Se les llena a todos la boca con esa palabra que suena a drama que hay que solucionar ya, pero a la hora de la verdad nadie hace nada. Este pueblo estaba abandonado y ahora hay vida. Seguro que si fuéramos de alguna cadena hotelera y hubiéramos convertido a Aquilare en un hotel del tipo *albergo diffuso* —pronunció la expresión con desdén—, con las instalaciones repartidas por los edificios del pueblo, todo el mundo estaría encantado.

—Mientras bajaba iba pensando en vuestras opciones, pero no se me ocurría nada. Es difícil luchar contra el poder. El dinero cuenta más que la ilusión. ¿Qué podemos hacer?

Damer la tomó por la cintura.

—¿Hablas en plural?

—No quiero que te vayas. No quiero. Pertenece a Aquilare. Me perteneces a mí. Y no es solo eso. He visto cómo trabajáis y me he acostumbrado a tener vecinos.

Damer le acarició el cabello, la mejilla, la mandíbula.

—Quédate conmigo esta noche. Quiero estar contigo aquí, en mi casa.

Aliraladeó el rostro y lo apoyó en esa mano fuerte y cada vez más áspera. Damer se lo pedía a menudo y ella se negaba. Podía estar un rato, pero no la noche entera. Como Cenicienta.

—No puedo. —Le contó lo sucedido en su casa. La excavadora. El botón. Concluyó—: No sé si Adrián y Amanda vendrán a dormir hoy a casa. No sé qué pasará mañana. No sé cómo estará mamá. No puedo desaparecer.

Damer aflojó el abrazo y se separó de ella.

—Tengo que hablar con los demás. Queda poco tiempo.

—¿Se te ocurre algo?

—Si quieren guerra, la tendrán.

Los grillos estaban especialmente agitados cuando Alira se acostó agotada por un día que parecía no tener fin. Los pensamientos le impedían dormir. Presentía que algo terrible iba a suceder. Hasta entonces su vida había sido ordenada y constante, incluso en el lento deterioro de su entorno. Ahora le aterraba aceptar que tal vez tuviera que enfrentarse a la inevitable llegada del caos que demolería por completo su reino.

Llevaba un rato dando vueltas en la cama cuando oyó el motor de un coche que se aproximaba y se detenía. Tomás hacía rato que se había retirado a dormir, así que supuso que sería Adrián, Amanda o ambos. Se asomó a la ventana y comprobó que eran ellos. Se bajaban de un coche patrulla.

Poco después oyó sus pisadas por las escaleras. Subían con sigilo. Dudaba que lo hicieran, pero aguzó el oído preguntándose si esa noche compartirían dormitorio. Volvió a acostarse preocupada por cómo se relacionarían todos al día siguiente. Era imposible que pudieran actuar con normalidad.

El sueño no llegaba.

Entonces alguien llamó a su puerta.

—¿Sí? —preguntó desde la cama a la vez que encendía la luz de la mesilla.

Entró Amanda en camisón. Todo en ella mostraba un profundo abatimiento. Se apoyaba en la manilla de la puerta como si le costara estar de pie.

—No puedo dormir sola. No puedo dormir con Adrián. No quiero estar con él. No sé qué quiero. No sé qué pensar.

Alira palmeó sobre la cama para que Amanda se acostara junto a ella, como cuando eran niñas. Amanda cerró la puerta con la misma lentitud con la que se aovilló a continuación en el lecho, como si a su cuerpo le costara entender la siguiente instrucción de su cerebro.

—Descansa —le dijo Alira—. Mañana será otro día.

Amanda comenzó a sollozar. Durante un buen rato fue incapaz de articular nada coherente. Por fin susurró:

—Cierro los ojos y me imagino qué pudo suceder. Pero nunca lo sabré.
Y ya nada será igual. Qué gran error. Todo. Qué mierda de vida.

ONE MORE TIME (THE CURE)

Meses antes

Madrugada del lunes 2 de abril

El dolor de cabeza era insoportable.

Dunia abrió los ojos. Pero no veía nada. Se encontraba en un lugar oscuro. Sería su dormitorio. Pero no estaba acostada en un lugar blando. Las manos no percibían el tacto suave de las sábanas, sino el áspero de granos de tierra húmeda y piedra fría.

Sentía frío.

Y un dolor terrible que se localizaba en la parte posterior de la cabeza. Tenía que dejar de beber tanto. El alcohol acabaría con ella. Ah, pero cómo le gustaba esa sensación de evanescencia, la lentitud con la que la realidad se difuminaba, la paz que no era posible mientras estaba sobria.

Había soñado que bajaba a una cueva y hablaba con alguien que hacía algo malo y ella lo descubría y la intentaban engañar, pero ella se daba cuenta.

¿Por qué le venía la imagen de Telma? ¿Qué tenían que ver la una con la otra?

¿Soñaba que soñaba, como en tantas otras ocasiones?

No le gustaba ese sueño. Deseaba despertar y volver a dormir.

Se encendió la luz un instante. Se apagó.

Y ahora, ¿quién la llamaba?

Ah, él. Pues que la sacara de ese lugar frío. Solo con eso sería suficiente.

Dunia cerró los ojos de nuevo y creyó dormir.

Tras su encuentro nocturno con Amanda, Adrián regresó a su dormitorio más pronto que otras noches porque ella tenía que madrugar. Vio que Dunia no estaba. Supuso que la encontraría en la planta baja buscando, como

siempre, algo que beber. No debería molestarse en rescatarla de su hábito, pero la lástima acumulada durante años lo empujaba a hacer lo único que todavía podía hacer por ella: que conservara la apariencia de dignidad.

Ya en la cocina, oyó un ruido extraño proveniente del hueco de la escalera, tal vez el de una puerta que se cerraba con sigilo o el de alguien que se movía con excesiva cautela. Se asomó al *office* sin encender la luz y reconoció a Telma subiendo las escaleras de puntillas. La tenue luz de la luna iluminaba el distribuidor y un tramo de peldaños. La crispación de sus manos, los hombros encogidos y la rapidez tensa de sus movimientos le indicaron que pasaba algo.

Adrián regresó a la cocina y esperó, no sabía muy bien por qué, ni qué ni a quién. Lo que hiciera Telma por la noche no era asunto suyo.

Se sirvió un vaso de leche fría y se sentó a la mesa a oscuras. Todavía se sentía satisfecho por el rato pasado con Amanda. Deseaba que el fuego que los unía no se apagara. Qué distinta hubiera sido su vida con alguien como ella, con su vitalidad, con su ímpetu y su ilusión contagiosa por todo. Qué lástima que cuando uno era joven no discerniera mejor qué le convenía. Si se hubiera enamorado de Amanda en lugar de Dunia, todo habría sido diferente. Incluso si se hubiera enamorado en la adolescencia de Amanda en lugar de Alira. La había amado. A Alira. Mucho. Pero eran muy distintos. El cariño que siempre había sentido hacia ella le había confundido al reencontrarse bajo el mismo techo. Si ella hubiera accedido, tal vez habrían disfrutado de unos buenos momentos juntos, pero al final habría llegado a la misma conclusión que en el pasado: Alira estaba demasiado apegada a esa casa y a esa tierra. Y él seguía pensando lo mismo que cuando era joven. Entonces no tenía ningún interés en transformarse en un ser rural los fines de semana. No comprendía las preocupaciones ni sentía la pasión de Alira por la tierra, por la historia de su casa, por el estado de los animales y las especies vegetales. El mundo se abría ante él como un lugar lleno de oportunidades maravillosas. El mundo moderno significaba velocidad, intriga, excitación. Aquilare —y en concreto, la mansión— era para él una máquina envejecida por el uso, atascada, a punto de detenerse. Él no tenía nada que ver con personas como Tomás, el padre de Alira: sus manos estaban ajadas; su rostro, curtido por el sol, y su ropa, gruesa, desgastada. El joven Adrián se visualizaba en un futuro cercano llevando trajes y relojes de moda, yendo al cine y al teatro,

tomándose copas en locales sofisticados. Y en ese futuro encajaba alguien como Dunia.

Dunia lo había atraído por su belleza, por su dulzura, por su fragilidad, por la posición económica de su familia. Luego la rutina los había engullido poco a poco. Como a muchos.

Quizás si hubieran tenido hijos, las cosas habrían sido diferentes. César le decía que cuando se tenían hijos, uno dejaba de pensar en sí mismo para preocuparse por ellos; se vivía entonces sin darse cuenta.

Quizás la clave de la felicidad estaba en eso, en conseguir vivir sin pensar tanto en uno mismo.

Pero Dunia y él no habían tenido hijos porque no habían podido ni lo deseaban tanto como para meterse en líos de adopción. Y él no se había arrepentido, y Dunia decía que tampoco, así que la causa del deterioro de su relación no la iba a encontrar ahí. Les había gustado más la sensación de libertad permanente, decidiendo en el último momento adónde ir de vacaciones, cambiando de residencia a su antojo. Podrían haber sido felices. Pero nunca habían dejado de pensar en sí mismos. Tantos años de pareja, solamente ellos dos, juntos en todo, habían terminado por pasarles factura. No surgían imprevistos. No se enfrentaban a problemas que resolver. Se dejaban llevar.

Habían perdido en el largo camino el significado del verbo *amar*.

Tampoco había que darle tantas vueltas.

Era algo que les sucedía a millones de personas en el mundo. Unas se separaban y otras continuaban juntas por inercia. Aunque era improbable que se dijeran cosas como las que Dunia le repetía: «Si alguna vez me abandonas, me mataré. Te juro que lo haré. Y tendrás que vivir con eso». Ya lo había intentado una vez. Una sobredosis de pastillas. Y él la había salvado. Podría no haberlo hecho, pero esto era algo que había pensado después. Su primer instinto al verla ahogarse en su propio vómito había sido ayudarla. Después Dunia había conseguido que él se sintiera permanentemente culpable. Y atado. Y hartado. Y asfixiado. Y contando los días hasta que surgiera otra ocasión propicia.

Pensó en Telma. El chirrido de los goznes de una puerta que podría ser la de la bodega, justo bajo la escalera. Qué extraño. ¿Qué buscaba allí por la noche? ¿También bebía a solas, como Dunia? Su actitud había revelado que ocultaba algo. La curiosidad guio sus pasos hasta allí.

Abrió la puerta y solo vio oscuridad. Palpó las paredes a ambos lados hasta que localizó el interruptor de la luz y lo accionó. Descendió unos peldaños y vio a Dunia en el suelo, como una muñeca de trapo, sin fuerzas, sin vida.

Su primer instinto no fue correr a ayudarla.

Solo pudo pensar en qué se había convertido.

Se avergonzó de ella.

Retrocedió y apagó la luz para borrar esa visión.

Sin embargo, no podía dejarla allí. Se preguntó por qué Telma, si había bajado a la bodega, sí lo había hecho.

A oscuras, fue acercándose a ella.

—¿Dunia?

No obtuvo respuesta. Pero escuchó un leve gemido. Se acercó un poco más, sin llegar junto a ella, manteniendo cierta distancia para que la cruel idea que se iba forjando en su mente no desapareciera.

—¿Dunia? —repitió—. ¿Qué te pasa?

—Sácame de aquí —suplicó ella.

—Lo haré, cariño —prometió él mientras su mente se introducía en un oscuro pasadizo a su derecha. «Ve por ahí —le decía una voz—. Líbrala de su mal. Líbrate tú.»

Adrián conocía adónde conducía el estrecho corredor. Había escuchado aquella historia de la escritora. Lo había visto. Nunca había tenido intención de imitar la acción del marido de la escritora.

Pero nunca había tenido la ocasión.

Se agachó y se introdujo a tientas.

—¿Me escuchas, Dunia? No puedo llegar hasta ti. Tienes que venir tú. ¿Puedes hacerlo? Puedes hacerlo.

Le respondió otro gemido.

—Gírate hacia tu derecha y sigue mi voz. Inténtalo. Puedes hacerlo. Te mostraré el camino. Sigue mi voz.

Continuó hablándole con suavidad, convenciéndola con instrucciones precisas, con palabras de ánimo.

—¿Lo notas? Cada vez estás más cerca de mí. Puedes salir de ahí. Tú sola.

—Tengo miedo —gimió ella arrastrándose—. Está muy oscuro.

Adrián llegó hasta el fondo del pasadizo. Con cuidado de no caer en el

pozo, colocó un pie en el bordillo a su derecha y el otro a su izquierda. Allí el techo era más alto. Podía mantenerse erguido. Procurando no perder el equilibrio se dio la vuelta para quedar de frente al estrecho túnel. Cuando comprobó que estaba seguro sobre el pequeño abismo, continuó atrayéndola.

—Tengo los brazos abiertos para ti, esperándote. Un último esfuerzo, Dunia. Un último esfuerzo y todo habrá terminado.

Dunia lo intentaba.

El dolor se extendía ya a todo su cuerpo, sobre todo a las palmas de sus manos y a sus rodillas. Ese sueño dolía demasiado. Pero la voz de Adrián le prometía que pronto terminaría todo. Y Adrián siempre tenía razón. Cuántas veces había despertado en sus brazos. Él la calmaba con paciencia, con ternura. «Ya ha pasado», le decía acariciando sus cabellos. Y era verdad.

Un último esfuerzo.

—Coge mis manos —escuchó.

Dunia extendió una al frente y la movió en la oscuridad hasta que tocó las de su marido. Extendió la otra en la misma dirección y sintió el alivio de la presión de la carne, la seguridad que anhelaba.

Las manos tiraron de ella con suavidad y la ayudaron a levantarse. Segundos después un pequeño tirón y unos fuertes brazos la sujetaban por la cintura y la mantenían pegada a un cuerpo que reconocía.

—Adrián —susurró.

—Soy yo, cariño.

—Eres tú.

—Sí.

—Me has salvado.

—Sí.

Dunia rodeó el cuello de Adrián con sus brazos. Estaba al borde del desmayo.

—Sujétame fuerte, Adrián. No me dejes marchar nunca. Como cuando éramos jóvenes.

Él estrechó el abrazo y pegó su frente contra la de ella.

—Todavía lo somos —dijo él.

Entonces Dunia sintió que el mundo perdía consistencia bajo ella.

Y regresó la humedad.

Comenzó cubriéndole los pies y los tobillos. Se apoderó de sus rodillas y de sus muslos. Experimentó la sensación de que una inmensidad de agua se empeñaba en deslizarla lentamente sobre el cuerpo de Adrián, alejándolo de él. Su rostro recorrió el cuello de Adrián, el torso, la cintura, su miembro, sus muslos. Sus manos se deslizaron por su espalda buscando un asidero. No quería desprenderse de él. Sus dedos se aferraron a algo redondo, diminuto, duro.

Si ese era su único asidero, no lo soltaría.

—Sujétame fuerte, Adrián —susurró—. Solo una vez más, por favor. Tengo frío.

—Pasará pronto —dijo él.

Pero ella sentía el agua subiendo por su cintura, su pecho, su espalda, su cuello.

Quiso gritar y no pudo. El frío, la humedad y la oscuridad se introdujeron por sus oídos, por su boca, por su nariz.

Odió esa pesadilla tan real, tan aterradora.

Experimentó el pánico de soñar que se moría con total nitidez.

Braceó para librarse de la fuerza que mantenía su cabeza bajo el agua. El momento de la liberación, del retorno de la consciencia tenía que llegar ya. Se ahogaba, se asfixiaba, se iba a morir.

Destellos de su infancia, de su familia, voces, sensaciones, recuerdos rápidos pasaron por su mente.

Allí no había salvación.

Adrián aguantó la presión hasta que el movimiento cesó.

Y cuando el arrepentimiento por lo que había hecho llegó, se repitió una y mil veces que Dunia había muerto sin darse cuenta. Como si eso pudiera disminuir la dimensión de la atrocidad que había cometido.

Después preparó las escenas de su teatro.

Y la primera consistía en avisar a todo el mundo de la desaparición de Dunia. Pensó unos instantes. Si hiciera desaparecer también su bolso, podrían pensar que se había fugado. No había tiempo para eso. Un bolso es un objeto grande. Algo más inmediato y sencillo... Su carné de identidad y alguna

tarjeta bancaria. Sí. Podría llevarlos encima todo el tiempo hasta encontrar el momento de deshacerse de ellos.

Después ya vería.

Estaba abierto a la improvisación. Se mostraría afligido. En su justa medida. Y si por lo que fuera, alguna vez le acusaban —¿con qué pruebas? —, repetiría hasta la saciedad que él no había sido y sembraría la duda de que Dunia podría haberse suicidado.

Una mentira repetida mil veces siempre acaba pareciendo verdad, incluso para uno mismo.

O contaría que había visto a Telma salir de la bodega.

Y eso sí que era verdad.

RED MORNING LIGHT (KINGS OF LEON)

Meses más tarde
Viernes, 6 de julio

—Si yo hubiera estado aquí, nada de esto habría pasado —dijo Gerardo mientras recorría con la vista el lugar donde la excavadora había abierto el agujero, que luego los operarios habían cerrado, como si fuera un experto en construcción comprobando que la obra se había ejecutado correctamente.

«El héroe...»

Alira comprendió que su hermano se quería referir a todo: al alquiler de las habitaciones, a la muerte de Dunia, a la ocupación de Aquilare.

—Y encima han citado a Telma... —continuó él. Miró su reloj. Las once y cuarto—. A la una. Maldita sea, Alira. Todo este lío por tu culpa. Ella no tiene nada que ver con este asunto. Ya puedes recoger las cosas de Adrián y que se largue de aquí. Si me lo encuentro, le partiré la cara. ¿Por qué tiene que venir ahora con que la noche de la desaparición vio a Telma por la escalera aparentemente nerviosa? —Gerardo jamás verbalizaría lo que le había contado su hijo: que no había sido una pesadilla, que aquella noche Telma lo había despertado—. ¿Has leído la prensa?

Alira asintió. Los periodistas estaban al tanto de todo, minuto a minuto. Cada interrogado había tenido su momento. También a ella la habían presentado como sospechosa y no se había sentido especialmente apoyada, ni siquiera por Gerardo. Ahora le tocaba a Telma. No dijo nada sobre esto, pero aprovechó para sacar otro tema:

—Hay algo que no hemos comentado. Dimos por supuesto que Dunia se había llevado las joyas...

Gerardo se giró hacia ella con las mandíbulas apretadas.

—¡No te lo consiento, Alira! —le gritó—. Me he callado hasta ahora, pero si vuelvo a oír otra insinuación como esta, me encargaré de acusar del robo a ese con el que andas liada. —Notó el sonrojo de su hermana—. Telma

me lo contó. ¿Cómo no iba a estar nerviosa? Conseguí que se liberara de esa carga. Desde el principio creyó que había sido él, pero te prometió que guardaría silencio y lo ha cumplido. Por respeto a ti y a la familia. Hay que estar ciega para no darse cuenta. ¿De dónde crees que saca el dinero para ir tirando el sinvergüenza? Entiendo que no quieras aceptar que quien te calienta la cama se aproveche de ti, pero al menos no me trates como si fuera gilipollas.

—¡No se aprovecha! —Alira se le encaró con ira—. ¡Me quiere, y yo a él! ¡Es un hombre íntegro! ¡No conoces a Damer! ¡Y tampoco a Telma!

—¡No te atrevas a poner a mi esposa al mismo nivel que él!

—¿Se puede saber qué os pasa? —Tomás se interpuso entre ambos.

No se habían percatado de su llegada.

—¡Tu hermana, que ha perdido el juicio desde que se ha liado...!

—¡Cállate! —le ordenó Tomás.

—¡Tú a mí no me haces callar!

Tomás se plantó frente a él. Le sacaba una cabeza y era el doble de corpulento.

—¿Quieres que lo intente?

Gerardo midió sus posibilidades y dio un paso hacia atrás. Con expresión de desprecio, agitó una mano y dijo mientras se alejaba un poco y les daba la espalda:

—Paso de vosotros.

Con los ojos llenos de lágrimas, Alira le recriminó:

—Como siempre has hecho.

Gerardo volvió sobre sus pasos.

—Los tres tuvimos las mismas oportunidades. Yo no tengo la culpa de que no las supierais o quisierais aprovechar. Hace tiempo que no sois mi responsabilidad. —Señaló a Tomás—. A mí también me gustaría tocarme los huevos todos los días, trabajar lo justo para sobrevivir y pasarme horas tumbado escuchando música. ¿Para qué vas a trabajar más si todo te lo dan hecho? Si tuvieras que pagar un alquiler o una hipoteca, ya veríamos. Y tú... —señaló a Alira—. Si esta casa te venía grande, haberlo dicho antes. Te has cobijado en ella por miedo. Durante años has decidido lo que te ha dado la gana. No me culpes de tus inseguridades. Podrías haberte largado hace años, como yo. Podrías haber trabajado fuera y venir los fines de semana. Si no lo hiciste, fue tu decisión. Yo pertenezco a este lugar tanto como vosotros,

aunque no duerma aquí todos los días. Lo echaba de menos cuando me iba a estudiar. Contaba las semanas para que llegaran las vacaciones y lo hacía también cuando empecé a trabajar. Os envidiaba por estar aquí tan tranquilos. Y luego me casé con Telma. Nunca os esforzasteis en conocerla de verdad. Las obligaciones crecieron... La vida se complica sin darnos cuenta. Yo también sufro por ver la decadencia de la casa y por ver envejecer a mamá. Pero me propuse mejorar en la vida, estudiar y colocarme bien, tener un hijo, proporcionarle una educación para que sepa cómo enfrentarse a su futuro... —La voz se le quebró. Hizo una pausa para mirar hacia la mansión, y luego abajo, hacia el viejo pueblo. Inspiró con fuerza y añadió—: Para que sea libre y no cargue con las ataduras emocionales que tanto daño me han hecho a mí. —Dio una patada en el suelo—. A la mierda todo —concluyó abruptamente y se alejó.

Alira y Tomás no supieron qué decir mientras observaban a Gerardo meterse en el coche y marcharse de la propiedad.

—¿Has visto, Ali? —dijo Tomás por fin con voz temblorosa—. Me he enfrentado a él.

Alira le acarició el brazo.

—Gracias por defenderme. Jamás había visto a Gerardo perder los modales de ese modo.

—Yo tampoco. Se le pasará.

«Pero ya nada será igual», pensó Alira.

Entonces apareció Amanda gritando sus nombres.

—¿Qué sucede? —le preguntó Alira.

—La que se está liando en Aquilare... —respondió Amanda—. ¡Dios mío! ¿Qué más puede pasar?

Elegía cerró la puerta del balcón de su dormitorio y se sentó en la cama aturdida. Había escuchado la discusión entre sus hijos. Como madre, se sintió muy disgustada. Sabía que Alira y Gerardo no se llevaban todo lo bien que ella desearía, pero jamás se hubiera imaginado el resentimiento que destilaban las palabras que se habían cruzado.

Y había algo más que no se podía terminar de creer.

¿Era posible que no se hubiera percatado de que Alira mantenía una relación especial con uno de esos vecinos?

Sabía que Tomás le estaba tomando afecto a Malva. Los había visto paseando alguna vez juntos. No le había extrañado demasiado. Malva era agradable y de buen corazón y su compañía parecía sentarle bien a su hijo, que por primera vez en su vida mostraba algo de alegría. Quizás tampoco le había dado mayor importancia porque creía que la chica ya tenía un novio, o pareja, o chico, o amante, o comoquiera que ahora llamasen los jóvenes a quienes amaban.

Lo que acababa de descubrir le resultaba del todo inaceptable.

Alira mantenía una relación con Damer.

Y por cómo se había referido a él, lo defendía con uñas y dientes. ¿Desde cuándo? Comprendió de repente por qué a su hija no le había afectado tanto la relación entre Adrián y Amanda. Ya estaba liada con el otro. Ya llevaban juntos unos meses.

Ordenó sus pensamientos según la intensidad de rabia que le producían.

Cómo había sucedido no tenía importancia: la gente se enamora y desenamora continuamente.

Que se hubiera liado con un hombre más joven le resultaba extraño en Alira, pero, por lo escuchado, visto y leído en la radio, en la televisión y en las revistas, era cada vez menos inusual en la actualidad. Y tampoco le extrañaba que las mujeres desearan la fuerza de la juventud. Ella misma había sido una mujer fogosa.

Que el elegido fuera uno de los nuevos habitantes de Aquilare, un okupa, un repoblador, un jipi al fin y al cabo, no le parecía nada apropiado para su hija; pero tampoco hubiera podido decir nada como madre a esas alturas de la vida. Ella estaba próxima a la muerte, y Alira era una mujer adulta. Ponerse a hablar de diferencias sociales a esas edades le resultaba irrelevante. Además, tampoco su marido provenía de una familia noble como la suya y había resultado ser un magnífico trabajador y un buen esposo en términos generales.

Ahora bien, que el elegido por su corazón fuera el hijo de aquel Felipe, el hombre a quien ella había odiado con toda su alma a lo largo de su vida, era una auténtica provocación.

Los sentimientos se podían guiar.

Alira tendría que haber frenado cualquier impulso de atracción por ese

joven.

Uno no podía amar a quien hería a algún ser cercano.

El concepto de familia incluía la fidelidad sin límites, sin excusas, sin excepciones. En su caso, si alguien hubiera herido de alguna manera a su propio esposo, ella habría cortado la relación de inmediato, por pequeña que hubiera sido la afrenta y por grande que hubiera sido el afecto. Si posteriormente él hubiera perdonado y retomado la relación, ella lo habría aceptado y actuado en consecuencia. Esta actitud tenía sentido. ¿Cómo iba ella a saludar siquiera a quien hubiese ofendido a su marido? Quienes comprendían el verdadero significado de la palabra *fidelidad* más allá del sexo llegaban a disfrutar de un matrimonio sólido y largo. Y, por extensión, quienes defendían a su familia jamás conocían la soledad.

Elegía jamás hubiera podido imaginar que su querida Alira la traicionaría de esa manera. Y la traición se sustentaba en la mentira. Los últimos meses habían sido, por tanto, una sucesión de mentiras.

Cuando desaparecía durante horas y decía que tenía que caminar más por salud; cuando llegaba tarde y decía que se había entretenido en Mongraín; cuando amanecía ojerosa y decía que padecía de insomnio, tal vez por la edad... ¡Cuántas mentiras habían salido por su boca! Y cómo la había defendido ella ante la subteniente. Ni por un segundo había creído a Alira capaz de nada violento... Esa no era la cuestión. A menos que hubiera descubierto a Alira ahogando a Dunia en el pozo, es decir, que lo hubiera visto con sus propios ojos, jamás habría puesto en duda su palabra y habría defendido a su hija ante el mismo Dios.

Porque en una familia no se cuestionaba la palabra.

En una familia, la palabra vivía disuelta en la sangre.

Se puso en pie, se acercó de nuevo al balcón y dirigió su mirada hacia Aquilare. No sabía a qué se había referido Amanda exactamente, pero veía movimiento de gente.

Echó de menos la tranquilidad perdida a lo largo de los últimos meses. Deseó que todo terminara de una vez. Midió sus fuerzas y todavía se sintió fuerte para tomar cartas en el asunto.

Decidió bajar hasta el pueblo. Tenía que hacerlo una vez más. Tal vez fuera la última. Tal vez allí encontrara otras respuestas que necesitaba.

Pero antes debía hacer algo.

Se dirigió a la habitación de Adrián. Iba a llamar a la puerta cuando esta

se abrió y apareció él.

—Vete de aquí —le ordenó ella—. Ahora mismo.

Adrián enarcó las cejas.

—Me disponía a marcharme, sí. Tengo que ir a Mongraín.

—Para siempre. Fuera.

—Esperaré a que Alira me lo diga. Es con ella con quien pacté el alojamiento.

—En esta casa todavía mando yo —dijo Elegía firme, orgullosa—. Empieza a hacer las maletas.

—¿O?

—No quieras saberlo.

Elegía le dio la espalda, descendió las escaleras y salió. Contempló el paisaje. El sol de julio abrasaba las flores más tiernas y convertía los caminos en ríos de polvo.

Pensó:

«Hace mucho calor, pero siento mi alma envuelta en hielo.»

Y:

«No se pueden dejar todas las decisiones en manos de los hijos.»

MY WAY (NINA HAGEN)

Viernes, 6 de julio

Tras el aviso de Alira, advertida a su vez por Irene, los habitantes de Aquilare habían trabajado día y noche durante dos jornadas para cerrar las entradas al pueblo con todo tipo de objetos: un viejo tractor, vigas de madera, el coche comunitario, un par de hormigoneras, estructuras de andamios, vallas, hierros, carretillas y sacos rellenos de tierra.

Alira pensó que llegaba a un pueblo sitiado.

A un lado, Damer y sus amigos encaramados en muros y tejados. Al otro, César, varios guardias civiles y un grupo de manifestantes con pancartas pidiendo que se fueran los okupas.

Los gritos de unos y otros se entremezclaban:

—¡Largaos de aquí, perroflautas!

—¡Esta es nuestra casa!

—¡No os queremos en esta tierra!

—¡Venid a echarnos si os atrevéis!

Acompañada de Tomás y Amanda, Alira se acercó a César, que estaba delante de los manifestantes, observando sin preocupación aparente.

—¿Cómo se ha llegado a esto? —le preguntó.

—Nos han avisado de que había lío —respondió él—. Hemos venido a ver si podemos calmar los ánimos. La gente de los alrededores está harta de que la Justicia vaya tan lenta. Temen un efecto contagio, y si algo hay en esta zona son pueblos abandonados.

Alira lamentó que su amigo le mintiera. César ya sabía que aquello iba a suceder.

—Por eso mismo tendrían que estar ilusionados con sus nuevos vecinos. —Ella misma se sorprendió de cómo había cambiado su perspectiva—. Han demostrado que son buenos trabajadores. Seguro que si fueran belgas,

ingleses y franceses y hubieran comprado el pueblo los verían de otra manera.

—Igual que tú hace unos meses —le recordó César—. Y precisamente ahí está la diferencia. En otros lugares hay gente con dinero dispuesta a pagar por aldeas abandonadas. Y donde no hubo expediente de expropiación, los dueños aún sueñan con sacar algo de dinero.

—Todo se reduce al dinero.

César se encogió de hombros, como si lo obvio no admitiera comentarios.

—Creo que hoy se darán por avisados —concluyó—. Ya verás que pronto empiezan a marcharse. En el fondo son cobardes.

—No los conoces.

Alira comenzó a caminar en dirección a Damer. César la retuvo sujetándola del brazo.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hablar con ellos.

—¿Qué tienes tú que hablar con ellos?

—Eso es cosa mía.

La expresión de César se endureció.

—¿Qué te ha dado ese tipo?

—César, por favor... —intervino Amanda sin comprender muy bien la reacción de su amigo.

Alira lo miró a los ojos sorprendida y defraudada a la vez. Percibió el ataque de los celos en su comentario y en su tono. ¿A esas alturas de sus vidas? Tal vez César le hubiera perdonado que prefiriera a Adrián en su corazón, pero con Damer era diferente. César no soportaba ser el perdedor en esa comparación, aunque ya no fueran los jovencitos de antaño ni los uniera ninguna relación sentimental. A la vanidad —al amor propio— no le salen arrugas.

—¿De eso se trata? —le preguntó.

—Tienes que elegir. —César le apretó con más fuerza el brazo—. O ellos o nosotros. Aquí no hay términos medios.

Alira hizo un gesto brusco y se liberó.

—Siempre los hay —dijo antes de alejarse en dirección al pueblo, seguida de Tomás.

Un compañero de César les salió al paso.

—¿Hay alguna ley que me prohíba acercarme? —le preguntó ella retadora.

El guardia civil miró a César, quien hizo un gesto despectivo con la mano para indicar que los dejara pasar.

Amanda, que había observado la escena atónita, le preguntó a César:

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué me he perdido?

—Que anda liada con ese Damer. Pensaba que lo sabrías. ¿No sois tan amigas? Bueno, eso de la amistad está sobrevalorado... Me pregunto cuándo dejó nuestra Alira de ser transparente. Quien calla tanto es porque tiene algo que esconder o reprocharse. Es imposible que no la avergüence esa relación. Ya verás qué dura será la caída. No sé si se merece que entonces estemos allí para recogerla.

Amanda, sorprendida, dirigió su mirada hacia el pueblo.

En esos momentos Alira llegaba a una de las fronteras trazadas con sacos. Desde lo alto de la barrera, Damer se arrodilló y le tendió la mano para ayudarla a trepar por ellos. Luego la abrazó con una intensidad que Amanda apreció desde la distancia y también envidió. Pensó en los últimos meses de su vida y en cómo su egoísmo y su relación con Adrián la habían hecho olvidarse de todos los demás, incluida su amistad con Alira, tan larga y querida como su propia vida.

Agachó la cabeza y murmuró:

—Yo sí estaré.

Elegía no perdió detalle de la situación.

Cuando vio que Tomás y Alira traspasaban la línea imaginaria que separaba a la Guardia Civil del pueblo, tuvo una revelación. Dos de sus hijos, atrincherados con sus propios enemigos. El tercero, en el cuartel con su nuera. La ira se iba abriendo camino en su interior. En su casa centenaria se había cometido un asesinato; lo del suicidio resultaba difícil de creer.

Tampoco importaba mucho. Las habladurías no se terminarían nunca.

¿Cuándo había comenzado la transformación? ¿Cómo no se había dado cuenta de que era más profunda, menos inofensiva de lo que pudo haber sospechado?

Sus hijos tenían que estar sufriendo. Los cambios siempre producen sufrimiento. Las decisiones acarrearán dolor. Los dilemas minan el carácter más sólido.

Los conocía bien.

Gerardo era ambicioso: en el camino de la ambición nunca había fin y sí un recorrido gobernado por la ansiedad. Tomás, por el contrario, era un hombre débil por naturaleza; tal vez, si no hubiera tenido el cobijo de la mansión y de la familia, se habría visto forzado a buscar nuevos horizontes. Alira, la más fuerte, la más cabal y constante, se había construido un mundo en el que había conseguido creer ciegamente y que había convertido en su religión; un mundo tan real y tan falso como tantos, como el de todos, al fin y al cabo. Renunciar a él, aunque fuera de manera parcial o temporal, tenía que provocarle desasosiego.

Qué extraño y qué triste le resultaba ver envejecer a sus propios hijos.

Suponía demasiada vida, demasiada información sobre ellos cuando lo que realmente desearía sería regresar a los cantos infantiles, al beso de buenas noches durante el arropamiento, a la ilusión contagiosa mostrada frente a las novedades de la existencia. Después —resultaba difícil señalar en qué momento preciso— llegaba la frustración.

Y permanecía.

No podía ni regresar ni llevarlos de vuelta al pasado lejano y feliz. Pero sí podía terminar con el pasado agotador, espeso y recio. Librarlos de su mal.

Tal vez pudiera ofrecerles un nuevo nacimiento.

Era su obligación como madre.

Tomó el camino de vuelta a la mansión y se dirigió hacia el porche trasero donde aparcaban los coches. El de Adrián no estaba. Bien. Le había hecho caso y se había largado. Entró en el cuarto de herramientas. Vio varios bidones entre los utensilios de labranza. La gasolina se guardaba en los rojos. Cogió uno con cada mano.

Entró en la casa por la puerta del jardín y subió la escalera hasta el último piso.

Sus pensamientos se mezclaron con sus propósitos. Se convirtieron en palabras. Se hablaba a sí misma; hablaba con su marido; hablaba con el tiempo y con la mansión.

—Te lo repetí muchas veces, Tomás. Esta casa es mía, yo la heredé; tú aceptaste casarte conmigo; tú aceptaste lo que supone hacerse cargo de un

patrimonio importante; tú aceptaste que lo mantendríamos y cuidaríamos hasta que lo entregáramos al primogénito; la dueña soy yo y, a diferencia de otras mujeres, he hecho y seguiré haciendo lo que a mí me parezca bien.

Comenzó a verter gasolina por los cuartos de las torres, calculando bien la cantidad para que cundiese y asegurándose de empapar los tejidos de cortinas y sillones.

—Cuando te atreviste a invitarme a bailar, Tomás, tenías treinta y dos años y yo veintisiete y muchas ganas de casarme. Fui muy clara: como hija única y heredera de mis padres fallecidos, necesitaba un hombre a mi lado para encargarse de la propiedad y con el que tener hijos y acompañarme hasta la muerte, cosa que no has hecho, por cierto. Te me fuiste antes. Había coincidido contigo varios años en fiestas de los pueblos cercanos, me gustabas físicamente, tenías fama de buen trabajador en el valle vecino del que provenías y a mí no me importaba que fueras de una casa más pobre. Valoraste la situación y reconociste que, además de mejorar tu situación, no encontrarías a otra mujer con mi energía. Tú habías nacido para vivir de la tierra y sabías que podías ser un buen amo. A los pocos meses ambos fuimos conscientes del acierto de nuestro matrimonio.

Llegó a los dormitorios de la segunda planta.

—Nos complementábamos, nos respetábamos, nos entendíamos. Las tierras producían; el ganado estaba bien alimentado y engendraba como debía; la bodega y la despensa estaban siempre llenas, las cuentas del banco, saneadas, y nunca faltaba leña en los hogares de esta casa. Y, sobre todo, tuvimos tres hijos sanos.

Terminó el segundo bidón en su dormitorio de la primera planta y lo dejó allí. Bajó al almacén a por otros dos y centró sus esfuerzos en la planta baja.

—Mi único deseo en esta vida siempre fue que todo continuara igual, como siempre, como debía ser. Nunca pensé que la soledad llegara a Aquilare. Maldito Felipe. Maldito país. Dicen que progresamos, pero no sé en qué dirección. Dicen que hay que mirar hacia el futuro... ¿A qué futuro?

Roció las butacas del salón, los arcones del recibidor, las cortinas del comedor, la mesa, las sillas tapizadas, las estanterías del despacho y, por último, la cocina, donde tiró un bidón y cogió una caja de cerillas y unas hojas de papel de periódico. Regresó de nuevo al salón y repitió el recorrido,

prendiendo en cada estancia un pedazo de papel que arrojaba a los pies de las cortinas.

El fuego comenzó a ganar fuerza con rapidez, pisándole los talones mientras Elegía se dirigía hacia la escalera. Allí se detuvo y contempló las llamas.

De repente, sintió un inmenso cansancio. Miró a su alrededor.

Allí estaba su historia; toda su vida y la de sus antepasados.

Pronto no quedaría nada.

Y sospechaba que el mundo no se inmutaría por esa pérdida. Al fin y al cabo, la mansión Elegía, con todas sus anécdotas, logros y miserias, no era sino una minúscula mota de polvo en la inmensidad del universo.

Prendió las últimas hojas de papel y las tiró en los rellanos de los dormitorios.

—Ah, Tomás. ¿No te arrepientes de nada? Si yo no hubiera sido tan inflexible, o si tú te hubieras enfrentado a mí, ¿habría sido mejor nuestra vida lejos de aquí? El sentido del deber, el compromiso con la tierra... Qué pérdida de tiempo. Maldita vergüenza, maldita cobardía. Ambos esperábamos que el uno intuyera lo que el otro no decía y actuara en consecuencia. Pero ahora nada de eso importa ya, ni tiene remedio. Y no te pido perdón porque sé que en esto sí que estamos de acuerdo.

Se dirigió a su dormitorio y se tumbó en la cama.

Para poner en práctica su decisión de terminar con el pasado, se escudaba en su ira contra lo que no le gustaba de la vida que le había tocado vivir en las últimas décadas, especialmente desde la muerte de su marido; pero en el fondo de su ser sabía que aquel sería un fuego liberador para todos.

Ella dejaría de sufrir por lo que le sucediera a la mansión, pues ya más nada podría pasarle.

Sus hijos dejarían de discutir por la herencia de la casa y podrían dividirse fácilmente los campos, que poca cosa valían. Les daba la libertad. Que dispusieran de ella como desearan.

Y Alira sería la que se sentiría más libre.

«Tomás, si nuestra hija ama a ese hombre —pensó con los ojos cerrados mientras percibía el calor y el humo que se aproximaban—, que envejezca con él.»

Pero no en su casa. La mansión ya había perdido su significado.

Que empezaran de cero. Que crearan su propio hogar.

«Tomad vuestra vida, hijos míos. Hacedla de nuevo.»
Y el resto del mundo que se fuera al infierno.
Ella tampoco se llevaría un recuerdo especialmente bueno de él.

Damer estaba agotado.

Los dos últimos días habían puesto a prueba la fortaleza de los habitantes de Aquilare. Apenas habían dormido, obsesionados por convertir el pueblo en un fortín inexpugnable. Todos eran conscientes de que las murallas de sacos ofrecerían poca resistencia ante cualquier máquina enviada por orden judicial, pero también sabían que eso tardaría, así que, de momento, cumplirían la función de mantener a esos ridículos manifestantes fuera de las calles. Sus únicas armas eran las piedras y la voluntad férrea de mantenerse allí.

Damer, desde luego, no se iría a no ser que se lo llevaran a rastras.

Alira le había hecho recobrar fuerzas.

La estrechó entre sus brazos y gozó de la inesperada brisa que jugueteaba con su cabello aliviando el calor del día. Se sintió como el rey guerrero que disfruta de un descanso en la batalla. Aunque su reino no fuera más que un montón de piedras, con ella a su lado encontraba el sentido para defenderlo con más ahínco. Sentía que su causa era noble solo por el hecho de haberle dado sentido a su existencia.

Pelearía por eso, que para él lo era todo, hasta las últimas consecuencias.

—Están esperando cualquier excusa para cargar contra vosotros —le advirtió Alira—. No uséis la violencia. Una sola piedra que lancéis y se acabó.

—Si ellos no atacan, nosotros no responderemos.

Alira percibió en él una euforia extraña.

—¿Cuánto aguantaréis esta situación? ¿Cómo están los demás?

Damer miró a Malva —a cuyo lado se había sentado Tomás—, a Paloma y a Pedro, quienes ocupaban posiciones estratégicas sobre muros próximos mientras que los más jóvenes aguardaban en los tejados.

—Nos mantenemos firmes —dijo tras una leve vacilación—. Sin fisuras. —Señaló a los manifestantes—. No tienen razón. Se aferran a la negación por la negación. Ni siquiera se han molestado en conocernos.

—Esto es solo el principio. Vendrán otros días.

—¿Pretendes desanimarme?

—Solo soy realista. Yo no podría vivir en un lugar donde no me quisieran.

—Según esa teoría, nadie se movería de su sitio. —Como Alira no respondió, añadió—: Tú sí me quieres.

—Sí.

—Y me comprendes.

Alira desvió la mirada.

—El amor incluye la comprensión —dijo.

—Eso me suena más a teoría cristiana aprendida que a tu opinión.

—¿Qué esperas que te diga? No quiero que te vayas de mi lado. No concibo ya mi vida sin ti. Pero...

—Pero entiendes las razones por las que no quieren que vivamos aquí. —Damer se alejó unos pasos, como si necesitara espacio para pensar. Con el pie trazó rayas en el polvo del suelo formado por los sacos rellenos de tierra. Se frotó el rostro con las manos. Miró al cielo, resopló y regresó junto a ella —: Nosotros no nos hemos apropiado de viviendas que tienen dueños, Alira. Precisamente nos pareció que este era un lugar apropiado para desarrollar nuestro proyecto porque es del Estado, es decir, público, de todos. Por interés general, expropiaron estas tierras. Por interés general, queremos resucitarlas. Has visto lo que hemos conseguido en poco tiempo, una cosa tan sencilla como dar vida. Yo nunca he querido únicamente que me explicases cómo era la vida aquí. He querido y quiero vivirla. Vivir en paz; eso es lo que quiero. Si no has comprendido esto, no me has comprendido a mí. Si no has comprendido esto, significa que justificas la presencia de esos trogloditas y de la Guardia Civil. Pues ahora te pido que decidas; te pido que seas heroica o razonable.

Alira escuchó su argumento sin intervenir.

Nunca hasta ese momento había visto ni un ápice de odio apoderarse de las facciones amables de Damer. La duda se instaló en su corazón. César le había pedido que eligiera bando. Y Damer hacía lo mismo.

Para ella, el verdadero amor no planteaba ni dilemas ni opciones existenciales entre las que elegir. Se amaba sin condiciones, a pesar de todo, por encima de creencias e ideologías, contra viento y marea. Ella nunca le habría pedido a Damer que eligiera. Lo había aceptado tal como era. Quizás

fuera él quien no la comprendiera. Elegir implica descartar una opción. Y ella nunca rechazaría lo que había sido su mundo hasta entonces.

Lo miró a los ojos.

Adoraba esos ojos de color castaño que emitían reflejos dorados con el sol. A través de ellos buceaba en su interior cuando hablaban, cuando se amaban, cuando callaban, cuando reían. Esos ojos nunca mentían. Ahora, ojerosos, entrecerrados por el cansancio, reafirmaban la decisión y la tenacidad que emanaban de su corazón. Alira no podría ablandarlo. Ni convencerlo.

Y tampoco tenía claro que quisiera hacerlo.

—Yo solo me atrevo a pedir aquello que estoy dispuesta a dar —dijo ella—. Esta es tu guerra, no la mía.

Entonces comenzaron a oír gritos tanto desde el grupo de manifestantes como desde algunos puntos de Aquilare.

Una palabra fue haciéndose comprensible:

—¡Fuego!

Alira miró en la misma dirección que todos, hacia el oeste, hacia las colinas, en una de las cuales se levantaba su casa, y el horror se apoderó de su ser mientras la brisa se convertía en viento.

En viento que avivaba las llamas.

Las llamas en forma de melena de fuego que parecía aspirar el cielo.

El cielo azul, limpio y claro, bajo el cual la mansión Elegía ardía.

A DÓNDE IR (VIVA SUECIA)

Viernes, 6 de julio

Todos, manifestantes y habitantes de Aquilare, se olvidaron de sus bandos para unirse en una causa común.

Corrieron hacia la mansión y, liderados por Tomás y César, buscaron mangueras, cubos y tomas de agua, y trataron de contener el fuego que cada segundo se tornaba más virulento. Había que resistir hasta que llegaran los bomberos. Y se repetían estas palabras para darse ánimos, para convencerse de lo imposible.

La mansión no tenía salvación. Y quien estuviera dentro, tampoco.

—¿Dónde está mamá? —se preguntó Alira mirando a su alrededor.

Comenzó a buscar a Elegía con creciente desesperación. No la encontró. Rodeó la casa.

Buscó en el jardín, en el huerto, en el palomar, por si hubiera huido para no ser testigo del infierno que devoraba su casa. Elegía no estaba en ningún sitio. Por último, miró en el cuarto de herramientas del porche trasero. Le pareció que estaba más desordenado que de costumbre. Y se dio cuenta de que faltaban los bidones rojos de gasolina...

Presa de un súbito presentimiento, corrió hasta la fachada principal, donde César, subido a un improvisado andamio que sujetaban Damer y Amanda, se esforzaba por dirigir el agua de la manguera a las llamas que salían de los balcones de los dormitorios de la primera planta sobre el despacho y el comedor.

—¡No encuentro a mi madre! —gritó.

—Estaba antes en Aquilare —respondió César con el rostro enrojecido y sudoroso por el calor—. La he visto hace un rato.

—Hemos contado a todos —dijo Amanda— y creemos que no hay nadie dentro. Faltan los coches de Adrián y de Gerardo.

—¡Tiene que estar dentro! —Alira se acercó a la puerta principal.

—¡Alira! —gritó Damer—. ¡Quieta! —Pidió a otro hombre que ocupara su lugar y se lanzó a por ella—. ¡No puedes entrar!

—¡Mamá está ahí, Damer! —sollozó Alira—. ¡Lo sé! ¡Tengo que ir a buscarla! ¡Tengo que sacarla!

Damer miró la casa. Lo que pretendía Alira era una insensatez. Por otro lado, si existiera la menor duda de que la mujer pudiera estar dentro, algo tenían que hacer.

—Espera aquí —le pidió sujetándola por los brazos para mirarla a los ojos—. Prométeme que no te moverás.

Ella asintió.

Damer dio la vuelta a la casa y regresó con Tomás. Entre ambos cargaban una larga escalera metálica de mano.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Amanda.

—El fuego en la parte este va más despacio —informó Damer—. Trataré de llegar hasta algún dormitorio y llamarla. Tenemos que intentarlo.

César admiró la decisión de Damer. Era consciente de que debía evitar esa locura, pero también de que no lo conseguiría.

—Ten mucho cuidado —dijo simplemente.

Alira siguió a Damer y a su hermano. Llegaron hasta la pared que dos días antes había horadado la excavadora para acceder al pozo de la bodega. El color del cemento nuevo delataba el parche del arreglo.

—Ese es el balcón de su habitación —Alira señaló la primera planta.

—Pues empezaremos por ahí —dijo Damer.

Apoyaron la escalera en la fachada.

—Es mi madre, subiré yo —dijo Tomás.

—Pero yo soy más ágil.

Damer cogió una piedra del suelo y comenzó a trepar por la escalera. Enseguida llegó al balcón. Con la piedra rompió un cristal. Sabía que no debía hacerse, pues el oxígeno entrante avivaría las llamas, pero no veía otra solución. Si él no lo intentaba, sería demasiado tarde para Elegía, en caso de que se encontrara allí. Metió la mano por el agujero, del que ya comenzaba a salir humo, manipuló el cerrojo y los pestillos de hierro y consiguió abrir la puerta.

Una nube de humo lo envolvió y comenzó a toser. Se asomó al balcón para recuperarse. Se quitó la camiseta, la rasgó, inspiró hondo, se tapó la boca con la tela anudando los extremos en la nuca y entró en el dormitorio.

Al poco, Tomás y Alira oyeron sus gritos:

—¡Está aquí! ¡Necesito ayuda!

Alira no dudó ni un instante.

—¡Ve a buscar a más gente! —le pidió a su hermano.

Ella se agarró a las barras laterales de la escalera y comenzó a subir. Cuando entró en el dormitorio, distinguió entre el humo que Damer llevaba en brazos el cuerpo de su madre.

—Creo que todavía respira —dijo él con voz entrecortada.

Alira se acercó a ella y le acarició el rostro.

—¿Qué ha pasado, mamá? —preguntó en un susurro, sin esperar respuesta.

Elegía tenía los ojos cerrados, como si durmiera profundamente.

—Tenemos que irnos, Alira —dijo Damer—. Ya.

Salieron al balcón y vieron a Tomás encaramado a la escalera. Extendió los brazos para recibir el cuerpo de Elegía.

—Yo soy más fuerte —dijo.

Con cuidado, Tomás se la colocó sobre el hombro, como si fuera un saco. Ayudado por un hombre que, situado un par de peldaños por debajo, lo sujetaba por la cintura para asegurarse de que no perdiera el equilibrio, fue bajando con mucha lentitud.

Cuando llegó abajo, Tomás acomodó a su madre entre sus brazos y la alejó de la casa. Se arrodilló y la tumbó con delicadeza a la sombra de un fresno, bajo la mirada de varias personas —entre ellas Malva— que se habían ido acercando.

Malva se arrodilló también y comenzó a practicarle maniobras de reanimación, sin éxito. César la sustituyó, pero tampoco consiguió que Elegía reaccionara.

Sentada junto a ella, Alira tomó la mano de su madre y la acarició mientras le susurraba entre lágrimas de desconsuelo:

—Estabas tumbada en la cama. Esperabas tu final. Vi un bidón en el dormitorio. ¿Por qué, mamá? No me cabe en la cabeza. ¿Qué haremos ahora? ¿Qué haré?

De repente, el viento arreció. Las llamas ganaron en intensidad, como si hubieran esperado a que Elegía saliera para soltar toda su agresividad.

Alira miró a su alrededor y comprobó que nadie intentaba ya sofocar el fuego. Tampoco habían llegado los bomberos. Comprendió que la mansión

estaba perdida. Como los demás, sus ojos se prendaron de las llamas; sus pensamientos siguieron el baile frenético de estas; su percepción se aturdió.

Oyeron una serie de crujidos, tras los cuales una de las torres se desplomó. Luego sucedió lo mismo con la otra. Y después el tejado cedió y se vino abajo reventando paredes, expulsando polvo, humo, chispas y brasas, quebrando vigas y marcos de ventanas y puertas. Un estruendo siguió a otro, y cuando todo terminó, Alira sintió una fuerte presión en la mano que sostenía la de Elegía.

Fue un último momento de vida antes de la última espiración.

Entonces Alira se desmayó.

Cuando se despertó, Alira necesitó unos segundos para comprender que estaba en el box de un hospital enganchada a un gotero. Hundido en un sillón a su lado, Damer la observaba. Había restos de hollín en su rostro, como si se hubiera lavado a toda prisa, y rastros de sangre en su ropa. Llevaba vendada la mano con la que había sujetado la piedra para romper el cristal del balcón.

Sus miradas se cruzaron y él sonrió.

—Parecías una bombilla gastada —le explicó él incorporándose—. Ibas y venías. Como si te resistieras a recuperar la consciencia.

Alira recordó el incendio y la muerte de Elegía. Su padre y su madre la habían educado para comprender algo que Elegía no había respetado. Desde hacía siglos, nadie en su familia había heredado la propiedad, sino el derecho a usarla. Su propia madre la había privado de ese derecho, de pasarla a una nueva generación.

«¿Por qué, mamá? —se preguntó—. ¿Por qué has decidido destruirlo todo?»

El dolor le hizo cerrar los ojos.

—¡Ali! —gritó Damer acercándose y tomando su mano.

—Estoy aquí —lo tranquilizó ella—. Me cuesta aceptarlo. Mamá... La casa... —Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. No tengo nada.

—Me tienes a mí —susurró él.

«Es mucho —pensó Alira—, pero tal vez no lo suficiente.» Ah, qué ambiciosa. Tendría que acostumbrarse a la pérdida de todo su pasado y a la inesperada y lacerante libertad. Lo único que sentía era una profunda tristeza.

Pensaba en Elegía y una insoportable presión se extendía por su pecho y más lágrimas brotaban de sus ojos. Visualizaba las llamas devorando la que había sido su casa, sus recuerdos, su sentido, y deseaba morir. Cerrar los ojos y terminar. Dejar de sufrir. De pensar. De tratar de comprender. De resistir. De soportarse.

Abrieron la cortina y entraron a la vez Tomás y una médica acompañada de una enfermera que procedió a retirarle el gotero. La médica, joven, con el cabello recogido en una coleta, repasó los datos de una carpeta y dijo:

—No hay nada preocupante. —Miró a los hombres—. ¿Podrían dejarnos un momento a solas? Les avisaremos en la sala de acompañantes. —Esperó a que salieran y a que la enfermera terminara de recoger y también se marchara. Entonces se acercó a Alira—. En media hora le haremos una última prueba. —Bajó la voz—. Los análisis indican que está usted embarazada.

Alira dejó de respirar unos instantes. Hacía poco menos de un año que se le había retirado la regla. No había considerado necesario tomar precauciones contra el embarazo. Y cuando su relación con Damer se afianzó, tampoco lo había considerado necesario para evitar enfermedades de transmisión sexual. Se habían fiado el uno del otro.

—Por su reacción, entiendo que no era buscado —dijo la médica.

—Creí que ya no podía...

—Es muy improbable, sí, pero no imposible, como es el caso. De todos modos, con la ecografía nos aseguraremos del todo. Evidentemente, sería un embarazo de alto riesgo. Me han informado de la desgracia familiar que ha sufrido. Lo lamento mucho. De continuar adelante, le recomendaría que busque fuerzas para encontrar tranquilidad, por el bien del feto.

Alira se secó las lágrimas con las manos mientras asentía.

—Por favor, que no se entere nadie —pidió.

—Por supuesto. Secreto profesional.

La doctora salió y entraron Damer y Tomás.

—Entonces, podemos irnos ya a casa —dijo Tomás al ver que su hermana ya no llevaba gotero. Se dio cuenta de lo que acababa de decir y agachó la cabeza. No había ya ninguna casa a la que ir.

—Todavía tardaré un rato —dijo Alira.

Damer se sentó en la cama junto a ella.

—Esperaremos. No hay prisa. Y luego podéis alojaros en Aquilare

conmigo.

—¿Qué harán los demás?

—Amanda se ha ido a casa de su madre en Mongraín —comenzó a informar Tomás—. También nos ha invitado a alojarnos allí. Supongo que Adrián se alojará en el hotel porque no puede marcharse de momento, por orden judicial. Gerardo está ahora en Aquilare. Lo llamé y subió enseguida, sin esperar a que terminara el interrogatorio de Telma, y se ha quedado con los bomberos. Tendremos que pagarles, como no tenemos seguro... Y no será barato.

Damer le lanzó una mirada recriminatoria por aumentar la preocupación de Alira. Tomás era un hombre callado, pero, tal vez por los nervios, parecía necesitar poner en conocimiento de su hermana cada detalle de la jornada.

Sin percatarse, Tomás continuó:

—Gerardo no hacía más que llorar. Quiere esperar hasta que los restos no quemen para ver si puede salvar algo. Bueno, nos turnaremos entre viaje y viaje. Hay que recogeros a ti y a Telma. No sé dónde dormiremos hoy, me imagino que en el hotel. Y no sé si me dejo algo. Ah, sí. Crina me ha llamado en cuanto lo ha sabido para decirnos que lo siente mucho. Ya se ha enterado todo el mundo. También la prensa. —La voz se le quebró—. Lo tenía pensado. Jamás me lo hubiera imaginado.

—Yo tampoco —dijo Alira desolada—. Habrá que organizar su funeral.

—Se han llevado el cuerpo para hacerle la autopsia.

—¿Por qué?

—Ha dicho César que es el protocolo. Para el informe y eso.

—Os ayudaremos —dijo Damer intentando sonar optimista—. Haremos turnos ante los restos. Os dejaremos una de las viviendas si preferís estar los hermanos juntos en Aquilare. —Acarició el brazo de Alira—. No estarás sola.

Alira esbozó una débil sonrisa cargada de amargura. La vida tenía ironías. Los últimos descendientes de la mansión Elegía durmiendo en las camas de los okupas de Aquilare.

La sincera generosidad de Damer era motivo de agradecimiento, pero ella necesitaba tiempo para ubicarse. El centro de su universo se había desplazado a su vientre, sobre el que cruzó las manos. ¿Qué haría? ¿Cuándo se lo diría a Damer? Tendría que decírselo, tanto si optaba por tenerlo como

si no. La opinión de él ya la conocía. No quería tener hijos. La decisión definitiva, pues, le correspondería a ella sola.

Un fugaz pensamiento cruzó su mente.

Ahora que su madre ya no vivía, el temor por la interpretación de lo que hiciera con su vida comenzaba a diluirse. Elegía era la única persona ante quien siempre había sentido que tenía que rendir cuentas de sus actos. Ahora estaba sola. Sus futuras decisiones podrían ser criticadas por sus seres cercanos, pero la crítica ya no podría afectarla.

—Vete y descansa, Damer —le dijo con dulzura—. Tomás me llevará más tarde. Los hermanos necesitamos hablar primero.

De vuelta a Aquilare, Damer no podía dejar de darle vueltas a una misma idea.

Algo había cambiado en Alira.

Reconocía en ella el dolor por la muerte de una madre; él había pasado por eso. Era aquel, además, un terrible pesar agravado por la destrucción de la que había sido su casa, su razón de ser, la cuna de su identidad, de su personalidad, de sus luces y sus sombras. Tal había sido su apego a ese lugar que, desde el comienzo de su relación, él había sabido que siempre estaría en un segundo plano en el corazón de ella.

¿Cómo conseguiría Alira aceptar su nueva realidad?

¿Cómo lo lograría él?

No había sido completamente sincero con ella.

Los ánimos en Aquilare estaban bajos. La mayoría de los habitantes habían aceptado parapetarse en el pueblo y mostrar su rechazo a los manifestantes a regañadientes. No habían decidido huir de sus problemas en sus diferentes lugares de procedencia para tener que enfrentarse a otros nuevos y mayores. Las cuestiones legales les producían inquietud. No habían contado con la pesada maquinaria del Estado, perfectamente engranada para machacarte la vida y las ilusiones. Iban demasiado justos de dinero como para tener que gastárselo en abogados. Y las penas que pendían sobre sus cabezas, que incluían cárcel, chocaban contra sus ideales de una vida en paz y armonía.

Damer sabía que tenían razón.

Era injusto tacharlos de cobardes.

El sol comenzaba a perder su fuerza cuando aparcó la vieja ranchera en la plaza de Aquilare, junto a la fuente. Olía a quemado, a ceniza húmeda. Se atrevió a dirigir la mirada hacia la colina de la mansión y distinguió una capa temblorosa de humo y polvo en el aire que separaba ambos mundos, el de Alira y el suyo. Era lo suficientemente fina como para discernirlos y lo suficientemente gruesa para marcar límites.

Estaba cansado, hambriento y sucio.

Entró en el patio de su casa y oyó voces. Subió las escaleras, entró en la sala comedor y se encontró con Pedro, Paloma y Malva.

—Hemos preparado algo de comida —dijo Malva—. El día ha sido muy largo.

«Interminable», pensó él.

—¿Cómo está Alira?

—Solo ha sido un susto —respondió Damer mientras se lavaba las manos en el fregadero de piedra. Había tirado los restos del tabique que separaba la antigua cocina del comedor. Cuánto trabajo, cuánto tiempo perdido—. La mandarán a casa enseguida. Ahora está con Tomás.

Se sentó a la mesa y miró a los otros dos, que no se movieron de sus sillas frente al hogar sin fuego.

—Nosotros ya hemos comido —informó Malva.

—¿Cómo están los demás? —preguntó Damer.

—De eso queríamos hablarte —dijo Pedro—. Lo de esta mañana ha sido desagradable. La gota que ha colmado el vaso. Es una dificultad tras otra. Ya sabemos cómo se las gasta la Administración, pero ver a decenas de personas gritándote que te vayas resulta hiriente. Creo que con estos meses de dificultades hemos tenido más que suficiente.

Damer asintió.

—Por un momento, cuando todos acudimos a una a apagar el fuego, pensé que...

—Que éramos una comunidad, ¿verdad? —dijo Malva—. Yo también. Quiero creer que con el tiempo acabaríamos venciendo la reticencia de las gentes. El sistema es otra cosa. No es la suma de los individuos, sino una construcción artificial y desalmada. ¿Vale la pena tomarle cariño a este lugar si van a terminar echándonos? Solo han pasado unos meses. Cuanto más nos arraiguemos, será peor.

Damer pensó entonces en Alira con repentina admiración.

Ella nunca se había ido. Había visto cómo se desmoronaba Aquilare y allí había estado. Había sido testigo de cómo se iba pudriendo la vida interior de la mansión, el imperio de su familia, y no había abandonado. Tal vez, si los demás hubieran pasado más tiempo, si hubieran echado ya raíces, habrían encontrado la causa por la que luchar contra viento y marea. Ahí estaba la explicación: las luchas por las causas nacían —como las llamaradas impulsivas y repentinas, como las tormentas más virulentas— tras un largo tiempo de incubación.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Nosotros de momento regresaremos a la ciudad —respondió Paloma—. Ahí están nuestros hijos. Algo encontraremos para ir tirando.

—Ahora en verano se está muy bien aquí —añadió Pedro—. Luego volverá el invierno, el frío y la soledad y tal vez no echemos tanto de menos la vida en Aquilare. Soñé con dejar la ciudad y venirme a vivir al campo. Creo que lo hice cargado de tópicos y falsas expectativas sobre la vida rural. Me resulta incómoda. Echo de menos mi vida anterior. Medí mal mis fuerzas.

Pedro se encogió de hombros y buscó la complicidad de Paloma, pero esta se levantó y comenzó a fregar los platos. Damer comprendió que ella no compartía totalmente la decisión de su marido, si bien tampoco lo abandonaría.

—¿Y tú? —Damer miró a Malva.

—He contactado con una comunidad consolidada en el sureste donde no existen estos problemas. Pensaba decírtelo, pero no encontraba el momento. Tienen sitio y el clima es mejor. Ya sabes que puedes acompañarme... — Malva dejó la frase en el aire.

—Yo me quedo —afirmó Damer—. Esta es ahora mi casa. Los huertos están en su mejor momento. Los servicios básicos funcionan gracias al esfuerzo colectivo. Seguro que alguno más del grupo decide quedarse conmigo.

—Esperas un milagro que no se va a producir —sentenció Pedro.

—Pues me quedaré solo.

Tras unos segundos de incómodo silencio, captó la mirada inteligente de Malva.

Tal vez no estuviera siendo del todo honesto consigo mismo. En su interior, al deseo de retirarse del mundo para enmendar los errores de su

padre y para encontrarse a sí mismo se había sumado un anhelo de desobediencia civil.

Sin embargo, él nunca había tenido madera de héroe.

Se había lanzado a la aventura de recuperar lo que su padre había destruido. Se había tropezado con fuerzas que impedían su felicidad. Pero también le atemorizaba la incertidumbre, lo que pudiera suceder en un futuro, la certeza de que era un David que nunca vencería a Goliat. Sus compañeros de viaje eran libres de tomar sus decisiones, que no coincidían con las suyas. Ignoraba en qué consistía la siguiente etapa de su viaje, o si este tendría un final feliz.

Tal vez no debiera pensar siquiera en el final del viaje o en el retorno al origen con el poder de otorgar favores o el don adquirido a nadie.

Tal vez Aquilare fuera el vientre de la ballena, el lugar de su metamorfosis, donde había conseguido la separación de su yo y de su mundo conocido y el renacimiento de un nuevo ser que comenzaba a comprender la revelación de su vida.

Algo mucho más fuerte lo unía ahora a ese lugar, convertido en su paraíso personal, en la tierra celestial de más allá, por encima y por debajo de los confines del mundo.

Su amor por Alira.

Tal vez ese fuera el final de su viaje.

No.

No se iría.

SIGN OF THE TIMES (HARRY STYLES)

Viernes, 6 de julio

Poco antes del anochecer, Tomás aparcó el coche frente a lo que quedaba de la mansión: un esqueleto carbonizado de piedra y restos de maderos. Alira se bajó y la desolación del entorno la invadió.

Como si hubiera terminado su trabajo, el viento había dejado de soplar. Olía al hollín mojado que, junto con la cal y el viejo cemento que habían mantenido unidas las piedras durante siglos, formaban charcos de un barrillo de color y textura desagradables.

Los bomberos se habían empleado a fondo. No se veía ni un hilo de humo, aunque tampoco la terrible imagen resultara nítida. Alira pensó que tal vez fueran sus ojos los que rechazaban la visión produciendo una pantalla de lágrimas para ocultarle lo insoportable.

Gerardo y Telma daban vueltas de aquí para allá como animales salvajes enjaulados, poseídos por una mezcla de desasosiego, aburrimiento y, quizás, un resquicio de esperanza por encontrar algo que hubiera sobrevivido, una salida hacia el futuro que de otro modo resultaba inasumible.

—No se ha salvado nada —se lamentó Gerardo cuando vio a sus hermanos—. Puede que algún objeto pequeño, pero ni un mueble, ni un cuadro ni un recuerdo. ¿No os percatasteis de su estado de salud mental? —preguntó refiriéndose a Elegía—. ¿Cómo pudo hacernos esto?

—Estaba como siempre —dijo Tomás encogiéndose de hombros.

Fue a buscar sillas del jardín y los cuatro se sentaron frente a los restos del edificio, como si fuera un cálido y agradable anochecer estival.

—Habrà que pensar en el funeral —dijo Alira con voz apagada—. ¿Qué hacemos?

—He pensado que lo mismo que con papá —dijo Gerardo—. Incineración y sus cenizas en el panteón.

—Me parece bien —dijo Tomás.

—A mí también —dijo Alira—. ¿Sabemos cuánto tardará la autopsia?

—He hablado con César —respondió Gerardo—. Tres o cuatro días.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? —murmuró Alira.

—Telma y yo iremos a buscar a Jan. Todavía no le hemos dicho nada.

—La voz de Gerardo era ronca—. Últimamente no hacemos más que mentirle. Le dijimos que teníamos que firmar unos papeles para no hablarle del interrogatorio.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Tomás dirigiéndose a Telma.

—Odio a esa mujer —respondió esta—. Te pregunta de una manera que te hace sentir culpable.

—Cierto —dijo Alira.

—Esa noche fue confusa para todos —añadió Telma—. Adrián asegura que me vio, pero yo creo que mezcla los tiempos. Todos nos movimos por la casa en busca de Dunia. La recorrimos de arriba abajo.

—Subiste a preguntar a Jan —comentó Gerardo con una naturalidad que a Alira le resultó impostada, como si estuviera repitiendo un diálogo ensayado—. Por eso dijo que lo habías despertado.

—Sí. Dormía profundamente. Fue una tontería despertarlo. Era imposible que hubiera oído nada. Todos estábamos nerviosos. —Telma suspiró y se levantó, aunque no se alejó.

—Si te han dejado ir es buena señal —dijo Tomás—. A los sospechosos los pueden retener hasta setenta y dos horas. Lo he escuchado en la radio.

—También han dejado libre a Adrián —dijo Gerardo—. Para mí que no tienen nada.

—O es posible que se suicidara —comentó Telma.

—Deberíamos descansar —dijo Alira.

—Entonces, ¿reservo en el hotel? —sugirió Tomás accionando su móvil.

Alira asintió. Envío un mensaje a Damer en el que utilizó la excusa de querer estar con sus hermanos para rechazar su invitación de dormir en su casa en Aquilare. Sabía que tenían que hablar. Pero todavía no. Necesitaba más tiempo. Y no quería estar a solas con él para no ocultarle la información sobre su embarazo, lo cual para ella significaba mentirle.

—¿Y dejar esto sin vigilancia? —preguntó Telma.

—Cerraremos la verja —dijo Gerardo—. Total, para lo que queda...

A la mañana siguiente Alira se despertó al amanecer. En el hotel hacía un calor agobiante. En Mongraín lo normal era que las altas temperaturas de julio se mantuvieran implacables hasta mediados de septiembre. Anheló el frescor de los prados de Aquilare y sintió en sus entrañas la soledad de la mansión Elegía, derruida, vacía, deshabitada por primera vez después de siglos.

Escuchó su llamada desde la distancia. Tenía que subir al pueblo.

Envió un wasap a Tomás diciéndole que volvería a la hora que habían quedado para ir al Instituto Anatómico Forense, donde estaba el cuerpo de su madre, y tomó el coche. Le sorprendió no ver el de Gerardo, porque la noche anterior los habían aparcado en plazas contiguas, pero su hermano no solía dar explicaciones de sus andanzas.

Como no había mucho tráfico por ser sábado, condujo deprisa y en veinte minutos llegó a la mansión. Las puertas de la verja estaban ajustadas, pero el cerrojo de hierro había sido liberado de la cerradura. Le extrañó porque estaba segura de que la noche anterior Gerardo había cerrado y se había llevado la antigua y pesada llave. La única explicación era que su hermano hubiera tenido la misma idea que ella de acercarse a la propiedad.

Dejó el coche aparcado allí mismo, empujó la pesada puerta de hierro y entró.

Enseguida comprobó que el coche de Gerardo estaba en la parte derecha de las ruinas, bajo el fresno en el que Tomás había depositado el cuerpo de Elegía poco antes de fallecer. Sintió una repentina cercanía con él. También había escuchado la llamada. La noche anterior lo había visto muy abatido. Habían hablado sin discutir. Era cierto eso de que el dolor une.

Mientras avanzaba hacia el fresno, distinguió una figura moviéndose sobre los restos de lo que había sido la bodega.

Frunció el ceño.

Era Telma.

Y, de espaldas a ella, no se había dado cuenta de su presencia.

Se aproximó más y descubrió que llevaba un hacha en la mano con la que procedió a golpear una de las cubas que no habían sucumbido a las llamas. A la luz del nuevo día, Alira comprobó que se podía identificar objetos concretos. «Tal vez sí se pueda recomponer y restaurar algún mueble», pensó con ilusión.

Pero ¿por qué destrozar una cuba que se había conservado en buen estado?

Alira jamás hubiera pensado que Telma tuviera tanta fuerza. En tres o cuatro golpes, las duelas cedieron. Su cuñada se agachó, sacó algo de la cuba y lo guardó en una bolsa de tela que llevaba.

Se quedó helada.

Telma estaba robando algo que, desde los diez metros que las separaban, no podía apreciar.

¿Cómo se atrevía? Le pareció una bestia carroñera. Ni siquiera era capaz de respetar los restos sagrados de los demás.

—¡Telma! —gritó—. ¿Qué estás haciendo?

La mujer dio un respingo y se giró. En su rostro se apreciaba la irritación.

—Lo que deberíais hacer vosotros —respondió sin reducir la distancia que las separaba—. Buscar lo que se pueda aprovechar.

Alira se acercó tres o cuatro pasos. La postura rígida de Telma, como si su cuerpo se estuviera preparando para combatir, su respiración alterada y su voz titubeante le transmitieron que mentía. En la mano derecha sujetaba la bolsa; en la izquierda, el hacha.

—¿Has venido sola? —le preguntó Alira.

—Sí.

—¿Por qué? —Alira siempre la había tenido por miedosa. El asunto tenía que ser muy serio si su cuñada se había atrevido a subir hasta allí sin compañía.

—Te lo he dicho. Cuanto antes empecemos a limpiar escombros, antes sabremos qué tenemos. He visto figuras decorativas, cuadros, sillas, lámparas, mesitas y algún armario que se pueden recuperar. —Telma hablaba todo seguido, en un esfuerzo claro por parecer creíble—. Creo que es importante que no dejemos esto abandonado. Cualquiera puede entrar. He pensado que podríamos ir colocando las cosas en el porche trasero y de ahí trasladarlas a algún trastero de alquiler. Es importante guardar algo de recuerdo para las siguientes generaciones. Que no se olviden de su historia.

«De repente, a Telma le importan las cosas de la casa», pensó Alira.

—Me he despertado y no podía dormir —continuó Telma—. No he querido despertar a Gerardo. Anoche estaba agotado, desolado. Como Tomás y tú. Ninguno podíamos imaginar que esto llegara a suceder. Ha sido

demasiado duro para todos. Costará regresar a cierta normalidad. Créeme que lo siento mucho. No me llevaba especialmente bien con Elegía, pero sentía afecto por ella. Al fin y al cabo, era la madre de mi marido, la abuela de mi hijo...

«De repente, a Telma le preocupan las personas de la casa.»

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Alira señalando la bolsa de su mano derecha.

Telma lanzó una rápida mirada a la bolsa.

—¿Esto? Ah, sí. —Se acercó hasta situarse frente a Alira—. No te lo vas a creer. Esperaba decírselo primero a Gerardo, pero supongo que da igual. —Abrió la bolsa un poco—. He encontrado las joyas. En lo que queda de la bodega.

Alira abrió la boca asombrada. No podía creérselo.

—Pero entonces...

Frunció el ceño. La bodega... Con la mirada en el suelo, barajó las únicas dos opciones que se le ocurrían. La primera, que Dunia se las había querido llevar, pero alguien la había pillado y la había asesinado. La segunda, que Dunia había descubierto a alguien escondiendo las joyas que previamente había robado y por eso había muerto. Por eliminación, solo se le ocurría una persona que pudiera encajar en ambas situaciones. Una persona que, además, sabía dónde buscarlas entre las ruinas.

Alzó la vista lentamente hacia Telma, pero antes de que sus miradas se encontraran, su cuñada le lanzó la bolsa mientras le decía:

—Míralas tú misma si no me crees.

Instintivamente, Alira extendió las manos para coger el fardo que volaba hacia ella. A la vez, pisó mal sobre un cascote, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, golpeándose en la cabeza y en la espalda. Aturdida, vio que Telma se le acercaba sin soltar el hacha de la mano y un miedo intenso la invadió.

—Espero que no pienses que yo las robé —escuchó que le decía su cuñada desde lo alto.

Alira intentó moverse, pero le dolía la cabeza y le pesaba el cuerpo, que no respondía a sus órdenes. ¿Por qué no la ayudaba Telma? Parpadeó varias veces para enfocar la vista nublada. Cuando lo logró, percibió en el rostro de Telma una ira que le hizo temer lo peor. Cerró los ojos y cruzó las manos

sobre su vientre, como si ese gesto pudiera servir de protección contra los golpes que esperaba. Y rezó para que nada le pasara al bebé.

Entonces oyó unos gritos mezclados de hombre y de mujer, un rápido forcejeo, un golpe y un cuerpo que se desplomaba cerca de ella. Y, enseguida, una respiración acelerada junto a su oído.

—Alira, amor mío, soy yo, soy Damer. Ya ha pasado todo.

Alira sonrió.

—Has llegado en buen momento.

—Sabía que te encontraría aquí.

—Necesito un médico, Damer. Me duele la espalda. Estoy embarazada y quiero tenerlo. He rezado para que viva.

Tras unos instantes de silencio, Damer dijo:

—Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora tenemos otros asuntos que solucionar. Dime el teléfono de César.

En media hora aparcaban junto a las ruinas de la mansión un coche patrulla y una ambulancia.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó César con evidente preocupación al ver a Alira tumbada y a Telma atada a un árbol a un par de metros de distancia.

Damer le contó que, por casualidad, había subido hasta la mansión y había visto a Alira en el suelo y a Telma con un hacha en la mano junto a ella. Temiéndose lo peor, se había abalanzado gritando sobre la mujer para quitarle la herramienta y ella se había resistido, gritando también, y que, por fin, le había dado un puñetazo en la cara que la había dejado lo suficientemente aturdida como para que él pudiera encontrar unas cuerdas y trapos con los que atarla.

César se acercó a Alira. Un sanitario le indicó que podía hablar con ella y él se arrodilló en el suelo.

—¿Qué ha pasado, Ali?

—La descubrí cogiendo una bolsa con las joyas. Creo que ella las robó, las escondió y, aprovechando el incendio, regresó a por ellas. Temí que me golpeará.

—¡Yo no las robé! —chilló entonces Telma—. ¡Y jamás te hubiera hecho daño!

César resopló. Lo del robo le preocupaba menos que las supuestas intenciones homicidas de la cuñada de Alira. Sintió el palpito de que tal vez ella hubiera sido la asesina de Dunia. Se giró hacia Telma para comprobar el efecto que el comentario que iba a hacer producía en ella:

—Claro que no. Y tampoco mataste a Dunia.

Telma palideció. Abrió la boca varias veces como si quisiera decir algo y no pudiera, o como si estuviera midiendo sus palabras y no se atreviera a pronunciar ninguna porque tal vez ninguna resultara creíble. Entonces comenzó a llorar. Primero unas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Después los sollozos estremecieron su cuerpo. Por fin, habló:

—Robé las joyas. Las escondí en la bodega. Dunia me vio. Me asusté. La empujé contra la pared y se golpeó la cabeza. Temí haberla matado. Tuve miedo. Hui. Luego, cuando Adrián avisó de su desaparición, bajé a la bodega y no estaba. Había desaparecido o se la habían llevado, eso ya no lo sé. Esta es la verdad. Yo no soy una asesina. —Miró en dirección a Alira y los sollozos aumentaron—. De verdad. No lo soy.

—Eso lo decidirá un juez —dijo César tras el largo silencio que siguió a su confesión.

Otro sanitario curó las heridas superficiales de Telma.

—No es necesario llevarla al hospital —informó—. Solo tendrá que tomar analgésicos unos días.

César pidió entonces a su compañero que la subiera al coche patrulla.

—Yo llamaré a tus hermanos y les informaré —le dijo a Alira. Le acarició el cabello con cariño—. Todo irá bien.

Alira asintió con los ojos llenos de lágrimas. Se sentía paralizada y acelerada al mismo tiempo, como si una meta invisible e imprecisa estuviera tan cerca que nunca llegara.

—Este era mi paraíso, César —balbuceó—, y ha terminado transformándose en un infierno.

—Todo pasa. Encontrarás otro camino, Ali. No hay mal que cien años dure.

César se incorporó. Apoyó una mano en el hombro de Damer y le dijo:

—Gracias por salvarla.

Se quería referir a todo, al cuerpo y al alma, pero no se le ocurría qué

más añadir, o cómo adornarlo para que fuera un mensaje completo.

La mirada serena de Damer le indicó que lo había comprendido.

THE WHOLE OF THE MOON (THE WATERBOYS)

Sábado, 7 de julio

—Yo la creo —le dijo César a la subteniente mientras se servía un café en una salita del cuartel. Acababan de tomar declaración a Telma e iban a repetir el interrogatorio de Adrián—. Ella no ahogó a Dunia en el pozo.

Esther asintió con expresión cansada. Ni siquiera los sábados podía disponer de tiempo para sí misma. César la había llamado contándole el incidente en torno al descubrimiento de las joyas robadas que había permitido sacar a la luz las andanzas de Telma la noche del asesinato de Dunia. Ella no había dudado en coger el coche y desplazarse hasta Mongraín. Poco a poco las piezas del rompecabezas parecían ir encajando; y cuanto antes lo terminaran de completar, antes podría pasar página y seguir con su vida. No obstante, todavía dudaba de que allí hubiera un final feliz y definitivo.

—Yo también. Pero cumplirá condena por agresión y omisión de socorro.

—Un poco más y se sale con la suya —añadió César—. Si hubiera vuelto a por las joyas antes... Con el lío de la investigación no le pareció prudente. Esperaba una mejor ocasión, que llegó con el incendio. Fue casualidad que Alira la descubriera.

Esther se quedó pensativa. Estaba acostumbrada a resolver casos utilizando la lógica, el razonamiento, la deducción, las pruebas. Era cierto que, a veces, la casualidad puede jugar su papel, pero nunca el más importante. No estaba contenta consigo misma. Había salido a la luz que Telma había sido la autora del golpe en la cabeza de Dunia; sin embargo, esta no había muerto por ello. Alguien la había arrastrado hasta el pozo y la había ahogado. La única prueba, un diminuto botón rojo, apuntaba al marido como sospechoso. Era todo lo que tenía. Sin una confesión, esas mismas dudas dominarían el juicio si Adrián terminaba siendo acusado, y favorecerían una condena menor, si terminaba siendo condenado.

Pensó en Adrián. Un tipo listo. Atractivo. Aparentemente sin fisuras. No obtenía ningún beneficio con la muerte de su mujer. Tenían separación de bienes y un testamento mancomunado en el que estaba claramente estipulado qué quedaba para el cónyuge viudo y qué para los sobrinos de cada uno en caso de fallecimiento. Él era la fuente de ingresos de la pareja, pues ella nunca había trabajado. Ganaba tanto que habría soportado un divorcio sin problemas financieros. En resumen: no tenía ninguna razón para matarla. Ese sería el argumento de cualquier abogado. Un argumento convincente. Sin móvil, no se puede justificar ningún asesinato. Y el de matar por el placer de matar se aplicaba a los sádicos y a los asesinos en serie. Adrián no tenía antecedentes, era un hombre socialmente bien considerado, apreciado en el trabajo y aparentemente equilibrado.

¿Por dónde debía morder para conseguir que se derrumbara? Tal vez debería incidir en las palabras de Crina. La mujer había escuchado cómo Dunia gritaba a su marido y le amenazaba con suicidarse. Lo hacía sentir culpable de su infelicidad. Pero él la había salvado ya en una ocasión. Habían comprobado el expediente médico. Sobredosis de pastillas. Deliberada. Si hubiera deseado matarla, no la habría llevado al hospital. ¿Qué diferencia había esta vez? ¿Su romance con Amanda? ¿Una ocasión puesta en bandeja?

—¿Te parece que entremos ya? —preguntó César.

Esther se puso en pie.

—Sí. Tengo ganas de acabar con esto. Recuerda hacer lo que te he pedido.

Adrián los esperaba con las manos cruzadas sobre la mesa de melamina blanca de la sala de interrogatorios por la que habían pasado todos los habitantes de la mansión Elegía en las últimas semanas.

Estaba tranquilo.

Sabía que debía atenerse a su discurso, cerrado y memorizado.

Tampoco se le podrían ocurrir variaciones.

Llevaba repitiendo lo mismo —a los demás y a sí mismo— durante meses; hasta a él le resultaba creíble y, si alguna vez recordaba imágenes de aquella noche, le parecían soñadas, incluso inventadas. ¿Cómo iba a ser

capaz él de asesinar a su esposa, con la que había compartido su vida desde la juventud?

Lo habían citado de nuevo. Intentaban acorralarlo, estaba claro. La subteniente deseaba que confesara, pero no lo conseguiría. Se convertiría en la espinita de su perfecto historial laboral.

Miró a César y le dijo:

—Esta mañana me he encontrado a Tomás desayunando en el hotel. Siento lo sucedido a la mansión. Alira tiene que estar desolada. Era un lugar precioso. Por favor, transmítele mis palabras.

César hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Sabe también que hemos detenido a Telma? —preguntó Esther.

Adrián no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Por qué?

Esther le relató su confesión, que Adrián escuchó atentamente. Cuando la subteniente terminó, él comentó:

—Ya dije que la había visto por la escalera nerviosa.

—Y la vio porque usted había bajado a la cocina...

—Dunia no estaba en el dormitorio. Me preocupé por ella. La busqué en la planta baja. Oí un ruido. Vi a Telma. Tomé un vaso de leche fría. Regresé al dormitorio. Esperé y Dunia no aparecía. Avisé a los demás.

César se centró en comprobar aquello de lo que le había advertido Esther.

Adrián sí que aguantaba la mirada fija en su interlocutora más tiempo de lo normal, sin pestañear a intervalos regulares, pero no era una mirada intimidatoria, ni siquiera controladora. Tampoco parecía que quisiera comprobar si la subteniente se estaba creyendo sus palabras. Adrián hablaba con normalidad, como lo había hecho siempre que hablaba en serio.

A César le costaba distinguir en su amigo los signos de manual de alguien que mintiera. No estaba rígido. No adornaba su discurso con excesivos detalles para sonar creíble. No era excesivamente colaborativo: solo respondía cuando le preguntaban. No señalaba con el dedo. No tenía la boca seca. No titubeaba ni se encogía de hombros. No movía los pies como si deseara salir de allí ni se tocaba la garganta como si hiciera frío.

En conjunto, parecía un hombre sincero. O, mejor dicho, interpretaba el papel de personaje sincero.

—¿No sintió curiosidad por saber de dónde venía Telma? —preguntó

Esther.

—Nunca me he entrometido en los asuntos de los demás —respondió Adrián. Se dirigió a César—: Me conoces desde hace muchos años, sabes que es verdad. Y siempre he esperado lo mismo de mis amigos.

«Es cierto», pensó César.

—Entonces, no bajó a la bodega y vio a Dunia —continuó Esther.

—No.

—Ni la arrastró hasta el pozo y la ahogó.

—Por supuesto que no. Yo quería a mi mujer.

—Por eso se lio con Amanda.

—Hubo otras Amandas en los años de nuestro matrimonio. Dunia sabía cómo era yo y lo aceptó. Hay muchos tipos de parejas.

—Tenemos constancia de que se peleaban con frecuencia.

—¿En qué matrimonio no hay discusiones?

—Y que ella le amenazaba con suicidarse.

—Yo mismo les planteé esa posibilidad. Dunia era inestable. Pero conseguimos compartir momentos felices.

—No resulta extraño pensar que usted se hubiera hartado de aguantarla.

—Lo crea o no, la echo mucho de menos. Podrá preguntármelo doscientas veces y obtendrá la misma respuesta.

«Efectivamente», pensó César. Las respuestas de Adrián no variaban. Su voz no temblaba. Se expresaba tan libre de fingimiento que comenzó a resultarle desconocido.

—¿Y cómo se explica que el botón de su pijama apareciera en el fondo del pozo? —preguntó Esther.

—No lo sé. Tal vez lo arrojara Telma en algún momento para cubrirse las espaldas si algún día se demostraba que ella había golpeado a Dunia. Pregúntenle a ella.

Esther también cotejó las respuestas de Adrián con las de los anteriores interrogatorios. No variaba ni una coma. Ni siquiera la entonación. Apretó los dientes. Terminaba su trabajo. Terminaba su vida laboral. Ese era su último caso antes de jubilarse, de tener que acostumbrarse a tratar con gente normal, le decían sus compañeros; tan normal como el hombre que tenía enfrente. Le costaría librarse de la amarga sensación de esa victoria incompleta. Uno no se convertía en un asesino hasta que la Justicia no dictaba sentencia. Así

funcionan las cosas. Los finales complacientes y bien atados solo existen en las novelas.

—Va a pasar usted a disposición judicial —anunció por fin.

César sabía que a Esther solo le quedaba esa carta que jugar. Y algo le decía que, por primera vez en su vida, iba a perder la partida. Un botón era una prueba demasiado débil.

Adrián sacudió la cabeza con una mezcla de resignación e incredulidad, pero no perdió la compostura.

—Eso solo retrasará mi puesta en libertad —dijo arqueando las cejas—. Soy inocente. Muy pronto recuperaré mi vida. —Miró a su amigo sin rastro de súplica, ladeó la cabeza como si acabara de recordar algo y concluyó—: ¿Te acuerdas, César? *With the wind in your sails...*

El sargento abandonó la sala sin esperar a Esther.

Se dirigió a los aseos y comenzó a dar vueltas.

Se preguntaba si había llegado a conocer a ese hombre frío a pesar de haberlo querido como amigo desde la adolescencia. Se había resistido a considerarlo capaz de matar a Dunia. Había preferido creer que su mujer se había suicidado, tal vez se hubiera desorientado e introducido en el túnel; podría haberse dado la vuelta al no saber si iba hacia delante o hacia atrás, y luego se había caído en el pozo y se había ahogado... Cualquier cosa antes que aceptar que alguien tan cercano a él podía cometer un asesinato y conservar la sangre fría a pesar de la presión.

¿Tanto ignoran las personas unas de otras?

¿Por qué de repente lo veía con otros ojos?

Nada había variado en la actitud de Adrián en los diferentes interrogatorios a los que lo habían sometido. Y, sin embargo, esa frase...

With the wind in your sails...

Era de la canción con la que más habían bailado en las noches de su juventud, cuando el alcohol y la marihuana ya habían hecho su efecto. Cada vez que se reencontraban la recordaban, como si fuera su himno privado. Adrián era el que caminaba por el mundo, el que llegaba lejos, el que veía la luna al completo; César era el que se encerraba en su habitación, el que prefería quedarse en su pueblo, el que solo era capaz de ver la mitad de la luna. Adrián era un ser libre que no comprendía las ataduras provincianas y tradicionales de César.

Una vez Adrián le confesó que Dunia se había convertido en una carga

para él.

¿Cómo no lo había recordado antes?

Solo había sido una vez, después de tomarse varias copas. Hablaban de todo, de la vida, del paso del tiempo, de las decisiones tomadas, a veces equivocadas... De las cosas que uno habla en confianza con su amigo cuando se van cumpliendo décadas. Entonces no le había dado más importancia.

«¿Por qué no te divorcias?», le había preguntado.

«Porque, aunque no lo creas —le había respondido Adrián riendo mientras le pasaba un brazo por el hombro con camaradería—, soy un hombre de palabra y prometí en el altar que nunca la abandonaría. Hasta la muerte...»

Y César le había creído.

Porque los verdaderos amigos no dudan de las palabras de sus amigos. Ese era su lema.

Un lema que había traicionado con su amiga Alira, cuando el verdadero culpable era Adrián...

Se sintió ruin.

Y no había nada que él pudiera hacer ya.

Una canción —tampoco un palpito o una súbita revelación— no serviría como prueba en un juicio.

Con el viento en tus velas...

Adrián había recuperado su libertad.

Y él acababa de perder la fe en la humanidad.

Sintió ganas de vomitar por culpa de la rabia que le producía saber algo y no poder explicarlo ni mucho menos demostrarlo.

«Cuanta más vida vivida —pensó—, mayor es la decepción acumulada sobre la naturaleza humana.» Adrián solo era una gota sucia en el océano de su vida personal, privada, íntima.

Sí. Solo una.

Pero había conseguido contaminar demasiado.

FOREVER YOUNG (BOB DYLAN)

Miércoles, 11 de julio

La mañana del entierro de Elegía una luz cegadora realzaba la existencia de todo aquello por lo que circulara sangre o savia. Los días no podían ser más transparentes. El mundo era lo que era: una suma infinita de seres vivos ajetreados a pesar de la muerte de uno de ellos.

En el cementerio de Aquilare se congregaba apenas un puñado de personas que esperaban a que los tres hijos de la fallecida salieran del panteón.

Alira y sus hermanos contemplaban absortos la urna de las cenizas de su madre, que reposaba en el pequeño altar. Toda la fuerza y el carácter de la mujer se reducían ahora a un recipiente de poco más de un palmo.

Tomás se secó unas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Me voy con Malva —anunció—. No en plan pareja, creo, al menos de momento. Quiero cambiar de vida. Me atrae la idea que me ha explicado. Algo parecido a lo de Aquilare, pero en otro sitio del sur. Espero que vengáis a verme.

—Claro que sí —dijo Alira. Trató de que no se notaran su sorpresa e incredulidad. Dudaba que su hermano aguantara mucho lejos de allí. Sin embargo, había sido capaz de tomar una decisión y eso para ella demostraba un valor desconocido en él—. Pero tú también volverás de vez en cuando, ¿verdad?

Tomás asintió.

Tras unos instantes de silencio, Gerardo dijo:

—En cuanto regrese a casa, comenzaré los trámites de separación. Tendré que centrarme en Jan. Va a ser muy duro para él comprender qué ha pasado; también a mí me cuesta. Él es lo más importante ahora.

Tomás y Alira asintieron.

—¿Tú que harás, Ali? —preguntó Gerardo.

Alira inspiró profundamente. Era el momento de las confesiones. ¿Qué quería hacer ella exactamente con la vida que le quedara? No había dejado de darle vueltas en las largas horas de espera hasta que pudieron disponer del cuerpo de su madre tras la autopsia, que no reveló nada que no supieran: no había indicio de ningún tipo de agresión; había fallecido por la inhalación del humo del incendio que ella misma había provocado para terminar con todo aquello a lo que había dedicado su vida.

—Me gustaría arreglar el palomar, si no os importa. —Ya lo había hablado con Tomás, pero la opinión de Gerardo le preocupaba.

—Todo tuyo —dijo Tomás con ánimo de facilitar una reacción positiva por parte de su hermano.

—No es muy grande —continuó Alira—, pero puede salir una vivienda con un par de dormitorios.

—Para cuando vengamos a verte... —bromeó Tomás.

—Por supuesto. Aunque de momento la ocupará otra personita. —Alira se llevó una mano al vientre—. Estoy embarazada.

Gerardo no ocultó su asombro. Abrió la boca varias veces, hasta que dijo:

—¿Estás segura de que vivir aquí será lo mejor? ¿Quieres que tu hijo pase por lo mismo que nosotros?

—Será diferente —respondió Alira—. Es posible que terminemos en Mongraín por el colegio y porque tendré que buscar algún trabajo, pero yo todavía necesito estar aquí.

—Como veas —dijo Gerardo—. Sé que es pronto, pero me gustaría ir dejando las cosas claras. Podemos repartirnos las fincas y las joyas o venderlas, lo que queráis. El palomar lo pondremos a tu nombre para que luego no haya líos con los primos. Ali, de lo que sacamos de las ovejas, de momento quédate tú lo que necesites para ir tirando, hasta que encuentres trabajo. Que no le falte de nada al pequeño. Y, si os parece, entre los tres pagaremos para desescombrar los restos de la casa. A ninguno nos gustará verlos cuando vengamos por aquí.

Los tres estuvieron de acuerdo.

—Me alegra escuchar que piensas volver por aquí —le dijo Alira.

—Si estás tú, con más razón —dijo Gerardo—. Uno nunca acaba de irse del lugar donde nació. —Acarició las urnas de sus padres y añadió—: Por

cierto, si me muero yo primero, que sepáis que quiero que mis restos descansan aquí.

—Yo también —dijo Tomás.

—Y yo —dijo Alira.

Luego ella cerró la puerta de hierro y cristal del panteón y se dirigió hacia Irene, César y Amanda, quien enlazaba un cigarrillo tras otro, como venía siendo habitual en los últimos días.

Buscó con la mirada a Damer, que hablaba con algunos vecinos de Aquilare que también se habían acercado, y le sonrió agradecida. Sabía que él había ayudado a Tomás a cortar la hierba del cementerio para ese día. No se habían visto desde el incidente con Telma. Se habían comunicado por WhatsApp y ella le había pedido que le diera un poco de margen para encajar todo y él le había pedido tiempo para asimilar el embarazo.

Por señas, Alira le indicó que acompañaba a sus amigos hasta los coches, aparcados al otro lado de la verja del cementerio, y que luego hablarían, y él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Alira caminó en silencio entre Amanda e Irene sorteando las tumbas desvencijadas. Se preguntó si también ellas iban pensando en todo a la vez: en sus vidas paralelas y compartidas, en los sucesos y reacciones de los últimos meses, en lo que llegaría a continuación. En todos los recuerdos, ellas estaban incluidas de modo indefectible. A gran velocidad, surgían en su mente fogonazos de toda una vida. Las batas azules del colegio; la música de Tequila y Parchís; la coreografía inventada del *Black is black* de Los Bravos; las letras de las canciones en inglés convertidas en una amalgama de sonidos incomprensibles; la ropa prestada; los tebeos de *Esther y su mundo* y *El capitán Trueno* y los libros de *Puck*; aquellos programas televisivos como *Aplauso*, y series como *La casa de la pradera* y *Vacaciones en el mar*. Sonaban en su interior ecos del pasado, fragmentos de decenas de conversaciones adolescentes sobre la primera regla, sobre el primer amor, sobre la incomprensión que sufrían por parte del mundo y de sus padres, o la pesadilla que suponía aguantar a sus hermanos, o lo que harían cuando fueran mayores. Juntas se habían enamorado de indios y vaqueros, y la imagen de ideal masculino que habían forjado en sus mentes fundía la pose de John Wayne, el gesto de Gary Cooper, la bondad de Gregory Peck, el cuerpo de Johnny Weissmuller, la mirada de James Dean y el cabello y la arrogancia de los indios sin nombre. Habían soñado con ser tan sofisticadas como Ava

Gardner, Grace Kelly, Rita Hayworth y Elizabeth Taylor, tan despiertas como Katharine Hepburn y tan enigmáticas como Bette Davis y Marlene Dietrich. Un mundo imaginado a partir del celuloide. Nada que ver con la realidad.

Y luego, el instituto. La pandilla, la sucesión de amores y desamores, las horas de recreo hablando o jugando a Churro, media manga, manga entera entre gritos, la música cuyas letras escasamente comprendían de grupos como La Polla Records o los Sex Pistols o los Doors. Jóvenes, intensas, caóticas, desbordantes de energía, se habían sentido modernas, mayores de lo que eran y un tanto rebeldes. Solo un tanto. Las normas estaban para ser cumplidas casi siempre. El *casi* era la cuota de rebeldía que les producía placer sin lanzarse al abismo.

Y luego, los años universitarios. La primera separación. La adaptación a los cambios; el interés por la moda, por el cine, por la cultura, por estar al día de todo, como si necesitaran formar parte de cada rincón del mundo; la permanente ebullición; las nuevas amistades. Los primeros trabajos y la sensación de independencia. La realidad fuera del cine. La sensación de velocidad. Los traumas, las sorpresas, el miedo. La guerra del Golfo televisada, la guerra de los Balcanes y el genocidio de Ruanda. La desintegración de países como Checoslovaquia, Yugoslavia y la URSS. La oveja clonada. Las nuevas fiestas *rave* de los nuevos jóvenes *grunge*. El escándalo Lewinsky. Un astronauta español a bordo del Discovery. La muerte de Lady Di. *Titanic*, *La lista de Schindler*, la serie *7 vidas*, Bon Jovi y U2. Y más tarde, Internet y los teléfonos móviles. El euro. Las Torres Gemelas de Nueva York, los trenes de Atocha. Atentados y tsunamis en enormes pantallas de televisión. La crisis económica. La aprensión a vivir y a morir. El disfrute de las rutinas. Las metódicas celebraciones. El uso de la expresión *de toda la vida*, como si eso fuera garantía de solidez. El maldito uso de la palabra *señora* cuando en sus corazones todavía sonaba Leño y su *Maneras de vivir*.

Y, por supuesto, la muerte. Primero, el padre de Amanda. Poco después, el de Alira. Más tarde, la madre de Irene. Los lloraron juntas. Lo superaron. Era ley de vida. Pero también habían muerto Prince, George Michael y David Bowie. Y esas muertes dolían a un nivel más íntimo porque, al representar su juventud, las hacían ser conscientes de su mortalidad. Y ahora, Dunia y Elegía... El tiempo de algunas personas que habían ocupado un espacio en sus vidas se había acabado. El tiempo, en general, se acababa.

«Todo pasa demasiado deprisa», pensaba Alira entre las tumbas. Tantas cosas habían sucedido ya, y la naturaleza casi sagrada del vínculo que había unido a las tres amigas se había conservado. ¿Qué les traería el futuro? Solo el tiempo lo diría.

Amanda fue la primera en romper el silencio:

—Regreso a Madrid. Ya encontraré algo en lo que trabajar. Veré a mis hijos más a menudo. —Hizo una pausa antes de añadir—: No soportaría estar aquí ni un día más. Mi aventura rural fue un error.

Irene y Alira supieron que no se refería a la estancia en el campo, sino a su lío con Adrián. Le costaría superarlo. Adrián seguía manteniendo su inocencia. El día anterior les había enviado un breve mensaje al grupo de WhatsApp en el que pronosticaba que el tiempo y el juez se encargarían de darle la razón. Nadie había respondido. Aun en el caso de que fuera declarado inocente por falta de pruebas, ninguno de ellos podría jamás librarse de la duda.

—Seguiremos siendo amigas —dijo Irene—. Con los móviles, ahora no hay distancias.

—Claro —dijo Alira.

—Sí —dijo Amanda.

Irene no percibió efusividad en sus respuestas. No podía engañarse. Ninguna podía hacerlo. Una cosa era el perdón; otra, la memoria. En el caso de que volvieran a juntarse, cada vez que lo hicieran, ya no se dedicarían a recordar su pasado amenizado con la música de la juventud. El fantasma de lo sucedido en los últimos tiempos las rondaría siempre, individualmente y en conjunto. Entre ellas había existido la traición y la sospecha. Y la ausencia de Dunia no se recordaría con el afecto sentido hacia quienes fallecen antes, sino que reavivaría los recuerdos de su trágica muerte. Y la sola mención de Adrián las haría pensar en un pozo de aguas podridas.

Amanda activó el mando a distancia de su coche. Dio un breve abrazo primero a Alira y luego a Irene. Se acercó a César, que se mantenía unos pasos alejado para que las tres pudieran hablar, y le dio un beso rápido en la mejilla. Se subió al coche, encendió el motor, bajó la ventanilla, los miró y con voz quebrada dijo:

—Cuidaos mucho.

Alira e Irene se quedaron en silencio hasta que desapareció de su vista.

César se juntó con ellas.

—¿Qué harás ahora, Ali? —preguntó.

«Todos me preguntan lo mismo —pensó Alira—. Como si esa fuera la gran incógnita.»

—Hace poco vi una película interactiva —respondió—. Con el mando había que elegir diferentes opciones para que la acción avanzara de una manera u otra. Al principio me pareció muy original. Luego me di cuenta de que, eligieras la opción que eligieras, siempre llegabas al mismo final desasosante. Como si fuera una trampa. —Buscó a Damer con la mirada y lo localizó apoyado contra el muro esperándola—. Tengo la sensación de que se abren ante mí muchas posibilidades. Puedo irme a Mongraín y alquilarme un piso. O a casa de Damer mientras no lo echen de Aquilare. O puedo quedarme en un rincón de mi casa que todavía se conserva en pie. Y todas las opciones me parecen ilusionantes. Pronto se me complicará la vida otra vez, y tendré que buscar un empleo, pero de momento pienso disfrutar de mi libertad.

Irene la miró extrañada.

—¿A qué te refieres?

—Estoy embarazada. Y feliz.

Irene tardó en reaccionar. Miró a César y supo que tampoco sabía nada.

—¡Vaya sorpresa! —dijo mientras la abrazaba—. Me alegro mucho por ti. Cuenta conmigo para lo que necesites.

César también la abrazó y le dio la enhorabuena. Entonces se dio cuenta de que Damer se acercaba a ellos y le dijo a Irene:

—Nos vamos ya.

César condujo en silencio hasta el cruce del viejo pueblo de Aquilare con la carretera general. Allí paró el coche y miró a Irene a los ojos.

—Todos tenemos secretos. Dime que tú no.

Necesitaba aferrarse a algo sólido.

Irene le sostuvo la mirada.

—Yo avisé a Alira de la manifestación. Por eso os esperaron atrincherados en Aquilare.

—Yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar —dijo César con sinceridad—. Alira tiene suerte contigo.

—Y...

—¿Hay más?

—Me gustaría que fuésemos a una terapia de pareja para recuperar

nuestra vida sexual.

—De acuerdo —dijo él antes de besarla, consciente de cuánto la seguía amando.

Más de lo que pensaba.

Damer esperó a que Alira cerrara la puerta del cementerio y respetó el momento de silencio que necesitó ella, con las manos aferradas a los barrotes de hierro y la mirada fija en el lejano panteón familiar, para despedirse por ese día de sus seres queridos. La despedida nunca se terminaba —ambos lo sabían—, pues comenzaba ahora un diálogo íntimo y continuado con los ausentes.

—¿Vienes a mi casa? —le preguntó él.

—Mejor, ven tú a la mía —le respondió ella.

Damer la miró con extrañeza, pero cogió la mano que Alira le tendía y se dejó guiar por ella.

En silencio recorrieron el camino hacia las ruinas de la mansión.

Damer percibió la soledad sobre esa tierra, algo de lo que no se había percatado anteriormente, quizás porque su llegada allí y la rehabilitación de Aquilare —incluso su relación con Alira— habían surgido a la sombra de la mansión Elegía. Ahora que se había transformado en nada, el vacío que dejaba resultaba desconcertante.

Bordearon las ruinas y tomaron el sendero trasero que cruzaba el jardín hasta el palomar. Ahora que la mansión no existía, el pequeño edificio disfrutaba de todo el protagonismo sobre la colina.

Alira abrió la puerta y le indicó a Damer que entrara.

Damer emitió una exclamación de admiración. El espacio estaba perfectamente limpio y adornado con macetas de flores de todos los colores. Su vista se centró en la mesa en medio de la estancia, en el mantel y la vajilla blancos, las sencillas copas de cristal, los pétalos y las velas de rosa pálido junto a una jarra con agua.

Apreció la plácida sencillez con la que todo había sido dispuesto. Recordó cuando conoció la mansión por primera vez. Dos palabras habían descrito la impresión que le había producido: *viejo* y *orden*. En el antiguo palomar persistía el orden, pero todo parecía nuevo, fresco, luminoso.

Alira le indicó que subiera las escaleras de madera y lo siguió.

En la planta superior Damer volvió a maravillarse. Una liviana cortina de lino enganchada por los extremos a las paredes opuestas separaba el amplio espacio en dos ambientes. En uno había un colchón sobre una alfombra y una mesita y una silla de anea. Repartidos por el suelo y la mesa, había portavelas de cristal con velones. Tras las cortinas divisorias, un par de palos de madera colgados en un rincón hacían de percheros. Junto a la ventana que daba al sur, una pequeña cómoda blanca con una jarra y una palangana servía de lavabo y de tocador.

—Está precioso —alabó Damer.

—Tengo lo más básico —explicó Alira—. Tomás me pondrá un generador eléctrico antes de marcharse. Y me ha dicho que me hará un cuartito de aseo. Tengo que pensar cómo soluciono el suministro de agua. La acequia del barranco pasa cerca. Si a los de Aquilare no os importa, pondré una manguera —bromeó recordando cómo se habían conocido—. También compraré una estufa de *pellets*.

Regresaron a la planta baja, donde Alira lo invitó a que se sentara en una de las dos sillas frente a la mesa.

—Lo has hecho sola y en tres días —dijo Damer—. Tu decisión estaba clara. Podías haberte venido a mi casa.

Alira asintió. Había pensado mucho en ello mientras el cuerpo de su madre todavía no había sido incinerado. Todo lo que conformaba su vida se había desmoronado en apenas unos meses y la parte material que guardaba siglos de historia, que albergaba los recuerdos físicos de los individuos de varias generaciones, había desaparecido en el incendio. Al morir su madre, supo que ya nada sería igual. Temió que la soledad y la oscuridad fueran sus compañeras durante el tiempo que le quedase en este mundo. Había comprendido la ironía de su nueva situación: si alguna vez había deseado terminar con todo, en un día se había quedado sin nada.

Había repasado su vida: la ilusión por existir de su infancia se había convertido con demasiada velocidad en miedo, en inseguridad, incluso en animadversión. Su inicial deseo de luchar para expulsar a quienes se querían apropiarse de Aquilare había surgido de una agresividad latente, heredada. Sin darse cuenta, tantos años de sentimientos negativos le habían provocado un envejecimiento prematuro.

Se llevó las manos al vientre, donde nacía una nueva vida.

Cuando su cuerpo comenzaba a perder consistencia, un nuevo futuro se abría ante ella.

Había perdido tanto y, sin embargo, se sentía acaudalada, exuberante, potentada.

Había descubierto que aún podía armarse de valor, moverse, actuar, reaccionar; cualquier cosa con tal de no abandonarse a la decrepitud imparable, con tal de librarse del escudo de la parálisis.

También ella pertenecía a la que algunos llamaban *la generación maldita*, sin objetivos claros, que no había sufrido una gran guerra ni una depresión, que no había pasado hambre. Pero la suya había sido una guerra espiritual de la que ahora se veía vencedora.

Y su premio era nada más y nada menos que su propio futuro.

Miró a Damer con un cariño infinito.

—Irme a tu casa hubiera sido lo más fácil —le dijo—, pero tenía que encontrar mi propio lugar. No sabemos qué pasará con Aquilare. Algunos se han echado para atrás y se han marchado, otros se van a ir porque odian el rechazo y la violencia. Los que resistís no sabéis cómo terminará el proyecto. Vi tu rostro cuando te enfrentaste a los manifestantes, Damer. Me recordó aquella época de mi infancia que tanto me marcó. No quiero que mi..., nuestro hijo o hija crezca con rabia, forjándose en su mente un mundo de «nosotros contra ellos», o viceversa. Aquí —Alira extendió las manos en el aire— tú también tendrás un pequeño remanso de paz cuando lo deseas. Damer, sin buscarlo, tú me has dado el futuro. Me dijiste una vez que no deseabas tener hijos. Y no te exijo nada respecto al bebé que espero. Solo quiero que sepas que mi felicidad sería plena si pudiera compartir mis sueños contigo.

Damer se puso en pie y se dirigió a la ventana desde la que se veían los restos de la mansión y el viejo pueblo de Aquilare. Ahora fue él quien extendió la mano para invitar a Alira a que se acercara. Le pasó el brazo por los hombros y se inclinó hasta juntar su mejilla contra la de ella. Percibió el calor de su piel y saboreó ese instante de fusión.

—Le cantaremos todas las canciones que recordemos —dijo.

—Y seguro que él o ella nos enseña muchas nuevas —dijo Alira.

Las copas de los árboles cercanos comenzaron a mecerse anunciando una variación climatológica. Tal vez la llegada de nubes. Primero claras y

luego oscuras. Una tormenta de sur. Aire, rayos y truenos. Fuertes lluvias. Un descenso de la temperatura.

Alira pensó en una frase que resumía lo aprendido. Si algo había heredado de Elegía y de Tomás era la fortaleza para resistir los vientos cambiantes. Después del diluvio, el paisaje atormentado siempre recupera su brillo.

—Le hablaremos de mis padres —dijo.

—Y de los míos —dijo Damer.

—Sin odio —dijeron ambos a la vez.

Sonrieron.

—Espero que mi padre viva todavía mucho tiempo para disfrutar de su nuevo nieto o nieta —dijo Damer.

—Ojalá.

Alira miró el jardín. Cada año, la hierba moría al acabar la buena estación y los tallos que una vez fueron verdes y luego se secaron eran sustituidos por otros nuevos. El agua de los cielos daba la vida a los nuevos. La hierba era como el alma: había que regarla para que no se secase, para que su sangre fluyera y nunca se detuviera su palpitar, para que pudiera extenderse, para que conservara su flexibilidad, para que no se convirtiera en leña, para que bailara al son del viento. Como la hierba vivaz que retoñaba cada año desde tallos subterráneos o como la hierba anual que nacía de las semillas y dejaba otras nuevas en el suelo antes de morir, ella quería conservar sus raíces ancladas al que había sido su mundo y ofrecer su rostro, su propia identidad, al sol, a la lluvia, al aire y a la nube. Sobre todo, quería seguir sintiendo el latido —sencillo y solemne, rítmico y grandioso, sanador y eterno— de la tierra; la misma tierra que un día la envolvería para siempre en su abrazo definitivo.

Siguió listando sus sueños:

—Plantaremos también nuevos árboles junto a los que plantó mi padre.

—Por supuesto. Tal como tú nos indiques —bromeó Damer recordando cómo ella le había enseñado a plantar. Recuperó el tono serio para añadir—: Creo que en otras circunstancias nuestros padres se habrían llevado bien.

—Es posible —murmuró Alira.

Damer no quiso que los recuerdos tristes estropearan ese momento.

—Y le contaremos, porque seguro que nos lo pregunta muchas veces, cómo nos conocimos.

Alira alzó la vista para encontrar su mirada.

—Nos conocimos porque viniste.

Damer le guiñó un ojo.

—Y porque te quedaste.

NOTA DE LA AUTORA

THE RISING (BRUCE SPRINGSTEEN)

Muchas personas sueñan con dejar la ciudad e irse a vivir a un pueblo. Yo fui una de ellas. Vivía en Zaragoza y trabajaba en la universidad. Cuando anuncié a mi familia y amigos que lo dejaba todo para comenzar una nueva vida en la montaña, en la tierra de mi marido y de mis antepasados paternos, no me creyeron. Pensaban que era una decisión equivocada de la que me arrepentiría; incluso que sería algo temporal. De eso hace ya doce años y cuatro novelas. De momento, aquí sigo.

Aunque mis raíces maternas y paternas están en el campo y en la montaña, yo nunca había vivido fija en un entorno rural. Crecí en Monzón (una población como la de Mongraín en la novela) y luego forjé mi vida en Zaragoza. Así que se me puede aplicar el término *neorrural*: tras una vida en la ciudad, me instalé en un lugar pequeño. Un lugar turístico como el valle de Benasque, donde vivo, no es comparable a una aldea perdida en la nada, pero, aunque exista una mayor comodidad en la vida cotidiana, sigue siendo un entorno rural y, por tanto, muchos de los deseos de los nuevos moradores y muchos de los problemas sí son compartidos.

Mis motivaciones para regresar a la tierra de mis antepasados fueron en parte idealistas y, en parte, consecuencia de la herencia emocional recibida en mi educación.

A mí también me tentó lo de *Walden*, obra publicada en 1854 por Henry David Thoreau, uno de mis escritores de referencia en la juventud. ¿A quién no le ha atraído la romántica idea, en algún momento de su vida, de vivir en una cabaña junto a un lago y pasar de la civilización? Como experiencia, suena fascinante. Y, aunque resulte difícil de creer que hoy en día algo así sea posible, ahí está *Indian Creek*, escrito por Pete Fromm (Errata Naturae, 2017) tras un invierno solo en las montañas de Montana. En mi caso, que no soy nada valiente, a la hora de tomar la decisión de ir a vivir al pueblo de mis raíces —un lugar ni salvaje ni solitario— hice mi propio listado de

razonamientos, bastante tópicos, por otra parte. En resumen: la ciudad me agobiaba y me convencí de que en algún lugar donde se mirara al cielo todos los días, donde se vieran las estrellas, donde las montañas adornaran cada día, donde se repitieran y cumplieran los refranes relacionados con la tierra, allí —aquí— se calmaría mi tormenta interior. En plan trascendental, en la línea del *Ensayo sobre la naturaleza*, de 1843, de Emerson, pensaba que, en contacto con la naturaleza, a través de la intuición y la observación, podría sentir la infinitud, la unión con la energía cósmica, la fuente creadora de la vida, Dios, o lo que fuera; y pensaba que en la tierra de mis antepasados encontraría la inspiración para mi país mítico de elevadas montañas, vientos hostiles, piedras, nieve y hierba.

Vivas donde vivas, lo cotidiano siempre acaba imponiéndose a lo trascendental. El día a día va fluyendo plagado de actividades laborales, familiares, escolares y extraescolares, como en la ciudad. Ciertamente existen incomodidades, pero te acostumbras: el hospital más cercano está a kilómetros de distancia, lo cual produce un poco de miedo (y pereza: solo vas cuando la cosa pinta muy mal); la burocracia es igual de compleja en todos los sitios, pero para muchos papeleos tienes que desplazarte a poblaciones grandes y hay normativas creadas en despachos urbanitas que cuesta aceptar; los servicios educativos son más limitados, al igual que la oferta comercial, aunque la venta por mensajería está llegando ya a los lugares más insospechados; no hay tantas actividades sociales y culturales como en la ciudad, pero hay otras diferentes y divertidas; y convives con animales como, por ejemplo, esos ratones empeñados en acceder a tu despensa o esos zorros o gavilanes que no reblan hasta que se llevan a una de tus gallinas, o esos jabalíes que destrozan el prado justo en la misma puerta de tu casa volviendo locos a los perros que los huelen y ladran toda la noche. Las agendas están marcadas por la climatología: puede que nieve y no puedas sacar el coche; puede que se caiga la conexión por culpa del viento o por lo que sea justo cuando tienes que enviar el *mail* más importante. Hay una mayor dependencia del coche, y en muchos lugares tienes que aprender a conducir en la nieve. Te conviertes en el taxista de tus hijos a todas horas. Si vives en una casa, hay más gastos de calefacción y electricidad que en un piso. Las grandes despensas con grandes congeladores son parte esencial de una casa, y el cuarto de herramientas, una auténtica ferretería. Hay que retejar, pintar la madera de puertas, aleros y ventanas reseca por el sol y el viento, quitar

goteras, podar los árboles, preparar la tierra para el huerto, desbrozar porque la mala hierba tiene la manía de apoderarse hasta de tu espíritu. Azadas, motosierras, rastrillos, hachas, palas, motocultor, tractor, carretillos, desbrozadoras, abrazaderas, brochas, cuerdas, mangueras y sacos de cemento forman parte de tu vida. Evidentemente, no es lo mismo vivir *en* el campo que vivir *del* campo; pero, a nada que te guste un poco la tierra, en un entorno rural, acabas teniendo un huerto o un pequeño jardín. Por último, los inviernos duran lo mismo en todos los sitios, pero por lo que sea, en el campo y la montaña siempre parecen más largos. O eso repetimos en nuestras conversaciones.

La despoblación del medio rural es un tema que siempre me ha interesado, quizás porque mi vida ha estado ligada desde mi nacimiento a la provincia de Huesca, donde hay trescientas aldeas y pueblos deshabitados que Cristian Laglera ha fotografiado y listado en sus libros *Despoblados de Huesca* (Editorial Pirineo, 2014-2015, tomos I, II y III). Produce vértigo pensar que, no hace tanto, todos esos pueblos y aldeas estuvieron vivos. En sesenta años se han borrado siglos de historia. Las causas a lo largo de décadas son conocidas: expropiaciones, embalses, reforestación, caída de la economía rural, desaparición de la agricultura y ganadería tradicionales, industrialización, duras condiciones de vida, malos accesos, falta de servicios básicos y cambios sociales. Conozco la diferencia entre un pueblo deshabitado y uno abandonado; sin embargo, pasear en el silencio de uno u otro produce una sensación extraña, que se torna desgarradora cuando en lugar de casas en pie hay ruinas. Tal vez duela más a quienes hemos crecido vinculados al mundo rural, envueltos en narraciones orales y papeles y objetos antiguos que nos transportan a otras épocas. En los pueblos no es extraño poder trazar tu genealogía hasta varios siglos atrás. Un pueblo vacío, por tanto, es una historia truncada. Cada pueblo vacío es una historia por contar. Lo terrible es que el drama continúa y sé que, en lo que me quede de vida, el número de pueblos sin vida aún aumentará.

No obstante, como soy de naturaleza optimista, centro mis reflexiones en dos puntos: procuro evitar que un exceso de nostalgia me impida avanzar y confío en que los esfuerzos actuales por revitalizar el mundo rural den frutos.

Como muchos de mi generación, descendo de personas de aldea y tierra que en la década de los años sesenta del siglo XX se instalaron en una

población grande o una pequeña ciudad —el límite entre ambas sigue siendo difuso—, aunque siempre siguieron vinculados a su lugar de nacimiento, conservando físicamente sus casas y sus tradiciones para los fines de semana y las vacaciones, y a nivel emocional todos los días de su vida. Vivir a caballo entre dos mundos me permitió observar el cambio que se produjo en mi país a una velocidad vertiginosa. Mis padres y abuelos trabajaron con sus manos la tierra; yo vi, aprendí, escuché e incluso idealicé.

Curiosamente, por una parte, estos padres de pueblo hicieron todo lo posible para que sus descendientes estudiáramos y no tuviéramos que dedicarnos a lo mismo que ellos y sus antepasados; por otra, nos convirtieron en testigos y guardianes de un modo de vida cuya desaparición preveían, incluso anhelaban, pero que, a la vez, asumían con cierta tristeza. El resultado fue una generación hábil y responsable, aunque también tensionada en el intento de encontrar su propio espacio. Para los del pueblo, éramos de ciudad; para los de la ciudad, éramos de pueblo. Por un lado, se nos exigía una integración en el mundo moderno; por otro, los fines de semana había que ir al pueblo a cuidar de la casa cerrada porque existía la obligación moral de que no pareciera que estaba abandonada. En mi mente, la casa se representaba como un ser inmortal, eternamente insaciable, eternamente enfermo. Entre semana yo era una habitante más de aquellos pisos de aquellas ciudades, pequeñas y grandes, con escaparates, coches, cines y discotecas, que crecían y se abrían a la moda de los nuevos tiempos, a la nueva ropa, a la nueva música; el fin de semana me ponía una chaqueta vieja de un armario antiguo de una casa centenaria y recordaba una forma de vida anterior que, en realidad, solo fue mía residualmente.

Creo que, al cargar con la losa emocional de la casa vaciada, a muchos de mi generación nos convirtieron en seres demasiado nostálgicos por las pérdidas que otros sentían; y al esfuerzo de estudiar, trabajar, ser independientes económicamente y formar una familia añadieron la responsabilidad de seguir cuidando del patrimonio del pueblo. Pero ni la vida da tanto de sí ni el apego dura más de dos generaciones: poblaciones forzosamente deshabitadas aparte, la gente de mi edad hemos sido testigos de la división y posterior venta de patrimonios que habían pertenecido a las mismas familias durante siglos. En los sitios turísticos —como el que vivo— el nuevo valor de las propiedades ha servido para reorientar la forma de vida; incluso para asumir las ventas como signo de los tiempos actuales, sin

excesivo cargo de conciencia. En términos generales, sin embargo, en la mayoría del territorio rural español no ha existido ni siquiera esa opción de poder capitalizar o transformar el patrimonio familiar en otra cosa. Y hay un factor añadido del que no se suele hablar: antes los impuestos sobre la propiedad —la contribución, que se decía— eran muy bajos, por lo que el esfuerzo físico de una familia bastaba para seguir cuidando de la propiedad en el pueblo; ahora el presupuesto que serviría para mantenimiento se lo lleva el Estado. Para la generación mileurista, hacerse cargo del pasado resulta prácticamente imposible.

Cada uno guarda sus historias, sus anécdotas familiares. En la época que vivimos nos encanta revisar el pasado. «Que no se olvide», decimos. Como si se pudiera olvidar. Es imposible. Estamos hechos de pasado. El pasado habita en cada uno de nosotros. Soy la suma de lo aprendido de las generaciones anteriores, mis propias experiencias y mi actitud ante la vida. Recuerdo las escenas de mi pasado rural con la nostalgia que me aleja de la infancia y de personas a quienes quise, pero también desde la comodidad de quien nunca tuvo que realizar todas aquellas tareas agrícolas y ganaderas por necesidad. En mi casa contemplo los retratos antiguos de mis antepasados y soy tan consciente de las penurias que sufrieron que me muestro agradecida porque aquellos tiempos tan duros hayan sido superados, y más siendo mujer. Y por eso mismo, a un nivel íntimo, mantengo la nostalgia a raya y me siento expectante ante los nuevos tiempos.

Ahora bien, reconozco que el optimismo se encoge y tiembla ante la realidad actual del mundo rural. En los pueblos de la comarca donde vivo y en los que recorro por mi trabajo, hay mucha gente haciendo cosas, gente conectada, que lee, que ve películas, que lucha por sus trabajos, que tiene preocupaciones y ganas de fiesta. Pero cada vez somos menos. Basta con prestar atención a la prensa. Los datos son demoledores. A la vez, paradójicamente, miles de lectores siguen los blogs sobre pueblos deshabitados, lo cual quiere decir que el tema atrae porque, o bien la herida —el Gran Trauma del que habla Sergio del Molino (*La España vacía*, Turner, 2016)— sigue abierta, o bien la mirada se ha vuelto hacia ese enorme espacio vacío lleno de posibles recursos. O ambas cosas a la vez.

Fue Julio Llamazares quien nos abrió los ojos sobre la despoblación con *La lluvia amarilla*. El pueblo deshabitado de Ainielle se convirtió en el ejemplo doloroso de lo que estaba sucediendo y lo que estaba por venir. La

publicación de la novela abrió el camino literario y social para hurgar en las razones del vaciamiento de la España rural, para verbalizar el Gran Trauma. El primer paso para superar un trauma es asumirlo, no olvidarlo. Una vez asumido, es importante contarlo. A nivel emocional, resulta sanador. Cada vez aparecen más libros y textos que recuperan retazos de un pasado perdido; que nos cuentan historias que iban a ser olvidadas; que nos hacen ver las cosas desde otro punto de vista. Los años recientes han sido especialmente fértiles. El mundo rural protagoniza las últimas novedades editoriales. Cuando ya tenía muy avanzado el manuscrito definitivo de esta novela, leí los textos de Emilio Barco (*Donde viven los caracoles*, Pepitas de Calabaza), María Sánchez (*Tierra de mujeres*, Seix Barral), Rafael Navarro de Castro (*La tierra desnuda*, Alfaguara), Santiago Lorenzo (*Los asquerosos*, Blackie Books), Pilar Fraile (*Las ventajas de vivir en el campo*, Caballo de Troya), Elvira Valgañón (*Invierno*, Pepitas de Calabaza), María Pilar Clau (*La sobrina*, Booket Planeta), Agustín Martínez (*Monteperdido* y *La mala hierba*, Plaza & Janés) y la aclamada *Para Helga*, de Bergsveinn Birgisson (Lumen). Son historias muy diferentes —hay nostalgia, memoria personal, humor, reivindicación feminista, crítica al capitalismo, amor, muerte, inquietudes e incertidumbres ante los cambios— en las que la trama sucede en un entorno rural ofreciendo una nueva mirada. No me sorprende este auge: en el deseo actual de recuperación y revisión de nuestro pasado, de nuestras raíces, resulta lógico que nos topemos con algo tan simple como que millones de personas provenimos del mundo rural.

Dice Llamazares que, en su opinión, ya está todo hablado; que ahora toca actuar. A tenor de las publicaciones, ni está todo hablado ni el trauma superado. Todavía existe la necesidad de abrir los baúles del corazón y sacar a la luz los papeles de nuestra identidad. Pero, sin duda, tiene razón en sugerir el paso de la palabra a la acción. Es necesario que la literatura aliente y que la política gestione.

Afortunadamente, cada vez existen más organizaciones con programas específicos para el asentamiento de personas en zonas rurales despobladas. La iniciativa privada se ha unido a la pública. La teoría está clara. Se habla ya del empoderamiento de la población rural con diferentes ejes de intervención: empleo, salud, educación, tecnología, incentivos fiscales y apoyo a la vivienda. Las campañas de comunicación positiva tratan de ofrecer una imagen atractiva del mundo rural y terminar con la *inferiorización* —la

consideración de pertenecer a un nivel inferior— publicitando la idea de que se puede ser granjero y *cool*, tal vez no hasta el extremo de venderlo como algo «radical chic» al modo estadounidense, pero casi. Lo rural está de moda. Empoderamiento, *impact hub*, liderazgo, equilibrio biológico, proyectos tractor, redes despertador, fidelización, ganadería 4.0, sostenibilidad, *cohousing*, economía circular y orgullo rural, por poner unos ejemplos, son expresiones nacidas en la ciudad que ahora se aplican al medio rural despoblado como si en este entorno pudiera encontrarse la solución a los problemas generados por el desproporcionado crecimiento de las ciudades, por el desencanto de unas vidas masificadas y por la crisis económica.

¿Darán frutos estas iniciativas? ¿Se producirá una reconexión real con el mundo rural?

Creo que, poco a poco, vivir en el campo o del campo se va a ir convirtiendo en una oportunidad real para quien así lo desee. En la era de la información, de la movilidad, de los coches, de Internet y de la telefonía móvil, ciudad y campo ya no son tan opuestos como lo fueron, sino complementarios. Tal vez, como dice el periodista Sergio del Molino, los primeros neorrurales fantasearan con fundar una Arcadia, asociaran lo rural con una mayor libertad, odiaran la ciudad y estuvieran convencidos de que la aldea, la montaña, lo remoto y la cabaña de Walden significaban una forma de vida muy superior a la urbana. Ahora, no obstante, con los tentáculos de la Administración —el acoso legalista y administrativo, como lo llama el mismo periodista— llegando hasta los lugares más remotos, para lo bueno y para lo malo, la sensación de libertad es cada vez menor, vivas donde vivas. Ni en el campo la vida ahora es tan solitaria como hace un tiempo, ni quienes deciden instalarse en zonas rurales abominan de la vida en la ciudad.

Además, el campo y los pueblos habitados de antaño ya nunca serán como los recordamos o como nos los han contado; la recreación solo funciona para los parques temáticos. El pasado no es reversible, de modo que lo que surja, de todas las iniciativas, resultará diferente. Aunque el anterior vínculo se haya roto, será uno nuevo el que logre unir a las siguientes generaciones a la tierra que espera y esperará el tiempo que haga falta, sin inmutarse por nuestros padecimientos.

De todas estas reflexiones surgió esta novela, a la que fui incorporando ideas como la atracción aparentemente incomprensible entre dos personas diferentes de *Los puentes de Madison County* (Robert James Waller, 1992),

El amante de Lady Chatterley (D. H. Lawrence, 1928) y *Jane Eyre* (Charlotte Brontë, 1847); la influencia del pasado y el peso de la memoria de *Rebeca* (Daphne du Maurier, 1938); el recelo hacia los otros de *Gran Torino* (Clint Eastwood, 2008), y lo que sucedió en un lugar llamado Jánovas y lo que está sucediendo en otro llamado Fraguas.

Por último, en esta historia también se encuentra mi propia evolución emocional, desde la nostalgia por un pasado perdido e irrecuperable hacia un futuro incierto en el que, a pesar de todo, deposito mi fe. Como la hierba vivaz que rebrota desde tallos subterráneos, creo que aún asomo cada mañana la cabeza al mundo con la misma curiosidad de siempre.

Anciles, viernes 24 de mayo de 2019

AGRADECIMIENTOS

NOTHING ELSE MATTERS (METALLICA Y LA ORQUESTA SINFÓNICA DE SAN FRANCISCO)

A Paco Vidal, por dejarme recorrer las entrañas de ese edificio de Graus que inspiró el interior de la mansión Elegía, aunque la original sea menos antigua que la de la ficción. Desde pequeña, habré pasado cientos de veces ante su puerta imaginando cómo sería. Fue en el sótano donde visualicé varias escenas de la novela. De algún modo, esta novela ha sido un viaje, también, al pozo de mi pasado.

A Óscar Vegas, director y presentador de *La Cadiera* de Aragón Radio, por invitarme a aquel programa en el que tuve que recordar las canciones de mi vida. De ahí surgió la idea de estructurar la novela en capítulos cuyos títulos son canciones que, por un lado, sintetizan el contenido de cada capítulo y, por otro, en su conjunto, conforman otra historia dentro de la novela.

A M.^a Jesús Saura, por sus explicaciones y apuntes sobre la ciencia forense. No se puede decir nunca «de esta agua no beberé». Me explico: me parecía imposible escribir nada relacionado con asesinatos y *thrillers*. Gracias a su consejo profesional y a las aclaraciones del cabo primero del GREIM de Benasque, Sergio Orna, al final, todo fue encajando.

A todos los profesores y profesoras que educan en el mundo rural. En especial, a los de la Escuela de Música de la Ball y a los de la Escuela de Hostelería de Guayente, por su encomiable labor en el Valle de Benasque. En cuanto a los segundos, nunca olvidaré los menús inspirados en mis novelas anteriores que prepararon con sus alumnos. Siento no haber prestado más atención a la comida en esta en la que la música ha tenido mucha importancia. Ya sabéis que, al igual que la protagonista, no soy buena cocinera.

A Javier Badía Lascorz, por las conversaciones en tantos viajes en taxi que me sirvieron para conocer inquietudes de su generación, la cual, aunque bastante más joven que la mía, también ha tenido la suerte de disfrutar en Monzón de un café como La Aurora —el mismo que aparece en esta novela con el nombre de Siempre— en el que la música sigue siendo igual de estupenda que en mi época del instituto.

A mis lectores y lectoras en general y en especial a los integrantes del club de lectura de Facebook. Siento vuestra compañía desde la distancia.

A mis amigos y amigas, por cada reencuentro que recarga mis pilas.

A mi gran familia. En especial, a mi madre, Mari Luz, por su sabiduría y su serena manera de enfrentarse a los recuerdos y transmitirlos, y a mis hermanas, Gemma y Mar, por tanto tiempo compartido y su apoyo incondicional siempre.

A Sabrina Rinaldi, por la preciosa portada de esta novela en la que se siente el alma de la hierba y el latido de la tierra.

A Cristina Pons, porque trabajar con ella es un aprendizaje continuado. Hacer apuntes tan enriquecedores sobre la fusión de una historia de amor, de amistad, de transformación personal en la madurez, de decrepitud y de un crimen en un entorno rural no era una tarea nada fácil. Estoy convencida de que, si algún día nos encargaran un guion para una película, nos quedaría perfecto. Claro que siempre podemos hacerlo por nuestra cuenta...

A Isabel Santos, jefa de prensa, a Laura Franch, directora de comunicación, y a las editoras Puri Plaza y Raquel Gisbert, de Planeta, por aquella velada junto al fuego de la que surgió el germen de esta historia. Fue un momento inolvidable. En lugar de Byron, el matrimonio Shelley y Polidori, nosotras, juntas, hablando de literatura, de la vida, de las relaciones, de los sentimientos, del amor y el odio. En particular, a Puri Plaza, por su sabia intuición y firme habilidad para activar el ecualizador literario de mis sentimientos, y a Raquel Gisbert, Responsable de Ficción de Planeta, porque cuando busco confianza en mis escritos la encuentro en ella y porque sabe dirigir la caótica orquesta de mi interior.

A Belén López Celada, Directora Editorial de Planeta, por seguir apostando por mis historias, sucedan en la época y en el espacio en que sucedan.

Al Grupo Planeta, porque me ha permitido formar parte de una gran familia mundial de enamorados de los libros compuesta por editores,

creativos, publicistas, distribuidores, librerías y —los más importantes— lectores apasionados que viven en ciudades, grandes y pequeñas, y pueblos, pequeños y grandes.

Y a mi marido, José, y a mis hijos, José y Rebeca, que mantienen mi mente abierta a una mirada nueva y diferente cada día, por su ópera y su rock.

El latido de la tierra

Luz Gabás

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Mark Owen / Trevillion Images

© Luz Gabás, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21590-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!

